

CRIMEN & CIA.

***Janwillem Van
De Wetering***

***VÍCTIMA
SIN ROSTRO***



La víctima sin rostro es un buhonero que aparece muerto con la cara destrozada por el impacto de un objeto pesado que nadie puede hallar en el lugar del crimen. Grijpstra y de Gier deberán mezclarse, en esta ocasión, en el curioso mundillo de los ropavejeros y se verán obligados a recurrir a la ayuda de un misterioso personaje: un viejo de setenta años, expolicía, que un día decidió convertirse en mujer.



Janwillem Van de Wetering

Víctima sin rostro

Grijpstra & De Gier - 4

Crimen & Cia. - 15

ePub r1.2

Titivillus 05.08.15

Título original: *Death of a Hawker*
Janwillem Van de Wetering, 1977
Traducción: Esteban Riambau Saurí
Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Lenore Straus

—Sí, SEÑORA —dijo el guardia, serenamente—. ¿Quiere hacer el favor de decirme quién es usted? ¿Y dónde está usted?

—Está muerto —explicó aquella voz blanda y velada—, muerto. Está en el suelo. Tiene toda la cabeza ensangrentada. Cuando entré en la habitación, todavía respiraba, pero ahora está muerto.

Lo había contado ya tres veces.

—Sí, señora —repitió el agente.

Había paciencia en el tono de su voz, y también comprensión, afecto quizás. Sin embargo, el agente estaba actuando. Había sido bien adiestrado. A él sólo le preocupaba averiguar quién le estaba hablando, y dónde podía estar su interlocutora. El guardia llevaba ya varios años trabajando en la sala central de radio de la Jefatura de Policía de Amsterdam. Recibía numerosas llamadas. Todo el que marca seis veces el dos entra en comunicación con la sala central de radio, y esto significa que llaman muchas personas. Algunas son ciudadanos serios, otras están locas. Y algunas están temporalmente enloquecidas. Han visto algo, han experimentado una sensación. La experiencia puede haberlas apartado de su rutina usual, quizás hasta el punto de producirles un shock. O puede que se hayan emborrachado. O que sólo deseen hablar con alguien, para saber que no están solas, y que hay alguien, entre el millón de habitantes de la capital de Holanda, que se toma la molestia de escuchar su voz. Alguien que está vivo, no tan sólo una voz

registrada en cinta que les dice que Dios es bueno y que todo va bien.

—Dice usted que él está muerto —enunció tranquilamente el agente—. Lo lamento mucho, pero sólo puedo ir a verla si sé quién es usted. Yo puedo ayudarle, señora, pero ¿adónde quiere que vaya para hablar con usted? ¿Dónde está usted, señora?

El guardia no planeaba ir a ver a la buena señora. Eran las cinco de la tarde y quince minutos después terminaría su servicio. Lo que pensaba era irse a su casa, comer algo y acostarse. Había trabajado un montón de horas aquel día, muchas más de las de costumbre. La sala central de radio estaba en manos de una plantilla reducidísima, en la que faltaban tres guardias y un sargento. El agente pensó en sus colegas y sonrió con una mueca. Podía imaginárselos con toda claridad, puesto que los había visto salir del gran patio de Jefatura aquella misma mañana. Con cascos blancos, provistos de escudos de mimbre y largas porras de cuero, formando parte de una de las muchas patrullas que habían partido en las rugientes furgonetas blindadas de color azul. Volvía a haber tumultos en Amsterdam. Habían pasado años sin disturbios callejeros y el griterío de las muchedumbres, el lanzamiento de ladrillos, los fanáticos que dirigían a gritos unas multitudes excesivas, la explosión de las granadas de gas, los rostros ensangrentados, las sirenas de las ambulancias y los vehículos policiales eran algo ya casi olvidado. Pero ahora todo había vuelto a empezar. El guardia se había presentado voluntario para el servicio antidisturbios, pero alguien tenía que ocuparse de los teléfonos y por eso seguía encontrándose allí, escuchando a aquella señora. Esta esperaba que fuese a visitarla. No lo haría, pero, una vez supiera dónde se encontraba ella, un coche iría allí en seguida y en el coche habría policías. Al fin y al cabo, la buena mujer hablaba ahora con la policía, y la policía siempre es la policía.

El agente estaba contemplando su formulario. Nombre y una línea de puntos. Dirección y una línea de puntos. Asunto, hombre muerto. Hora, las 17.00. Probablemente, ella habría ido a llamar al

difunto para tomar el té, o tal vez una cena temprana. Le habría llamado desde el pasillo, o desde el comedor. Él no había contestado. Por consiguiente, ella había subido a la habitación de él.

—Su nombre, por favor, señora —repitió el agente.

Su voz no había cambiado. No daba ninguna prisa a su interlocutora.

—Esther Rogge —dijo la mujer.

—¿Sus señas, señora?

—Canal de la Arboleda, número cuatro.

—¿Quién es el muerto, señora?

—Mi hermano Abe.

—¿Está segura de que ha muerto, señora?

—Sí. Está muerto. Está tendido en el suelo. Su cabeza está toda ella ensangrentada.

Ya lo había explicado antes.

—De acuerdo —repuso el agente, con energía—. En seguida vamos, señora. Ahora no debe usted preocuparse por nada. En seguida estaremos allí.

El guardia deslizó la hoja del formulario a través de un orificio del cristal que le separaba del operador de radio. Hizo un gesto al operador y este asintió con la cabeza, mientras apartaba a un lado otros dos formularios.

—Tres uno —dijo el operador.

—Tres uno —dijo el sargento de detectives de Gier.

—Canal de la Arboleda, número cuatro. Un muerto. Cabeza ensangrentada. El nombre es Abe Rogge. Pregunte por su hermana, Esther Rogge. Corto.

El sargento de Gier contempló el pequeño altavoz situado en el salpicadero del VW gris que conducía.

—¿Canal de la Arboleda? —preguntó en voz alta—. ¿Y cómo espera que llegue allí? Hay millares de personas armando jaleo en esa zona. ¿No se ha enterado de los disturbios?

El operador se encogió de hombros.

—¿Sigue ahí? —preguntó de Gier.

Sigo aquí —contestó el operador—. Usted ha de ir allí. Esta muerte no tiene nada que ver con los disturbios, en mi opinión.

—Está bien —contestó de Gier, sin abandonar el tono alto de su voz.

—Buena suerte —dijo el operador—. Corto.

De Gier aceleró y el brigada de detectives Grijpstra se incorporó en su asiento.

—Tranquilo —rogó Grijpstra—. Vamos en un coche sin distintivos y el semáforo está en rojo. Habrían tenido que enviar un coche con distintivos, un coche con sirena.

—No creo que quede ninguno —repuso de Gier, y se detuvo ante el semáforo—. Todos están por ahí, todos los que conocemos y también muchos efectivos de la policía militar. No he visto un coche policial en todo el día —suspiró—. La muchedumbre nos apaleará apenas nos vean atravesar las barricadas.

El semáforo cambió y el coche salió disparado.

—Tranquilo —repitió Grijpstra.

—No —dijo de Gier—. Vámonos a casa. Hoy no es el día adecuado para jugar a detectives.

Grijpstra hizo una mueca y colocó su pesado cuerpo en una posición más cómoda, agarrándose al mismo tiempo al techo del coche y al salpicadero.

Tú no tienes problema —dijo—. No pareces un policía. Se lanzarán sobre mí. Las multitudes siempre se fijan en mí.

De Gier dobló una esquina y esquivó un camión aparcado, obligando a las ruedas de la derecha del VW a subir a la acera. Se encontraban en una callejuela estrecha que conducía al Mercado Nuevo, el centro de los disturbios. No se veía a nadie en ella. Los tumultos habían absorbido a la gente hacia su vórtice, mientras otros se quedaban en sus casas, prefiriendo las pequeñas habitaciones de sus mansiones del siglo XVII a los crudos peligros de la violenta histeria que campaba por las calles, cambiando a personas aparentemente normales en robots que agitaban los puños y otras armas primitivas, dispuestos a atacar y destruir al

Estado que, a través de sus ojos protuberantes e inyectados en sangre, se mostraba en forma de la Policía, hileras y más hileras de guerreros con uniformes azules y cascos blancos, máquinas no humanas de opresión. Vieron que los antidisturbios custodiaban la salida de la calle y que se alzaba una mano enguantada para detener el coche. De Gier bajó el cristal de su ventanilla y mostró su tarjeta.

La cara bajo el casco no le resultaba familiar y de Gier pudo leer las palabras en la placa prendida en la guerrera del hombre. «La Haya», rezaba la placa.

—¿Son de La Haya? —preguntó de Gier, sorprendido.

—Sí, sargento, hemos venido aquí unos cincuenta. Nos trasladaron rápidamente esta mañana.

—Policía de La Haya —repitió de Gier, sin salir de su sorpresa—. ¿Qué nos queda por ver?

—Rotterdam, supongo —dijo el policía—. Hay muchas ciudades en Holanda. Venimos todos para ayudarles en un día tan agradable como este. Basta con que ustedes lo digan. ¿Desean pasar?

—Sí —contestó de Gier—. Se supone que hemos de investigar un homicidio en el otro lado de la plaza.

El agente meneó la cabeza.

—Yo les dejaré pasar, pero igualmente se quedarán atascados. El cañón de agua acaba de cargar contra la multitud y la gente está ahora de muy mala leche. Uno de mis colegas ha recibido un ladrillo en plena cara y, al caerse, le pasaron por encima. Pudimos meterle en la ambulancia en el último momento. Tal vez sería mejor que trataran de ir allí a pie.

De Gier se volvió y miró a Grijpstra, que le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Inspirado por la calma de su superior, de Gier asintió y dijo al guardia:

—Aparcaremos el coche aquí.

—Está bien —dijo el guardia, y dio media vuelta.

La multitud se acercaba a ellos, impulsada por una carga de policías invisibles desde el otro lado de la plaza. El guardia se plantó

firmemente sobre sus piernas, levantando el escudo para desviar un ladrillo; un hombre corpulento se abalanzó de pronto hacia adelante y el guardia le golpeó en el hombro con su porra. El golpe produjo un ruido mate y el hombre corpulento se tambaleó. Había ahora una docena de policías entre los detectives y la muchedumbre, y Grijpstra arrastró a de Gier hacia un porche.

—Será mejor que esperemos a que cese la pelea.

Los dos pudieron ver cómo un ladrillo abollaba el techo de su coche.

—¿Un cigarro? —preguntó Grijpstra.

De Gier dijo que no con la cabeza y empezó a liar un cigarrillo. Sus manos temblaban. ¿Qué podía inspirar a aquella gente? Conocía las causas oficiales de los disturbios, como las conocía todo el mundo. El metro, el nuevo medio de transporte de Amsterdam, había progresado con sus túneles hasta aquella parte antigua y protegida del casco de la ciudad, y algunas casas tenían que ser derribadas para abrir paso al monstruo que había de circular por debajo de ellas. Allí habría una estación, en el futuro. La mayoría de los habitantes de Amsterdam aceptaban el metro; tenía que existir para aliviar aquel tráfico imposible que trataba de extenderse a través de las calles estrechas y que contaminaba el aire. Sin embargo, los habitantes del barrio del Mercado Nuevo habían protestado. Querían que la estación se construyera en otro lugar. Habían escrito al alcalde, se habían manifestado a través de la ciudad, habían imprimido decenas de millares de carteles que habían pegado en todas partes, y habían acosado a los funcionarios del Departamento de Obras Públicas. Y el alcalde y sus consejeros habían tratado de apaciguar las protestas. Habían dicho «sí» unas veces y «no» otras veces. Y entonces, un día, la empresa de derribos que había conseguido el contrato en la ciudad apareció súbitamente y empezó a arrasar las casas, y los ciudadanos habían luchado con el personal de la empresa y lo habían ahuyentado, y habían forcejeado también, al principio con éxito, con la policía.

Ahora, los operarios de la empresa de derribos habían vuelto y la policía había hecho un acto de presencia masivo. Los ciudadanos perderían, desde luego. Sin embargo, entretanto se habían organizado. Habían comprado dos transmisores de radio e instalado puestos de vigilancia. Habían coordinado su defensa y alzado barricadas. Llevaban cascos de motorista y se habían armado con palos. Se suponía que incluso contaban con camiones blindados. Pero ¿por qué? Hicieran lo que hicieran, su causa estaba perdida.

Mientras se fumaba su pequeño cigarro, Grijpstra escuchaba el rugido de la multitud. La multitud se encontraba ahora muy cerca, con su morro tan sólo a unos tres metros. Los policías mantenían su terreno, reforzados por un pelotón que había acudido corriendo a través de la calle. Tres guardias se detuvieron al ver a los dos civiles ocultos en el porche, pero la tarjeta policial de Grijpstra les obligó a continuar su camino.

¿Por qué?, pensó Grijpstra, pero conocía la respuesta. No se trataba tan sólo de una protesta contra la construcción de una estación del metro. Siempre había existido violencia en la ciudad. Amsterdam, con su tolerancia respecto a las conductas no convencionales, atrae a gente desquiciada. Holanda es un país convencional y las personas desquiciadas han de instalarse en algún sitio. Lo hacen en la capital, donde los encantadores canales, los miles y miles de casas con gabletes, los cientos de puentes de todas las formas y tamaños, las hileras de viejos árboles, los bares y cafés a la antigua, las docenas de pequeños cines y teatros alientan y protegen a los elementos raros. Las personas desquiciadas son personas especiales. Poseen el genio del país, su afán creador, su deseo de encontrar nuevos caminos. El Estado sonríe y se enorgullece de sus ciudadanos desquiciados. Pero el Estado no aprueba el anarquismo. Impone límites a sus elementos raros.

La zona del Mercado Nuevo es muy rara. Y ahora, cuando los raros trataban de discutir la elección de una estación del metro por parte del Estado, y su argumento salía perdedor, con lo que se pasaba a la violencia, el Estado perdía su sonrisa y mostraba su

fuerza, la fuerza de la policía municipal con sus uniformes azules y la policía militar con sus uniformes negros, una policía vistosa con sus galones blancos y plateados, y reforzada con cascos de acero y porras, respaldada por coches blindados y transportes mecánicos, equipada con cañones de agua que lanzaban millares de litros de agua a presión contra los vociferantes y barbudos energúmenos que, aquella misma mañana, eran tan sólo artistas y artesanos, poetas o intelectuales en paro, amables proscritos y soñadores inocentes.

De Gier suspiró. Una bolsa de papel llena de detergente había hecho explosión en la calzada de la calle. El lado derecho de su bien cortado traje azul, obra de un sastre turco barato, quedó manchado por aquella sustancia blanca y pegajosa. De Gier era un hombre elegante, que se enorgullecía de su apariencia. Era también un hombre guapo, y no le gustaba sentir la presencia de aquel polvillo en su bigote. Parte de él debía de llenar también sus cabellos espesos y rizados. No le agradaba la idea de lucir un bigote blanco durante el resto del día. Grijpstra se echó a reír.

—A ti también te ha alcanzado —observó de Gier.

Grijpstra examinó sus pantalones, pero no le importó lo que vio. Todos sus trajes tenían el mismo aspecto, llenos de bolsas y confeccionados con tela inglesa de finas rayas blancas sobre fondo azul. El traje era viejo, como lo era la corbata gris, y desde luego no lamentaría su pérdida. Su camisa era nueva, pero la policía le pagaría otra si hacía constar la pérdida en un informe. Grijpstra se apoyó en una puerta, al fondo del porche, y se llevó las manos al estómago. Su aspecto no podía ser más plácido.

—Deberíamos intentar abrírnos paso —sugirió de Gier—. Aquella señora nos estará esperando.

—Dentro de unos momentos —repuso Grijpstra—. Si lo intentamos ahora, seremos carne de ambulancia. Si esos gamberros no nos ponen la mano encima, lo harán los policías. No perderán tiempo examinando nuestros documentos. Ellos también están nerviosos.

De Gier siguió fumando y escuchando. Al parecer, la lucha se había desplazado. Los gritos y los golpes resonaban algo más lejos.

—Ahora —dijo, y atravesó la calle.

Los guardias les dejaron pasar. Cruzaron corriendo la plaza y esquivaron una moto con sidecar que se dirigía hacia ellos. El sargento que ocupaba el sidecar golpeaba el flanco metálico de su vehículo con su porra de caucho. Su cara había sido arañada por las uñas de una mujer y la sangre había manchado su guerrera. El agente que conducía la moto estaba cubierto de polvo gris y el sudor corría por su cara.

—¡Policía! —gritó Grijpstra con voz de trueno.

La moto efectuó un viraje y cargó contra el grupo que había empezado a formarse detrás de los detectives.

Grijpstra cayó al suelo. Dos muchachos, de menos de veinte años, le habían oído gritar «Policía» y los dos atacaron al mismo tiempo, coceando las espinillas del brigada. De Gier actuó con rapidez, pero no con la suficiente. Golpeó al muchacho más cercano en la barbilla y el joven suspiró y se derrumbó. El otro muchacho había sido golpeado con el mismo movimiento, no por el puño del sargento de Gier, sino por su codo. La aguda punta del codo dio en la cara del joven, y este emprendió la fuga, aullando de dolor.

—¿Estás bien? —preguntó de Gier, ayudando a Grijpstra a levantarse.

Siguieron corriendo, pero ahora se interponía en su camino una furgoneta blindada, y un chorro de agua los alcanzó por detrás. De Gier cayó. El cañón de agua cambió de posición y apuntaba al corpulento Grijpstra cuando el guardia que lo manejaba vio las franjas rojas de la tarjeta policial que el brigada agitaba.

—¡Lárguense! —gritó un oficial de policía a los dos detectives—. ¿Qué coño están haciendo aquí? ¡Aquí no queremos a nadie de la secreta!

—Lo siento, señor —contestó Grijpstra—. Nos han llamado desde el Canal de la Arboleda, y este es el único camino para llegar allí.

—¡Pues que esperen! —rugió el inspector, pálida de miedo su cara juvenil.

—No puede ser. Homicidio.

—¡Está bien, está bien! Les proporcionaré una escolta, aunque no puedo prescindir de nadie. A ver, ¡usted y usted! Acompañen a esos hombres. Son de los nuestros.

Dos corpulentos policías militares respondieron a la orden, ambos con trencillas arrancadas colgando de sus hombreras.

—¡Leche! —dijo el más cercano de los dos—. Hoy hemos tenido de todo excepto disparos, y acabaremos teniéndolos si esto dura mucho más.

—¿Nadie ha sacado la pistola hasta el momento? —preguntó Grijpstra.

—Sí, uno de nuestros jovencitos —contestó el policía militar—, pero entre todos lo calmamos. Su compañero había recibido un ladrillazo en la cara, cosa que le trastornó un poco. Finalmente, tuvimos que quitarle la pistola, pues decía que quería disparar contra el tipo que tumbó a su amigo.

Grijpstra se disponía a decir algo positivo, pero les alcanzó una bolsa de detergente y, durante un buen rato, no pudo ver nada.

—Vaya porquería, ¿verdad? —comentó el policía militar—. Deben de tener toneladas de esos malditos polvos. Atrapamos a un hombre en un tejado que utilizaba una catapulta; fue nuestro primer prisionero. Me gustará ver la acusación que pondremos en el informe. La próxima vez nos saldrán con ballestas y con catapultas mecánicas para lanzar piedras. ¿Ha visto sus camiones blindados?

—No —contestó de Gier—. ¿Dónde están?

—Afortunadamente, nos apoderamos de ellos, de los dos. Uno no puede hacer nada cuando cargan contra ti. Un amigo mío tuvo que arrojar al canal para escapar. La gente se divirtió mucho.

—¿Atraparon al conductor?

—Desde luego. Yo mismo lo saqué de la cabina; tuve que romper el cristal de la ventanilla, pues se había encerrado dentro. Ese informe pienso escribirlo yo mismo. Le caerán tres meses.

—Un día agradable —dijo Grijpstra—. Debemos seguir nuestro camino. Hay una señora que nos espera.

Se presentaron ante la señora diez minutos más tarde. Sólo se vieron metidos en una pelea más. Grijpstra recibió un mordisco en la mano, pero de Gier le libró de la mujer tirando de los cabellos de esta. Los policías militares arrestaron a la atacante, cuya dentadura postiza se le cayó cuando la metían en una furgoneta. Recogieron la dentadura y la arrojaron también dentro del vehículo.

2

EL CANAL DE LA ARBOLEDA no es muy ancho, está flanqueado por dos muelles estrechos y le proporcionan sombra unas hileras de olmos, que, en aquella tarde de primavera, filtraban la luz a través de su aureola de hojas frescas y de color verde pálido. Sus hermosas casas antiguas, que se soportan entre sí para compensar su avanzada edad, se reflejan en las aguas del canal, y cualquier turista que se desvíe de los caminos más transitados y se encuentre de pronto en la paz secular de este lugar semioculto estará de acuerdo en que Amsterdam tiene todo el derecho a jactarse de su belleza.

Sin embargo, nuestros detectives no estaban de humor para apreciar la belleza. A Grijpstra le dolían las espinillas y la herida que tenía en la mano presentaba un feo aspecto. Sus cabellos cortos e hirsutos habían quedado blanqueados por el detergente, y su chaqueta había sido rasgada por un asaltante cuya presencia no había advertido en ningún momento. De Gier cojeaba junto a él, y dirigió una mueca amenazadora a un policía que les ordenó que siguieran circulando. No había presencia de personal civil, puesto que el canal no ofrecía espacio para las multitudes, pero la policía había cerrado su entrada a fin de impedir el acceso a la plaza del Mercado Nuevo. Se habían instalado apresuradamente vallas pintadas de rojo y blanco, y la policía antidisturbios vigilaba las barreras, mirando fijamente a los curiosos que, en silencio, se acercaban a ellos y les devolvían la mirada. Sin embargo, no había

nada que ver, ya que los combates de la plaza quedaban ocultos por las altas casas rematadas por gabletes. La atmósfera del canal era densa, cargada de violencia y suspicacia, y los policías, obligados a permanecer inactivos, rompían el silencio golpeándose las botas altas con sus porras. A lo lejos, podían oírse los motores de los camiones y las motocicletas, así como el silbido del cañón de agua y los gritos de los combatientes, que llegaban a sofocar el fragor de las máquinas. La demolición continuaba, ya que las casas tenían que ser derribadas, cuanto antes mejor, y las grúas, las excavadoras y los martillos y perforadoras neumáticos añadían su estruendo a la algarabía general.

—Somos policías, amigo —dijo de Gier al guardia, y le enseñó su credencial, que había quedado arrugada en su caída.

—Perdone, mi sargento —dijo el guardia—, pero hoy no confiamos en nadie. ¿Cómo van las cosas allí?

—Estamos ganando —contestó Grijpstra.

—Siempre ganamos —dijo el guardia—. Resulta aburrido. Prefiero seguir los partidos de fútbol.

—Número cuatro —anunció de Gier—. Hemos llegado.

El guardia se alejó, golpeando la barandilla de hierro del canal con su porra, y Grijpstra contempló la casa de cuatro pisos, que era el número cuatro si había que dar crédito a la cifra netamente pintada junto a la puerta principal. «Rogge», rezaba otro rótulo.

—Hemos necesitado tres cuartos de hora para llegar aquí —comentó de Gier—. Hoy en día, ofrecemos un servicio espléndido, y se supone que aquí hay un hombre muerto y con la cara ensangrentada.

—Tal vez no sea así —repuso Grijpstra—. Ya sabes que la gente siempre exagera. El brigada Geurts me comentaba hoy que la noche pasada lo llamaron para investigar un suicidio, y que, cuando llegó a la dirección que le dieron, la vieja se estaba zampando unas tostadas acabadas de preparar, con arenque crudo sobre ellas, y además había distribuido cebolla picada sobre el arenque. Había

cambiado de parecer. Al fin y al cabo, la vida no le resultaba tan desagradable.

—Un hombre con la cabeza ensangrentada no puede cambiar de parecer —observó de Gier.

Grijpstra asintió con la cabeza.

—Cierto. Y este no será un suicida.

Tocó el timbre. No hubo respuesta. Llamó de nuevo. La puerta se abrió. El pasillo estaba a oscuras y no pudieron ver a la mujer hasta que cerraron la puerta detrás de ellos.

—Arriba —dijo la mujer—. Yo subiré primero.

Recorrieron otro pasillo en la segunda planta y la mujer abrió la puerta de una habitación que daba al canal. El hombre yacía en el suelo, boca arriba, con la cara destrozada.

—Muerto —dijo la mujer—. Era mi hermano, Abe Rogge.

Grijpstra apartó suavemente a la mujer y se detuvo para contemplar la cara del difunto.

—¿Sabe lo que ocurrió? —preguntó. La mujer se tapó la cara con las manos y Grijpstra le rodeó los hombros con un brazo—. ¿Sabe usted algo, señorita?

—No, no. Entré y ahí estaba él.

Grijpstra miró a de Gier y le indicó un teléfono con su mano libre. De Gier marcó un número. Grijpstra retiró el brazo de los hombros de la mujer y cogió el teléfono que de Gier le ofrecía con una mano flácida.

—Llévatela afuera —murmuró—, y no mires el cadáver. Tomad un poco de café los dos. He visto una cocina abajo. Me reuniré con vosotros allí.

De Gier tenía la cara blanca como una sábana cuando acompañó a la mujer fuera del cuarto, y tuvo que apoyarse un momento en el marco de la puerta. Grijpstra sonrió. Había visto esta escena otras veces. El sargento era alérgico a la sangre, pero no tardaría en reponerse.

—La cabeza de este hombre está hecha papilla —dijo por teléfono—. Haga lo que deba hacer y envíenos al commissaris.

—¿No están ustedes en la zona de los disturbios? —preguntó la sala central de radio—. Nunca conseguiríamos llegar allí con los coches.

—Obtenga una lancha de la Policía Fluvial —dijo Grijpstra—. Eso es lo que deberíamos haber hecho nosotros. Sobre todo, hablen con el commissaris. Está en su casa.

Colgó el teléfono y se metió las manos en los bolsillos. Las ventanas de la habitación estaban abiertas y los olmos del canal enmarcaban un cielo azul pálido. Descansó un rato sus ojos, posando su mirada en aquellas hojas tiernas, de un verde delicado, y admirando un mirlo que, indiferente a la cargada atmósfera que lo circundaba, había empezado a cantar. Un gorrión se posó en la repisa de la ventana y contempló el cadáver, con su diminuta cabeza inclinada a un lado. Grijpstra se acercó a la ventana. El mirlo y el gorrión emprendieron el vuelo, huyendo, pero las gaviotas siguieron planeando hacia la superficie del canal, buscando desechos y peces muertos. Era el comienzo de un atardecer de primavera en el que el ocupante de aquella habitación no tendría parte alguna.

¿Cómo?, pensó Grijpstra. La cara de aquel hombre era un amasijo de huesos rotos y sangre espesa, de un rojo brillante. Un hombre corpulento, tal vez de unos treinta años. Iba vestido con pantalones vaqueros y una cazadora azul. Un grueso collar de oro rodeaba su cuello musculoso, y su piel estaba curtida por el sol. Ha estado de vacaciones, pensó Grijpstra, y probablemente acaba de regresar. España, África del Norte tal vez, o una isla en alguna parte. Debe de haber estado expuesto al sol durante semanas. Nadie consigue este color en una primavera holandesa. Observó el cabello corto, amarillo y rizado, casi blanco a causa del sol, y la barba, que tenía exactamente la misma textura. Los cabellos se amoldaban a la cabeza como si fueran un casco. Un tipo forzado, pensó Grijpstra, capaz de levantar un caballo. Muñecas gruesas, brazos musculosos.

Se agachó, contempló de nuevo la cara del muerto y después empezó a revisar la habitación. Al no encontrar lo que estaba buscando, la recorrió de un lado a otro, cuidadosamente, siempre con las manos en los bolsillos. Pero no había allí ningún ladrillo, ninguna piedra. Le había parecido una solución simple y directa. El hombre se asoma a la ventana. Disturbios afuera. Alguien lanza un ladrillo. El ladrillo hace impacto en la cara del hombre. El hombre se desploma de espaldas. El ladrillo cae en la habitación. Pero no había en ella ningún ladrillo. Fue hasta la ventana y contempló la calle. Seguía sin ver ningún ladrillo. El policía con casco que les había detenido unos minutos antes estaba apoyado en un árbol, contemplando el agua.

—¡Oiga, usted! —gritó Grijpstra. El policía miró en su dirección—. ¿Han tirado piedras por aquí esta tarde?

—¡No! —gritó el guardia a su vez—. ¿Por qué?

—Este tipo de aquí tiene la cara destrozada; pudo haber sido una piedra.

El guardia se rascó la nuca.

—Se lo preguntaré a los otros —contestó al cabo de un rato—. Yo no he estado aquí toda la tarde.

—Es posible que la piedra haya rebotado en la cara de este hombre y haya caído de nuevo a la calle. ¿Quiere hacer el favor de llamar a unos cuantos compañeros y registrarme la calle?

El guardia hizo un gesto afirmativo con la mano y echó a correr. Grijpstra dio media vuelta. Pudo haber sido un arma, desde luego, o tal vez incluso un puño. Varios puñetazos, tal vez. Nada de cuchillos. ¿Un martillo? Un martillo tal vez, pensó Grijpstra, y se sentó en la única silla que pudo ver, un gran sillón de mimbre con un respaldo alto. Había visto un sillón similar en el escaparate de una tienda unos días antes, y recordaba el precio. Un precio muy alto. También la mesa de la habitación era cara, antigua y maciza, con un solo pie ornamental. Había un libro sobre la mesa, un libro francés. Grijpstra leyó el título. *Zazie dans le métro*. En la cubierta había un dibujo de una niña. Una niña que posiblemente tenía una aventura

en el metro. Grijpstra no leía el francés. No había mucho más que ver en la habitación. Una mesita baja con un teléfono, un listín telefónico y unos cuantos libros franceses más que formaban una pila en el suelo. Las paredes estaban desnudas, con la excepción de una pintura de gran tamaño y sin enmarcar. Estudió el cuadro con interés, y necesitó algún tiempo para poner nombre a lo que vio. La pintura parecía consistir, simplemente, en una gran mancha negra, o una constelación de puntos en un fondo de azules, pero finalmente decidió que debía de tratarse de una embarcación. Una embarcación pequeña, una canoa o un esquife, que flotaba en un mar fluorescente. Y había dos hombres en ella. La pintura no era tan triste como le había parecido a primera vista. La fluorescencia del mar, indicada por las franjas blancas junto a la barca, que continuaban en su estela, sugería una cierta alegría. El cuadro le impresionó y siguió contemplándolo. Otros objetos de la habitación llamaron su atención por un momento, pero aquella pintura siempre volvía a captarlo. Si no hubiera estado allí el cadáver, dominando el espacio con su presencia impresionante y grotesca, la habitación hubiera sido un ambiente perfecto para el cuadro. Grijpstra tenía un cierto talento pictórico, y pensaba dedicarse un día seriamente a la pintura. En su juventud había pintado, pero el matrimonio y la familia que de pronto empezó a proliferar a su alrededor, así como la casa pequeña e incómoda de la Lijnbaansgracht, frente a la Jefatura de Policía, sumida en el holocausto de un televisor que su sorda esposa jamás apagaba, y la obesa y omnipresente existencia de aquella mujer fofa que le chillaba a él y a los chiquillos, habían frustrado y casi matado su ambición. ¿Cómo pintaría él una barquita, flotando solitaria en un mar inmenso? Utilizaría más color, pensó Grijpstra, pero más color estropearía aquel ensueño. Porque aquella pintura era un ensueño, un ensueño soñado simultáneamente por dos amigos, dos hombres suspendidos en el espacio, trazados como dos pequeñas estructuras lineales y entrelazadas.

Estiró las piernas, se inclinó hacia atrás y respiró ruidosamente. Era una habitación en la que él podría vivir. La vida se convertiría en un placer, pues un día difícil nunca sería tal si supiera que podía regresar a esa habitación. Y el muerto había vivido en ella. Suspiró de nuevo, con un suspiro que se convirtió en un sordo gruñido. Examinó la cama baja situada junto a la ventana. Había en ella tres sacos de dormir, uno con la cremallera cerrada y dos con la cremallera abierta. El hombre debía de dormir en el primero y utilizar los otros dos para taparse en caso necesario. Muy sensato. Ningún problema con las sábanas. Si un hombre quiere sábanas, necesita una mujer. La mujer ha de hacer la cama y cambiar las sábanas, y ocuparse de las otras cien mil cosas que un hombre cree necesitar.

A Grijpstra le hubiera gustado dormir en un catre y taparse con un saco de dormir sin abrirlo. Por la mañana, bastaría con levantarse y dejar la cama tal como estaba. Nada de aspiradora. Barrer la habitación una vez por semana. Nada de televisión. Nada de periódicos. Tan sólo unos cuantos libros, tal vez, y unos cuantos discos, pero no muchos. No conviene comprarlo todo. Lo que uno atrae hacia sí se le queda pegado de por vida. Tal vez invitara a una mujer a aquella habitación, claro, pero sólo en el caso de estar absolutamente seguro de que ella se marcharía otra vez, y de que jamás se pondría horquillas de plástico en los cabellos y dormiría con ellas. Se tocó la cara. Había un arañazo que había recibido antes de abrirse camino a través de la tumultuosa multitud. La señora Grijpstra le había arañado la cara con una de sus horquillas; había dado media vuelta en la cama y él había gritado de dolor, pero ella ni siquiera se había despertado. El grito de él había interrumpido el ronquido de ella a medio camino, y ella había chasqueado entonces los labios unas cuantas veces, para rematar después el ronquido. Y cuando él la había sacudido agarrándola por el hombro, ella había abierto un ojo soñoliento y le había ordenado que se callara. Y nada de críos. Ya hay bastantes críos en Holanda.

—Qué coño... —dijo ahora en voz alta, pero no se molestó en terminar la frase.

Se había embrollado de una manera tan gradual que nunca le había sido posible detenerse y tratar de liberarse. La chica le había parecido muy bien cuando se cruzó en su camino, y también los padres de ella, y él empezaba a hacer carrera en la policía, de modo que todo iba viento en popa. Su hijo mayor se había convertido progresivamente en un gamberro, con cabellos largos y sucios, unos dientes prominentes y una motocicleta reluciente y chillona. Los dos pequeños eran todavía muy agradables. Los quería. De esto no cabía la menor duda. No los dejaría. Por consiguiente, no podía tener una habitación como esa. Todo era perfectamente lógico. Contempló de nuevo el cadáver. ¿Había entrado alguien y golpeado al gigante con un martillo, en pleno rostro? ¿Y el gigante se había quedado quieto, viendo cómo bajaba el martillo y recibiendo todo su impacto en la nariz, sin tratar siquiera de defenderse? ¿Borracho tal vez? Grijpstra se levantó y se asomó a la ventana. Tres agentes registraban los adoquines con la ayuda de sus largas porras.

—¿Encuentran algo?

Alzaron la mirada.

—Nada.

—¿Han averiguado algo sobre el lanzamiento de piedras?

—Sí —contestó el agente que se encontraba antes allí—. En este sector ha habido tranquilidad todo el día. A nosotros sólo nos han puesto aquí para impedir que la gente fuese al lugar de los disturbios.

—¿Han dejado pasar a alguien?

Los policías se miraron entre sí, y después el primero volvió a alzar la vista hacia Grijpstra.

—A muchos. A todos los que tenían algo que hacer en este barrio.

—¡Aquí han matado a un hombre! —gritó Grijpstra—. ¿Han visto a alguien que merodease por aquí? ¿O que se comportase de una manera rara?

Los guardias dijeron que no con la cabeza.

—Gracias —exclamó Grijpstra, retirándose de la ventana.

Volvió a sentarse y cerró los ojos, con la intención de saborear la atmósfera de la habitación, pero sumiéndose poco a poco en el sueño. Le despertó el rumor de un motor de embarcación. Se asomó y vio que una lancha de la Policía Fluvial atracaba en el canal. Desembarcaron media docena de hombres, precedidos por el commissaris, un caballero de avanzada edad y aspecto elegante. Grijpstra les hizo una señal con la mano y los hombres se dirigieron hacia la puerta de la casa.

—Excelente café —había estado diciendo de Gier entretanto—. Muchísimas gracias. Usted también ha de beber un poco, lo necesita. Por favor, dígame lo que ha ocurrido. ¿Se encuentra bien ahora?

La mujer, sentada al otro lado de la mesa de la cocina, trató de sonreír. Era una mujer esbelta, con cabellos oscuros, peinados en un moño, y vestida con pantalones negros y una blusa negra con un collar de pequeñas conchas rojas. No llevaba ningún anillo.

Yo soy su hermana —dijo—. Esther Rogge. Llámeme Esther, se lo ruego, pues todos lo hacen. Hemos vivido aquí durante cinco años. Yo tenía un apartamento, pero Abe compró esta casa y quiso que viniese a vivir con él.

—Usted cuidaba de su hermano —dijo de Gier—. Comprendo.

—No. Abe no necesitaba que nadie se ocupara de él. Sólo compartíamos la casa. Yo tengo la primera planta y él la segunda. Ni siquiera comíamos juntos normalmente.

—¿Y por qué no? —preguntó de Gier, encendiéndole el cigarrillo.

La mujer tenía unas manos largas, sin esmalte en las uñas, una de las cuales estaba rota.

—Preferíamos no interferir el uno en la vida del otro. Abe tenía bien provista la nevera y se limitaba a comer cuando se le antojaba. Si por casualidad nos encontrábamos los dos aquí, a veces yo le preparaba algo, pero él nunca me pedía que lo hiciera.

Frecuentemente comía fuera de casa. Vivíamos nuestras propias vidas.

—¿Qué hacía él para ganarse la vida? —preguntó de Gier.

Esther trató de nuevo de sonreír. Su cara todavía estaba pálida y las sombras bajo sus ojos destacaban como manchas de color purpúreo, pero su boca había vuelto a cobrar un poco de vida y ya no era una hendidura en una máscara.

—Era buhonero, vendía cosas en la calle. En el mercado callejero, el Mercado Albert Cuyp. Supongo que usted conoce el Albert Cuyp...

—Sí, señorita.

—Por favor, llámeme Esther. A veces yo iba a verle al Albert Cuyp. También le había ayudado allí cuando yo tenía un día libre. Vendía collares y toda clase de telas, así como lanas e hilos y trencillas de colores. Lo vendía a quienes les gusta hacer cosas por su cuenta.

—Gente creativa —observó de Gier.

—Sí. Ahora está de moda ser creativo.

—¿Y dice que su hermano compró esta casa? Debió de costarle bastante dinero... ¿o tal vez consiguió una hipoteca cuantiosa?

—No, la casa es totalmente suya. Ganó mucho dinero. No se limitaba a vender cosas en la calle, sino que además hacía negocios al por mayor. Iba a menudo a Checoslovaquia con un camión y compraba cuentas para collares a toneladas, directamente de fábrica, y después las vendía a otros buhoneros y también a los grandes almacenes. Además, compraba y vendía otras cosas. Lo del mercado callejero era para divertirse, y sólo iba allí los lunes.

—¿Y usted? ¿Qué hace usted?

—Trabajo en la universidad; soy licenciada en literatura.

De Gier se mostró impresionado.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Esther.

—De Gier. Sargento de detectives de Gier. Rinus de Gier.

—¿Puedo llamarle Rinus?

—Se lo ruego —contestó de Gier, sirviéndose un poco más de café—. ¿Tiene idea de por qué ha ocurrido esto? ¿Cree que tiene alguna relación con los disturbios?

—No —contestó ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y de Gier le cogió una mano.

—Le arrojaron algo —dijo el commissaris, contemplando el cadáver—. Con fuerza, con una fuerza considerable. A juzgar por el impacto, casi es para creer que le dispararon algo. Tal vez una piedra. Pero ¿dónde está?

Grijpstra explicó lo que había podido deducir de momento a partir de sus investigaciones.

—Comprendo —dijo el commissaris, pensativo—. No hay piedra, dice usted. Y ningún rastro de ladrillo, por lo que veo. En la plaza del Mercado Nuevo estaban tirando ladrillos, según me han dicho. Ladrillos rojos. Se rompen y se pulverizan cuando chocan con algo. Aquí, no hay polvillo rojo en el suelo. Sin embargo, pudo haber sido una piedra corriente, y cabe que alguien la haya encontrado y la haya arrojado al canal.

—En ese caso, se habría oído el chapoteo, señor, y la calle ha estado patrullada durante todo el día.

El commissaris se echó a reír.

—Sí. Un caso de homicidio y hemos estado ante él, durante todo el día, sin darnos cuenta de nada. Un caso peculiar, ¿no le parece?

—Sí, señor.

—Y no puede llevar muerto mucho tiempo. Unas horas, pero no más. Yo diría que unas pocas horas. Dentro de poco llegará aquí el doctor, la lancha ha regresado para recogerle. Él lo sabrá. ¿Dónde está de Gier?

—Abajo, señor, hablando con la hermana de este hombre.

—¿No ha podido resistir la visión de la sangre, verdad? ¿Usted cree que algún día llegará a acostumbrarse a ella?

—No, señor, sobre todo si se le obliga a mirarla durante algún tiempo. Nos encontramos en pleno jaleo en la plaza y él hizo una buena demostración de combate, y no le importó ver la sangre en mi mano, pero si la sangre se combina con la muerte parece ser que le resulta excesiva. Le hace vomitar. Lo mandé abajo, con el tiempo justo para evitarlo.

—Todo hombre tiene sus propios temores —comentó el commissaris a media voz—. Sin embargo, me pregunto qué ha podido causar todo esto. No pudo haber sido un proyectil, puesto que no hay agujero, pero al parecer todos los huesos de la cara han quedado triturados. ¡Oiga! ¿Quién es usted?

Había visto a un hombre que atravesaba el pasillo ante la puerta, un joven que ahora entró en la habitación.

—Louis Zilver —dijo el joven.

—¿Qué hace usted aquí?

—Vivo aquí. Tengo una habitación arriba.

—Nosotros somos policías que investigamos la muerte del señor Rogge, aquí presente. ¿Podemos subir a su habitación? Los fotógrafos y los periodistas querrán echarle un vistazo, y podemos aprovechar la oportunidad para hacer unas cuantas preguntas.

—Desde luego —contestó el joven.

Siguieron a Zilver, subiendo un tramo de estrechos escalones, y entraron en una habitación espaciosa. El commissaris se acomodó en el único sillón, Grijpstra se sentó en la cama y el joven lo hizo en el suelo, enfrentándose a ambos.

—Soy un amigo de Abe y de Esther —explicó Louis—. Llevo casi un año viviendo en esta casa.

—Prosiga —invitó el commissaris—. Díganos todo lo que sepa. Acerca de la casa, de lo que pasaba en ella, y de lo que hace cada uno. Nosotros no sabemos nada. Acabamos de llegar. Pero, ante todo, me gustaría que me dijera si sabe cómo murió Abe y dónde estaba usted en aquel momento.

—Estaba aquí —contestó Louis—. He estado todo el día en casa. Abe todavía vivía a las cuatro de esta tarde. Estaba entonces

aquí, precisamente en esta habitación. Y no tengo idea de cómo murió.

—Prosiga —dijo el commissaris amablemente.

3

LA HABITACIÓN de Louis Zilver estaba casi tan desnuda como la del difunto en el piso inferior, pero tenía una calidad diferente. El commissaris, que no había pasado tanto tiempo como Grijpstra con el cadáver de Abe Rogge, no advirtió la diferencia. Vio, simplemente, otra habitación en la misma casa, una habitación con un suelo de madera desnuda y amueblada con una cama pulcramente hecha y un gran escritorio de tipo americano, en el que había diferentes compartimientos llenos de papeles en sobres de plástico transparente, y una librería que cubría toda una pared. Grijpstra definió la diferencia como una diferencia entre «pulcro» y «desordenado». Zilver debía de ser un hombre organizado, o, mejor dicho, un joven organizado, ya que no tendría mucho más de veinte años. Grijpstra observó a Louis, sentado pacientemente en el suelo ante sus interrogadores, y se fijó en aquellos ojos grandes y oscuros, casi líquidos, en la nariz delicadamente ganchuda, en el tono oliváceo del color de la piel tensada sobre los altos pómulos, y en los cabellos largos y de un negro azulado. Louis esperaba y, mientras tanto, apenas hacía algo. Había cruzado las piernas y encendido el cigarrillo después de colocar un cenicero en un lugar conveniente, para que el commissaris y Grijpstra pudieran arrojar en él la ceniza de sus cigarrillos. El cenicero fascinaba a Grijpstra. Era un cráneo humano, moldeado en plástico, en el que se había dejado un gran agujero donde encajaba una taza de plata.

—Brrr —hizo Grijpstra—. ¡Vaya cenicero!

Louis sonrió. La sonrisa fue arrogante, condescendiente.

—Lo hizo un amigo mío. Es escultor. En realidad, se trata de una tontería, pero es útil y por eso lo he conservado. Y el significado es obvio. *Memento mori*.

—¿Por qué lo tiene si cree que es una tontería? —preguntó el commissaris—. Pudo haberlo tirado y utilizado un plato en vez de esto.

El commissaris, que se había pasado el día en la cama para aliviar el dolor en sus piernas que le había convertido casi en un inválido durante las últimas semanas, se estaba frotando la pierna derecha. Los pinchazos de su reuma agudo y crónico, semejantes a los de agujas candentes, hacían temblar sus labios exangües. El commissaris tenía un aspecto muy inocente. Su traje de shantung, completo, con chaleco y cadena de reloj, parecía demasiado holgado para su cuerpo pequeño y reseco, y su rostro arrugado, con el cabello escaso y descolorido, cuidadosamente cepillado, expresaba una discreta exactitud.

—Ese hombre es amigo mío, y a menudo viene aquí. Pienso que le sabría mal ver que no utilizo su obra de arte. Además, no me importa tenerla por ahí. El mensaje del cráneo puede ser obvio, pero no deja de ser cierto. La vida es corta, aprovecha los días y todo eso...

—Sí —admitió el commissaris—. Hay en la casa un hombre muerto, para demostrar que estos dichos son ciertos.

El commissaris se interrumpió para escuchar los rumores procedentes del piso bajo. Se oían pisadas que subían y bajaban los escalones sin alfombra. Los fotógrafos estarían montando sus equipos y el médico se dispondría a comenzar su examen. Un inspector jefe uniformado, con la guerrera húmeda y manchada de detergente, irrumpió en la habitación. El commissaris se levantó.

—Señor —dijo el inspector jefe—, ¿podemos ayudarle en algo?

—Creo que por hoy han hecho ustedes lo suficiente, —repuso el commissaris amablemente.

—En la plaza no tenemos ningún muerto —dijo el inspector jefe—. Al menos por el momento.

—Pues aquí tenemos uno, un piso más abajo. Le hicieron polvo la cara, golpeándola con una piedra o algo por el estilo, pero no podemos encontrar la piedra, ni nada que se le parezca, en su habitación.

—Es lo que me han estado explicando mis agentes. Tal vez su hombre fuese un reaccionario, alguien a quien esa turba roja de las calles hubiese odiado.

—¿Lo era? —preguntó el commissaris a Louis Zilver.

Este hizo una mueca.

—¿Lo era?

—No —contestó Louis, apagando cuidadosamente su cigarrillo en el recipiente de plata del cráneo—. Abe no sabía ni qué es la política. Él era un aventurero.

—A los aventureros se les mata por muy diversas razones —dijo el inspector jefe, golpeándose impacientemente la bota con su porra—. ¿Puedo servirle en algo, señor?

—No —contestó el commissaris—, no, puede marcharse. Espero que la situación esté mejorando en la plaza.

—Pues no es así —dijo el oficial—. Está empeorando. Ahora acude gente de fresco, jóvenes idiotas que llegan para gritar y bailar. Será mejor que vuelva allí.

Grijpstra observó el rostro de Louis cuando el oficial abandonó el cuarto. Louis estaba enseñando los dientes como lo hace un mono cuando se siente amenazado.

—Parece como si estuviera usted disfrutando —observó Grijpstra.

—Siempre es agradable ver que se le propina una paliza a la policía —respondió Louis en voz baja.

Grijpstra se contrajo, pero el commissaris hizo en seguida un gesto.

—Olvidemos por unos momentos el Mercado Nuevo. Háblenos del incidente en esta casa. ¿Qué sabe usted al respecto?

Louis había encendido un nuevo cigarrillo y lo chupaba con afán.

—Esther encontró el cadáver más o menos a las cinco de esta tarde. Gritó. Yo estaba aquí, en mi habitación. Bajé en seguida por la escalera. Le dije que telefonease a la policía. Abe había estado en mi habitación una hora antes de que Esther lo encontrase. Estaba aquí mismo, hablando conmigo. En aquel momento no parecía que hubiera de ocurrirle nada.

—¿Cuál es su relación con Abe y Esther?

—Soy un amigo. A él lo conocí en el mercado, en el Albert Cuyp. En cierta ocasión le compré una buena cantidad de cuentas, y seguí visitándolo para comprar más. Pretendía hacer una estructura, una figura abstracta que pensaba colgar del techo. Abe se interesó por lo que yo hacía y vino a verme allí donde vivía yo entonces. Tenía una habitación incómoda, pequeña, sin servicio, sin una luz adecuada. Él iba a comprar esta casa y sugirió que me trasladara aquí. Además, solíamos ir a navegar juntos. Su embarcación está afuera, atracada junto a esa gran casa flotante que puede ver desde la ventana. Se trata de un yate pequeño. Él solía salir cuando hacía viento favorable, pero le resultaba difícil manejarlo por su cuenta.

El commissaris y Grijpstra se levantaron para mirar desde la ventana. Vieron la embarcación de plástico, con sus dieciséis pies.

—Está medio llena de agua —observó Grijpstra.

—Sí. Es agua de lluvia. Esto nunca le preocupaba; se limitaba a bombearla cuando quería ir a navegar. Las velas están abajo; sólo se necesitan unos minutos para aparejar la barca.

—¿Y esa casa flotante?

—Está vacía —contestó Louis—. Lleva mucho tiempo en venta. Piden demasiado dinero por ella y está ya medio podrida.

—Alguien pudo haber subido a su tejado y arrojar lo que fuese contra Abe —dijo el commissaris, pensativo—. ¿Por qué no baja, Grijpstra? Tal vez los policías de la calle vieron a alguien en la casa flotante.

—¿Por qué esa observación desagradable que acaba de hacer respecto a la policía? —preguntó el commissaris cuando Grijpstra

hubo salido del cuarto—. Usted dijo a Esther que nos telefoneara cuando encontraron el cadáver, ¿no es así? Por consiguiente, debemos ser útiles, y entonces me pregunto por qué hablar mal de algo que resulta útil.

—Bien había de ocuparse alguien del muerto, ¿no es así? —repuso Louis, y sus ojos centellearon—. No podíamos arrojarlo al canal, pues hubiera contaminado el agua.

—Comprendo. Y entonces llamaron al servicio de recogida de basuras. —Louis bajó los ojos—. Sin embargo, su amigo está muerto, con la cara destrozada. ¿No quiere que capturemos al asesino?

La cara de Louis cambió. Perdió su vivacidad y de pronto se mostró ajada y fatigada. Aquella cara sensitiva se convirtió en un estudio de tristeza, tan sólo animado por el brillo de los grandes ojos.

—Sí —contestó Louis a media voz—. Él ha muerto y nosotros estamos solos.

—¿Nosotros?

—Esther, yo y otros, la gente a la que él inspiraba.

—¿Tenía enemigos?

—No. Sólo amigos. Amigos y admiradores. Muchas personas venían aquí a verle. Celebraba fiestas y todos hacían cualquier cosa para ser invitados. Tenía muchos amigos.

—¿Y en el negocio? ¿Era también popular en los negocios?

—Sí —respondió Louis, contemplando fijamente el cráneo de plástico que tenía ante él—. Era el rey del mercado callejero del Albert Cuyp. Era muy popular. Todos los vendedores de la calle le conocían. Además, le compraban. Sepa que era un gran hombre de negocios. Solíamos traer cargamentos de la Europa Oriental y gran parte del género se vendía en el mercado. Últimamente, nos dedicábamos a la lana, lana para hacer labores y confeccionar alfombras. La lana es hoy en día un género caro.

—¿Nos dedicábamos? —preguntó el commissaris.

—Bueno, sobre todo Abe. Yo sólo ayudaba.

—Háblenos de usted.

—¿Por qué?

—Puede ayudarnos a comprender la situación.

Louis sonrió.

—Sí, ustedes son la policía. Casi lo había olvidado. Sin embargo, ¿por qué he de ayudar yo a la policía?

Grijpstra había entrado en la habitación y había vuelto a sentarse en la cama.

—Debe usted ayudar a la policía porque es un ciudadano —dijo de pronto con voz atronadora—, porque es un miembro de la sociedad. La sociedad sólo puede funcionar cuando existe un orden público. Cuando el orden ha sido alterado, debe ser mantenido de nuevo. Y sólo puede mantenerse si los ciudadanos ayudan a la policía. La tarea de la policía consiste en proteger a los ciudadanos contra ellos mismos.

Louis alzó la vista y se echó a reír.

—¿Cree que esto es divertido? —inquirió Grijpstra, indignado.

—Sí. Es muy divertido. Son frases de libro de texto. Y además mentiras. ¿Por qué debería yo, un ciudadano, beneficiarme de lo que ustedes, en su estupidez, con su obstinación en no pensar, denominan orden público? ¿No podría ser que el orden público fuese el aburrimiento llevado al máximo, un peso oneroso que agarrota a los ciudadanos?

—Su amigo está abajo, muerto, con la cara destrozada. ¿Le satisface eso?

Louis dejó de reírse.

—¿Es usted un estudiante, verdad? —preguntó el commissaris.

—Sí. Estudié Derecho, pero lo abandoné cuando vi hasta qué punto son repugnantes nuestras leyes. Pasé mis exámenes de ingreso, pero no pude ir más allá. Desde entonces, no he pisado la universidad.

—Es una lástima —comentó el commissaris—. Yo también estudié Derecho, y juzgué que era una disciplina fascinante. Todavía es usted muy joven. ¿No quiere terminar sus estudios?

El muchacho se encogió de hombros.

—¿Y por qué? Si llegara a ser abogado, me encontraría en una oficina de un edificio de hormigón, trabajando para una gran empresa, o tal vez incluso para el Estado. No tengo ningún deseo de unirme al *establishment*. Es más ameno gritar en el mercado callejero o conducir un camión a través de la nieve en Checoslovaquia. Y no me interesa el dinero.

—¿Qué haría —preguntó Grijpstra— si alguien le robara la cartera?

—No acudiría a la policía, si es esto lo que quiere saber.

—¿Y si alguien asesinara a su amigo? ¿No diría a Esther que nos telefonara?

Louis se irguió desde su postura sentada.

—Oigan —dijo con voz muy alta—. ¿Quieren hacerme el favor de no filosofar conmigo? No estoy acostumbrado a discutir. Acepto su poder y su intento de mantener el orden en un manicomio, y contestaré todas las preguntas que quieran hacerme, siempre y cuando tengan relación con el asesinato.

—¿Quiere decir que la humanidad consiste en formas sin sentido que andan a tientas? —preguntó el commissaris con expresión soñadora, como si en realidad no hubiera estado escuchando. Estaba contemplando los árboles desde la ventana.

—Sí, lo ha expresado usted muy bien. Nosotros no hacemos nada, pero nos ocurren cosas. Abe acaba de encontrar la muerte, como unos cuantos millones de negros han encontrado la muerte en África Central sólo porque se ha agotado el agua. No hay nada que podamos hacer al respecto. Durante la guerra, a mis abuelos los metieron en un camión de ganado, los llevaron a un campo y los gasearon. O tal vez se limitaron a morir de hambre, o quizás algún tipo de las SS les rompió la cabeza para divertirse. Lo mismo le ocurrió a la familia de Abe y Esther. Los dos Rogge siguieron con vida simplemente porque sobrevivieron; sus vidas no estaban planeadas, como tampoco lo estaban las muertes de los demás. Y los policías son peones en la partida. Mis abuelos fueron detenidos

por la policía porque eran judíos. Por la policía municipal de Amsterdam, no por la policía alemana. Se les decía a estos policías que mantuvieran el orden, como ahora les dicen a ustedes que mantengan el orden. Ese oficial que estaba aquí hace unos minutos se dedica ahora, alegremente, a abollar cabezas en la plaza del Mercado Nuevo, a medio kilómetro de aquí.

—En realidad... —dijo Grijpstra.

—¿Qué quiere decir con eso? —gritó Louis—. ¿Va a explicarme que sólo una parte de la policía trabajó para los alemanes durante la guerra? ¿Y que la mayor parte de sus colegas estaban al lado de la reina? ¿Y la reina qué? ¿Acaso no mandó tropas a Indonesia para romperles la cabeza a los indígenas? ¿Qué hará usted si hay otra guerra? ¿O si se extiende el hambre? Son cosas que pueden pasar en cualquier momento.

Tosió y contempló la cara de Grijpstra, ominosamente, como si quisiera que el brigada se mostrara de acuerdo con él. Después continuó:

—También pueden invadirnos los rusos e imponer el comunismo. Asumirán el gobierno en La Haya y algún ministro les dirá a ustedes que arresten a todos los disidentes. Y ustedes mantendrán el orden. Enviarán guardias de uniformes azules, armados con porras de caucho y pistolas automáticas, tal vez con casco y con carabinas. Harán incursiones bien montadas, con camiones blindados que Moqueen las calles en cada extremo. No es improbable, como saben ustedes. Basta con que salgan y den un vistazo a lo que está ocurriendo en estos momentos en la plaza del Mercado Nuevo.

—¿A quién está culpando? —preguntó el commissaris, echando la ceniza de su cigarro en el cráneo de plástico.

—A nadie —contestó Louis con calma—. Ni siquiera a los alemanes, ni siquiera a los policías holandeses que se llevaron a mis abuelos. Ya les he dicho que las cosas ocurren. Y tampoco culpo a las cosas, pero lo que ocurre es que estas idealizaciones, estos razonamientos, me repugnan. Si quieren ustedes hacer su trabajo, y consideran que su actividad es un trabajo, háganlo, pero

no me pidan que yo aplauda cuando efectúen un arresto. No me importa que lo hagan o no.

—Parece como si desaprobara su propia teoría —repuso el commissaris—. Se niega a hacer lo que le dicen, ¿no es así? No quiere usted participar. Tal vez debiera estar terminando sus estudios para poder incorporarse a la sociedad en el nivel adecuado, pero en cambio trabaja en el mercado callejero y conduce un camión en un país lejano. No obstante, está usted trabajando en pos de algún objetivo. Si en realidad cree lo que dice creer, a mí me parece que usted no debería hacer nada. Debería andar a la deriva, impulsado por las circunstancias de cada momento.

—Exactamente —dijo Louis—. Es lo que estoy haciendo.

—No, no. Tiene usted una cierta libertad, creo yo, y la está utilizando. Está eligiendo deliberadamente.

—Lo intento —admitió Louis, desarmado por la voz suave del commissaris—. Acaso tenga usted razón. Tal vez yo sea libre en cierto modo e intente hacer algo con mi libertad. Sin embargo, ni siquiera valgo mucho para intentarlo. Nunca haría nada por mi propia cuenta. Me estaba pudriendo en una habitación oscura, durmiendo cada día hasta las dos de la tarde y pasando la noche en los bares más estúpidos, cuando Abe me encontró. Me limité a pegarme a Abe. Fue algo que me ocurrió. Prácticamente, él me agarró por el pescuezo y me arrastró consigo.

—¿No ha dicho que estaba haciendo una estructura con cuentas? ¿No lo hacía antes de conocer a Abe?

—Sí, pero no salió nada de ello. Un día lo tiré todo al cubo de la basura. Yo había pretendido crear algo que fuese realmente inusual, una forma humana que se moviera con el viento o con una corriente de aire. Pretendía hacer un cuerpo con alambre de cobre y unir este alambre con finos hilos de plástico, en los que había de colocar las cuentas. El cuerpo brillaría y mostraría vida al moverse, pero no se movería por sí mismo; sólo actuaría cuando jugaran con él unas fuerzas más allá de sus poderes. Por desgracia, no soy un artista.

La idea era buena, pero sólo conseguí unir unos puñados de cuentas y perder un año.

—Está bien —dijo Grijpstra—. Por consiguiente, Abe le sacó de aquel ambiente. Es posible que sacara a otros de otros ambientes. Pero ahora lo han matado. Puede que el asesino quiera matar a otras personas como Abe.

—Tonterías.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído —dijo Louis con dulzura—. Tonterías. Disparates. Abe ha muerto porque alguna fuerza ha movido el brazo de alguien. Se trataba de una fuerza casual, como el viento. No es posible detener el viento.

—Si hay una corriente, podemos encontrar la abertura y cerrarla —repuso el commissaris.

—Pueden meter en la cárcel el instrumento —se obstinó Louis—, pero no pueden encarcelar la fuerza que activó el instrumento. Es algo superior a ustedes y el esfuerzo es absurdo. ¿Por qué iba yo a ayudarles a perder su tiempo? Pueden perderlo por su propia cuenta.

—Comprendo —dijo el commissaris y volvió a contemplar los árboles.

No hacía viento y los últimos rayos del sol se reflejaban en los pequeños espejos oblongos de las hojas jóvenes.

—¿Lo comprende realmente? Usted es un oficial, ¿verdad? ¿Dirige a la policía?

—Soy un commissaris^[1]. Pero si su teoría es correcta, sólo finjo dirigir un juego de sombras chinescas que no existen en realidad. No es usted original, pero probablemente sabe que no lo es. Otras personas han pensado lo que piensa usted ahora. Platón, por ejemplo, y otros antes que él.

—Han existido sombras inteligentes en el planeta —repuso Louis, sonriendo.

—Sí. Sin embargo, usted nos ha ayudado. Ahora sabemos un poco acerca del muerto, y también un poco acerca de usted. Somos

personas sencillas, probablemente engañadas, como usted ya ha indicado. Trabajamos suponiendo que el Estado tiene razón y que el orden público ha de ser mantenido.

»Y trabajamos con sistemas. Alguien, algún ser humano que quería dañar a Abe Rogge, lo ha matado. Tuvo la oportunidad de destrozarle la cara y creyó tener una razón para hacerlo. Si encontramos a alguien que tuviera a la vez la oportunidad y el motivo, lo consideraremos sospechoso de haber cometido un crimen y es posible que lo arrestemos. Usted, Louis Zilver, tuvo la oportunidad. Estuvo en la casa en el momento oportuno. Sin embargo, por lo que nos acaba de decir, podemos suponer que no tuvo motivo.

—Si es que estaba diciendo la verdad —repuso Louis.

—Sí. Nos ha dicho que él era su amigo, su salvador en cierto modo. Lo sacó de una existencia desagradable. Pasaba su tiempo echado en la cama toda la mañana y bebiendo durante toda la noche, y tratando de construir un hombre con cuentas durante toda la tarde. No era usted feliz. Abe dio un interés a su vida.

—Sí. Él me salvó. Pero tal vez la gente no quiera ser salvada. Cristo fue un salvador y a martillazos le atravesaron con clavos las manos y los pies.

—Un martillo —dijo Grijpstra—. Sigo pensando que Abe fue asesinado con un martillo. Pero un martillo hubiera hecho un boquete, ¿no es verdad? La cara mostraba un golpe en una zona mucho más extensa.

—Averiguaremos lo que lo mató —dijo el commissaris—. Prosiga, señor Zilver. Usted me interesa. ¿Qué más puede decirnos?

—Dígame —invitó de Gier, sin soltar la mano de Esther—, ¿por qué mataron a su hermano? ¿Tenía algún enemigo?

Esther había dejado de llorar y acariciaba la superficie de la mesa con su mano libre.

—Sí. Tenía enemigos. Había gente que le odiaba. Tenía demasiado éxito, ¿comprende?, y era demasiado indiferente. Estaba tan lleno de vida... Los demás se mostraban preocupados, deprimidos y nerviosos, y él se reía de todo y se iba a Túnez, a pasar unas cuantas semanas jugando en la playa, o montando en un camello en cualquier aldea de aquellos lugares. O navegaba con su yate en el gran lago. O bien partía hacia el este para comprar mercancías, y las vendía aquí y sacaba un buen beneficio. Era un hombre peligroso. Aplastaba a los demás. Hacía que se sintieran como unos estúpidos.

—¿Hacía que usted también se sintiera estúpida?

—Yo soy una estúpida —contestó Esther.

—¿Por qué?

—Todo el mundo lo es. Usted también, sargento, lo admita o no.

—Habíamos quedado en que me llamaría Rinus. De acuerdo, soy un estúpido. ¿Es esto lo que quiere que diga?

—Yo no quiero que diga nada. Si sabe que es un estúpido, Abe no habría podido causarle el menor daño. Solía organizar cenas, pero antes de permitir que los demás se sentaran para empezar a comer, cada persona tenía que levantarse, enfrentarse a los demás invitados y decir: «Soy un estúpido».

—¿De veras? —preguntó de Gier, sorprendido—. ¿Y por qué?

—Disfrutaba haciendo cosas como esta. Habían de manifestar que eran unos estúpidos y después habían de explicar por qué lo eran. Una especie de adiestramiento en sensibilidad. Un hombre decía, por ejemplo: «Amigos míos, soy un estúpido. Creo ser importante, pero no lo soy». Pero esto no le bastaba a Abe. No permitía que este hombre comiera o bebiera antes de haber explicado, con detalle, por qué, exactamente, era un estúpido. Debía admitir que se sentía orgulloso de haber conseguido algún éxito particular, un negocio por ejemplo, o bien un examen del que hubiera salido airoso, o la conquista de una mujer, y después había de explicar que era una estupidez enorgullecerse de semejante hazaña porque, simplemente, era algo que le había ocurrido. No era

por su culpa o por sus méritos, ¿comprende? Abe creía que simplemente nos empujaban de un lado a otro las circunstancias, y que el hombre es un mecanismo inanimado, nada más.

—¿Y la gente tenía que admitirlo siempre ante él?

—Sí, esa era la única manera de empezar a hacer algo.

—¿De modo que, después de todo, podían hacer algo?

—Sí, pero no mucho. Sólo algo. Siempre y cuando admitieran que eran unos estúpidos.

De Gier encendió un cigarrillo y se repantigó en su silla.

—Vaya mierda —murmuró quedamente.

—¿Cómo dice?

—No importa —contestó de Gier—. Su hermano debió de incomodar a muchas personas. ¿Admitía alguna vez que él fuese también un estúpido?

—¡Ya lo creo!

—¿Y realmente creía serlo?

—Sí. Es que no le importaba, ¿comprende? Él sólo vivía para el momento. Un día consistía, para él, en toda una serie de momentos. No creo que le importase ver que iba a morir.

—¿Qué clase de gente eran esos amigos suyos? ¿Amistades del negocio en el mercado callejero?

Esther se pasó la mano por los cabellos y empezó a manipular la cafetera.

—¿Más café, Rinus?

—Se lo ruego.

Ella llenó el aparato y vertió un poco de café en el suelo.

—Permítame —se ofreció de Gier, y se hizo con un recogedor y una escoba.

—Gracias. ¿Está casado?

—No, vivo solo, con mi gato. Siempre limpio inmediatamente, cuando ensucio algo.

—Me preguntaba por sus amigos. Pues bien, a menudo recibía en casa amigos del mercado callejero, y también venían estudiantes y algunos artistas. Y periodistas, y chicas. Abe atraía a las mujeres.

Y Louis, claro, al que ya habrá visto en el pasillo, ¿verdad? A propósito, ¿dónde está ahora?

—Está arriba con mi colega, el brigada Grijpstra, y con el commissaris.

—¿Aquel viejecillo es su jefe?

—Sí. ¿Puede describirme a algunos de sus amigos? Necesitaré una lista de ellos. ¿Tenía algunos amigos especiales?

—Todos eran especiales. Él se involucraba mucho con la gente, hasta que después la dejaba. Siempre decía que no le preocupaba la amistad. La amistad es un fenómeno temporal; depende de las circunstancias y comienza y termina como lo hace el viento. Al decir esto molestaba a muchos, ya que los demás le tenían apego.

—Todo un caso —comentó de Gier.

Esther sonrió, con una sonrisa débil y fatigada.

—Usted me recuerda los guardias que vinieron aquí hace unos días —dijo—. Les habían dado un número equivocado. Nuestros vecinos eran los que habían telefoneado. Un hombre de avanzada edad les había visitado y, de pronto, se puso enfermo y sufrió un colapso. Los vecinos habían llamado para que enviaran una ambulancia, pero también vino la policía, supongo que para comprobar si se había producido alguna violencia. La mujer de la casa contigua estaba muy trastornada y yo fui allí por si podía prestar alguna ayuda. Era evidente que el anciano se estaba muriendo. Creo que había sufrido un ataque al corazón. Pude oír la conversación entre los guardias.

—¿Qué decían? —preguntó de Gier.

—Un guardia le dijo al otro: «Joder, espero que ese viejo no la diñe aquí. Si lo hace, tendremos que escribir un informe», y el otro contestó: «No importa, morirá en la ambulancia y ya se ocuparán de ello los de sanidad».

—Sí —admitió de Gier.

—¿Así es como piensan ustedes, verdad?

—En realidad, no —contestó de Gier con paciencia—. Es tan sólo cómo lo oye usted. Usted está implicada en el caso,

¿comprende? El muerto es su hermano. Si muere un amigo mío, o si mi gato es atropellado, o si mi madre enferma, me sentiré trastornado. Y le aseguro que muy trastornado.

—Pero cuando encuentra a mi hermano en medio de un charco de sangre...

—También me siento trastornado, pero contengo ese sentimiento. No serviría de gran ayuda el que yo me derrumbase, ¿verdad? Y este parece ser un caso extraño. No puedo imaginar por qué mataron a su hermano. Tal vez Grijpstra haya visto algo. Usted estuvo aquí toda la tarde, ¿no es así? ¿Subió alguien a la habitación de él?

—No. Vino Louis, pero le oí pasar ante la habitación y subir por la escalera, hasta la suya.

—El Canal de la Arboleda no es una calle muy transitada —dijo de Gier—, pero siempre pasa alguien por ella. Sería posible trepar a la habitación desde la calle, pero representaría todo un riesgo. Nadie ha explicado nada a los guardias que estaban en la calle, pues habrían venido a decírmelo.

—Tal vez alguien le lanzara algo a Abe —dijo Esther—. Tal vez él estuviera contemplando el canal. A menudo lo hace. Se asoma a la ventana abierta y contempla el exterior. Llega a sumirse en una especie de trance y yo he de gritarle para que salga de él. Tal vez alguien le lanzara una piedra.

—La piedra hubiera caído en la habitación o bien rebotado y vuelto a la calle. Los agentes la hubieran encontrado. Una piedra ensangrentada en la calle. Iré a preguntárselo.

Regresó al cabo de breve rato.

—Nada. También he preguntado a los de arriba. Hay un hombre del departamento de huellas dactilares. Dice que en la habitación tampoco hay nada. Ni armas, ni piedra.

—Abe era un hombre extraño y ha muerto de una manera extraña —dijo Esther—, pero tiene que existir alguna explicación técnica. Siempre la hay, para todo.

—¿No han robado nada, verdad?

—No. En la casa no hay dinero, excepto lo que lleve Abe en su cartera. La cartera sigue allí, en el bolsillo lateral de su cazadora. El bolsillo está abotonado. Generalmente, lleva unos cuantos miles de florines en ella.

—Esto es mucho dinero para llevarlo en el bolsillo.

—Abe siempre tenía dinero. Podía ganarlo con mucha más rapidez de la que lo gastaba. Es propietario del almacén de la puerta contigua; está lleno de mercancías que nunca se quedan en él mucho tiempo. Ahora hay telas de algodón, compradas poco antes de que el precio del algodón subiera, y toda una planta llena de cajas de lanas para labor, que él vende en el mercado callejero.

—¿No hay comunicación entre esta casa y el almacén?

—No.

—¿Ninguna puerta secreta?

—No, sargento. La única manera de entrar en el almacén es desde la calle. Los patios posteriores están separados por una tapia de ladrillo, demasiado alta para ser escalada.

Grijpstra y el commissaris bajaban por la escalera. De Gier los llamó y presentó el commissaris a Esther. Dos enfermeros maniobraban con su camilla para subir por la escalera; habían llegado junto con la Policía Fluvial.

—Voy a subir —anunció de Gier—. Nos interesa disponer del contenido de los bolsillos antes de que retiren el cuerpo. Se le extenderá un recibo, señorita Rogge.

—Sí —dijo el commissaris—. Ahora nos marcharemos, pero es posible que regresemos más tarde. Espero que sepa comprender esta intrusión en su intimidad, señorita, pero...

—Sí, commissaris —contestó Esther—. Les estaré esperando.

La atmósfera de la calle seguía siendo inquietante. En la plaza cercana gemía una sirena. Una nueva patrulla de policía antidisturbios avanzaba por el estrecho muelle. Dos lanchas de la Policía Fluvial, con sus cubiertas de proa llenas de policías

enfundados en chaquetas de cuero y prestos a desembarcar, maniobraban cuidadosamente entre las casas flotantes allí ancladas y la lancha que se disponía a recibir a bordo el cadáver de Abe Rogge.

Un joven de aspecto agotado había sido derribado en el otro lado del canal. Manos enguantadas agarraban sus muñecas y los detectives pudieron oír el chasquido de las esposas y la respiración entrecortada del hombre.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó Grijpstra.

El commissaris estaba contemplando el arresto.

—¿Cómo?

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Vamos a cualquier lugar, a algún lugar tranquilo, una taberna o un café. Usted sabrá encontrarlo. Yo vuelvo a la casa unos momentos. Cuando encuentre un lugar conveniente, puede telefonar a la casa de los Rogge. Encontrará el número en el listín. ¿Terrible, verdad?

—¿El qué, señor?

—Esa cacería del hombre que acabamos de contemplar. Esos disturbios hacen aparecer lo peor que todos llevamos dentro.

—No le estaban dando caza, señor, tan sólo han efectuado una detención. Es probable que ese hombre haya herido a un policía en la calle. De lo contrario, no se tomarían tanto trabajo para capturarlo.

—Lo sé, lo sé —dijo el commissaris—, pero resulta degradante. Vi cazar hombres de esta manera durante la guerra.

Grijpstra también lo había visto, pero no dijo nada.

—Está bien, busque ese local.

—Sí, señor —contestó Grijpstra, y dio un golpecito en el hombro del sargento de Gier.

—¿Adónde vamos, pues? —preguntó de Gier—. ¿Conoces algo en este barrio? Todas las tabernas estarán cerradas y, por otra parte, no me gustaría sostener una conferencia de policías en una taberna de este sector.

Grijpstra miraba a los policías de la otra orilla del canal. Conducían a su prisionero a una lancha de la Policía Fluvial. El prisionero no ofrecía resistencia. Eran como tres hombres que diesen un paseo.

—¿Me has oído?

—Sí —contestó Grijpstra—. El único lugar que se me ocurre es el bar de Nellie. Estará cerrado, pero ella lo abrirá si está en casa.

—No conozco ese lugar.

—Ya lo supongo.

Leyeron los dos el aviso. Decía: «Si no contesto al timbre, no golpeen la puerta, ya que yo no estaré en casa». Lo leyeron tres veces.

—Vaya tontería —comentó finalmente de Gier—. Si ella no está en casa, no le importará que golpeemos la puerta.

Grijpstra tocó el timbre. No hubo respuesta. Golpeó la puerta. Se abrió una ventana en el segundo piso.

—Largo de aquí. ¿Quieren que les eche un cubo de agua del fregadero?

—¡Nellie —gritó Grijpstra—, soy yo!

La ventana se cerró y se oyeron pasos.

—¿Eres tú? —exclamó Nellie—. Que alegría. Y un amigo. Estupendo. Entrad.

Las luces estaban encendidas y se encontraron en un pequeño bar. El único color del establecimiento parecía ser el rosa. Cortinas rosas, papel mural rosa y pantallas rosas. También Nellie era rosada, especialmente sus pechos. De Gier contempló los pechos de Nellie.

—¿Le gustan, querido?

—Sí —contestó de Gier.

—Sentaos y tomad algo. Si me compráis una botella de champaña, os ofreceré un servicio topless.

—¿Cuánto vale una botella de champaña?

—Ciento setenta y cinco florines.

—Soy un policía —dijo de Gier.

—Ya lo sé, querido, pero también los policías pagan ciento setenta y cinco florines. Odio la corrupción.

—¿Recibe aquí a algún policía?

Nellie sonrió con coquetería y miró a Grijpstra.

—¿Tú? —preguntó de Gier.

—A veces —respondió Grijpstra—, pero yo no pago. Nellie es una vieja amiga.

—¿Y tienes servicio topless?

—Claro que sí —replicó Nellie en seguida—. ¿Qué vais a tomar? Es algo temprano, pero os prepararé un cóctel. No sirvo bebidas directamente de botella.

—No, Nellie —dijo Grijpstra—. Queremos utilizar tu bar durante una hora, más o menos. Nuestro commissaris busca un lugar tranquilo donde poder hablar, vendrán también otros hombres. ¿Te importa?

—Claro que no, querido. —Nellie sonrió, se inclinó sobre la barra y acarició los cabellos de Grijpstra. Los pechos estaban ahora muy cerca del sargento de Gier y las manos de este se engarfiaron—. De todos modos, el bar está cerrado esta noche —continuó Nellie—. Esos malditos disturbios son mala cosa para el negocio. Llevo dos días sin ver un cliente y mis comisionistas no pueden traer a nadie a través de las barricadas.

Sus labios formaron una mueca y prosiguió:

—Por otra parte, en días como este no me gusta tener clientes, con toda esa tensión que hay por ahí.

—¿Y sigue vistiéndose así? —preguntó de Gier, contemplándola. Nellie soltó una risita.

—No. Llevo tejanos y un jersey, como todo el mundo, pero no quiero que Grijpstra me vea con jersey. Está acostumbrado a mí tal como voy ahora, y por eso me he puesto este vestido.

—¡Vaya! —dijo de Gier.

Nellie se palpó los pechos.

—En cierta ocasión me descalificaron en un concurso para nombrar a Miss Holanda. Dijeron que tenía un exceso de pechos. Pero van bien para el negocio.

—¿Tiene licencia para este lugar? —preguntó de Gier.

La cara de ella se ensombreció.

—Creía que era un amigo...

—Soy curioso, eso es todo.

—No, no tengo licencia. Esto no es un bar en realidad. Es un lugar privado. Sólo recibo a uno o dos clientes a la vez. Mis comisionistas me los traen.

Prostitución, pensó de Gier, prostitución sin rodeos. Sabía que había bares como el de Nellie, pero todavía no había entrado en ninguno de ellos. Grijpstra lo había hecho y no le había contado nada. Miró a Grijpstra y este sonrió. De Gier enarcó las cejas.

—Nellie tuvo apuros en cierta ocasión, y casualmente yo contesté a su llamada.

—De eso hace ya mucho tiempo —dijo Nellie, haciendo una mueca—. Tú todavía ibas de uniforme. Hace más de un año que no te veía; has tenido suerte al encontrarme todavía aquí —rezongó—. Las cosas no van bien. Los tipos agradables están ocupados y no pagan, y los cabrones se toman demasiado tiempo, pero pagan.

De Gier pudo imaginar cómo eran esos cabrones. El turista despistado, el hombre de negocios solitario. «¿Busca una mujer estupenda, señor, algo realmente especial? ¿Un lugar confortable? ¿Todo él para usted solo? ¿Un poco de champaña? ¿No demasiado caro? Permítame que le enseñe el camino, señor». Y una hora, tal vez dos horas, tres horas como máximo después, el cabrón se encontraba de nuevo en la calle con un estómago lleno de espuma, la cabeza embrumada y una cartera aligerada. Seguramente, ella los exprimía por etapas. Una araña rosada en una telaraña rosada. Y en un momento dado las presas quedaban resecas, en medio de la calle. Y el comisionista estaba esperando, entraba para percibir sus emolumentos y salía de nuevo, para capturar otra mosca.

—¿Cómo va el negocio, Nellie?

Ella se mordió el labio inferior.

—No demasiado bien. El florín está demasiado alto y el dólar demasiado bajo. No se me llena la caja como lo hacía antes. Ahora son los japoneses, y estos me obligan a trabajar.

Una mujer majestuosa, alta y de hombros anchos, con una larga cabellera rojiza que enmarcaba unos ojos verdes y rasgados. De Gier podía notar su vigor. El vigor de una serpiente voluptuosa.

—¿Quién es tu amigo, Grijpstra?

—El sargento de Gier —contestó Grijpstra.

—Atractivo. Muy atractivo. Hoy en día, no veo muchos hombres guapos, empiezan a escasear.

Los ojos verdes adquirieron una expresión de inocencia.

—Cuidado —advirtió Grijpstra—. Él tiene sus trucos con las mujeres.

Nellie soltó una risita.

—No te preocupes, Grijpstra. Prefiero tu tipo: corpulento y amable, y paternal. Los hombres guapos me ponen nerviosa. En realidad, no me necesitan a mí, y me disgusta no sentirme necesaria. Y bien, caballeros, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Déjame telefonear —pidió Grijpstra.

Ella le pasó el teléfono a través del mostrador del bar y de pronto se inclinó y le besó en plena boca. Grijpstra le devolvió el beso y, alargando una mano, le dio una palmada en las nalgas.

De Gier apartó la vista.

4

SONÓ EL TIMBRE y de Gier fue a abrir la puerta. El commissaris entró, seguido por el médico y el hombre de las huellas.

—Buenas noches —dijo el commissaris amablemente.

Grijpstra se estaba limpiando los labios con un pañuelo arrugado.

—Es el bar de Nellie, el único lugar que hemos podido encontrar. Muy tranquilo.

—Tienes las orejas enrojecidas —observó de Gier.

Grijpstra murmuró algo a través de su pañuelo.

—Presénteme a esta señora —solicitó el commissaris, instalándose en un taburete de la barra.

Nellie sonrió y alargó una mano.

—¿Una copa, commissaris?

—Una ginebra pequeña, si tiene.

Nellie dispuso seis copas sobre el mostrador.

—Creía que no servía bebidas directamente de botella —dijo de Gier, contemplando de nuevo los pechos de la mujer.

No era el único en mirarlos. El commissaris parecía fascinado, y lo mismo ocurría con el médico y con el hombre de las huellas dactilares.

—Hendidura del seno —dijo el doctor—. Una expresión acertada, ¿no creen?

Los otros gruñeron para expresar su asentimiento.

—Sí —dijo el commissaris, levantando la copa—, pero no es de buena educación comentar la anatomía de una dama en su presencia. A su salud, Nellie.

Las copas se levantaron, fueron vaciadas y quedaron depositadas en el mostrador. Nellie cogió la botella y volvió a llenarlas.

—Una expresión acertada —se obstinó el doctor—. Como médico, tal vez yo debiera ser inmune, pero no lo soy. No hay nada más bello en el mundo. Hay puestas de sol, desde luego, y veleros que navegan bajo vientos fuertes, y un ciervo corriendo a través de un claro en el bosque, y las flores que crecen en un viejo muro medio derruido, y el vuelo de la garza azul, pero nada puede compararse con el pecho femenino. Absolutamente nada.

—De acuerdo —dijo el hombre de las huellas.

Nellie sonrió y un leve temblor movió su busto, un temblor lento y delicado que se inició casi imperceptiblemente pero poco a poco adquirió intensidad antes de volver a extinguirse.

De Gier suspiró. El commissaris volvió la cabeza y miró a de Gier.

—Cobra ciento setenta y cinco florines por una botella de champaña —explicó de Gier.

El commissaris inclinó su cabecita.

—Y después se quita la parte superior de su vestido, señor, hay una cremallera en la cintura. —Y de Gier indicó la cremallera.

Grijpstra había guardado su pañuelo y estaba maniobrando con un cigarro negro que había encontrado en una caja sobre el mostrador.

—¿Qué pretendes que haga el commissaris? —gruñó—. ¿Encargar champaña?

El commissaris sonrió y encendió una cerilla.

—Tome —dijo con voz suave—. No es la noche adecuada para beber champaña.

Grijpstra inhaló y contempló a de Gier. El humo abrasó la garganta de Grijpstra y este empezó a toser, apartándose de la

barra y derribando un taburete. El humo seguía en sus pulmones y no le dejaba respirar, por lo que empezó a patear el suelo, produciendo una vibración general en las copas y botellas alineadas en estrechos estantes junto al gran espejo.

—Tranquilo —recomendó el doctor, mientras golpeaba la sólida espalda de Grijpstra—. Tranquilo, y apague ese cigarro.

—No. No será nada.

—Jarabe —sugirió Nellie—. Tengo un poco de jarabe, querido.

El espeso líquido llenó una copa de licor y Grijpstra lo tragó obedientemente.

—Todo —ordenó Nellie.

Grijpstra vació la copa y empezó a toser de nuevo, con el cigarro humeante entre los dedos.

—Deja de toser —dijo de Gier—. Ya has tomado tu jarabe. ¡Deja de toser, te digo! —Grijpstra fue sacudido por un hipo—. Eso ya está mejor.

Tomaron su segunda copa de ginebra y la tos de Grijpstra se calmó.

—Tenemos que hablar de trabajo —dijo el commissaris a Nellie—. Espero que no le importe, querida.

—¿Quieren que me vaya?

—No, a no ser que quiera hacerlo. Vamos a ver, ¿qué opina usted, doctor? Ha tenido tiempo para estudiar el cadáver, ¿verdad?

El doctor clavó los ojos en el punto más bajo de la hendidura del seno de Nellie.

—Sí —dijo lentamente—. Sí, desde luego. He tenido tiempo suficiente, aunque más tarde, naturalmente, tendremos que hacer unas pruebas adicionales. Nunca he visto nada semejante. Debieron de matarlo esta tarde, a las cuatro tal vez, o las cuatro y media. La sangre era fresca. Yo diría que fue golpeado por un objeto redondo, pequeño y redondo, como una de aquellas balas antiguas que disparaban los mosquetes. Pero parece como si le hubieran golpeado varias veces. Había señales en toda su cara, o en los restos de su cara, diría yo. Todos los huesos están triturados: las

mandíbulas, los pómulos, la frente, la nariz. La nariz es lo peor. Parece como si el objeto, fuera lo que fuese, hubiese golpeado primero la nariz y rebotado después.

—Un mosquete —dijo el commissaris—. Hummm. Alguien pudo haberse situado en el tejado de aquella vieja casa flotante anclada enfrente, para disparar desde allí. Sin embargo, es improbable. El Canal de la Arboleda ha sido patrullado toda la tarde por la policía antidisturbios. Creo que hubieran observado algo, ¿no es así?

—Al parecer, este es su problema —repuso el médico—. Todo lo que yo encontré fue un cadáver con la cara hecha papilla. Tal vez alguien le golpeó con un martillo, y, como un loco, siguió golpeando. ¿Qué le parece?

Miraba al hombre de las huellas, pero este decía que no con la cabeza.

—¿No? —preguntó el commissaris.

—No lo sé —contestó el hombre de las huellas dactilares—, pero encontré unas huellas extrañas. Había sangre en la repisa, no mucha; en realidad, vestigios de sangre. Pero también había sangre en la pared sobre la ventana, pequeñas señales de un objeto redondo, como ha dicho el doctor. Redondo. Por consiguiente, ese asesino enloquecido debió de golpear también la pared, así como el alféizar. Con un martillo de cabeza redonda. Había también huellas en las tablas del suelo.

—Bah —hizo de Gier.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el commissaris.

—No —dijo de Gier—, un martillo no. Pero no sé que otra cosa pudo ser.

—Una bola —dijo Grijpstra—. Una bola pequeña, capaz de rebotar. Elástica, una bola de caucho.

—Provista de púas —dijo el hombre de las huellas—. Esto explicaría las señales. Las he fotografiado y mañana tendremos las ampliaciones. Había marcas, grupos de puntos rojos. Imaginemos que se insertan numerosas púas en una pelota de caucho; las puntas de estas púas sobresaldrán ligeramente. Podemos hacer

una prueba. Dejando espacios libres para que el caucho pueda tocar todavía una superficie y rebotar.

—Sin embargo, se hubiera necesitado un buen número de estas pelotas, ¿no creen? —preguntó el commissaris—. Una sola bola no pudo haber hecho tanto daño; por consiguiente, alguien tuvo que lanzarlas desde el tejado de aquella casa flotante, una tras otra, ello suponiendo que Abe Rogge se mantuviera ante la ventana y las recibiera todas en plena cara. Además, no hemos encontrado nada. ¿O es que algo me pasó por alto?

—No, señor —dijo Grijpstra—. No había ninguna bola en la habitación.

—Una tontería —comentó de Gier—. No creo ni media palabra de ello. ¡Bolas! Alguien estuvo allí, en la habitación, y lo golpeó y después siguió golpeándolo. El primer golpe lo derribó y el asesino ya no supo refrenarse. Debía de estar enfurecido. Provisto de un arma con púas. Una maza con púas.

—Sí —asintió el commissaris, pensativo—, una maza con púas. Un arma medieval, una bola metálica en el extremo de un mango corto, y la bola provista de púas. A veces, la bola era fijada al mango mediante una cadena corta. Esto explicaría las señales en la pared y la repisa, pues un arma como esta cubre una zona considerable. El asesino la blandía y golpeó la pared con el retroceso de la bola. ¿Qué opina usted, doctor?

El doctor asintió con la cabeza.

—Y después el asesino se marchó llevándose el arma consigo. Nadie lo vio, nadie lo oyó. Los disturbios del Mercado Nuevo debieron de sofocar todo el ruido.

—Su hermana no oyó nada —intervino de Gier—. Estuvo arriba una parte del tiempo y en la cocina la otra parte. Y también estaba arriba aquel jovenzuelo.

—Pudo haber sido uno de los dos —opinó Grijpstra.

—Ambos se benefician con la muerte —dijo el commissaris—. Su hermana hereda y el joven tal vez crea poder hacerse cargo del negocio. Y hemos de asumir que fue asesinato, ya que al parecer

hubo una cierta planificación. Es posible que se aprovecharan los disturbios como tapadera, y el arma no tiene nada de usual.

—No necesariamente —apuntó Grijpstra—. Tal vez hubiera una de esas mazas en la pared, como adorno. Alguien perdió los estribos, la cogió y...

—Sí, sí —admitió el commissaris—. Tendremos que averiguarlo, pero no quiero volver allí por ahora. Mañana. Usted o de Gier, o los dos. Hay varios sospechosos. Estos buhoneros viven al margen de la ley. No pagan muchos impuestos, ni sobre la venta ni sobre los ingresos. Siempre tienen más dinero del que pueden justificar; lo meten en una caja metálica o lo ocultan en el colchón, o debajo de una tabla del suelo. Tal vez nos encontremos ante un caso de robo a mano armada.

—O tal vez lo agredió un amigo —sugirió de Gier—. Su hermana me estuvo contando que tenía muchos amigos caprichosos. Venían aquí a comer y charlar y beber, y él practicaba juegos con ellos, juegos psicológicos. Tenían que admitir que eran unos estúpidos.

—¿Qué? —exclamó el commissaris.

De Gier se lo explicó.

—Comprendo, comprendo —dijo el commissaris, y después sonrió a Nellie.

—¿Otra copa? —preguntó esta.

—No, tal vez un poco de café, si no es demasiada molestia.

—Café —dijo Nellie—, sí. Será la primera taza que sirva aquí. Puedo prepararlo arriba y bajarlo después.

El commissaris se mostró esperanzado.

—¿Todos los demás quieren café?

Los cinco hombres admitieron que todos ellos querían café, afanosamente, como niños que pidieran una golosina. Nellie había cambiado junto a ellos. Su sonrisa era maternal, deseaba agasajarlos. El ambiente de aquel prostíbulo rosado cambió también, las luces atenuadas, las sillas tapizadas con cretona, las dos mesas bajas con sus superficies de plástico adornadas con tapetitos de encaje, la enfermiza desarmonía de rosas, malvas y

rojos sangrientos y carnosos ya no inspiraba la urgencia del sexo, sino que se mitigaba para convertirse en una inesperada intimidad. Cinco discípulos varones adorando a la diosa, y la diosa atendiéndolos, obsequiándolos, fluyendo y rezumando, y trasladándose al piso alto para preparar el café en una cafetera doméstica. Grijpstra alargó la mano y se apoderó de la jarra de piedra llena de ginebra. Las copas volvieron a llenarse.

El commissaris tomó un sorbo.

—Sí —dijo, y miró por encima del borde de su copa—. Extraño lugar este. Por consiguiente, todo lo que tenemos son preguntas. Esta observación suya me ha interesado, de Gier.

De Gier alzó la vista, pues sus pensamientos se habían trasladado lejos de allí.

—¿Señor?

—Acerca de Abe Rogge tratando de hacer pasar por estúpidos a sus amigos. Una personalidad poderosa sin duda, e incluso muerto parecía poderoso. Por tanto, humillaba a su séquito. El rey y su corte. Uno de los cortesanos mató al rey.

—Sólo hemos visto a un cortesano —dijo Grijpstra—, aquel joven anarquista. Otra fuerte personalidad.

—Un joven inteligente —admitió el commissaris—, y con un resentimiento. Pero un resentimiento contra nosotros, la policía, y el Estado.

—Contra el poder —apuntó Grijpstra, no sin titubear.

—¿Y Abe significaba el poder para él? —preguntó el commissaris—. No, no lo creo. Me pareció que apreciaba a Abe. ¿Daba la impresión de querer a su hermano esa joven con la que usted hablaba, de Gier?

De Gier no estaba escuchando y el commissaris tuvo que repetir su pregunta.

—Ya lo creo, señor —respondió de Gier—. Lo quería y ninguno de los dos interfería en la vida del otro. Vivían unas existencias separadas, cada uno en su piso correspondiente. Sólo de vez en cuando comían juntos.

—¿Dependía ella de él?

—No, señor, trabaja para la universidad; tiene una licenciatura.

—Podríamos revisar sus ropas, en busca de salpicaduras de sangre.

—No, no —exclamó el commissaris—. Yo la he visto y no corresponde al tipo de personas que empuñan una maza con púas.

—¿Y ese joven del que nos estaba hablando?

—No, él tampoco.

El hombre de las huellas dactilares se encogió de hombros.

El commissaris se sintió obligado a explicarse.

—Un hombre que haya matado a otro hombre una hora antes se mostrará nervioso. Louis estaba nervioso. El cadáver, la hermana deshecha en llanto y la policía yendo de un lado a otro. Padeecía un ligero choque, pero no vi ningún signo de una verdadera crisis mental.

—Usted es quien puede saberlo —observó el hombre de las huellas.

—No —repuso el commissaris, y apuró su copa con una rapidez algo excesiva—. Yo no sé nada. Quien diga que sabe o bien es un tonto o bien un santo, un tonto de capirote o un santo de los más santos. Sin embargo, he observado durante mi vida a varios asesinos. Yo no creo que Louis haya matado a un hombre esta tarde, pero podría equivocarme. Sea como fuere, ha tocado el cadáver, ha estado en la habitación. Habrá algo de sangre en sus ropas, una sangre explicable y no lo suficiente como para despertar sospechas graves. El juez no se sentirá impresionado.

Nellie bajó con la cafetera llena y cinco tazones. Bebieron el café en silencio.

—Muchas gracias —dijo el commissaris, y se secó la boca con la mano—. Ahora nos marcharemos. Nos ha sido usted muy útil, Nellie.

—Vengan cuando quieran —invitó Nellie amablemente—, excepto cuando tenga clientes.

—No la molestaremos. Grijpstra, ¿me hará el favor de hacer unas cuantas preguntas en la calle? Tal vez los vecinos vieron algo. ¡De Gier!

—Dígame, señor.

—Usted vendrá conmigo. Esta noche he de hacer otra visita. Debería hacerme acompañar por Grijpstra, pero a usted le queda más por aprender.

Estrecharon la mano de Nellie y salieron, con de Gier en último lugar.

—Es usted maravillosa —dijo de Gier rápidamente—. Me gustaría volver alguna noche.

—Ciento setenta y cinco florines —dijo Nellie, y en su cara había una expresión fría y hermética—. Esto será por el servicio topless, y lo mismo por otra botella de champaña si quiere más.

—¿Trescientos cincuenta florines? —murmuró de Gier con incredulidad.

—Claro.

Cerró la puerta detrás de él. El commissaris le esperaba, pero a cierta distancia. Grijpstra se encontraba más cerca.

—¿Lo has intentado? —preguntó Grijpstra.

—Sí.

—¿Has tenido suerte?

—Trescientos cincuenta florines.

Grijpstra lanzó un silbido.

—¿Qué se ha creído esa mujer? —preguntó de Gier con indignación.

Grijpstra sonrió.

—¿Y bien?

—Su marido era un hombre muy apuesto. De tu misma altura. Cabellos espesos y rizados, y un bigotazo de aviador. Hubiera podido ser tu hermano. Ideó ese bar para ella y él vivía de lo que rendía. Hasta que una noche murió apuñalado por un marinero canadiense que no estaba acostumbrado a la ginebra.

—De Gier —llamó el commissaris.

—En seguida, señor —contestó de Gier.

5

LA REPENTINA TRANSICIÓN impresionó a de Gier y le obligó a escudriñar conscientemente lo que le rodeaba. Aquel pequeño bar, pese a su barata cursilería, le había protegido hasta cierto punto y la lasciva femineidad de la dueña le había arrullado y excitado simultáneamente, pero ahora se encontraba de nuevo en el exterior, expuesto al clamor formado por gritos y golpes y por la aceleración de los motores en el Mercado Nuevo y el plañidero gemido de las ambulancias que trasladaban cuerpos maltrechos a los hospitales, para regresar inmediatamente después. El clamor quedaba lejano y más de medio kilómetro de sólidos edificios, casas con gabletes, almacenes y unas cuantas iglesias y torres le amparaban contra la violencia inmediata, pero la amenaza del conflicto le circundaba por completo. Su temor le sorprendió, porque hasta entonces nunca le había desagradado la violencia y, desde luego, jamás había huido de una pelea; por consiguiente, ¿por qué alegrarse ahora de encontrarse al margen de ella? Habría en la plaza abundantes oportunidades para practicar sus presas de judo, para esquivar ataques y hacer que sus oponentes midieran el suelo impulsados por su propio peso y fuerza.

Tal vez fuese el carácter intangible de la amenaza lo que le ponía nervioso; el Canal de la Arboleda estaba perfectamente tranquilo, custodiado por parejas de policías antidisturbios con chaquetas de cuero, que paseaban de un lado a otro, saludando respetuosamente al commissaris con la mano o levantando sus largas porras. Los

olmos eran árboles frondosos y pacíficos y sus nuevas hojas estaban iluminadas por los faroles de la calle, y los patos dormían, flotando y propulsados lentamente por movimientos subconscientes de sus pies palmeados, lejos todo ello del lanzamiento de ladrillos y de las formas humanas que se habían sumergido en las aguas frías y sucias para escapar de las cargas de los guardias y del implacable avance de los camiones y coches de patrulla de la policía, hechos que se habían repetido aquella noche con frecuencia en las aguas cercanas al Mercado Nuevo.

Grijpstra se había separado de ellos y el doctor y el hombre de las huellas se encontraban ya a bordo de la lancha. El commissaris, cojeando ligeramente, estaba unos cien metros más adelante cuando de Gier se desprendió por fin de sus confusos pensamientos. Echó a correr y atrapó al commissaris, que miró con aprobación al sargento.

—Muy bien —dijo el commissaris.

—¿El qué, señor?

—Su manera de correr. Si yo corro, me quedo sin aliento y los nervios de mis piernas me gastan malas bromas. —Consultó su reloj —. Las diez; de momento, no hemos perdido mucho tiempo.

El commissaris enfiló una calle estrecha que conducía a otro canal. Atravesaron un puente también angosto. El commissaris caminaba ahora con garbo y su cojera era menos perceptible. De Gier avanzaba a su lado, alerta puesto que se estaban acercando al Mercado Nuevo y podían encontrarse en algún jaleo, pero el canal no conducía a ninguna parte y sus aguas lamían suavemente los viejos y decrépitos muelles y soportaban más patos, durmientes fardos de plumas que emitían de vez en cuando un graznido de complacencia. De Gier recordó haber leído en alguna parte que los patos pasaban doce o más horas cada día sumidos en el sueño, y les envidió aquel sopor, una condición preferible al sueño humano en una cama. Estaba tratando de imaginar qué debía sentir uno de aquellos patos somnolientos, flotando en una de las numerosas

bahías o canales de la ciudad, cuando el commissaris se detuvo y señaló una pequeña casa flotante.

—Eso es lo que yo estaba buscando —susurró el commissaris—. Iremos allí y quiero que usted sepa dominarse. En esa embarcación vive una persona muy extraña, pero es una antigua amiga mía y tal vez pueda sernos útil. Es posible que le cause una sensación de extrañeza, pero no se ría ni haga ninguna observación, diga lo que diga o haga lo que haga ella. Si la disgustamos, no nos será de ninguna utilidad.

—Sí, señor —murmuró de Gier, impresionado por aquella inesperada advertencia.

Sin embargo, no había necesidad de susurrar, puesto que la casa flotante se encontraba todavía a diez metros de distancia.

De Gier esperó en el muelle mientras el commissaris cruzaba la corta pasarela, se detenía en el estrecho borde de la embarcación y llamaba a la puerta. La casa flotante tenía un aspecto excelente, recién pintada y con las ventanas adornadas por cortinas a cuadros rojos y blancos, separadas en su mitad y sujetas a los lados por tiras de tela con encaje, y que enmarcaban geranios en tiestos de porcelana azul Delft.

Aquel delicado esmero no se limitaba a la embarcación en sí, sino que también se había extendido al muelle. Crecía un pequeño jardín a cada lado de la pasarela, bordeado por bajos setos de ligustro y consistente en jardines rocosos en miniatura, donde servían de rocas los adoquines arrancados y debidamente amontonados, cubiertos de hierbas rastreras que rendían homenaje a las flores de laburno, de un exquisito color anaranjado, que constituían la parte central del dispositivo. Todo el jardín no cubría mucho más de un par de metros cuadrados, pero de Gier, que era un minucioso jardinero de balcón, quedó impresionado y se prometió encontrar de nuevo aquel lugar, tal vez sólo para permanecer allí y mirar, o acaso para ver si la habilidad de quien había diseñado el jardín le inspiraba para hacer, con sus tiestos de

flores, algo más imaginativo de lo que había conseguido hasta entonces.

—¿Quién es? —preguntó desde el interior una voz gruesa.

—Soy yo, Elizabeth —gritó el commissaris—. Yo y un amigo.

—¡Commissaris! —gritó la voz con un tono de alegría—. ¡Entren! La puerta está abierta.

Los ojos del sargento de Gier estaban más abiertos que de costumbre cuando estrechó la recia mano de la dama. Era una mujer de avanzada edad, más de setenta años supuso, y llevaba una bata negra que llegaba hasta el suelo. Sujeta con cordones, colgaba una bolsa del cinturón de cuerda que rodeaba su amplio vientre, una bolsa bordada y con un cierre de plata maciza. Los cabellos grises le llegaban a los hombros y se cubría la voluminosa cabeza con un gorro de punto.

—El sargento de Gier —dijo el commissaris—, mi ayudante.

—Bienvenido, sargento —dijo Elizabeth, soltando una risita—. Veo que está mirando mi gorro. Resulta cómico, ¿verdad? Pero aquí hay corriente de aire y no quiero pillar otro resfriado. Este año ya he sufrido dos. Siéntense, siéntense. ¿Les preparo café o prefieren algo un poco más fuerte? Todavía guardo media botella de ginebra de grosella, esperando tener compañía, pero tal vez resulte demasiado dulce para su gusto. ¡Es tan agradable tener visitas! No puedo salir a dar mi paseo vespertino debido a todo ese jaleo del Mercado Nuevo, y ahora mismo le estaba diciendo a Tabby que esta noche no hay nada en la televisión, y él se aburre de tanto estar sentado por ahí junto a mí, ¿no es verdad, Tabby?

Tabby estaba sentado en el suelo, contemplando a de Gier con unos ojos enormes y alargados, amarillos y malignos. De Gier se puso en cuclillas y rascó al gato detrás de las orejas. Inmediatamente, Tabby empezó a ronronear, imitando el ruido de un motor fueraborda. Doblaba el tamaño de cualquier gato normal y debía de pesar entre doce y catorce kilos.

Elizabeth depositó su mole en una mecedora y se dio unas palmadas en los muslos.

—¡Aquí, Tabby!

El gato se volvió y saltó de un solo movimiento, aterrizando en el regazo de su dueña con un rumor apagado.

—¡Buen gato! —exclamó Elizabeth con voz de trueno y apretó el animal con ambas manos, de modo que el aire de sus pulmones fue expulsado en forma de un vigoroso alarido, que hizo pegar un brinco al commissaris y a de Gier, pero el gato cerró los ojos con una expresión de placer sensual y continuó su interrumpido ronroneo—. ¿Y bien? ¿Ginebra o café?

—Café, creo yo, querida —contestó el commissaris.

—Usted lo hará, sargento —dijo Elizabeth—. Lo encontrará todo en la cocina. Estoy segura de que puede hacer el café mejor que yo, y, mientras usted trabaja, el commissaris y yo charlaremos un rato. Hace meses y meses que no nos hemos visto, ¿no es verdad, cariño?

De Gier empezó a trabajar en la cocina, y estuvo a punto de dejar caer el gran bote de café al pensar en lo que acababa de ver. Cuando Elizabeth se sentó, había podido echar un vistazo a sus pies, calzados con unas botas que debían de ser del número cuarenta y cinco. De Gier había visto otras veces travestidos, pero siempre jóvenes. Tan sólo una semana antes, había colaborado en una incursión en un burdel donde las prostitutas eran hombres y muchachos vestidos de mujeres. Al interrogarlos, tratando de encontrar un sospechoso que respondiera a la acusación de robo presentada por un cliente histérico, se había sentido un tanto disgustado, pero no mucho. Sabía que la mente humana puede torcerse en cualquier dirección. Pero de Gier nunca había visto un hombre viejo, un viejo corpulento, vestido de mujer. Elizabeth era un hombre. Pero ¿lo era? ¿Se trataba de un caso real de mente femenina accidentalmente introducida en el cuerpo de un varón? La casa flotante era decididamente femenina. La pequeña cocina en la que él se encontraba ahora mostraba todas las señales de las manos de mujer que habían ordenado sus cacerolas y sartenes, que habían cosido manteles y cortinas para que se ajustaran a aquel

reducido espacio, que habían seleccionado la vajilla en armonía con la neta distribución de tazas y copas en el estante superior de la alacena, y que habían confeccionado con punto de media un pequeño tapete que intentaba dar, incluso al refrigerador, un aspecto atractivo y coquetón. La habitación donde Elizabeth charlaba ahora con el commissaris —podía oír su voz profunda a través del estrecho tabique— parecía formar parte de un museo Victoriano, ya que sus sillones, sus taburetes para los pies, la mesita del té, las fotografías amarillentas y enmarcadas de caballeros con los bigotes encerados y cuello alto, habían estado de moda, de una moda femenina, mucho tiempo antes.

—¿Se las puede arreglar, sargento?

De Gier se estremeció. Elizabeth se encontraba ante la puerta abierta, llenándola por completo, hasta el punto de que tenía que inclinar la cabeza.

—Sí, Elizabeth.

Su voz se quebró. Ella se encontraba ahora en la cocina y él podía ver al commissaris a través de la puerta abierta. El commissaris estaba gesticulando frenéticamente. Sí, sí, no le fallaría en su juego, pero ¿por qué aquel hombrecillo insignificante había de preocuparse?

—Sí, Elizabeth, el café se está filtrando y he encontrado el azúcar, la crema de leche, tazas, cucharillas, de todo.

—Picarón —dijo Elizabeth—. No tiene preparados los platillos. Seguro que no está casado, ¿verdad, sargento? Apuesto a que vive solo. Supongo que no pensaría servir el café sólo con las tazas, ¿verdad? ¿Qué le parecen estas tazas? Las compré la semana pasada. Exactamente lo que había estado buscando durante años. Mi madre tenía tazas como estas; costaban unos pocos céntimos cuando yo era una chiquilla y ahora pagas por ellas un buen puñado de florines, pero no importa. A pesar de todo, las compré. Y hay un platito también para Tabby, y el muy travieso lo golpea de un lado a otro cuando no está lleno; lo romperá si no tiene cuidado, y entonces tendré que darle de nuevo la comida en uno de esos feos

platos esmaltados. Es un gato muy malo y ayer se enfadó tanto conmigo que no supo encontrar su camino y se cayó desde el tejado al canal, y tuve que pescarlo con la ayuda de una escoba. Y como muestra de agradecimiento, me propinó un buen arañazo. Véalo.

Se levantó la manga y de Gier vio una gruesa y peluda muñeca con un profundo arañazo en ella.

—Yo también tengo un gato —y enseñó el dorso de su mano derecha, que Oliver le había arañado aquella mañana.

—¡Ya lo ve! —exclamó Elizabeth, propinándole tal golpe en el hombro que estuvo a punto de dejar caer la azucarera, que en aquel momento llenaba con una lata que había encontrado en la alacena —. Todos lo hacen, pero ¿qué otra cosa podrían hacer, pobres animalitos? Al fin y al cabo, ellos no pueden hablar. Sin embargo, han de mostrar su carácter. ¿Cómo es su gato? ¿Un gato callejero o un verdadero aristócrata, como mi Tabby?

—Siamés.

—Sí, también son bonitos. Tuve uno, hace años. El perro del vecino lo cazó cuando era todavía pequeño, lo agarró por el cuello y lo sacudió, de manera que estaba ya muerto cuando lo soltó. Todo ello en un segundo. Desde entonces, siempre he tenido gatos más grandes. Ningún perro se atrevería a hincarle el diente a Tabby. Sólo con que se atreviera a mirar a mi Tabby, se encontraría ciego y castrado, y flotando en el canal patas arriba.

Regresó a la sala de estar y de Gier la siguió, transportando la bandeja. Elizabeth ordenó las tazas y presentó una lata adornada con dibujos chinos.

—¿Una galletita, caballeros?

De Gier estaba mordisqueando su galleta, rezongando para sus adentros al notar su sabor excesivamente dulzón, cuando Elizabeth se levantó de nuevo y abrió un cajón.

—Fíjese, ¿qué le parece esto, commissaris? ¿No he hecho un buen trabajo? Ciento cincuenta horas de labor, incluso las conté, pero ha valido la pena, ¿no es verdad?

El commissaris y de Gier admiraron el cordón de campana que Elizabeth presentaba ante sus ojos. Tenía un diseño repetitivo de rosas, bordadas con punto de cruz.

—Lo he forrado con el material que usted me trajo en aquella bolsita de plástico. Se hacen cosas muy útiles hoy en día, ¿no creen? Cuando yo era una niña, había que comprarlo todo a metros, incluso cuando sólo se necesitaba un poquitín, pero ahora lo suministran todo con esos equipos tan prácticos. Además, todo ha encajado perfectamente. Lo único que me queda por hacer ahora es encontrar unos adornos de cobre y coserlos al cordón, y después lo colgaré aquí, junto a la puerta. Es el lugar más apropiado. Tal vez consiga también una campana de bronce, y entonces tiraré del cordón y vendrá el criado. ¡Ja, ja, ja!

—Es un trabajo precioso, Elizabeth —dijo el commissaris—. No, no lo guardes. Deseo verlo más detenidamente. Mi esposa también está haciendo algo por el estilo. Con lino, creo que dijo ella, lino puro.

—Yo ya no puedo trabajar con lino —dijo Elizabeth tristemente—, ni siquiera con la ayuda de una lupa. Si el diseño no está impreso en la tela no puedo seguirlo; con el lino, hay que contar los puntos, a partir de un gráfico. Yo lo había hecho muchas veces, pero ahora me entra migraña cada vez que lo intento. Estamos envejeciendo. Fue muy amable por su parte al regalarme ese conjunto para hacer el cordón, commissaris. Es usted muy bueno al no olvidar a una anciana que vive sola.

—Me gusta venir a visitarte —aseguró el commissaris—, y vendría más a menudo si no estuviera tan ocupado y si mis piernas no me torturasen continuamente, pero la visita de esta noche no es de tipo social. Por eso ha venido el sargento conmigo. Es un detective y esta noche estamos trabajando. Ha habido un homicidio esta tarde, en el Canal de la Arboleda.

—¿Un homicidio? Supongo que no tendrá nada que ver con los disturbios...

—No. A un hombre le trituraron la cara. Abe Rogge, un buhonero. Su casa no queda lejos de aquí, y tal vez tú lo conocieras.

—¿Aquel hombre tan guapo, con la barba rubia? ¿Un tipo alto y fuerte? ¿Con un collar de oro?

—Sí.

—Lo conozco. —Elizabeth frunció los labios—. Ha hablado a veces conmigo. A menudo. Incluso me ha visitado aquí. Tiene un puesto en el mercado callejero del Albert Cuyp, ¿verdad?

—Tenía.

—Sí, sí. ¿Lo han matado, verdad? Es una pena. Que yo recuerde, no hemos tenido nunca ningún crimen en este barrio. Desde que aquellos marineros estúpidos se liaron a golpes hace muchísimos años, y me parece que ni siquiera se les impuso una sentencia. Yo los separé y uno de ellos resbaló y cayó al canal. —Se frotó las manos con cierta satisfacción—. Tal vez yo le empujara un poquitín, ¿comprende? ¡Je, je, je! Bien, siempre tiene que haber una primera vez. ¿Homicidio ha dicho? ¿O asesinato? Vi unos cuantos asesinatos cuando estaba en la policía, pero no demasiados, gracias a Dios. Amsterdam no es una ciudad de asesinos, aunque ahora están empeorando las cosas. Todo se debe a esas nuevas drogas, ¿no cree?

—¿Usted estaba en la policía? —preguntó de Gier repentinamente, con voz chillona.

El commissaris le asestó una maligna patada por debajo de la mesa y de Gier empezó a frotarse la espinilla.

—Agente de primera clase —contestó Elizabeth con orgullo—, pero de esto hace ya unos cuantos años, antes de que me retirara. Mi salud estaba un tanto debilucha. Sin embargo, me gustaba aquel trabajo, mucho más que el de vigilar los lavabos. Cinco años en la policía y treinta años en los lavabos. Creo que puedo recordar la mayor parte de mi tiempo en la policía, pero no sucedían muchas cosas cuando me dediqué a fregar suelos, limpiar grifos y llevar de un lado a otro toallas y pastillas de jabón. Y todos aquellos hombres

meando, todo el santo día meando. Al final llegué a creer que eso es lo que todos los hombres hacen en todo momento. ¡Je, je, je!

El commissaris también se rio, se dio una palmada en el muslo y descargó otra patada contra de Gier por debajo de la mesa. De Gier se echó a reír también.

—Pero cuénteme algo más sobre la muerte de Abe Rogge, commissaris —pidió Elizabeth.

El commissaris habló durante largo tiempo mientras Elizabeth asentía con la cabeza, removía su café, servía más café a sus visitantes y les ofrecía galletas.

—Sí —dijo al final—, comprendo. Y usted quiere que yo averigüe lo que sea posible. Comprendo. Le tendré informado. Sé escuchar en las tiendas y conozco aquí a mucha gente. Será el momento de hacer unas cuantas visitas.

El commissaris le entregó su tarjeta.

—Puedes llamarme también por la noche. En la tarjeta está el número de mi casa.

—No. No me gusta telefonear a caballeros en sus casas. A sus esposas no les gusta, cuando una solterona como yo desea de repente hablar a sus cónyuges.

El commissaris sonrió.

—No, tal vez tengas razón. Y ahora tenemos que marcharnos, Elizabeth. Muchas gracias por el café..., y has efectuado una magnífica labor con ese cordón de campana.

—Commissaris —dijo de Gier, cuando se encontraron de nuevo en el muelle.

—¿Sí?

De Gier carraspeó.

—¿Era eso, realmente, una amistad suya, commissaris?

—Claro. Le di con el pie en el momento oportuno, ¿verdad? Creía haberle advertido antes de que entráramos. Eso, como dice usted, fue en otro tiempo el agente de primera clase Herbert Kalff.

Sirvió bajo mis órdenes durante algún tiempo, y solía patrullar esta parte de la ciudad, pero tenía un problema, como comprenderá. Creía ser una mujer y esa idea era cada vez más firme. Le dimos la baja por enfermedad durante un año y cuando volvió estaba más o menos bien, pero pronto volvió a empezar. Aseguraba ser una chica y quería que le llamaran Elizabeth. Se le concedió la baja otra vez y, cuando se vio que no se registraba ningún cambio, no nos quedó más remedio que retirarlo de la policía. Para entonces, era ya una mujer. No había gran cosa que la ciencia médica pudiera hacer por ella entonces. Tengo entendido que ahora operan casos como este. Ese pobre ser ha de vivir en el cuerpo de un varón. Consiguió un empleo para ocuparse de los lavabos en una fábrica, pero se burlaban de ella y no pudo ocuparlo largo tiempo. Ella cree que estuvo allí muchos años, pero no es verdad. Su amor propio la obliga a decir esto. La verdad es que fue declarada inútil para todo empleo y, desde entonces, ha vivido del dinero del Estado. Yo me he mantenido en contacto con ella y también la visitan los asistentes sociales, pero en realidad no es necesario; desde que optó por ser una mujer ha tenido una personalidad estable y posee una salud increíble. Sepa que tiene más de setenta años y su mente está clarísima.

—¿No debería estar en alguna residencia para ancianos?

—No, los bromistas se divertirían a su costa. A veces, los viejos son como chiquillos. La dejaremos aquí tanto tiempo como sea posible.

—¿Y usted la visita regularmente? —la voz del sargento de Gier seguía siendo extrañamente alta.

—Desde luego. La aprecio mucho. Me gusta pasear por esta parte de la ciudad y ella me prepara una taza de buen café.

—Pero él, es decir, ella está loca...

—Nada de eso —gruñó el commissaris—. Y no quiero oír esa palabra, de Gier.

Caminaron un rato en silencio.

—¿Cómo va su reuma, señor? Me han dicho que había estado algún tiempo en cama.

—Incurable —contestó el commissaris sin inmutarse—. Los medicamentos ayudan un poco, pero no mucho. Por otra parte, no me gustan las medicinas. Son productos químicos, píldoras horribles, y esto es todo. Meterme en un baño caliente me alivia, pero ¿quién se atreve a pasarse todo el día en un baño caliente, como una rana en el trópico?

—Sí —contestó de Gier, tratando de pensar una observación un poco más atinada.

—Y ella no está loca —añadió el commissaris.

—Es que no puedo comprenderlo —dijo de Gier lentamente—. Esta persona no tiene nada de natural, y usted va a verla. ¿No le causa temor o disgusto?

—No. Ella es diferente, pero en realidad eso es todo. Algunos inválidos tienen un aspecto atemorizador cuando se les ve por primera vez, pero uno se acostumbra a su deformidad, especialmente cuando se trata de personas estimables, como lo es Elizabeth. Es una persona amable e inteligente, y, por lo tanto, ¿por qué sentir temor ante ella? Tengo la impresión de que a usted le asustan sus propios sueños. Usted sueña, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Alguna pesadilla?

—Sí.

—¿Y qué ocurre cuando tiene una pesadilla?

—Si va por mal camino me despierto cubierto de sudor y grito, pero generalmente no llego a ese punto. De alguna manera puedo controlar los sueños y escapar de sus episodios más desagradables. Me encuentro con un arma en la mano y mato a quien me esté persiguiendo, o bien hay un coche en el lugar apropiado, me meto en él y ya no pueden atraparme.

—Excelente —aprobó el commissaris, echándose a reír—. Pero no siempre consigue huir, y entonces sufre.

—Sí —admitió de Gier de mala gana.

—Pero ¿por qué? El sueño es parte de usted mismo, ¿no es así? Es su propia mente. ¿Por qué habría de asustarle su propia mente?

De Gier se detuvo. Habían llegado de nuevo al puente estrecho y de Gier precedía al commissaris, por lo que este tuvo que detenerse también.

—Pero yo no puedo evitar mis sueños, señor. En cambio sí puedo evitar esa... Bueno, esa aparición en la casa flotante. Me atemoriza. No tengo por qué ir allí.

—¿No hubiera debido llevarle conmigo, sargento? —preguntó el commissaris con voz queda.

—Pues bien, sí, señor. Tal vez pueda ayudarnos en nuestra investigación. Vive en la zona y tiene un adiestramiento policial. Puede resultar útil. Sí, debía usted llevarme consigo.

—¿Y bien?

—Pero no puede pedirme que disfrute con esta experiencia.

—Que yo sepa, no le estoy pidiendo que disfrute de la compañía de Elizabeth.

El commissaris estaba sonriendo.

—No. Sí. Tal vez no. Pero no debiera usted hacerme...

—¿Hacerle qué?

De Gier alzó las manos con un gesto de impotencia y siguió andando lentamente, para que el commissaris pudiera seguir su paso.

—Todos estamos relacionados —dijo el commissaris con delicadeza—. Elizabeth es parte de usted, y usted es parte de mí. Es mejor enfrentarse a este hecho.

Pasaron ante la casa de los Rogge y Grijpstra esperaba ante la puerta.

—Nada, señor —informó Grijpstra—. La casa contigua es un almacén y pertenece a Abe Rogge. Está llena de mercancías, lana y diversos tipos de telas. Esther Rogge me abrió la puerta. No hay

nada allí. Los vecinos del otro lado no vieron nada especial, pero aseguran que algunas personas transitaron por aquí esta tarde. Los guardias de servicio dejaron pasar a todos los que vivían aquí, sin pedirles ninguna identificación.

—¿Ha revisado la casa flotante, Grijpstra?

—Sí, señor. Como puede ver, es una ruina. Ventanas rotas y todo maltrecho. No encontré nada especial. Basuras, un cuchillo roto de pescador, un cubo de plástico, unos cuantos anzuelos oxidados y la usual colección de condones usados. Revisé también el tejado, pero tuve que adoptar precauciones, pues también está en muy malas condiciones y lleno de agujeros.

—¿Cree que nadie disparó un mosquete desde allí? ¿Ni arrojó bolas?

—No, señor.

La lancha había regresado y esperaba al commissaris. Grijpstra subió a bordo y de Gier titubeó.

—¿No quiere venir, de Gier? —preguntó el commissaris.

—Tal vez debiera tener otra charla con Esther Rogge y aquel joven, Louis Zilver. Me gustaría poseer una lista de los amigos de Abe, y también de sus amigas.

—¿No puede esperar hasta mañana?

—Podría esperar —contestó de Gier—, pero ahora estamos aquí.

—¿Grijpstra? —Grijpstra había adoptado una actitud de indiferencia—. Está bien —dijo el commissaris—, pero no se exceda. La mujer está cansada y no resulta muy fácil conversar con aquel joven. No pierda los estribos.

—No, señor —aseguró de Gier, dando media vuelta.

6

SU TRAJE ESTABA manchado de detergente y en la pernera derecha del pantalón había trazos de pintura roja. No había advertido que alguien arrojase pintura, pero era indudable que alguien lo había hecho. Sus calcetines seguían mojados, pues, aunque el cañón de agua no lo había alcanzado de pleno, se había visto obligado a correr a través de los charcos y se había infiltrado barro en sus zapatos. Ansiaba regresar a su casa, tomar una ducha caliente y merodear por su pequeño apartamento con el quimono que había comprado en unos grandes almacenes que celebraban una semana de productos japoneses. Deseaba que Oliver se durmiera sobre sus piernas mientras él echaba un vistazo al periódico, fumaba y bebía té. También deseaba una cena, tal vez unos espaguetis, un plato que podía preparar rápidamente y que le salía sabroso, y Oliver estaría sentado en el sillón, su único sillón, mientras él se instalaba en cuclillas sobre su cama y comía los espaguetis directamente de la cacerola. Y después, más tarde, un cigarrillo en el balcón. Tendría que hacer algo con sus tiestos de flores. Había vuelto a plantar en ellos lobelia y aliso, como el año pasado, y tenía un geranio en un tiesto colgado en la pared. Seguramente habría plantas más interesantes. Se detuvo y lanzó un juramento. Elizabeth, la hábil jardinera. Nellie y sus trescientos cincuenta florines. ¿Se había incorporado al departamento de investigación criminal para encontrar a personas desquiciadas? ¿Para alternar con ellas? ¿Para tratar de comprenderlas? ¿Para descubrir, tal como había

sugerido el commissaris, su propia conexión con ellas? ¡El commissaris! ¡Un hombrecillo parecido a un brujo, con su cojera!

«No deberías hablar así del commissaris, Rinus —se dijo a sí mismo—. Tú lo admiras, ¿recuerdas? Le aprecias. Es un hombre inteligente, que sabe mucho más que tú. Sabe comprender. Se encuentra en un nivel diferente. Más alto, Rinus, mucho más alto».

Se encontraba ante la puerta de la casa de Esther, pero no tocó el timbre. La lancha se marchaba ya y el sargento de la Policía Fluvial estaba recogiendo el cabo de amarre. El commissaris y Grijpstra charlaban en la cubierta de proa. Probablemente creían que él ya se encontraba en la casa. Bien pudiera ser que ni siquiera entrase en ella. ¿Qué estaba haciendo allí, después de todo? ¿Era el policía eficiente, además de enérgico, que seguía trabajando mientras los demás se tomaban un descanso? ¿O quería sostener de nuevo la mano de Esther?

Una mujer maravillosa, Esther. No una prostituta barata como Nellie, que le había cautivado con sus pechos grandes y bien formados y su voz baja y untuosa, una voz áspera y untuosa. Una voz no puede ser áspera y untuosa al mismo tiempo, pero la suya lo era. Lo era, maldita sea. «Tranquilo, Rinus —se dijo para sus adentros—. Estás perdiendo el control. La jornada de hoy ha sido excesiva para ti. Un cadáver hecho papilla y toda una plaza llena de idiotas danzarines que arrojaban detergente y pintura, y todos aquellos matones uniformados que cargaban contra los idiotas y las sirenas... Ha sido demasiado para ti. El commissaris no hubiera debido abandonarte, pues él sabía que estabas a punto de desmoronarte. Sin embargo, a pesar de todo, te ha dejado aquí».

De Gier escuchó el silencio del canal. Lo había dejado allí. Y si el commissaris le había dejado abandonado a sus propios medios, debía haber confiado en él. Los policías no suelen trabajar a solas, lo hacen en pareja. Los detectives también trabajan en parejas. Para que uno pueda vigilar al otro, contenerle si es necesario porque pierde los estribos, o echa mano a su pistola. Un policía protege al otro conteniéndolo. Le protege contra sí mismo. La tarea de la

policía consiste en proteger al civil contra sí mismo. Es tarea del policía proteger a su compañero contra sí mismo. Estaba hablando ahora en voz alta, arrastrando las palabras.

—Mierda —dijo de Gier, y pulsó el timbre.

Esther abrió la puerta.

—¿Usted? —dijo Esther—. El sargento Rinus de Gier.

De Gier trató de sonreír.

—Entre, sargento.

Esther tenía mejor aspecto. Había otra vez color en su cara y se había pintado los labios.

—Me dispongo a comer algo. ¿Quiere acompañarme, sargento?

—Muchas gracias.

Ella se dirigió hacia la cocina. De Gier recibió allí un plato de sopa, sopa de tomate caliente, procedente de una lata. A de Gier no le gustaba la sopa de tomate y jamás comía aquel líquido de aspecto sanguinolento, pero ahora no le importó. La joven cortó una rebanada de pan y sobre la mesa había pepinillos y aceitunas, así como un trozo de queso con vetas azules. De Gier comió de todo, mientras Esther le observaba.

—Podemos tomar el café arriba.

Él no había dicho nada durante la cena y ahora se limitó a asentir con la cabeza.

—Una habitación muy agradable —comentó de Gier desde la butaca baja y profunda que Esther le había ofrecido—, y tiene usted muchos libros.

Esther hizo un gesto con la mano hacia las dos paredes cubiertas de estanterías con libros.

—Un millar de libros y no he aprendido nada de ellos. El piano me ha sido más útil.

De Gier se levantó y se dirigió hacia el piano de media cola. Había en el atril un estudio de Chopin, puso una mano sobre el teclado y pulsó unas teclas, mientras trataba de leer las notas.

—Muy bien —dijo Esther—. ¿Toca a menudo?

—No. De niño me dieron lecciones de piano, pero yo me pasé a la flauta. Toco con Grijpstra, el brigada que hoy estaba aquí.

—¿Y él qué toca?

—La batería —contestó de Gier sonriendo—. Alguien dejó una batería en nuestra oficina de Jefatura, hace ya varios años y he olvidado el motivo, pero Grijpstra recordó que en otros tiempos había tocado la batería y empezó de nuevo, y yo encontré mi flauta. Es una combinación absurda tal vez, pero nos las arreglamos como podemos.

—¡Pero esto es muy bonito! —exclamó Esther—. ¿Por qué no podrían avenirse la batería y la flauta? Me encantaría oírles tocar. Yo podría tocar también con ustedes. ¿Por qué no vienen los dos una tarde y lo intentamos?

—Es música improvisada —explicó él—. Utilizamos algunos temas, sobre todo música religiosa, de los siglos XVI y XVII, pero después nos animamos y tocamos cualquier cosa. Trinos y golpes de bombo.

—Yo creo que encajaría en este conjunto —afirmó Esther con aplomo.

De Gier se echó a reír.

—De acuerdo. Se lo diré a Grijpstra.

—¿Y qué más hace usted? —preguntó Esther.

—Juego con mi gato y trato de hacer mi trabajo. Como esta noche. He venido a hacerle unas preguntas. Si no le importa, desde luego. Si prefiere, volveré mañana.

Ella se sentó en el taburete del piano.

—Está bien, sargento, adelante. Ahora me encuentro mejor, mucho mejor que esta tarde. Incluso he dormido una hora. Tal vez una no debiera dormir cuando su hermano ha sido asesinado, pero me pareció lo mejor que podía hacer. Él era mi íntimo pariente y ahora estoy sola. Somos judíos. Los judíos creemos que las familias son muy importantes, aunque tal vez estemos equivocados. La gente está sola, es mejor comprender la verdad. Nunca tuve mucho

contacto con Abe, por lo menos un contacto real. Usted también está solo, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces tal vez me comprenda.

—Tal vez. ¿Tenía su hermano un arma en su habitación, un arma extraña? ¿Algo con una bola provista de púas en el extremo, un arma con la que poder golpear?

—¿Una maza con púas? —preguntó Esther—. ¿Se refiere a una de esas armas medievales? Sé lo que es. Se la describe a menudo en la literatura holandesa y también en la historia. Cursé historia en la universidad: historia de Holanda, asesinatos y homicidios a través de las épocas. Nada cambia.

—Sí, una maza con púas.

—No, no había arma alguna en el cuarto de Abe. Él solía llevar una pistola, creo que era una Luger, pero hace años la arrojó al canal. Dijo que ya no encajaba con su filosofía.

Esther revolvió el contenido de su bolso.

—Tenga, encontré esto: su pasaporte y una libreta de notas.

De Gier examinó el pasaporte y vio visados para Checoslovaquia, Rumania y Polonia. Había también sellos de entrada y salida de Túnez y Marruecos. La libreta contenía nombres y números de teléfono.

—Un centenar de nombres —dijo—. Demasiados para investigar. ¿Algunos amigos íntimos? ¿Amiguitos? ¿Amiguitas?

—Chicas —contestó Esther—. Tan sólo chicas. Muchas, muchísimas. A veces dos al día, incluso más. A mí me disgustaba verlas entrar y salir en manada. El domingo pasado recibió a tres; hacía poco que había regresado de Marruecos. Ellas no podían esperar. Repasó a una de ellas antes de cada comida. La primera llegó antes del desayuno. Es guía turística y empieza a trabajar muy temprano, pero tuvo que atender primero a su sexo.

De Gier tenía ganas de lanzar un silbido pero se limitó a frotarse la barbilla.

—¿Y él daba satisfacción a todas?

—A las guapas.

—¿Todos sus contactos eran de tipo tan casual?

—No. Él solía ir a ver a Corin, que trabaja en la universidad conmigo. No creo que él se limitara a dormir con ella, aunque tal vez fuese así. Corin nunca ha hablado mucho de él. El nombre de ella figura en esta libreta y se lo marcaré: Corin Kops. Puede encontrar su dirección en el listín telefónico.

—¿Alguien más?

—Sí, una estudiante, una chica muy joven. Estudia medicina. Creo que él se sentía fascinado por ella, o tal vez ella sólo le exasperaba. No se entregaba con facilidad. Marcaré también su nombre. Tilda van Andringa de Kempenaar.

—Un nombre hermoso.

—Sí, es de la nobleza; tal vez por ello no quisiera entregarse. Sangre azul.

—La copulación no exige presentaciones —dijo de Gier y acto seguido sonrió.

Su cordura había vuelto a imponerse, o, mejor dicho, empezaba a regresar. Todavía se sentía abrumado. Cerró los ojos y trató de pensar.

—Se está durmiendo, ¿verdad? —preguntó Esther—. Debe de estar muy cansado. ¿Quiere que le dé una manta? Puede dormir en el diván, si lo desea. Yo le despertaré a la hora que me diga.

—No, no, he de ir a casa para darle la comida a mi gato. Gracias, de todos modos. El negocio... esto es lo que quería preguntar. ¿Tiene usted aquí sus papeles del negocio? Me gustaría echarles un vistazo. No soy un experto en contabilidad, pero me agradaría tener alguna idea sobre el volumen de sus transacciones.

—Louis se ocupa de sus libros y los tiene arriba. Ahora está en casa. Se lo preguntaré si usted quiere.

De Gier había estado oyendo un zumbido irregular durante los últimos diez minutos, y también un ruido como si rasparan algo. Procedía del piso superior y miró el techo.

—¿Es él quien hace este ruido arriba?

Ella soltó una risita.

—No, tal vez haya regresado el asesino y esté haciendo girar su bola mortífera. ¿Por qué no sube y lo comprueba?

No le agradaba abandonar aquella butaca confortable, pero se levantó obedientemente.

—Sí —dijo Louis, y alzó la vista para mirar a de Gier, que acababa de abrir la puerta.

El joven estaba sentado en el suelo y cogió un ratón de juguete para dar cuerda a su mecanismo. La boca del sargento de Gier estaba semiabierta. No había esperado ver lo que estaba viendo. El suelo estaba lleno de animalillos de hojalata: ratones, pájaros, tortugas, ranas e incluso topos y escarabajos gigantes. La mayoría de ellos se movían. Los ratones se erguían cada dos segundos y después volvían a caer, para continuar sus trayectos zigzagueantes sobre las tablas desnudas del suelo. Las ranas saltaban, las tortugas caminaban lentamente, los pájaros daban saltitos y movían las colas, los escarabajos se arrastraban. De vez en cuando, uno de los animales se detenía y Louis lo recogía para darle cuerda de nuevo. Algunos se habían encontrado con la pared y zumbaban allí, al no poder avanzar. Un pájaro había sido detenido por una alfombrilla y saltaba débilmente, tratando de superar el obstáculo. Un escarabajo había caído sobre su costado y su motor funcionaba a toda velocidad.

—Muestras —explicó Louis—. Abe compró unos cuantos millares y yo saqué estos del almacén. La mayoría funcionan. Absurdo, ¿verdad?

—Sí —dijo de Gier—. ¿Cuánto tiempo lleva jugando con ellos?

—He empezado hace poco rato. Es divertido, ¿no cree? Tenía animales de estos cuando era un niño, pero nunca más de uno a la vez. Como puede ver, los hombres de negocios pueden divertirse a gran escala. Ningún niño tendrá jamás una colección como esta.

De Gier se había puesto en cuclillas y estaba salvando a los animales detenidos ante la pared, dirigiéndolos hacia el centro de la habitación.

—Oiga —le dijo Louis—, no creo haberle invitado a unirse al juego.

—No —admitió de Gier, dando cuerda al motorcillo de una rana.

—No importa. Puede jugar si quiere. ¿Ha hecho la policía algún progreso en el caso?

—No. La policía está desorientada.

—Forma parte del destino humano estar desorientado —replicó Louis, y empezó a recoger los juguetes, envolviendo cada animal en papel de seda y colocándolo en una caja de cartón.

—Me han dicho que llevaba usted los libros de Abe Rogge. ¿Puedo verlos?

Louis señaló hacia su mesa escritorio.

—Está todo allí; puede llevárselos si quiere. He tenido los libros al día y la contabilidad es sencilla. La mayoría de las compras están amparadas por facturas y todas ellas han sido pagadas. Nuestras ventas eran en su mayor parte al contado y figuran en un libro de caja. Y también hay una administración de salarios, aunque sólo Abe y yo figuramos en la nómina.

He oído decir que su almacén está lleno de género.

—Sí.

—Todo pagado.

—Sí.

—¿Cuánto tienen en stock?

—¿En dinero?

—Sí.

—Ciento veinte mil florines y pico.

—Es mucho dinero —observó de Gier—, y con todo pagado. ¿Se financiaba Abe sus transacciones?

Louis se echó a reír.

—El banco no nos hubiera dado ni un céntimo, pues no financian a los buhoneros. Abe pedía prestado a algunos amigos. Sobre todo

a Bezuur, su más antiguo y mejor amigo.

—¿De modo que tenía amigos? —dijo de Gier y asintió satisfecho—. Muy bien.

Louis levantó la vista desde su montón de cajitas.

—La policía sospechará de los amigos, ¿verdad? Los amigos tienen contacto y la amistad puede cambiarse en odio. Dos caras de la misma moneda.

—Sí, sí. ¿Quién es Bezuur?

—Un hombre rico, muy rico. Él y Abe fueron juntos a la escuela, a la escuela y a la universidad. Los dos abandonaron los estudios. Sólo estudiaron francés. También trabajaron juntos, sobre todo en Francia, desde luego, y en la parte francófona de África del Norte. También comerciaron juntos, pero el padre de Bezuur murió y dejó a este un gran negocio de maquinaria para la extracción y movimiento de tierras. Ahora es millonario.

—¿Y le prestaba dinero a Abe?

—Sí, con un interés bancario. El once por ciento estamos pagando ahora. La firma le debe sesenta mil florines, que han de serle devueltos dentro de tres meses, cuando hayamos vendido los stocks del almacén, o tal vez antes. Abe estaba planeando unas largas vacaciones y se suponía que yo iría con él.

—¿A África del Norte otra vez?

—No, proyectábamos navegar por el Caribe.

—¿Y qué pasará ahora?

—Venderé el stock. Hace una hora, he telefoneado a Bezuur para comunicarle la muerte de Abe. Me ha dicho que yo puedo continuar el negocio si Esther me lo permite, pues ella lo heredará. Y que puedo devolver el préstamo tal como se había previsto.

—¿Ha hablado con Esther?

—Todavía no.

—¿Y qué hará usted cuando haya vendido el stock?

—No tengo idea. Tal vez buscarme un socio y continuar como antes. Me gusta este negocio, sobre todo su irregularidad.

—¿Y si Esther no le deja continuar?

Louis se encogió de hombros y sonrió.

—No me importa. Bezuur venderá el stock y recuperará su dinero, y el resto irá a parar a Esther. Yo me marcharé, simplemente. Nadie depende de mí.

—¿Independiente, verdad? —dijo de Gier, ofreciéndole un cigarrillo.

—Gracias. Sí. Soy independiente. ¡Al infierno con todo! Sin embargo, lamento que Abe haya muerto, pues me gustaba trabajar con él. Me había enseñado muchas cosas. Si él no me las hubiera enseñado, ahora yo estaría muy trastornado, pero me ha encontrado jugando tan campante con unos animales de resorte. Y no estoy fingiendo nada. ¿Alguna pregunta más?

—¿Tenía relación Abe con otras personas? ¿Algún enemigo? ¿Competidores?

Louis reflexionó durante un buen rato.

—Dormía con muchas chicas —contestó finalmente—. Tal vez pisó los pies a alguien. Estoy seguro de que algunas de esas chicas tenían amantes, o incluso maridos. A veces, él se comportaba como un toro semental. E insultaba a los demás, desde luego. Los insultaba demostrándoles que le tenían sin cuidado. Se les podía amoratar la cara y echar humo por las orejas, pero él se limitaba a reírse, no ofensivamente para enfurecerlos, sino porque no le importaban. Les decía que eran como globos, o como animales disecados y sin vida.

—Pero también se incluía a sí mismo, ¿no es verdad?

—Ya lo creo; se negaba a ver valor en cualquier parte.

—Entonces, ¿por qué ganaba dinero?

Louis se levantó y colocó el paquete de cajas en una esquina de la habitación.

—Si nada importa, uno puede reírse y también puede llorar, ¿no es así? —De Gier no contestó—. Abe prefería reírse con la barriga llena, un cigarro en la boca, un coche aparcado en la calle y un yate en el canal. No creo que le hubiese importado no tener ninguna de estas cosas, pero prefería tenerlas.

—Comprendo —dijo de Gier.

—Usted no lo comprende —repuso Louis—. Pero no importa.

—Usted le admiraba realmente, ¿verdad? —inquirió de Gier con mala intención.

—Sí, polizante, es verdad. Pero ahora está muerto. El Globo ha reventado. ¿Más preguntas?

—No.

—Entonces me iré a la taberna más cercana y me tomaré seis copas de alcohol coloreado, y después iré a dormir a cualquier parte. Habrá en la taberna una chica que me dejará ir a su casa con ella. No quiero pasar la noche aquí.

De Gier se levantó y salió de la habitación. Estaba demasiado cansado para pensar en una despedida adecuada. Encontró el lavabo antes de regresar a la habitación de Esther y allí se lavó la cara con agua fría. Había sobre el lavabo un pequeño espejo, y se vio la cara. Sus cabellos estaban embadurnados de polvo de jabón y barro, y había manchas de pintura en sus mejillas, los ojos parecían carentes de vida e incluso las guías de su bigote estaban caídas.

—¿Y bien? —preguntó Esther.

—He oído el nombre Bezuur.

—Klaas Bezuur —dijo lentamente Esther, invitándole con un gesto a sentarse de nuevo en la butaca—. Sí, hubiera debido mencionarlo, pero hace tanto tiempo que no he visto a Klaas que lo he olvidado. En cierta ocasión me pidió que me casara con él, pero no creo que lo dijera en serio. Abe y él fueron en otro tiempo muy amigos, pero últimamente ya no lo eran.

—¿Tuvieron alguna desavenencia?

—No. Klaas se enriqueció y tuvo que dejar de trabajar en el mercado callejero y de viajar por ahí con Abe. Tenía que ocuparse de su negocio. Ahora vive en una villa, en uno de los nuevos suburbios, Vuitenwelder, creo.

—Yo vivo en Vuitenwelder —dijo de Gier.

—¿Es usted rico?

—No, yo tengo un pequeño apartamento. Supongo que Bezuur vivirá en uno de esos bungalows que valen un cuarto de millón.

—Exactamente. No he estado en su casa, aunque él nos había invitado, pero Abe no quiso ir. Mi hermano nunca visitaba a nadie, a menos que tuviera buenas razones para ello: sexo o una fiesta, o un asunto de negocios, o tal vez un libro que quisiera comentar. Klaas no lee. Es ahora una especie de puerco; la última vez que lo vi estaba muy gordo y se mostraba muy lerdo en todo.

—Será mejor que me vaya —dijo de Gier, frotándose la cara—. Mañana será otro día. Apenas me tengo en pie.

Ella le acompañó hasta la puerta. Él le dio las buenas noches y, aunque deseaba alejarse rápidamente de allí, se detuvo para contemplar la superficie del canal. Una rata, asustada por la alta silueta del detective, abandonó su escondrijo y saltó. Su esbelto cuerpo atravesó la superficie aceitosa del agua con un leve chapoteo, y de Gier contempló cómo se disipaban poco a poco los círculos convergentes.

—¿No quería marcharse? —preguntó una voz, y tuvo que levantar la mirada.

Esther se encontraba en la ventana abierta de su habitación, en la segunda planta.

—Sí —contestó con voz queda—, pero no se quede usted ahí parada.

—Puede arrojarme su bola —replicó Esther, si quiere. A mí no me importa.

De Gier no se movió.

—Rinus de Gier —dijo entonces Esther—, si no piensa marcharse, es mejor que vuelva aquí. Podemos hacernos compañía mutuamente.

Su voz se mantenía del todo tranquila.

Chasqueó la cerradura automática y de Gier volvió a subir los dos tramos de escalera. Ella se encontraba junto a la ventana cuando él entró, y se quedó a su lado y le tocó un hombro.

—El asesino es un loco —dijo en voz baja—. Quedarse aquí representa una invitación para él.

Ella no contestó.

—Está usted sola en la casa. Louis me dijo que piensa dormir fuera esta noche. Si quiere, telefonearé a Jefatura y dos agentes custodiarán la casa. La policía antidisturbios se ha retirado ya. Tome —añadió, y le dio el ratón de juguete que se había guardado en el bolsillo mientras Louis no le miraba.

Esther se había apartado de la ventana y atravesaba la habitación. Contemplaba el animal de hojalata como si no supiera lo que era.

—Un ratón —explicó de Gier—. Puede darle cuerda y ponerlo en el suelo. Corre y también salta un poco. Es suyo.

Ella se echó a reír.

—¿Qué es esto? ¿Un tratamiento de choque? No sabía que la policía se hubiera vuelto tan sutil. ¿No estará tratando de tranquilizarme para que baje mis defensas y le proporcione una pista valiosa?

—No —contestó de Gier—. Se trata tan sólo de un ratón con un mecanismo de resorte.

—Abe solía regalarme cosas también. Conchas marinas, trozos de madera devueltos por el mar y plantas secas. Lo compraba en el mercado o lo encontraba en la playa, lo guardaba en su habitación, y, de repente, entraba en la mía, generalmente cuando creía estar deprimido por alguna razón, y entonces me hacía un regalo. Todavía conservo algunas de esas cosas.

Señaló hacia un estante y de Gier vio varias conchas, trozos de coral blanco y rosado, y una ramita con unas vainas secas.

Esther estaba llorando.

—Un trago —dijo—. Necesitamos un trago. Él tiene una botella de ginebra en el frigorífico; iré a buscarla.

—No, Esther. Tengo que marcharme, pero tú no puedes quedarte aquí sola.

—¿Quieres que vaya a tu casa contigo?

De Gier se rascó el trasero y ella soltó una risita entre sus lágrimas.

—Te estás rascando el trasero. ¿Estás nervioso? ¿No quieres que vaya a tu casa contigo? Iré al hotel de la policía, si es que tenéis uno, o bien puedes encerrarme en una celda para pasar la noche.

De Gier se ajustó el pañuelo que llevaba al cuello y se abrochó la chaqueta.

—Tienes un aspecto un poco desaliñado —observó Esther—, pero comprendo que has pasado un día muy ajetreado. Sigues estando guapo. Iré a tu casa si quieres. Esta casa me pone nerviosa. No dejo de pensar en la cara de Abe y en aquella bola con púas de la que todos habláis. Una maza con púas, dijiste. Resulta demasiado horrible.

De Gier se pasó el pulgar y el índice por el bigote. Los pelos estaban pegajosos; tendría que lavarlo a fondo. Hizo una mueca. Le entraría jabón en la boca. Siempre le entraba jabón en la boca cuando se lavaba el bigote.

—¿No serás un maníaco sexual, verdad que no? —preguntó Esther—. ¿No será un problema ir a tu casa contigo? —Se echó a reír—. No importa. Si eres un maníaco, serás un maníaco muy fatigado y probablemente podré manejarte a mi manera.

—Desde luego —admitió de Gier—. ¿Por qué te pusiste ante la ventana?

—Oí un chapoteo en el agua. Creí que el asesino había vuelto y que había dejado caer su bola en el canal.

—¿Y por qué acercarte a la ventana? Es el lugar más peligroso de la casa. A Abe lo mataron junto a la ventana, al menos esto es lo que creemos ahora.

—No me importa.

—¿Quieres morir?

—¿Por qué no?

—Estás viva —dijo de Gier—. De todas maneras, un día morirás. ¿Por qué no esperar?

Esther le miró fijamente y él observó que tenía un labio inferior carnoso y el superior ancho y graciosamente curvado.

—Está bien —dijo de Gier—. Te llevaré a casa de mi hermana, o a cualquier otro lugar adonde quieras ir. Debes de tener amigos en la ciudad. Por ejemplo, aquella señora llamada Corin a la que has mencionado hace poco. O parientes. También puedo llevarte a un hotel; hay muchos hoteles. Tengo el coche aparcado cerca del Mercado Nuevo. Iré a buscarlo y, entretanto, puedes prepararte una maleta. Regresaré dentro de cinco minutos.

—Iré contigo y volveré aquí mañana. Tal vez mañana la cosa sea mejor. He fregado el suelo de la habitación de Abe. Pero esta noche no quiero quedarme aquí.

—Tengo un gato —explicó de Gier, mientras abría la puerta del coche para que ella entrase—. Es muy celoso. Probablemente querrá arañarte, y te esperará en el pasillo si quieres ir al lavabo. Entonces se abalanzará sobre ti de repente y lanzará un aullido. También es posible que se mee en tus ropas.

—Tal vez sea mejor que vaya a un hotel, pues.

—Si quieres...

—No —repuso ella echándose a reír—. No me importa tu gato. Seré amable con él y guardaré mis ropas en mi bolsa. Es una bolsa de plástico y tiene cremallera. Cogeré al gato, lo pondré patas arriba y lo acariciaré. A los gatos les gusta que los acaricies.

—No puede resistir que la gente se muestre amable con él —repuso de Gier—. No sabrá qué ha de hacer.

—De todos modos, seremos dos —dijo Esther.

De Gier estaba tendido en el suelo, tratando de acostumbrarse a la dureza de su colchoneta de camping. Esther se encontraba de pie ante la puerta abierta del pequeño dormitorio, con el dedo apoyado en el interruptor de la luz.

—Buenas noches —dijo Esther.

—Buenas noches.

—Gracias por dejarme utilizar tu ducha.

—No faltaría más.

—Tu cama parece muy confortable.

—Es una antigüedad —explicó de Gier desde el suelo—. La encontré en una subasta. Aquel hombre dijo que procedía de un hospital.

—Me gusta su armazón —aseguró Esther—, con todas aquellas flores metálicas como adornos. Y está pintada con mucho gusto. ¿Lo hiciste tú mismo?

Sí. Fue un trabajo de mil demonios. Tuve que utilizar un pincel muy fino.

—Me alegro de que no utilizaras demasiados colores. Tan sólo el dorado, que es precioso. Odio esas nuevas tendencias. Algunos de mis amigos han utilizado todos los colores del arco iris para decorar sus casas, y además aquellas horribles calcomanías... Mariposas en el lavabo y animales en la bañera, y dibujos graciosos en la cocina, y te ves obligada a leer los mismos chistes una y otra vez. ¡Bah!

—¡Bah! —coreó de Gier.

—Este debe de ser un buen lugar en el que vivir. Tan sólo una cama, una librería y una buena cantidad de cojines y plantas. Muy buen gusto. ¿Por qué tienes este único sillón? No parece hacer juego con lo demás.

—Es de Oliver. Le gusta sentarse en un sillón y vigilarme cuando como. Yo me siento en la cama.

Ella sonrió.

Hermosa, pensó de Gier. Es hermosa. Había cerrado ya el interruptor y la única luz de la habitación procedía de un farol en el parque. Tan sólo podía distinguir la silueta de ella, pero la luz captaba la blancura de su pecho y su cara. Llevaba el quimono de él, pero no se había ajustado el cordón de la cintura.

No puede sentirse predispuesta ahora, pensó de Gier. Su hermano había muerto aquel mismo día. Debía de encontrarse todavía en un estado de choque, tratando de eliminar la imagen en la puerta de su dormitorio, pero seguía viéndola. Cuando ella le besó, él lanzó un gruñido.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, suavemente.

Él volvió a gruñir. El commissaris lo sabrá. Grijpstra lo sabrá y Cardozo, el nuevo detective en el grupo de homicidios, lo sabrá y hará observaciones socarronas. Y lo sabrán Geurts y Sietsema. El grupo de homicidios volverá a tener un tema sobre el que conversar. De Gier, el Casanova. Un detective que se acuesta con sospechosas. Pero él no lo había planeado. La cosa había ocurrido así. ¿Por qué la gente no acepta nunca que las cosas ocurran? Oliver lanzó un aullido y Esther dio un brinco.

—¡Me ha mordido! ¡Tu gato me ha mordido! ¡Me ha atacado a traición, por detrás, y me ha mordido! ¡Uff! ¡Fíjate en mi tobillo!

La luz volvía a estar encendida y de Gier se precipitó hacia el cuarto de baño y regresó con una venda. Oliver se había sentado en el sillón y contemplaba la escena, al parecer complacido. Tenía las orejas muy tiesas y sus ojos brillaban, mientras la cola se movía nerviosamente. Esther hizo cosquillas al gato, detrás de las orejas, y lo besó en la frente.

—Eres un gato estúpido, ¿verdad? ¡Un gato celoso! No le preocupes, no te dejaré sin amo.

Oliver ronroneó.

Ella apagó de nuevo la luz y cogió a de Gier por la mano.

El quimono había caído al suelo. Oliver suspiró y se enroscó sobre el sillón.

—¿Verdad que él no mirará? —susurró Esther desde la cama.

De Gier se levantó y cerró la puerta.

—NO, QUERIDO —dijo la esposa del commissaris, somnolienta, y se dio la vuelta en la cama—. Todavía es temprano, y es domingo. Prepararé el café un poco más tarde; déjame dormir un rato más, dormir, dormir...

El resto de la frase fue un murmullo que no tardó en convertirse en un ronquido suave, agradable, incluso cortés. El commissaris le dio unas palmaditas en el hombro, con una mano delgada y blanca. Él no había pedido café; en realidad, no había pedido nada en absoluto. Probablemente, ella había observado que él estaba despierto y su sentido del deber se había puesto en marcha. Querida Katrien, pensó el commissaris, querida y excelente compañera, compañera entre todas las compañeras, estás envejeciendo, cada vez más débil y cansada, y hay en tu cara más arrugas de las que yo pueda contar. ¿Has compartido alguna vez mis pensamientos? Tal vez sí lo hayas hecho.

Le acarició de nuevo el hombro y el suave ronquido se transformó en una respiración profunda. Él se sentó, apartó la sábana y las mantas y cruzó las piernas, enderezando su columna vertebral. Encendió un cigarrillo e inhaló el primer humo del día, proyectándolo hacia la ventana abierta. En el jardín, su tortuga estaría merodeando ya entre la hierba. Eran las ocho de la mañana, y domingo. La ciudad guardaba silencio, sin el rugido y los estrépitos habituales del tráfico. Un tordo cantó en el jardín, los gorriones habían abandonado sus nidos sobre la tubería del desagüe y

pululaban en el seto, piando dulcemente, y las urracas buscaban más ramitas para reforzar su nido construido en lo alto del chopo. Podía oír sus aleteos mientras revoloteaban frente a su ventana. El commissaris lanzó un gruñido de satisfacción.

Había tenido un sueño y estaba escudriñando en su memoria. Había sido un sueño interesante y deseaba experimentarlo de nuevo. Algo que tenía que ver con el jardín y con el pequeño estanque al pie del chopo, y con un chapoteo. Chupó su cigarro y el sueño volvió a aparecer. Había estado en el jardín, pero su jardín era mucho más grande y se extendía hasta lo lejos, y el estanque era un vasto lago. Y el chopo era un bosque, y la tortuga estaba cerca de él. La tortuga conservaba su tamaño normal, pequeña, compacta, discreta y amistosa, con una hoja de lechuga en la boca. El commissaris había estado esperando algo, y también la tortuga, puesto que enderezaba su cuello correoso y masticaba excitadamente. Había estado contemplando el cielo, de un azul metálico, y la luna redonda y blanca que inundaba el césped con su luz suave y pálida.

Y entonces llegó aquello. Un punto purpúreo, cuyo tamaño aumentaba rápidamente. Era algo de color malva y en movimiento. Algo que se dividía en dos formas individuales pero similares. Hembras, con grandes alas. Estaban tan cerca que él podía ver sus largas extremidades, sus pechos curvados y sus rostros serenos. Veía sus facciones, pómulos altos y ojos rasgados. Unos rostros tranquilos, pero en los que se reflejaba una intensa finalidad. Las alas batían al moverse aquellas formas sobre él, sobre él y la tortuga, que había perdido su benigna impasibilidad y estaba tratando de bailar entre las hierbas, además de haber dejado caer su hoja de lechuga. El commissaris se había puesto en cuclillas, agarrándose al caparazón de la tortuga. Reconocía los rostros de aquellas formas aladas. Se parecían a aquel papú que en cierta ocasión había sido arrestado por los detectives del grupo de homicidios, y que había escapado sin dejar traza de su persona. Tal vez fuesen sus hermanas. O sus mensajeras, o acaso sus

pensamientos, que llegaban desde allí donde estuviera él ahora. El commissaris perdió su asociación de ideas. Las apariciones estaban ahora tan cerca, por encima de él, que si hubiese alargado la mano habría podido tocarles sus esbeltos tobillos.

Las alas se movieron de nuevo y ahora las figuras ganaron altura. Revolotearon por encima del lago y después, primero una y después la otra, plegaron las alas y se dejaron caer. Alcanzaron la superficie del lago como si fueran flechas, y penetraron en él directamente, a través de las aguas.

La tortuga había perdido todo dominio sobre sí misma y estaba haciendo cabriolas a los pies del commissaris, distrayendo su atención. Cuando alzó la vista de nuevo, las figuras de color malva se habían reunido con él sobre la hierba, con las alas extendidas, observándole y mostrando una expresión divertida en sus ojos centelleantes y sus bocas sonrientes. Esto había sido el sueño. Se frotó la zona calva de su cabeza, sorprendido al comprobar que el sueño había vuelto a su recuerdo. No le gustaba el color púrpura ni tampoco el malva, y nunca se había sentido particularmente impresionado por ángeles alados y desnudos. ¿De dónde procedían aquellas imágenes?

También recordó los sucesos de la velada anterior. El bar de Nellie. Los colores de Nellie habían sido el púrpura y el malva, y, desde luego, el rosa. Volvió a ver los grandes y sólidos pechos de Nellie, y la hendidura entre ellos acerca de la cual se había mostrado tan poético el doctor. ¿Le habría impresionado tanto Nellie como para que le ayudara a formar ese sueño, junto con la amable presencia de su tortuga y la versión glorificada de su jardín y del papú, un hombre que le había caído simpático desde el primer momento y cuya actitud le había dejado perplejo en aquel entonces?

El commissaris suspiró. Había sido un buen sueño. Descolgó el teléfono y marcó un número. El teléfono llamó durante un largo rato.

—De Gier.

La voz del teléfono tenía un sonido profundo y ronco.

—Buenos días, de Gier.

—Buenos días, señor.

—Oiga —dijo el commissaris—. Es temprano y es domingo, y, a juzgar por el tono de su voz, estaba usted durmiendo cuando ha sonado el teléfono. Quiero que se levante y se lave, que tome un poco de café y tal vez que se afeite. Cuando esté dispuesto, puede telefonarme aquí. Le estaré esperando.

—Sí, señor. Diez minutos.

—Digamos veinte. Puede desayunar antes, si gusta.

—De acuerdo —contestó de Gier.

El commissaris volvió a colgar el teléfono y se echó de nuevo. Después cambió de idea, se levantó y fue a la cocina en busca de unas hojas de lechuga. La tortuga le estaba esperando en el jardín e inmediatamente abandonó el césped y avanzó majestuosamente sobre las losas, en dirección a la puerta abierta del estudio del commissaris.

—Buenos días, señor —dijo nuevamente de Gier.

—Con respecto a la noche pasada —comenzó el commissaris—, ¿hay alguna novedad digna de mención?

—Sí —contestó de Gier—. La señorita Rogge me dio tres nombres y tres direcciones. ¿Tiene usted la pluma a mano, señor?

El commissaris anotó los nombres y las direcciones. De Gier siguió hablando.

—Sí, sí, sí —iba diciendo el commissaris.

—Tal vez Grijpstra y yo debiéramos visitar hoy a esa gente, señor.

—No. Grijpstra puede ir y yo lo acompañaré. Para usted tengo otros planes. ¿Está ya preparado?

—Sí, señor.

—Perfectamente. Vaya a nuestro garaje y pida la furgoneta gris. Después, vaya al almacén. Tenemos allí varios géneros confiscados: ropas, piezas de tejidos, un buen surtido... La semana próxima serán puestos a subasta, pero podemos disponer de todo.

Esta mañana, algo más tarde, telefonearé al jefe administrativo, que estará en su casa.

—¿Tejidos? —preguntó de Gier—. ¿La furgoneta gris? ¿Quiere que traslade esas telas a otra parte?

—Sí. Al mercado callejero, mañana. Un detective debe ser un buen actor, mañana puede transformarse usted en un buhonero. Me pondré en contacto con el director del mercado Albert Cuyp, y él le concederá un puesto y una licencia temporal. Le bastará con unos pocos días. Haga amistad con los otros buhoneros. Si el asesino procede de ese mercado, usted podrá encontrar alguna pista.

—¿Sólo yo, señor? —exclamó de Gier, que distaba de sentirse satisfecho.

—No. Puede llevar consigo al sargento Sietsema.

—¿No puedo disponer de Cardozo?

—¿Cardozo? —repitió el commissaris—. Creía que a usted no le gustaba Cardozo. Están siempre peleándose los dos.

—¿Peleándonos, señor? ¡Pero si nunca discutimos! Yo le he estado enseñando.

—Enseñando... De acuerdo, llévese a Cardozo. Tal vez sea el tipo adecuado. Cardozo es judío y se supone que los judíos son buenos comerciantes. Tal vez será mejor que él sea el buhonero y usted su ayudante.

—Yo seré el buhonero, señor.

El commissaris sonrió.

—De acuerdo. Telefonee a Cardozo y dígame que se reúna con usted hoy mismo. Será mejor que le llame inmediatamente, antes de que salga para pasar el día fuera. ¿Y qué me dice de Esther Rogge? ¿Estaba más tranquila cuando la dejó usted anoche?

No hubo respuesta.

—¿De Gier?

—Está aquí conmigo, señor, en mi apartamento.

El commissaris miró a través de la ventana. Una de las urracas se había posado en la hierba y contemplaba a la tortuga. La tortuga

le devolvía la mirada. Se preguntó qué podían tener en común aquellos dos seres.

—No es lo que está usted pensando, señor.

—No estaba pensando nada, de Gier, estaba mirando a mi tortuga.

—Esta noche he tenido un sueño, algo que tenía que ver con el papú. ¿Se acuerda del papú?

—Sí, señor.

—Un sueño extraño. Algo acerca de sus dos hermanas. Tenían alas y llegaban volando a mi jardín. Había luna llena y mi tortuga salía también en el sueño. Mi tortuga estaba excitada y saltaba en medio de la hierba.

—¿En su sueño, señor?

—Sí. Y era algo real, más real que la conversación que estoy sosteniendo ahora con usted. También usted sueña, según me dijo esta última noche.

—Sí, señor. En otro momento me gustaría que me contara algo más sobre su sueño.

—En otro momento —dijo el commissaris, y removi6 el café que su esposa había servido en la mesita junto a su cama—. En otro momento hablaremos de él. Pienso a menudo en el papú, posiblemente porque fue el único sospechoso que logró evadirse después de haberle echado mano nosotros. Será mejor que acompañe a la señorita Rogge a su casa, supongo. Yo le telefonearé esta noche y le diré qué hemos encontrado Grijpstra y yo, o también puede telefonarme usted. Mi esposa sabrá dónde localizarme.

—De acuerdo, señor —dijo de Gier, y colgó el teléfono.

A las once, el Citroën negro del commissaris estaba aparcado frente a la casa de Grijpstra, en la Lijnbaansgracht, frente a la Jefatura de Policía, y el commissaris tenía el dedo apoyado en el timbre.

—¿Sí? —preguntó la desgredada cabeza de la seora Grijpstra, desde una ventana de la segunda planta.

—¿Está en casa su marido, seora?

—¡Oh, es usted, seor! Baja en seguida.

El commissaris tosió. Podía oír la voz de la mujer en el interior de la casa, así como las recias pisadas de Grijpstra en la estrecha escalera de madera. La puerta se abrió.

—Buenos días, seor —dijo Grijpstra—. Le pido que disculpe a mi esposa, seor. Ha engordado tanto que no puede moverse mucho, y ya no se ocupa de abrir la puerta. Se limita a sentarse junto a la ventana y a gritar continuamente. Delante del televisor, pero no habrá programas de televisión hasta esta tarde.

—No tiene importancia —contestó el commissaris.

—Iremos a ver primero a ese Bezuur, ¿no es así, seor? ¿Sabe él que vamos a visitarle?

Se encontraban ya en el coche y Grijpstra saludó al guardia de ojos soñolientos sentado ante el volante. El policía no iba de uniforme, pero llevaba una americana azul marino con el emblema del Club Deportivo de la Policía Municipal de Amsterdam, bordado en el bolsillo superior izquierdo.

—Sí. He telefoneado y nos recibirá en seguida. Después podemos almorzar en algún lugar y ver si podemos convocar a las dos señoritas por teléfono. Me gustaría verlas hoy mismo, más tarde, si ello es posible.

—Perfectamente —dijo Grijpstra, aceptando un cigarro.

—¿Seguro que no le importa trabajar en domingo, verdad, Grijpstra?

—No, seor. En absoluto.

—¿No debería sacar a sus pequeños a pasear?

—La semana pasada ya los llevé al zoo, seor, y hoy van a jugar a la casa de un amigo. Ya no son tan pequeños. El menor tiene seis años y el otro ocho.

El commissaris murmuró algo.

—¿Cómo dice, seor?

—No hubiera debido pedirle que viniese —repitió el commissaris—. Es usted un padre de familia y ha estado trabajando hasta más de medianoche. Hubiera podido venir igualmente Sietsema, pues no creo que esté trabajando ahora en nada.

—No, señor. Sin embargo, Sietsema no se ocupa de este caso, y yo sí.

El commissaris sonrió.

—A propósito, ¿cómo está su hijo mayor? Debe de tener ya sus dieciocho años, ¿no es así?

—Así es, señor, pero nada bueno puedo contarle acerca del chico.

—¿Va mal en sus estudios?

—Los ha dejado por completo y ahora quiere marcharse de casa. En el ejército no lo quieren y nunca encontrará un empleo, aunque quisiera buscarlo, cosa que no le interesa en absoluto. Dice que cuando se marche de casa solicitará la ayuda de la asistencia social. Últimamente, nunca sé dónde está. Yendo de un lado a otro en su pequeña motocicleta, y fumando chocolate con sus amigos. También se droga, pues el otro día lo pesqué con las manos en la masa. Cocaína en polvo.

—Eso es caro —observó el commissaris.

—Muy caro.

—¿Alguna idea de dónde obtiene el dinero?

—De mí no, señor.

—¿Por lo tanto...?

—Llevo largo tiempo en la policía, señor.

—¿Trafica?

—Un poco de todo, creo yo —contestó Grijpstra, mientras fingía contemplar los vehículos que circulaban junto a ellos—. Tráfico, robo de motos, raterías y algo de prostitución. No le gustan las chicas, así que nunca será un macarra, pero eso es lo único malo que no será nunca.

—¿Prostitución? —inquirió el commissaris.

—Va a los peores bares, aquellos lugares donde pescan al tendero recién llegado de provincias y hacen que los lleve a un motel.

—Mala cosa —observó el commissaris—. ¿Podemos hacer algo para frenarlo?

—No, señor. No estoy dispuesto a perseguir a mi propio hijo, pero uno de nuestros colegas le echará el guante y entonces vendrá lo del reformatorio, de donde saldrá peor de lo que es ahora. Yo lo doy por perdido. Y también los asistentes sociales. Ni siquiera le interesa mirar la televisión o el fútbol.

—Tampoco le interesan estas cosas al sargento de Gier —repuso el commissaris sonriendo—; por consiguiente, todavía hay esperanza.

—De Gier tiene un gato al que cuidar, y lee. Se dedica a varias cosas. Y tiene tiestos en el balcón, toca la flauta y practica el judo al menos una tarde por semana, y los domingos visita los museos. Y cuando una mujer le persigue, cede. Al menos algunas veces.

—Sí —dijo el commissaris, con una risita—. En estos momentos está cediendo.

Grijpstra reflexionó unos momentos.

—¿Esther Rogge? Nellie no quiso saber nada de él.

—Esther Rogge.

—Nunca aprenderá —refunfuñó Grijpstra—. ¡Será idiota el tío! Esta mujer está implicada en el caso.

—Es una mujer hermosa —repuso el commissaris—. Incluso una mujer refinada. Ella le hará bien.

—Por lo tanto, ¿a usted no le importa, señor? —el tono de la voz de Grijpstra denotaba alivio.

—Yo quiero encontrar al asesino —dijo el commissaris—, y rápidamente, antes de que lance su bola contra otra persona. Ese hombre tal vez no esté del todo cuerdo, y no cabe duda de que tiene sentido de la inventiva. Todavía no hemos averiguado qué clase de arma utilizó.

Grijpstra suspiró y se arrellanó en la blanda tapicería del coche.

—Después de todo, puede ser un caso bien sencillo. La víctima era un buhonero, un vendedor callejero. Generalmente, ganan más dinero de lo que pueda suponer el recaudador del fisco y ocultan la diferencia en cajas metálicas debajo de la cama, o en algún lugar secreto detrás de los paneles de la pared o debajo del suelo. Uno de mis informadores me dijo que a un amigote suyo, un hombre que vendía queso en la calle, le habían robado cien mil florines. El hombre del queso nunca denunció este robo, porque se suponía que no podía tener tanto dinero. Si los de Hacienda se hubieran enterado de ello, le habrían sacado al pobre infeliz al menos la mitad de su capital, de modo que el hombre guardó silencio y se limitó a llorar en solitario su pérdida. Pero tal vez Abe Rogge quiso defender su escondrijo, y esto le costó la vida.

—¿Recibiendo en plena cara el impacto de una bola con púas?

—Sí —contestó Grijpstra—, ¿por qué no? Tal vez el asesino es un hombre muy diestro con sus manos. Un ebanista, o un fontanero. Tal vez se fabricó su propia arma, o la inventó.

—Sin embargo, no se apoderó de la cartera de Abe —repuso el commissaris—. Y había mucho dinero en esa cartera. Si fue allí en busca de dinero, no hubiera dejado unos cuantos miles de florines en el bolsillo de su víctima. Le bastaba con alargar la mano. Y dice usted que puede ser un hombre de inventiva. Louis Zilver la tiene. ¿Recuerda la figura que estaba tratando de crear con cuentas de collares y alambres?

—La arrojó al cubo de la basura —dijo Grijpstra—, pues no logró más que una porquería. Sin embargo, la idea refleja inventiva, esto es verdad.

Grijpstra miró a través de la ventanilla del coche. Se encontraban ahora en la zona sur de Amsterdam y gigantescas estructuras de piedra y acero ocultaban el cielo, como enormes ladrillos perforados por pequeños orificios.

Y están llenos de gente, pensó Grijpstra. Gentecilla. Gentecilla inocente que prepara su almuerzo dominical, descansando en su casa, leyendo el periódico, jugando con sus críos y con sus

animales, haciendo planes para el resto de la jornada. Echó un vistazo a su reloj. O tal vez tomando un desayuno dominical tardío, como el mejor momento de la semana.

El coche se detuvo ante un semáforo y pudo ver un balcón poblado por una familia completa. Padre, madre y dos hijos de corta edad. Había también un perro en el balcón. Uno de los niños hacía que el perro se mantuviera de pie sobre las patas traseras, balanceando una galleta por encima de su cabeza. El crío y el perrito constituían una imagen preciosa. Los geranios en los tiestos sujetos a la baranda del balcón estaban totalmente floridos.

Y nosotros dando caza a un asesino, pensó Grijpstra.

—Louis Zilver —decía el commissaris— tal vez no sea un joven muy bien equilibrado. Ayer hice revisar sus antecedentes. Tiene una sentencia anterior, por resistirse al arresto cuando lo prendieron borracho, armando un jaleo en la calle. Esto ocurrió hace unos pocos años. Atacó a los agentes que trataban de meterlo en un coche patrulla. El juez se mostró muy benigno con él: una multa y una amonestación. ¿Qué opina usted, brigada? ¿Lo ponemos en la lista de los principales sospechosos?

Los pensamientos de Grijpstra se centraban todavía en la familia del balcón. La familia armoniosa. La familia feliz. Se estaba preguntando si a él, el brigada Grijpstra, sabueso de pies planos, polizone del hampa, infatigable seguidor de canales, callejuelas y oscuros pasajes, le agradaría ser feliz como aquel padre joven y saludable, entronizado en su balcón adornado con geranios, en el segundo piso de un enorme ladrillo transparente, frente a una de las avenidas principales.

—¿Grijpstra?

—Señor —contestó Grijpstra—. Sí, desde luego. Un sospechoso entre los principales. Con toda seguridad. En él se reúne todo. Motivo y oportunidad. Tal vez sentía codicia, quería el negocio para él solo. O estaba celoso de los éxitos interminables de Rogge. O tal vez deseaba a Esther y Abe no se lo permitía. O quizás trataba de llegar hasta Esther a través de Abe. Sin embargo, no lo sé.

—¿No? —preguntó el commissaris.

—No, señor. Es un chapucero, y eso es todo.

—¿Un chapucero? —repitió el commissaris—. ¿Por qué? Su habitación estaba bien ordenada, ¿no es así? Toda la contabilidad dispuesta ordenadamente en un estante. La cama estaba hecha y el suelo muy limpio. Estoy seguro de que Esther no se ocupaba de la habitación de él; debía de limpiarla él solo. Y sus ropas estaban limpias, incluso tenía marcada la raya en sus pantalones.

—A causa de Abe —dijo Grijpstra—. Abe lo encauzó. Pero antes de colgarse de Rogge, no era nada. Un desecho de la universidad, que dormía hasta muy tarde, bebía y jugueteaba con cuentas de collar. Funcionaba ahora porque Abe le obligaba a funcionar. Estoy seguro de que no es capaz de hacer nada por su cuenta.

—Quiere decir que no es capaz de fabricar un arma que dispare una bola con púas...

—Exactamente, señor.

—Sí, sí, sí —dijo el commissaris.

—Creo que el asesino puede tener una cierta conexión con el mercado callejero, y a mí me parece que también usted piensa lo mismo, señor, pues de lo contrario no obligaría a de Gier y Cardozo a comenzar esa mascarada mañana. ¿No ha dicho que van a convertirse en buhoneros?

—Sí —contestó el commissaris, y sonrió.

—Esta es la dirección, señor —anunció el guardia que conducía el coche.

Grijpstra lanzó un silbido de admiración al contemplar el bungalow que se alzaba en aquella baja colina artificial, emplazado en el centro de media hectárea, como mínimo, de césped recién cortado, adornado además con matorrales y plantas perennes. La verja estaba abierta y el Citroën enfiló el camino de entrada.

La puerta principal del bungalow se abrió cuando se apearon del coche.

—Bezuur —dijo el hombre, mientras estrechaba la mano del commissaris—. Les estaba esperando. Entren, por favor.

UN PUDÍN COMO CARA, pensó Grijpstra, volviendo la cabeza para contemplar a Klaas Bezuur. Nadie había dicho una palabra durante un minuto, como mínimo. El commissaris, en el extremo de aquella vasta habitación que abarcaba casi las tres cuartas partes del moderno bungalow, había hecho pensar a Grijpstra en el muñeco de trapo de su hijo menor, un objeto pequeño y perdido, arrojado sobre una gran butaca. El commissaris estaba pasando un mal rato. Agujas autopropulsadas y al rojo vivo estaban penetrando en los huesos de sus piernas. Respiraba profundamente y había entrecerrado los ojos, luchando contra la tentación de cerrarlos por completo. Se sentía muy cansado y ansiaba sumirse en el sueño. Sin embargo, había de mantener su mente centrada en el caso. Klaas Bezuur, el amigo del muerto, se encontraba frente a él.

Un pudín, pensó Grijpstra nuevamente. Han dejado caer un pudín sobre un cráneo humano. Un pudín de grasa esponjosa. La grasa se ha desparramado hacia abajo, desde el cráneo. Cubría los pómulos y después seguía descendiendo lentamente hasta las mandíbulas, pegándose a la barbilla.

Bezuur estaba sentado en el borde de su sillón, muy erguido. Su redondeada barriga colgaba sobre su cinturón y Grijpstra podía ver pliegues de carne, carne velluda, que ocultaban el ombligo. El hombre sudaba. El sudor de sus sobacos humedecía su camisa de seda a rayas, confeccionada a la medida. El rostro de Bezuur brillaba y en su estrecha frente se formaban gotas que se unían

entre sí en diminutos torrentes, que después descendían hasta detenerse, titubeantes, cerca de la nariz pequeña y carnosa. Hacía mucho calor, desde luego. También Grijpstra sudaba.

Un hombrón, pensó Grijpstra. Más de un metro ochenta y cinco, y debe de pesar una tonelada. Comerá fácilmente por valor de un centenar de florines diarios. Probablemente, cuencos llenos de anacardos, y gambas, y un par de cubos de patatas, o de espaguetis, y toda una hogaza de pan moreno, pan cubierto con champiñones fritos y anguila ahumada, y gruesas lonjas de jamón.

Bezuur alargó un brazo y sacó una botella de cerveza de una caja colocada cerca de su sillón. Hizo saltar el tapón y llenó su vaso. La espesa espuma ascendió rápidamente y rebasó el borde del vaso, goteando sobre la espesa alfombra.

—¿Más cerveza, señores?

El commissaris negó con la cabeza. Grijpstra asintió. Bezuur extrajo el tapón de otra botella y cayó más espuma sobre la alfombra.

—Ahí la tiene, brigada.

Se miraron fijamente los dos y alzaron los vasos, profiriendo simultáneamente un gruñido.

Bezuur apuró todo el suyo. Grijpstra tomó un sorbo cuidadosamente medido, pues era su tercer vaso. Bezuur había vaciado seis desde que entraron en la habitación. Grijpstra depositó con delicadeza su vaso.

—Está muerto, el hijo de puta —dijo Bezuur y dejó su vaso, violentamente, sobre la mesa lateral recubierta de mármol. El vaso se rompió y él lo contempló con indiferencia—. Estúpido hijo de puta, el muy imbécil. O tal vez era inteligente. Siempre decía que la muerte es un viaje y que a él le gustaba viajar. Solía hablar a menudo sobre la muerte, incluso cuando era un muchacho. Hablaba mucho y también leía mucho. Años después, también bebía muchísimo. Era ya un alcohólico cuando tenía diecisiete años. ¿No se lo ha dicho nadie?

—No —contestó Grijpstra—, pero ahora nos lo dice usted.

—Un alcoholico —repitió Bezuur—. Llegó a alcoholizarse cuando entramos en la universidad. Estábamos siempre juntos, en la escuela y en la universidad. Pasamos nuestros exámenes de preuniversitario cuando teníamos dieciséis años. Éramos dos niños prodigio. Nunca trabajábamos, pero siempre pasábamos los exámenes. Yo era bueno en matemáticas y él lo era en idiomas. Cuando trabajábamos, lo hacíamos juntos. Éramos un equipo invencible; nadie o nada podía separarnos. Sólo trabajábamos cuando se presentaba un examen, y aun entonces sólo le dedicábamos un mínimo. Creo que era cuestión de orgullo. Nos gustaba exhibirnos. Fingíamos no escuchar en las clases, pero nos enterábamos de todo, y además lo recordábamos. Y tomábamos notas secretas, en trozos de papel; nosotros no usábamos libretas como los demás chicos. Y nada de deberes en casa; los deberes en casa para los párvulos. Nosotros leíamos. Pero él leía más que yo, y en la universidad empezó a beber.

—¿De veras? —preguntó Grijpstra.

—Sí.

La mano de Bezuur salió disparada y otra botella perdió su tapón. Contempló los cristales rotos y se volvió para mirar hacia la puerta de la cocina. Debía de tener más vasos en la cocina, pero esta quedaba demasiado lejos y, por lo tanto, bebió directamente de la botella, arrojando el tapón al suelo. Después miró el vaso de Grijpstra, pero todavía estaba lleno hasta la mitad.

—Creo que bebía una botella diaria. Ginebra. La bebía de cualquier marca, con tal de que estuviera fría. Un día no pudo ponerse los pantalones por la mañana, ya que sus manos temblaban demasiado. Él lo consideró divertido, pero yo me sentí preocupado e hice que le viera un médico, que le ordenó que se abstuviera de beber. Lo hizo.

—¿De veras? —preguntó Grijpstra—. ¿Dejó de beber, así, por las buenas?

—Sí. Era muy inteligente. No quería ser un borracho porque se hubiera complicado su rutina.

—¿O sea que dejó de beber en el acto? —comentó Grijpstra, meneando la cabeza.

—Ya le he dicho que era inteligente —continuó Bezuur—. Sabía que le resultaría difícil romper el hábito, y por lo tanto tomó una medida drástica. Desapareció durante una temporada, creo que por unos tres meses. Fue a trabajar en una granja. Cuando regresó, se había quitado el hábito. Más tarde, empezó a beber de nuevo, pero entonces sabía cuándo tenía que parar. Dejaba de hacerlo a la tercera o cuarta copa, y después sólo bebía cosas suaves.

—¿Cerveza?

—La cerveza no es tan suave. No, bebía limonadas, hechas en casa. Se ocupaba él mismo de prepararlas, exprimiendo los limones y añadiendo azúcar. Con Abe, todo había de salir perfecto.

Bezuur se llevó de nuevo la botella a los labios, pero estaba vacía y la depositó con un golpe sobre la mesa. La botella se rompió y él se quedó mirándola.

—Parece usted un poco trastornado —dijo Grijpstra.

Bezuur miraba ahora hacia la pared, más allá del sillón de Grijpstra.

—Sí —admitió—, estoy trastornado. Ese hijo de puta ha muerto. ¿Cómo diablos llegó a ello? Hablé con Zilver por teléfono. Él dice que le arrojaron una bola, una bola metálica, pero que nadie puede encontrarla. ¿Es verdad?

Seguía contemplando la pared detrás del sillón de Grijpstra, y este se dio la vuelta. Había en la pared un cuadro, el retrato de una dama. La dama llevaba una falda larga de una tela que podía ser terciopelo, un sombrero con un velo, un complicado collar y nada más. Tenía los pechos muy rotundos, con los pezones mirando hacia arriba. La cara era una cara tranquila, delicada, con ojos soñadores y unos labios que se abrían para iniciar una sonrisa.

—Muy hermosa —dijo Grijpstra.

—Mi esposa.

Grijpstra se apresuró a mirar hacia otros lugares.

Bezuur se echó a reír y su risa resonó burbujeante y líquida, como si de repente se hubiera roto una cañería y el agua fluyera por la pared.

—Mi exesposa tendría que decir quizás, pero el divorcio todavía no se ha consumado. Me dejó hace unos meses y sus abogados me están apretando, y los míos se lo pasan fenómeno, escribiendo notas y más notas a un florín por palabra.

—¿Hijos?

—Una niña, pero no es mía. Es el fruto de una relación anterior. Y todo un fruto, una manzanita medio podrida y además estúpida... Sin embargo, poco me importa, pues también se largó.

—Por lo tanto, está usted solo.

Bezuur se rio de nuevo y el commissaris alzó la vista. Hubiese deseado que aquel hombre no se riese. Había encontrado la manera de tolerar el dolor en sus piernas, pero la hilaridad de Bezuur disipaba su concentración y el dolor atacaba de nuevo.

—No —dijo Bezuur, y alargó el brazo derecho para trazar con él un semicírculo.

—Amiguitas —sugirió Grijpstra.

—Sí. Chicas. Antes iba en busca de ellas, pero ahora vienen aquí. Resulta más fácil. Estoy demasiado gordo para correr de un lado a otro.

Contempló el suelo, pisoteando con un pie la empapada alfombra.

—¡Bah! Es cerveza. Trabajo para los tipos de la limpieza. Ya saben que ahora no es posible conseguir asistentas, aunque se las pague con lingotes de oro. Viene aquí una brigada de limpieza durante la semana, hombres ya viejos con uniformes blancos. Tienen un camión y la aspiradora más grande que jamás hayan visto. Limpian todo en una hora. Pero las chicas vienen los viernes o los sábados y lo dejan todo hecho una mierda, y yo me siento en medio de ella. ¡Bah!

Su brazo ejecutó de nuevo un movimiento de barrido, y Grijpstra lo siguió. Pudo contar cinco botellas de champaña vacías. Alguien

había olvidado su lápiz de labios sobre el diván. Había también una mancha en la blanca pared, exactamente debajo del cuadro de la esposa de Bezuur.

—Sopa de tortuga —explicó Bezuur—. La tía puta perdió el equilibrio y la sopa manchó la pared. Menos mal que no estropeó el cuadro.

—¿Quién pintó este cuadro?

—¿Le gusta?

—Sí —contestó Grijpstra—. Sí. Creo que está muy logrado. Como aquel cuadro de los dos hombres en una pequeña embarcación, que vi en la pared del cuarto de Abe Rogge.

Bezuur examinó la caja de cartón que había junto a su sillón; sacó una botella, pero volvió a dejarla en la caja.

—¿Dos hombres en una embarcación? ¿De modo que también vio aquel cuadro? Es del mismo artista. Un viejo amigo nuestro, un judío ruso nacido en México, que solía venir a navegar con nosotros y también venía a la casa. Un tipo interesante, pero volvió a largarse. Creo que ahora está en Israel.

—¿Quiénes eran los dos hombres de la barca?

—Abe y yo —contestó Bezuur con voz gruesa—. Abe y yo. Dos amigos. Aquel tipo mejicano dijo que estábamos hechos el uno para el otro, lo vio aquella noche. Nos encontrábamos en el gran lago, la embarcación estaba anclada y habíamos sacado el esquife. Aquella noche regresamos tarde. Había una fluorescencia en el mar y el mejicano paseaba por cubierta. Se marchó al día siguiente; tenía que quedarse unos días más, pero se sintió tan inspirado por lo que vio aquella noche que tuvo que volver a su estudio para pintarlo. Abe compró el cuadro y, más tarde, yo encargué este. Aquel mejicano era muy caro, aunque fuese amigo nuestro, pero pintaba muy bien.

—Amigos —dijo el commissaris—. Buenos amigos. ¿Usted era un buen amigo de Abe, no es verdad, señor Bezuur?

—Lo era —contestó Bezuur, y de nuevo hubo aquella nota burbujeante en su voz, pero ahora parecía más próxima a las

lágrimas—. El pobre hijo de puta ha muerto.

—¿Fueron buenos amigos hasta ayer?

—No —contestó Bezuur—. Perdimos el contacto. Él siguió su camino y yo seguí el mío. Tengo ahora un gran negocio y no dispongo de tiempo para jugar en el mercado callejero, pero disfruté con ello mientras duró.

—¿Cuándo emprendió cada uno de ustedes su propio camino?

—¿Y eso qué coño importa? —replicó Bezuur, y esto fue todo lo que pudieron obtener de él durante un buen rato.

Ahora lloraba, y había abierto otra botella, vertiendo la mitad de su contenido en el suelo. El arretrato duró unos minutos.

—Lo siento —dijo Bezuur con voz pastosa.

—No importa —contestó el commissaris, frotándose las piernas—. Lo comprendemos y lamento que le estemos importunando.

—¿Qué estudiaron el señor Rogge y usted en la universidad? —preguntó Grijpstra.

Bezuur levantó la vista. Parecía haber de nuevo cierta fuerza en él, y ya no tartajeaba al hablar.

Francés. Estudiamos francés.

—Sin embargo, a usted no le iban los idiomas. ¿No nos lo ha dicho antes? —preguntó el commissaris.

—Tampoco era tan malo —repuso Bezuur—. Incluso era bastante bueno. El francés es un idioma lógico, muy exacto. Tal vez hubiese preferido estudiar ciencias, pero ello me habría obligado a separarme de Abe, cosa para la que entonces no estaba preparado.

—¿Estudiaban de firme?

—Tal como lo hicimos en el preuniversitario, al menos en mi caso. Abe era más entusiasta. Leía todo lo que podía encontrar en la biblioteca de la universidad, comenzando por el estante superior a la izquierda y terminando por el estante inferior de la derecha. Si los libros no le interesaban, se limitaba a pasar las páginas, leyendo un poco aquí y otro poco allí, pero a menudo se leía todo el libro. Yo sólo leía lo que él seleccionaba para mí.

—¿Y qué más hacían los dos?

Bezuur contemplaba el retrato y el commissaris tuvo que repetir la pregunta.

—¿Qué más? Oh, rondábamos de una parte a otra. Yo tenía entonces una embarcación grande; íbamos a los lagos, a navegar. Y viajábamos. Abe tenía una furgoneta y fuimos a Francia y África del Norte, y una vez convencí a mi padre para que nos comprase pasajes en un viejo carguero que se dirigía a Haití, en el Caribe. Allí se habla francés, y dije que necesitábamos esta experiencia para nuestros estudios.

—¿Y su padre pagó también el pasaje de Abe? ¿No tenía Abe dinero propio?

—Algo tenía. Dinero alemán. Como sabe, los alemanes tuvieron que pagar después de la guerra, y le habían matado a sus padres. Consiguió un buen pellizco, y también Esther. Abe sabía manejar el dinero, y además hacía sus pequeños negocios. En aquellos días se dedicaba a comprar y vender armas antiguas.

—¿Armas? —inquirió el commissaris—. ¿No tendría por casualidad una maza con púas?

—No —contestó Bezuur, cuando hubo comprendido el significado de la pregunta—. No, de ningún modo; sables de caballería y bayonetas, cosas de ese estilo. ¿Cree que lo mataron con una de esas mazas?

—No importa —dijo el commissaris—. ¿Vivió alguna vez a expensas de su bolsillo?

Bezuur dijo que no con la cabeza.

—No, en realidad no. Aceptó aquel pasaje para Haití, pero lo compensó de otras maneras. Él sólo confiaba en sí mismo. A veces pedía prestado dinero, pero siempre lo pagaba a su debido tiempo y más tarde, cuando yo empecé a prestarle dinero en cantidad, pagaba un interés bancario. El interés fue idea suya, ya que yo nunca se lo pedí, pero él decía que yo tenía derecho a cobrarlo.

—¿Y por qué no pedía préstamos al banco?

—No quería que sus transacciones quedaran registradas. Él pedía prestado en metálico y pagaba también en metálico. Fingía

ser un modesto buhonero, un individuo que vivía de lo que le rendía su puesto en la calle.

El commissaris miró a Grijpstra y este hizo la siguiente pregunta:

—¿Por qué abandonaron los dos la universidad?

Bezuur contempló su botella de cerveza y la sacudió.

—Sí, la abandonamos, antes de terminar los estudios. Fue idea de Abe. Dijo que la graduación era una pura memez, y que sólo nos cualificaría para convertirnos en maestros de escuela. Por otra parte, habíamos aprendido todo lo que deseábamos aprender. Por tanto, nos metimos en los negocios.

—¿El mercado callejero?

—Sí. Yo empecé a importar desde los países comunistas. En Rumania muchas personas hablan el francés, y fuimos allí para ver qué podíamos encontrar. En aquellos días, el bloque oriental empezaba a exportar géneros baratos, para conseguir divisas duras. Era posible encontrar toda clase de gangas. Ofrecían lana, botones y cremalleras, y por esto nos encontramos en el mercado callejero. Al principio, los grandes almacenes no querían comprar y nosotros necesitábamos desembarazarnos del género. Nos ganamos bien la vida, pero después mi padre murió y me dejó ese negocio de maquinaria de cobras públicas, por lo que tuve que cambiar de vida.

—¿Lo lamentó?

—Sí —contestó Bezuur, y apuró lo que quedaba en la botella—. Todavía lo lamento. Una mala elección, pero no podía hacer otra cosa. Hay más dinero en las excavadoras que en los collares de cuentas de colores.

—¿Le importaba el dinero?

Bezuur asintió con seriedad.

—Sí.

—¿Y todavía le interesa?

No pareció que Bezuur le oyese.

—Una última pregunta —dijo entonces Grijpstra—. Acerca de esa fiesta de la última noche. ¿Cuándo comenzó y cuándo terminó?

Bezuur se frotó el vello de sus rollizas mejillas. Sus ojillos brillaron con astucia en sus órbitas rellenas de grasa.

—¿La coartada, verdad? Y ni siquiera sé cuándo mataron a Abe. Zilver no me lo dijo. La fiesta comenzó alrededor de las nueve de la noche. Si lo desean, las chicas pueden atestiguarlo. Debo de tener sus nombres y sus números de teléfono en alguna parte.

—¿Chicas para hacer compañía?

—Sí, claro. Putas.

Estaba buscando en los bolsillos de una chaqueta que antes se encontraba sobre el diván.

—Ahí lo tiene, números de teléfono. Pueden copiarlos. Los nombres son puro cuento, desde luego. Minette y Alice se hacen llamar, pero atienden a sus teléfonos si uno las necesita. Será mejor que lo intenten mañana, pues ahora deben de estar durmiendo. A las cinco de esta mañana las he mandado a su casa en un taxi. Habían consumido cuatro o cinco litros de champaña cada una, y otro tanto de comida.

Grijpstra anotó los números.

—Gracias.

—Perdone, señor —dijo el guardia, que llevaba algún tiempo de pie ante la puerta abierta.

—¿Qué hay, guardia?

—Le llaman por la radio, señor.

—Bien, creo que aquí hemos terminado —dijo el commissaris—. Gracias por su hospitalidad, señor Bezuur. Póngase en contacto conmigo si cree que puede decirme algo que no haya mencionado hasta el momento. Aquí tiene mi tarjeta. Nos gustaría resolver el caso.

—Se lo haré saber —aseguró Bezuur, levantándose—. Sabe Dios que estaré pensando en esto todo el tiempo. No he hecho otra cosa desde que Zilver telefoneó.

—Yo creía que estaba celebrando aquí una pequeña fiesta —comentó Grijpstra, con voz perfectamente neutra.

—Puedo pensar mientras celebro una fiesta —replicó Bezuur, guardándose la tarjeta del commissaris.

—Otro cadáver en el Canal de la Arboleda, señor —dijo la agente femenina de la sala de radio—. Lo ha encontrado la Policía Fluvial. Colgaba de una cuerda atada a un árbol, con la mitad del cuerpo sumergido en el agua y parcialmente oculto por una lancha amarrada allí. La Policía Fluvial ha sugerido que nos pusiéramos en contacto con usted. Han visto los telegramas^[2] acerca del otro asesinato de la noche pasada. El mismo sector, señor. El sargento de Gier se encuentra ahora allí, acompañado por el detective Cardozo. Están en su coche, esperando instrucciones. ¿Desea hablar con ellos, señor?

—Póngame con ellos —ordenó el commissaris, contemplando ceñudo el micrófono que Grijpstra sostenía ante él.

—Cardozo a sus órdenes, señor.

—Vamos a reunimos con ustedes ahora mismo —anunció el commissaris, al tiempo que hacía un gesto al agente conductor y este ponía en marcha el coche.

El agente señaló hacia el techo del coche y enarcó las cejas, y el commissaris contestó afirmativamente, sin apenas mover los labios. La sirena empezó a aullar y la luz azul a centellear mientras el coche ganaba velocidad.

—¿Puede anticiparnos algo, Cardozo?

—El sargento de Gier conoce a la persona muerta, señor. Un hombre ya viejo, vestido de mujer. Había estado en la policía, señor.

La voz de Cardozo se había alzado, como si estuviera intentando formular una pregunta.

—Sí, la conozco, Cardozo. ¿Cómo murió?

—Una cuchillada en la espalda, señor. Debieron de matarlo en una cabina telefónica de este barrio, pues encontramos una pista. Fue arrastrado a través de la calle y lo arrojaron al canal. El asesino utilizó una cuerda de poca longitud, atándola bajo los sobacos del

cadáver y sujetándola a un viejo olmo. No fue la cuerda lo que lo mató. Fue el cuchillo.

—¿Han encontrado el cuchillo?

—No, señor, pero el doctor dijo que era una herida de cuchillo. Penetró en el corazón por detrás. Un cuchillo de hoja larga.

—¿Cuándo murió ella?

—A primera hora de esta mañana, señor, opina el doctor.

—En seguida estaremos allí.

—La Policía Fluvial desea quedarse con el cadáver, señor. ¿Pueden llevárselo? Ahora, todo está tranquilo, pero cabe que empiecen de nuevo en cualquier momento los disturbios, y estamos bloqueando la calle con nuestros coches.

—Sí —contestó el commissaris con voz fatigada, contemplando un autobús municipal que trataba de ceder el paso al Citroën.

El agente que conducía el coche intentaba adelantar al autobús, pero llegaban varios coches en dirección opuesta. La sirena lanzaba su ominoso aullido directamente sobre sus cabezas. El commissaris colocó una mano tranquilizadora en el hombro del agente y el coche disminuyó obedientemente la marcha.

—Pueden quedarse con el cadáver, Cardozo. Corto y fin de transmisión.

Grijpstra también contemplaba el tráfico que se dirigía hacia ellos. Y suspiró satisfecho cuando el Citroën volvió a colocarse detrás del autobús.

—¡Maldito imprudente! —dijo al guardia—. ¿Qué trata de hacer, convertirse en un héroe?

El guardia no oyó sus palabras. El autobús se desvió a un lado de la calle, tras encontrar por fin un espacio libre de ciclistas y el Citroën salió disparado de nuevo.

—Mierda —comentó Grijpstra en voz baja.

—Tiene toda la razón —dijo el commissaris.

—¿Cómo, señor?

—Fue poco inteligente por mi parte —explicó el commissaris— pedirle a aquella pobre señora que volviera a trabajar en la policía.

Igual hubiese dado que yo le hubiera pegado un tiro allí mismo.

—TENDRÁ QUE ALEJARSE de aquí, señor —dijo de Gier, que había subido al coche apenas Grijpstra se apeó de él—. Los disturbios volverán a empezar hoy en todas partes. No sé qué mosca les ha picado a esa gente, pero vuelven a concentrarse y unos excitan a otros. La policía antidisturbios llegará de un momento a otro.

El commissaris se había arrellanado en su asiento.

—¿Se encuentra bien, señor?

—No —contestó el commissaris con voz queda, hasta el punto de que de Gier tuvo que inclinarse para oírle—. Es ese dolor. Me ha estado acompañando todo el día y no da señales de ceder. Habla usted de disturbios. La policía antidisturbios no hará sino empeorarlos. No nos interesa una demostración de fuerza, sargento.

—No, señor. Sin embargo, ¿qué otra cosa podemos hacer? Empezarán a arrojar ladrillos y hay varias excavadoras en la plaza, junto con grúas y otras máquinas. En pocos minutos pueden destrozar bienes que valen una fortuna.

—Sí —admitió el commissaris en voz baja.

Una patrulla de policías antidisturbios pasó junto a ellos, a paso ligero. El commissaris se estremeció.

—Ya están aquí —dijo de Gier.

—Odio ese ruido de pisadas de botas. Lo oímos durante la guerra. En todo momento. Es un ruido estúpido. Ahora, deberíamos ser más inteligentes.

—Sí, señor —contestó de Gier.

Estaba mirando el rostro grisáceo y fatigado del commissaris. Un espasmo le movió ambas mejillas y los dientes amarillentos del commissaris quedaron al descubierto por un momento, en una mueca de agonía.

—Será mejor que le lleve a su casa, agente —dijo de Gier al conductor, y este asintió.

—Dentro de un minuto —dijo el commissaris—. Explíqueme lo que ha ocurrido, sargento. ¿Está aquí todavía el cadáver? ¿Ha podido organizarse todo para la venta callejera de mañana?

—Nos ocuparemos de esto algo más tarde, señor. Yo estaba en casa cuando telefoneó la Policía Fluvial, y vine en seguida aquí. Casualmente, Cardozo telefoneó cuando yo me disponía a salir, y por tanto vino también. He dispuesto que el cadáver sea trasladado al depósito. Aquí no tardarán en producirse incidentes callejeros y no quise que el difunto se viera mezclado en ellos. Cardozo me ha dicho que usted estaba conforme. Es el que habló con usted por la radio.

—Sí, sí. ¿Han encontrado algo? ¿Y ha acompañado a la señorita Rogge a su casa?

—Esther Rogge debe de haber llegado ya a su casa, señor. Tomó un autobús.

—¿Ha pasado toda la noche en su apartamento?

—Sí, señor.

—Comprendo. Y en cuanto al cadáver, ¿ha encontrado alguna pista?

—Sólo lo que Cardozo debe de haberle explicado, señor. Lo mató una cuchillada. Creo que estaba tratando de ponerse en contacto con usted por teléfono, en esa cabina cercana. Debió de ocurrir a primera hora de la mañana, alrededor de las cuatro, ha dicho el doctor. Tal vez vio que el asesino pasaba por esa calle. Acaso se creyó a salvo, vestido como una anciana, entró en la cabina telefónica y entonces lo apuñalaron por la espalda.

—Sí —dijo el commissaris—. Ella trataba de telefonarme, pero no pudo hacerlo. Pobre Elizabeth. Debía de estar marcando mi

número cuando el asesino le pegó la cuchillada. Elizabeth era una mujer, de Gier, por lo que no debe referirse a ella como «él». Era una anciana muy agradable, y también valiente. Nunca hubiera debido pedirle que nos ayudara. Esa última noche, ella hubiera tenido que estar en su cama, con Tabby calentándole sus viejos pies.

—Pues no estaba en la cama —contestó de Gier—. Estaba precisamente aquí, observando cómo el asesino regresaba a la escena del crimen. Y también yo debí de estar aquí. Y Grijpstra. Ella fue arrastrada desde esta cabina hasta el agua; encontramos rastros de sangre en los adoquines. El asesino dispuso de todo el tiempo que necesitó. No se contentó con arrojar el cuerpo al agua. Si lo hubiera hecho, habría flotado y alguien lo habría encontrado casi inmediatamente. Lo ató con un trozo de cuerda. Es sorprendente que la Policía Fluvial lo haya encontrado tan pronto. Estaba bien escondido entre el muelle y esa casa flotante que hay allí.

—¿Y no encontró nada más que resultara especial, aparte de los rastros de sangre?

—Sí, señor. Los nudos en la cuerda. Eran nudos profesionales, hechos por un marino o por un pescador experto. Lo cual me recuerda, señor...

—¿Sí?

—Creo saber algo más acerca de la bola de caucho con púas que mató a Abe Rogge.

—Cuéntemelo.

—En cierta ocasión, señor, vi unos chiquillos que jugaban con una pelota atada a una cuerda elástica. La cuerda quedaba retenida por un peso colocado en medio de la calle. Creo que la bola que mató a Rogge estaba atada también a una cuerda. El asesino tiró de ella después, y esto explica que no la encontrásemos. Y creo que el asesino no estaba en la calle; estaba en el tejado de la vieja casa flotante atracada frente a la casa de los Rogge. Tal vez se ocultó

detrás de la chimenea. Puede verlo usted mismo aquí, señor —y de Gier señaló hacia el otro lado del Canal de la Arboleda.

—Sí —dijo el commissaris—. Por consiguiente, es posible que los policías que estaban en la calle tampoco lo vieran. Es esto lo que quiere decirme, ¿verdad? Pero también había policías antidisturbios patrullando ese lado del canal. ¿Cree que ellos tampoco lo vieron?

—Debió de actuar con rapidez, señor. Se ocultaba en la casa flotante, salió a través de una de sus ventanas en el momento oportuno, lanzó la bola, tiró de ella, volvió a entrar por la ventana de la embarcación y desapareció después, cuando los guardias se encontraban en el otro extremo de la calle. Debieron de dejarle pasar sin ningún inconveniente. Probablemente, su aspecto era el de un ciudadano corriente, y en ningún momento pensaron que pudiera haber tomado parte en los disturbios. Creo que lo tomaron por alguien que vivía en aquella calle, y que se había alejado para hacer alguna compra o ir a algún recado.

—El asesino pudo haber sido una mujer —observó el commissaris—. Abe Rogge tenía muchas amigas. Una mujer celosa o una mujer humillada. Se supone que hoy debo ver a dos mujeres. Usted me dio los nombres y las direcciones de ellas, ¿recuerda? Estoy seguro de que ambas serán jóvenes y robustas, y capaces de arrojar bolas.

De Gier negó con la cabeza.

—¿No cree que el asesino pudo haber sido una mujer, sargento?

—Pudo ser, señor, ¿por qué no? Sin embargo, no puedo entender cómo se lanzó esta bola con tan certera puntería. Incluso desde el tejado de esa casa flotante hay una buena distancia, y la bola golpeó a Rogge en pleno rostro. Ahora bien, si la bola hubiera sido lanzada... Creo que hemos de pensar en una especie de máquina infernal, señor.

El commissaris hizo una mueca.

—Bueno, quiero decir que es una posibilidad, ¿no cree, señor?

El commissaris hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Pero una máquina que dispare o lance una bola hace ruido... ¿o tal vez era impulsada por un resorte? ¿Una ballesta quizás? Sin embargo, siempre se oye una especie de ruido de muelle. Un ruido bastante notable, diría yo. Los guardias que patrullaban esta calle hubieran tenido que oírlo.

—Una persona en el tejado de una casa flotante manejando un aparato extraño y ruidoso, mientras la policía antidisturbios recorre las cercanías... —en la voz del commissaris se reflejaba la duda.

—Tal vez no —admitió de Gier.

—Sin embargo, estoy de acuerdo con su idea de una bola unida a una cuerda, elástica o no —dijo el commissaris—. Es una idea muy inteligente la suya, sargento. Ha empezado por el buen camino y todo lo que debe hacer ahora es seguir su línea de razonamiento. Yo le ayudaré. Y también lo harán Grijpstra y Cardozo. Probablemente, la cosa es sencilla. Todo es sencillo cuando uno llega a comprenderlo —concluyó, e hizo una nueva mueca.

—¿Piensa en algo curioso, señor?

El commissaris gruñó y se frotó los músculos.

—Sí. Estaba pensando en algo que ocurrió el otro día. Mi esposa compró un nuevo tipo de silla plegable y la trajo a casa. Había olvidado cómo funcionaba y yo me entretuve con ella un rato, pero lo único que conseguí fue pellizcarme los dedos. Entonces entró la hija de nuestro vecino. Es retrasada mental, pero su minusvalidez no le impidió hacer una prueba con aquella maldita silla, y la tuvo montada en menos tiempo del que se necesita para contarla. Le pedí que me enseñara cómo lo había hecho, pero no lo sabía. Evidentemente, la chica sólo podía resolver un problema con rapidez, pero sin pensar en él.

—¿Cree usted que ese dispositivo mortífero es como su silla plegable?

—Tal vez sí —contestó el commissaris—. Acaso debiéramos concentrarnos tan sólo en el problema y la solución aparecería por sí sola. Pensar puede requerir mucho tiempo, y no andamos sobrados de él.

—Sí —dijo de Gier—. Parece encontrarse mal, señor. ¿No debería irse a casa?

—Iré a casa ahora mismo. Quiero que esta tarde o esta noche me eche un vistazo a dos mujeres. Grijpstra tiene sus nombres y sus números de teléfono. Son dos prostitutas de las que se avisan por teléfono y estuvieron con Klaas Bezuur la noche pasada, desde las nueve hasta las cinco de esta mañana. ¡Grijpstra!

Grijpstra se acercó presuroso.

—Dígame, señor.

—Me voy un rato a casa, pues no me encuentro muy bien. Telefonee a las dos señoras que hemos de ver hoy; cítelas para esta tarde, al anochecer. Una vez haya convenido las horas, póngase en contacto con mi chófer y él le recogerá, y venga entonces a buscarme. Lo mejor sería que una de las chicas pudiera estar disponible antes de cenar y la otra después de la cena. De este modo, usted y yo dispondremos de algún tiempo para comer juntos. Quiero compensarle las molestias de haberle hecho trabajar hoy.

Grijpstra sacó su libreta y escribió los nombres y las direcciones de las dos chicas.

—Sí, señor. Al parecer, eran amiguitas del señor Rogge, ¿no es verdad?

—Así es. ¡Guardia! —exclamó el commissaris.

—¿Señor?

—Vamos a casa —susurró el commissaris.

Fue todo lo que pudo decir. El dolor estaba a punto de hacerle perder el conocimiento.

Grijpstra encontró a de Gier contemplando el tronco de un árbol. El cuerpo esbelto del sargento se balanceaba ligeramente, con las manos unidas a su espalda, mientras contemplaba ceñudamente la corteza verde del olmo.

También Cardozo estaba mirando al sargento.

—No le moleste —dijo Cardozo, reteniendo a Grijpstra—. Está atareado. Se está balanceando. Fíjese.

—Ya lo veo —contestó el brigada.

—Él no es judío, ¿verdad? —preguntó Cardozo.

—Que yo sepa no —respondió Grijpstra—. Sin embargo..., sí, creo que me dijo una vez que tiene una abuela judía.

—Ya lo ve —dijo Cardozo—. Es judío. Si su abuela era judía, también lo era su madre, y esto le convierte en judío. Se transmite por vía materna, lo cual es muy lógico. Nadie sabe nunca quién fue su padre, pero siempre se puede estar seguro acerca de la madre. Y los judíos se balancean, siempre se están balanceando. Es decir, cuando tienen un problema, o cuando se están concentrando en algo. Lo hacen durante sus plegarias. Adelante y atrás, adelante y atrás. La Inquisición española solía cazarnos porque nos balanceábamos. Era algo que no podíamos evitar. Y nos quemaban en la hoguera. Extraña costumbre, ¿verdad?

—No —contestó Grijpstra—. El sargento es un hombre corriente, como yo. Se está balanceando porque le apetece hacerlo. No porque tenga sangre judía. Tal vez no la tenga, aunque alguien sí me dijo que tenía una abuela judía.

—Holanda tuvo un solo filósofo —explicó Cardozo, hablando lentamente y articulando cada sílaba—. Spinoza. Era judío, y ni siquiera escribía en holandés; escribía en latín.

—¿Por qué no escribía en holandés?

—No podía hacerlo. ¿Ha tratado usted alguna vez de expresar en holandés pensamientos sutiles?

—Yo nunca tengo pensamientos sutiles —repuso Grijpstra—, pero ya sería hora de que tuviéramos alguno.

—Sí —admitió de Gier, y dejó de balancearse—. Convendría que hiciera usted algo aunque sólo fuera para variar, Cardozo, en vez de demostrar la superioridad de su raza. El commissaris quiere que me ayude. Escúcheme.

Explicó su teoría acerca del arma.

—Una bola y una cuerda elástica —dijo Cardozo—. Sí.

—Por consiguiente, ¿cómo arreglárselas para darle a Rogge en plena cara, desde aquella distancia?

Cardozo cruzó sus manos a su espalda, cerró los ojos y empezó a balancearse. Al cabo de un rato, volvió a abrir los ojos.

—Se lo diré, sargento, cuando lo sepa. Acudirá a mi mente. Pero no si usted me atosiga.

—Bah —repuso de Gier.

Recordaba cómo había ayudado a los agentes de la Policía Fluvial a izar el cadáver de aquella vieja desde el canal. También recordaba la expresión del rostro del cadáver. La habían matado mientras trataba de comunicar alguna información. En aquella cara se leía el afán, y también una cierta dulzura. Había estado a punto de hablar con el commissaris, con su viejo y fiable amigo. Era una expresión que denotaba afecto. Afecto y anhelo.

La mano de Grijpstra se había posado en el hombro del sargento.

—Vámonos —dijo Grijpstra—. Tú y yo tenemos que hacer varias cosas. Tú has de echar un vistazo a un par de putas, y yo tengo que telefonar a unas agradables señoritas. Pero disponemos de algún tiempo. Deja de contemplar este árbol, que no puede decirte nada. No deja de ser extraño atar un cadáver a un árbol y después arrojarlo al agua. Voy a tomar una copa, ¿quieres acompañarme?

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Cardozo.

—No. Usted es demasiado joven. Vamos a visitar a una amiga mía, y si usted la ve, después no podrá trabajar. Necesita toda su fuerza para mañana. ¿No vais a convertirlos los dos en vendedores callejeros, mañana?

—Entonces de Gier tampoco puede ir —alegó Cardozo—. Él también habrá de hacer de vendedor callejero.

—Tiene razón —admitió Grijpstra—. Iré yo solo.

—¿Nellie? —preguntó de Gier.

—Sí. —Grijpstra estaba sonriendo—. Iré a verla yo solo. Me cambiaré el humor. El de hoy ha sido lo que se llama un día. Otro cadáver. Dos cadáveres son ya demasiado. Amsterdam es una

ciudad tranquila. Holanda tiene el índice de delitos más bajo del mundo. Tú también asististe a aquella conferencia, ¿verdad? Aquel majadero debería estar aquí ahora. Un enano tonto y calvo. No puedo soportar a los criminólogos. Lo único que saben es estadística. Cuando aquel chiquillo fue violado y asesinado el año pasado, dijo que el porcentaje de críos asesinados por violadores es tan bajo que casi resulta insignificante. ¿Recuerdas el aspecto que tenía aquel chiquillo cuando lo encontraron?

—Según las estadísticas, este año tendremos otros cinco fiambres —dijo Cardozo—. Nada podemos hacer al respecto. Es algo que ocurrirá.

—Id a la mierda los dos —dijo Grijpstra y empezó a alejarse. De Gier corrió detrás de él.

—¡Oiga! —gritó Cardozo.

—No pienso permitir que beba a solas —gritó de Gier a su vez—. Venga a recogerme mañana a las ocho y media, y asegúrese de que la furgoneta esté en orden y que contenga toda la mercancía.

—Sí, mi sargento —exclamó Cardozo—. Espero que se ahoguen en sus copas —añadió en voz más baja.

10

—HOLA —dijo de Gier.

—Hola, guapo —contestó una voz dulzona.

—¿Minette?

—Sí, querido.

—Yo no soy su querido —dijo de Gier y miró frunciendo el ceño a Nellie, que le estaba observando desde el otro extremo del pequeño bar.

Nellie sonreía encantada y también Grijpstra sonreía. Grijpstra se había quitado su chaqueta y su corbata y se había sentado en un ángulo de la habitación, cerca de una ventana que había abierto y que dejaba ver un patio de reducidas dimensiones, donde una hilera de gorriones se había posado sobre una pared, abiertos sus picos y con las alas medio extendidas. Grijpstra fumaba un cigarro y se secaba el sudor del rostro con un gran pañuelo blanco muy sucio. Parecía satisfecho, a pesar del calor. Había arreglado las dos citas con las amiguitas de Rogge y dentro de poco iría a buscar al commissaris, pero entretanto no tenía otra cosa que hacer, aparte de observar a de Gier.

—Yo no soy su querido —estaba diciendo de Gier—. Soy el sargento de detectives de la Policía Municipal de Amsterdam, y vendré a verla para hacerle unas cuantas preguntas. Nada grave, tan sólo pura rutina.

—¿Policía? —repitió la voz azucarada—. También los quiero mucho. Tengo un buen cliente que es oficial de la policía. Tal vez

sea usted como él. ¿Y cuándo vendrás a verme, cariño? ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo —dijo de Gier, dirigiendo una mueca al teléfono—, y también quiero ver a su amiga Alice. ¿Quiere pedirle que venga también a su casa? Tengo aquí su número de teléfono y los tres primeros números son los mismos del suyo. Ha de vivir muy cerca de usted.

—¡Claro! —dijo Minette—. Vive en la misma casa, dos pisos más arriba. Le pediré que venga y le dedicaremos un número doble.

—No —contestó de Gier—, no se pase, pequeña. Tan sólo quiero simples respuestas a unas preguntas también muy simples. Llegaré dentro de unos quince minutos. Póngase algo encima.

Grijpstra se rio y de Gier le hizo un gesto para que guardara silencio.

—¿Qué quieres que me ponga encima, cariño? Tengo un uniforme muy bonito, con botones relucientes y botas de cuero, y un látigo pequeño. ¿O prefieres que me vista con encajes? ¿O tal vez que me ponga mi traje de noche negro? Ese que tiene una preciosa cremallera, que se abre si...

—¡No! —casi gritó de Gier—. ¿Cuál es la dirección?

—Alkemalaan cinco cero tres, cariño, pero no es necesario que me grites.

La voz todavía desprendía gotas de almíbar.

—¡Voy en seguida! —anunció de Gier.

«Un idiota —pensó Minette mientras colgaba el teléfono de plástico rojo oscuro, colocado en su mesilla de noche—, y además grosero. Pero ¿qué puede querer? Supongo que no estará persiguiendo a las putas, ¿verdad? Aquel otro policía también dijo que quería hacer unas preguntas, pero vino para lo de siempre y se quedó toda la noche. Son todos unos idiotas».

—Buenas tardes —dijo de Gier—. Soy el sargento de Gier. He telefoneado hace un cuarto de hora. ¿Es usted Minette?

—No, cariño —contestó aquella joven bajita—. Yo soy Alice. Minette te está esperando dentro. Entra, querido.

Le puso una mano en el brazo y tiró de él suavemente.

—¡Vaya, pero si eres muy guapo! —suspiró.

—Sí —contestó de Gier—. Soy un hombre hermoso.

Contempló aquellos ojos sonrientes y observó que eran verdes. Ojos de gato. La cara era triangular, como la de una mantis religiosa. Había estado examinando una fotografía en color de una mantis religiosa, en un libro que encontró en la Biblioteca Pública. El insecto tenía un aspecto exóticamente atractivo, era la materialización de un miedo subconsciente, con un rostro bello pero largos brazos y garras. Un insecto predador, decía el epígrafe. Una entidad con la que había que andar con mucho cuidado.

La joven se volvió y él la siguió hasta la salita. Era una muchacha bajita, pues no mediría mucho más de un metro y medio, pero bien formada y bien vestida con unos pantalones cortos de terciopelo y una blusa suelta con estampado de flores. Sus pies descalzos eran diminutos. Un diablillo, un diablillo travieso. Calculó que estaría ya cerca de los treinta años, pero su rostro suave no mostraba señales de desgaste. Tal vez no llevara demasiado tiempo en el oficio. Admiró las nalgas redondas y prietas y los negros y brillantes cabellos, recogidos en un moño.

—Esta sí que es Minette —explicó Alice, dando media vuelta y retrocediendo un paso, para que él pudiera precederla al entrar en la habitación—. Aquí está tu sargento, Minette.

—¡Caramba! —exclamó Minette—. ¡Qué buen mozo!

De Gier notó una sensación de alivio. Minette no era nada especial. Una muchacha rolliza, de caderas más bien anchas y con un rostro pintado de muñeca. Minette estaba sentada en un diván bajo, ataviada con una túnica que se deslizaba un poco; uno de sus pechos era visible. De Gier se estremeció imperceptiblemente. El pecho parecía uno de aquellos pasteles de gelatina que su madre solía servir en los cumpleaños. Los presentaba en una bandeja blanca, regados con una espesa salsa de crema.

—Quítese la americana, sargento —invitó Minette con la misma voz que había empleado por teléfono. Se mostró muy brusco cuando colgó—. Relájese, este es el lugar adecuado para hacerlo. Beba algo, acérquese y siéntese junto a mí. ¿Qué le gustaría tomar? Sírvele una cerveza, Alice. Tenemos cerveza muy fría en la nevera.

—No —contestó de Gier—. Nada de beber. Estoy trabajando. Gracias.

—Pues coja un cigarro —insistió Minette—. ¿Nos quedan todavía cigarros de aquellos largos y gruesos, Alice? Estaban en una caja grande, con un indio pintado en la tapa, ¿recuerdas?

Alice trajo la caja, la abrió, la puso en una mesita baja junto al sillón de la esquina, que de Gier había elegido juzgando que era el lugar más seguro de la habitación, y se sentó en la alfombra, muy cerca de la pierna de él.

—¿Fumará un cigarro, verdad, sargento?

—Sí —dijo de Gier—. Se lo agradezco.

La manita blanca tocó la caja, se deslizó sobre ella y cogió un cigarro. La joven lo acarició, mientras miraba a de Gier con languidez, y después lo despojó rápidamente de su envoltorio de plástico y lamió su extremo, moviendo con rapidez la punta de su lengua. Enseñó sus dientes pequeños y regulares, cuando vio que él la estaba contemplando. Sus largas pestañas descendieron lentamente y a continuación, con una sonrisa maliciosa, se metió el cigarro en la boca, le dio una vuelta y arrancó la punta de un mordisco.

—Ahí lo tiene, sargento —dijo, encendiendo una cerilla.

—Sí —repuso de Gier—, muchas gracias. Tengo entendido que ustedes dos se reunieron con un señor llamado Bezuur la noche pasada.

—Hace mucho calor aquí —dijo Alice—. El acondicionador de aire no funciona bien. Lo han reparado varias veces, pero nunca funciona cuando es más necesario. Deberías comprar otro nuevo, Minette. ¿Le importa que me quite la blusa, sargento?

Lo hizo antes de que él pudiera contestar. No llevaba nada debajo. Los pechos eran hermosos, muy pequeños y firmes. Se desprendió y se soltó el cabello, que descendió sobre sus hombros, y colocó las mechas de modo que taparan sus pezones. De Gier miraba con fijeza.

—Sí —admitió—. Hace aquí bastante calor. Afuera también. Y cerrar las ventanas no resulta demasiado conveniente. Vamos a ver, ¿cuánto tiempo pasaron las dos con el señor Bezuur, ayer? ¿Recuerdan las horas exactas? ¿Cuándo llegaron a su casa y cuándo se marcharon de ella?

—¿Bezuur? —preguntó Alice—. ¿Quién es Bezuur?

—Se trata de Klaas, claro —respondió Minette—. Aquel tipo gordo. Tú te pasaste la noche encima de él, ¿recuerdas?

—Oh —exclamó Alice—. Aquel tipo que parece un cerdo. Tú estuviste siempre encima de él, y no yo. Yo sólo bailé mientras él bebía... y comía... se comió un jamón entero. ¡Bah! Me alegro de que no me manoseara. ¿Por qué no se pone más fresco, sargento? Puedo sentarme en sus rodillas, apenas notará mi peso.

—Creo que a mí no me necesitáis aquí —dijo Minette, haciendo un puchero—. ¿Quiere que me vaya a la otra habitación?

—No —contestó rápidamente de Gier—, ¡no, no! Quédese aquí, y no pienso quitarme ninguna ropa. Por favor, ¿no pueden contestarme las dos a una simple pregunta? ¿Cuándo llegaron a casa de él y cuándo se marcharon?

—Vamos, vamos —dijo Alice, acercándose más a él—. No se enfade, sargento. Nosotras no le haremos pagar, puede considerarse seguro aquí. A nadie le importará que se quede una horita. Al fin y al cabo, no es un día muy indicado para trabajar, ¿no cree?

—¿Cuándo...? —preguntó de Gier, levantándose a medias de su butaca.

—Llegamos allí hacia las nueve de la noche pasada y nos marchamos a primera hora de esta mañana. Creo que eran más o menos las cinco. Un taxi nos llevó a casa.

—¿Y Bezuur estuvo con ustedes todo el tiempo?

—Desde luego.

—¿No se quedaron dormidas durante algún rato?

—Él estaba allí mientras yo dormía —aseguró Minette—. Precisamente a mi lado.

—¿Seguro?

—Sí. Puso su gorda pierna sobre mí y yo no podía marcharme. Me paró la circulación en la pierna y tuve que darme masaje.

De Gier miró hacia abajo. Alice se había estado acercando poco a poco a él y ahora se frotaba contra su pierna.

—Sí —dijo ella—. Él estuvo allí. Yo me dormí un rato en el sofá, pero al despertarme lo vi. Estaba allí, tal como usted está ahora aquí. Siéntese cómodamente, sargento, voy a sentarme sobre sus rodillas.

—No —protestó de Gier, levantándose.

Ella le siguió hacia la puerta y él se quedó con la pared contra la espalda, con la libreta entre las manos.

—Quiero su nombre completo y también el de Minette. Tendré que escribir un informe.

—¿Se encuentra en algún apuro aquel hombre gordo? —Alice volvía a estar muy cerca de él.

—En realidad, no. Sólo queremos saber dónde estuvo la noche pasada.

Empezó a tomar notas, mientras ella le daba los nombres y las fechas de nacimiento.

—¿Profesión? —preguntó de Gier.

—¡Ya lo sabe! —contestó Alice—. Somos señoritas acompañantes.

—Prostitutas —escribió de Gier—. Y ahora tengo que marcharme. Gracias por la información.

—Vuelva —murmuró Alice rápidamente—. Vivo dos pisos más arriba, en el número cinco siete cuatro. Llámeme por teléfono primero. No le cobraré nada.

—Seguro —dijo de Gier, deslizándose a través de la puerta.

—Y un cuerno —se dijo algo más tarde, mientras entraba violentamente la marcha en el Volkswagen.

¡Y un cuerno haría el papel del policía amigo para ayudarla cuando ella se viese en algún apuro! Sin embargo, le había puesto cachondo, la dichosa putilla. Precisamente lo que más le convenía en un día como aquel.

Tuvo que detenerse ante un semáforo y contempló sombrío un gran Mercedes que se había parado junto al Volkswagen. Ocupaban su asiento posterior dos hombres de mediana edad, bien trajeados y con corbata. Los dos fumaban cigarros. De Gier vio que uno de ellos exhalaba una nubecilla de humo, que desapareció inmediatamente, aspirada por el acondicionamiento de aire en el coche. Contempló el mojado extremo de su cigarro y lo tiró por la ventana, observando las chispas que despidió al chocar con el pavimento. El chófer del Mercedes le dirigió un guiño. Llevaba la gorra echada hacia atrás y se estaba aflojando la corbata.

—¿Mucho calor, verdad? —preguntó.

De Gier asintió con la cabeza. Los dos hombres instalados en el asiento posterior del coche se estaban riendo de algo.

—Sus pasajeros parecen estar muy frescos —comentó de Gier.

—Ellos están frescos —replicó el chófer, indicando con el pulgar el cristal de partición—. Pero yo no.

Cambió el semáforo y el Mercedes aceleró.

«Dos patanes —pensó de Gier—. Dos patanes bien forrados y un pobre diablo que los pasea por ahí».

Estaba pensando de nuevo en Alice. Grijpstra tenía su Nellie. Se obligó a sí mismo a pensar en otra cosa. Vio la bola con púas, tratando de visualizar su trayectoria al aproximarse a la ventana de Abe Rogge. Alguien estaba dirigiendo la bola, utilizando algún dispositivo. Pero ¿qué podía ser? Trató de visualizar también el dispositivo, pero no pudo ver nada con claridad, por más que se esforzó en ello.

EL COMMISSARIS MIRÓ a la joven, que, con los ojos enrojecidos y sentada en una silla de respaldo alto, estudiaba una mancha en el papel de la pared. Habían prescindido de cortesías y él fue quien abordó directamente la cuestión.

—Nos han informado de que tenía usted amistad con Abe Rogge, señorita. Tal vez pueda usted decirnos algo sobre él. Cualquier información nos servirá de ayuda. Sabemos algo acerca de él, pero no lo suficiente. Alguien se tomó mucho trabajo para matarlo. Generalmente, hay una relación intensa entre asesino y víctima. Acaso usted pueda ayudarnos a descubrir qué les unía en este caso.

—Sí —dijo la mujer, sorbiendo con la nariz—. Le comprendo. ¡Pobre Abe! ¿Cómo murió? No lo supe hasta que la policía telefoneó esta mañana. No me he atrevido a telefonear a Esther. Debe de estar muy trastornada.

Grijpstra le ofreció una versión abreviada de lo que la policía sabía, dejando aparte los detalles más desagradables.

—Es horrible —comentó la mujer.

Al cabo de un rato logró calmarse. Sus dos visitantes tenían un aspecto inofensivo y estaban tomando café y fumando sus cigarros, procurando echar la ceniza en los platitos de sus tazas. Ella recordó entonces que no había puesto el cenicero en la mesa y se levantó para ir a buscar uno. Los dos hombres no parecían fuera de lugar en el pisito moderno situado en la planta superior de un edificio de

apartamentos. El commissaris hizo un comentario sobre la vista que estos tenían. Identificó algunos de los campanarios de las iglesias y, cuando cometió un error, ella le corrigió.

—Sí —dijo ella—. Ahora lo entiendo. Ustedes me han venido a ver porque yo era su amiga, o, mejor dicho, una de sus amigas. No me importa, al menos no mucho. Abe podía resultar encantador, sabía cómo halagarme, y tampoco lo quería para mí sola. Estoy bastante satisfecha con mi rutina, y Abe la hubiera alterado si se hubiese instalado aquí. Tampoco se trataba tan sólo de cuestión de sexo; a menudo venía a charlar, sobre libros o sobre películas que había visto, y algunas veces salíamos juntos.

—¿Cómo era él? —quiso saber el commissaris.

—Extravagante.

—¿Qué quiere decir, señorita? —preguntó Grijpstra.

—Extravagante —repitió ella.

—¿En qué sentido? —inquirió el commissaris—. Supongo que no haría caras raras o andaría a gatas por los suelos, ¿verdad?

—No, no. ¿Cómo les explicaría yo? Tenía una idea poco corriente acerca de los valores. La mayoría de la gente tiene valores fijos, o ningún valor en absoluto. Abe parecía cambiar continuamente sus valores, pero sin mostrarse débil. Pensaba desde un ángulo que nadie podía captar. Yo tampoco le comprendía, a pesar de que lo intentaba a menudo.

El commissaris se había adelantado un poco en su silla.

—Esto no es suficiente, señorita. Debe contarnos algo más. Yo no puedo ver al hombre; sólo lo vimos ya difunto, ¿comprende? En cambio, usted le conocía bien...

—Sí. Lo intentaré. Bueno..., era valiente. Tal vez sea esta la palabra. No tenía miedo, nada le daba miedo. Cuando pensaba en algo lo hacía o trataba de hacerlo, y muchas de las cosas que hacía parecían absolutamente carentes de sentido. Eran cosas que no le llevaban a ninguna parte, pero a él no le importaba. Tal vez tampoco quisiera llegar a parte alguna. ¿Habrán oído hablar de su negocio, verdad?

—Cuentas de collar —dijo el commissaris—, y lana.

—Sí. Cosas curiosas. Hubiera podido ser un gran hombre de negocios, tal vez el director de una gran empresa, pero prefería vocear en el mercado, en el mercado callejero Albert Cuyp. Yo no lo creía al principio, hasta que estuve allí. Era un charlatán que hipnotizaba a las pobres amas de casa diciéndoles que eran creativas y admirando los feos suéteres y las horribles muñecas que habían confeccionado con las lanas que él les vendía. Resultaba patético ver a todas aquellas pobres estúpidas revoloteando alrededor de su puesto. Y él había estado a punto de graduarse en francés. Le conocí en la universidad; era el mejor estudiante de nuestro curso, el orgullo de sus profesores. Sus ensayos eran brillantes, todo lo que hacía era original, pero...

—Habla usted de él como si hubiera sido un fracasado —dijo el commissaris—, pero al parecer fue un hombre de gran éxito. Su negocio funcionaba bien, era un hombre adinerado, viajaba mucho, y no tenía mucho más de treinta años...

—Era un necio —le interrumpió la mujer, cuyo nombre había anotado el commissaris en su libreta como Corin Koops.

—No puede ser tan necio el que triunfa en un negocio —manifestó el commissaris—. Para muchas personas, sigue siendo la meta óptima.

—No lo decía en este sentido. Quiero decir que estaba despilfarrando su talento. Hubiera podido contribuir en algo a la sociedad. La mayoría de las personas se limitan a vivir, como si fuesen renacuajos. Crecen y, al cabo de un tiempo, empiezan a morir. Son objetos vivientes, pero Abe era mucho más que eso.

—Sí —dijo el commissaris, arrellanándose de nuevo en la silla—. Comprendo. Ha dicho que usted y él hablaban de libros. ¿Qué libros le gustaban?

Ella frunció los labios, como si se dispusiera a sil bar. Grijpstra echó un vistazo a su reloj y su estómago ronroneó. «Gazuza —pensó Grijpstra—. Siento gazuza. Espero que me lleve a uno de

aquellos bistrós. Me sentaría bien un bistec poco hecho con una patata asada. Una patata asada, muy grande».

—Libros sin moraleja. Leía algunos libros de viajes, escritos por aventureros. Personas que se limitaban a vagar por ahí y después escribían sus pensamientos. Y le gustaban los libros surrealistas.

—¿Surrealistas? —repitió Grijpstra.

—Es una filosofía. Los escritores surrealistas profundizan más que el novelista corriente, utilizando sueños y asociaciones inusuales. No les preocupa la lógica superficial, ni tratan de describir acontecimientos cotidianos, sino que apuntan hacia las raíces de la conducta humana.

—¿Sí? —dijo Grijpstra.

El commissaris explicó sonriendo:

—Como el bar de Nellie, Grijpstra. Como lo que piensa usted cuando está pescando, o cuando se despierta por la mañana.

—¿Cuando me afeito? —preguntó Grijpstra, sonriendo también—. Agua caliente y espuma en cantidad y una nueva hoja de afeitar, y nadie en el cuarto de baño, la puerta cerrada y dale que te pego con la brocha...

—¿En qué piensa cuando se afeita? —preguntó el commissaris.

Grijpstra se frotó enérgicamente su corta pelambrera.

—Es difícil decirlo, señor.

La mujer mostró cierto interés. Se dirigía a la cocina, con las tazas de café sucias, pero se detuvo y dio media vuelta.

—Trate de describir sus pensamientos —pidió Corin Koops.

—Sobre el mar —contestó Grijpstra—. Sobre todo acerca del mar, y nunca he sido marino, por lo que resulta extraño supongo. Pero cuando me afeito pienso en el mar. Grandes olas y un cielo azul.

—¿Podría darnos un ejemplo sacado de la vida de Abe, señorita? —pidió el commissaris.

—¿Algo surrealista, quiere decir? ¡Pero si toda su vida era así! Él vivía un sueño, incluso cuando se mostraba práctico. Nunca daba respuestas atinadas a preguntas sensatas, y parecía como si

siempre estuviera cambiando de parecer. En su vida no había ninguna pauta fija. Era como una pastilla de jabón mojada.

De pronto, pareció exasperada y miró al commissaris con desesperación.

—Una vez estuvo aquí, por la noche, a primera hora de la madrugada. Había una fuerte tormenta. Las ventanas se estremecían y yo no podía dormir. Vi que él se levantaba y le dije que volviese a la cama. Un viento violento siempre me pone nerviosa y quería que él estuviera a mi lado. Sin embargo, me dijo que iba a navegar, y Louis Zilver me explicó más tarde que los dos fueron al gran lago con aquella pequeña embarcación de plástico y que estuvieron a punto de ahogarse.

Dejó la bandeja sobre la mesa y continuó:

—Sepa que los alemanes mataron a sus padres durante la guerra. Los arrastraron por la calle y los arrojaron a un vagón de ganado, y después los gasearon. No obstante, no parecía que él echase la culpa a los alemanes; incluso eligió el alemán como segundo idioma en la universidad.

—Los alemanes debían de buscarle a él, también —dijo Grijpstra.

—Sí, pero la patrulla de los SS no pudo encontrarle. Resultó que aquella mañana había ido a jugar a casa de un amigo. Él no culpaba a los alemanes, culpaba a los planetas.

—¿Los planetas?

—Sí. Creía que los planetas, Mercurio y Neptuno, y en especial Urano (estaba muy interesado en Urano y en todos los demás, cuyos nombres he olvidado), controlan nuestras vidas. Si los planetas forman ciertas constelaciones, hay guerra en la tierra, y cuando las constelaciones vuelven a cambiar cesa la guerra y hay paz durante un tiempo. Tenía una opinión muy baja sobre el esfuerzo humano. Él creía que somos criaturas ignorantes, puestas en movimiento por fuerzas que se hallan totalmente fuera de nuestro control. A menudo me decía que no podemos hacer nada con

respecto a las cosas, excepto tal vez dejar de luchar contra el destino y tratar de movernos a su aire.

—Sin embargo, él era una persona muy activa —observó el commissaris.

—Exactamente. También se lo decía yo, pero se limitaba a reírse y decía que su actividad se debía a Urano, que casualmente tenía una gran potencia cuando él nació. Urano es el planeta del cambio.

—Por consiguiente, le alcanzó un rayo cósmico cuando nació y le convirtió en la clase de persona que era —dijo el commissaris—. Comprendido.

—Le hizo saltar de un lado a otro como una ardilla, ¿verdad? —preguntó Grijpstra.

Ella se echó a reír.

—Más bien como un mono, un mono grande y peludo, enloquecido. Un mono con unos ojos extraños y centelleantes.

—Su amigo debió de ser muy imprevisible —dijo el commissaris.

La joven recogió de nuevo la bandeja, pero la pregunta del commissaris pareció interesarle.

—No. En absoluto. Era muy fiable. Siempre pagaba sus deudas y hacía honor a sus compromisos. Si prometía algo, lo cumplía.

—Bien, hemos llegado a conocerle algo mejor —anunció el commissaris—. Muchísimas gracias. Hemos terminado. Todo lo que desearía preguntar antes de marcharnos es si recuerda dónde estaba usted ayer por la tarde y durante la noche.

La joven se mostró atemorizada.

—¿No sospechará de mí, verdad?

—No necesariamente, pero de todos modos deseamos saberlo.

—Estuve aquí toda la tarde y toda la noche. Sola. Trabajaba repasando unos exámenes.

—¿Vio usted a alguien? ¿Habló con alguien? ¿La telefoneó alguien?

—No.

—¿Tiene alguna idea sobre quién pudo haber deseado matar a Abe Rogge?

—No.

—¿Sabe qué fue lo que le mató? —inquirió Grijpstra.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir?

—¿Fueron los celos? ¿Una venganza? ¿Codicia?

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo el commissaris—. Se me acaba de ocurrir otra pregunta. Usted ha descrito a su amigo como una especie de «superman» más bien negativo. Nunca se alteraba, creía que nada importaba, lo hacía todo bien, navegaba en plena tormenta y regresaba sano y salvo, leía libros poco corrientes, y precisamente en francés. ¿Era verdaderamente tan maravilloso? ¿No tenía ningún punto débil?

Los músculos faciales de la mujer, que habían estado trabajando nerviosamente, se aflojaron de pronto.

—Sí —respondió—. Tenía su punto débil. En una ocasión lloró entre mis brazos, y se maldijo a sí mismo mientras se afeitaba, aquí, en mi cuarto de baño. Había dejado la puerta abierta y pude oírlo.

—¿Por qué?

—Se lo pregunté en ambas ocasiones y me dio la misma respuesta. Dijo que era algo muy próximo a él, tan próximo que pensaba poder alcanzarlo, pero que después no podía.

—¿Y qué era?

—Dijo que no sabía lo que era.

Se encontraban ya ante la puerta cuando Grijpstra, pensando que no había resultado muy útil, hizo un nuevo intento.

—Hemos conocido a dos amigos del señor Rogge, señorita. Louis Zilver y Klaas Bezuur. ¿Sabe usted cuáles eran sus relaciones con ellos?

La mujer suspiró.

—Pasaba mucho tiempo con Louis. Incluso solía traerlo a cenar aquí. En cuanto al señor Bezuur, no lo sé muy bien. Abe hablaba con frecuencia de él. Creo que en otro tiempo fueron socios, pero Bezuur tiene ahora su propio negocio. Un día, Abe me llevó a la fábrica de Bezuur, o su almacén. No creo que fabriquen la

maquinaria que hay allí; tengo entendido que sólo la guardan y la alquilan. Camiones pesados y toda clase de maquinaria móvil para hacer carreteras y trasladar tierras. Aquella tarde, Abe condujo una pala mecánica, recorriendo con ella todo el patio. También Louis estaba allí y conducía un tractor. Hicieron carreras los dos. Fue muy espectacular. Más tarde, Klaas se unió a ellos; también conducía una máquina, provista de una gran pala mecánica. Los estaba acosando, fingiendo atacarlos, pero daba marcha atrás en el último momento. Llegaron a asustarme.

—¿No había animadversión entre Abe y Klaas?

—No, aparentemente se habían separado, pero esto era todo. Se mostraron muy afectuosos cuando se vieron aquella tarde. Se abrazaron y se llamaron a gritos por sus nombres.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos meses, creo.

—¿Tenía otros amigos íntimos?

Ella volvió a suspirar.

—Conocía a miles de personas. Cada vez que íbamos juntos a la ciudad, daba la impresión de que saludaba a toda persona que se cruzara con nosotros. Chicas con las que se había acostado, suministradores, clientes, artistas, personas a las que conocía del mercado callejero o de la universidad, o de sus excursiones en barco. Yo me ponía nerviosa, pues era como si acompañara a una estrella de la televisión.

—Probablemente las disgustó a todas en un momento o en otro —dijo Grijpstra ceñudo, manteniendo la puerta abierta para que pasara el commissaris.

Corin estaba llorando cuando cerró la puerta tras él.

—VAMOS A COMER —propuso el commissaris.

—Siempre lloran, ¿verdad? —comentó Grijpstra—. O parecen atontadas, como animales, estúpidos animales. Los sapos, los caracoles...

Se disponía a mencionar más animales estúpidos y viscosos, pero el commissaris le interrumpió.

—Caracoles —dijo el commissaris y se arrellanó en el asiento tapizado de goma espuma—. Sí, caracoles. Me gustaría comer unos cuantos caracoles para cenar. ¡Guardia!

—Señor —contestó el guardia.

—¿Recuerda aquel viejo molino, aquel restaurante al que usted me llevó hace algún tiempo, con el fiscal público?

—Sí, señor.

—Volveremos allí; es decir, si al brigada no le disgusta comer caracoles.

Grijpstra pareció dudar.

—Nunca los he comido, señor.

—¡Oh, pues le gustarán! Los franceses llevan miles de años comiéndolos y se dice que son más inteligentes que nosotros. ¿Le ha parecido estúpida esa mujer?

—La mujer en particular no, señor. Muchas personas se comportan estúpidamente cuando se ven relacionadas con la muerte.

—Se supone que no debe usted criticar, sino observar.

Grijpstra pareció disgustarse.

—La policía nunca critica.

El commissaris alargó su mano delgada, casi exangüe y dio unas palmadas en el sólido hombro de Grijpstra.

—Tiene razón, brigada. Usted recuerda sus lecciones. Nosotros observamos, relacionamos, llegamos a conclusiones y absorbemos conocimientos. Si es que podemos. El sospechoso siempre trata de escabullirse, y cuando conseguimos echarle mano los abogados le critican y le excusan alternativamente, y nuestras observaciones llegan a encajar con lo que los abogados dicen, y al final nadie sabe qué ocurrió en realidad, o por qué ocurrió.

La mano del commissaris volvía a reposar en su regazo, pero de pronto se convirtió en un puño y golpeó el asiento.

—¡Este es un caso absurdo, Grijpstra! No comprendo cómo pueden relacionarse todas estas personas. Por ejemplo, la mujer a la que acabamos de visitar ahora. Abe dormía con ella, pero dormía con otras muchas mujeres. ¿Qué veía en ella? No es especialmente atractiva... ¿Cree que era atractiva?

Los gruesos labios de Grijpstra dibujaron una sonrisa burlona y meneó la cabeza.

—No, señor. Piernas delgadas, no muy buen tipo, y un exceso de ricitos en una cabeza redonda. Sin embargo, nunca se pueden juzgar los gustos de un hombre.

—¿Y su inteligencia? —preguntó el commissaris, pero la expresión de Grijpstra no cambió.

—Una rata de biblioteca, señor.

—Exactamente —aprobó el commissaris—. Esto es. Viviendo con sus propias teorías o con lo que ella cree que son sus teorías, o sea en algo que otras personas y tal vez unos cuantos libros le han metido dentro. ¡Surrealismo! Y se supone que eso era el vínculo existente entre ella y nuestro difunto, un interés mutuo por las obras surrealistas francesas.

—¿Usted no cree en el surrealismo, señor?

El commissaris se encogió de hombros y miró a través de la ventanilla. El coche estaba siguiendo la estrecha carretera junto al río Amster y disfrutaban de una clara visión de la amplia superficie acuática, apenas turbada por una leve brisa que había perdido la mayor parte de su fuerza en la franja de juncos y matorrales que protegía al río.

—Sí, sí —admitió lentamente—, pero la palabra me irrita. No tiene sentido. Es como decir «Dios» o el «infinito» o el «punto en que se encuentran dos líneas paralelas». Dirán esas palabras y se enjugarán una lágrima. ¿Qué puede saber una chica como Corin Koops, un frágil saco de huesos coronado por un cerebro poco brillante, acerca del surrealismo?

Grijpstra apartó la mirada. Fingió rascarse la barbilla para ocultar su sonrisa, recordando que en cierta ocasión él había descrito al commissaris ante de Gier como una astilla coronada por una hoja de afeitar.

—No ha entendido nada de nada —prosiguió el commissaris—. Simplemente, no sabe nada. Tratan de definir algo que nunca puede captarse en una sola palabra, pero piensan igualmente en una palabra y después la utilizan como si tuviera un significado real. Como aquellos predicadores reformistas holandeses, que hablaban de Dios. Al menos, en los viejos tiempos. Ahora han aprendido algo más de modestia, y no quedan muchos de ellos, gracias al cielo. ¿Qué sabemos nosotros acerca de la realidad? Tal vez sepamos algo en un momento dado. Como esta mañana temprano, con mi tortuga semiinteligente paseándose entre la hierba mientras cantaba a lo lejos un tordo. Tal vez entonces yo he comprendido algo, pero cuando he tratado de echarle mano ya había desaparecido. Sin embargo, una mujer como la señorita Koops puede creer captarlo y acuñar una palabra, y al poco tiempo esta palabra está en los diccionarios. ¡Oiga!

Grijpstra, cuyos ojos se estaban cerrando, volvió a abrirlos.

—¡Guardia! —gritó el commissaris—. ¡Pare el coche!

El guardia accionó los frenos y Grijpstra salió proyectado hacia adelante.

—Dé marcha atrás —ordenó el commissaris en voz baja—, pero lentamente. Muy lentamente. No debemos asustarla. Allí —indicó el commissaris—. ¿La ve?

Grijpstra vio la garza, un majestuoso ejemplar que mediría más de un metro veinte, bajo un sauce a la derecha de la carretera, coronada su delicada cabeza por un penacho de plumas. Sostenía en su pico una carpa de gran tamaño, cuya cabeza y cola colgaban.

El agente se echó a reír.

—No sabe qué hacer con la carpa, señor. Ese pez debe pesar unas cuantas libras.

—Es cierto —comentó Grijpstra—. Las garzas capturan peces pequeños y se los tragan. Nunca logrará engullirse esa carpa. Sin embargo, ¿cómo se las ha arreglado para pescar una carpa dorada? Ya no quedan carpas doradas en el río y, además, el ave se encuentra al otro lado de la carretera, pues el río está detrás de nosotros.

—Debe de haber un estanque con peces detrás de esa mansión —sugirió el guardia—. La garza se metió allí y supo aprovechar la oportunidad.

—En marcha —ordenó el commissaris.

Grijpstra reaccionó cinco minutos más tarde. El commissaris no había abierto la boca y parecía estar medio dormido, con las manos sobre las rodillas y la cabeza reclinada en el respaldo de su asiento.

—La garza es un ave preciosa —dijo Grijpstra—, y esa garza era bellísima.

—Ciertamente —dijo el commissaris.

—No se ve tan a menudo una garza con una carpa dorada en el pico.

—Desde luego —repuso el commissaris.

Grijpstra hizo un nuevo intento.

—Me alegro de que hiciera parar el coche, señor.

—¿Por qué?

—Ha sido una escena muy bella, señor.

El commissaris señaló con la mano hacia el río.

—También el río es bello, Grijpstra, y está siempre aquí. Y los árboles, y también aquel viejo molino que se ve allí. Estamos rodeados por belleza. Incluso los nuevos bloques de apartamentos que hemos visto esta mañana son bellos, y no sólo al ponerse el sol o al despuntar la mañana.

—Pero no es lo mismo —objetó Grijpstra.

—Sí. La garza era diferente. Tenía una carpa dorada en el pico. Esto no tiene nada de usual. Es posible que esta repentina imagen improbable liberase algo en nosotros. Sólo ocurre cuando tenemos la impresión de que podemos ver algo, pero no deja de ser engañoso. Como el hombre que de pronto es derribado por un coche. Está cruzando la calle, entregado a sus sueños, y de repente se encuentra en el suelo, tendido de espalda, con una herida o con algún hueso roto. Lo he visto docenas de veces. Lloran, te agarran la mano, están totalmente trastornados. Entonces se les lleva inmediatamente al hospital, se les llena de medicamentos y lo que tal vez fueran entonces capaces de comprender, debido a que su mundo se rompió de pronto, se desvanece de nuevo.

—Ese pajarraco parecía bastante estúpido, señor —manifestó el guardia que conducía el coche.

—Como nosotros —repuso el commissaris—. Tenemos un caso interesantísimo, prácticamente atravesado en nuestra garganta, pero no tenemos la menor idea de lo que vamos a hacer con él.

La cena exigió toda una hora. Tomaron una docena de caracoles cada uno, con tostadas recién hechas y un robusto vino tinto procedente de una botella sin etiqueta. Grijpstra examinó su plato con suspicacia, extrayendo de sus caparazones aquellos pequeños grumos negros y elásticos, y frunciendo el ceño mientras los masticaba lentamente.

—¿Y bien? —inquirió el commissaris.

—Muy buenos —respondió Grijpstra, limpiando cuidadosamente su plato con un trozo de tostada—. Excelente salsa esta.

—¿Quiere más?

Grijpstra reflexionó y el commissaris movió la cabeza alentadoramente.

—Sí.

Grijpstra despachó otra media docena de caracoles. También comió medio pollo y un plato lleno de fresas, y pidió al camarero más nata.

—Si es que cabe en su plato —dijo el camarero.

—Inténtelo.

El camarero consiguió añadir algo más de nata.

—Puede dejar este cuenco sobre la mesa —dijo el commissaris—, y ponerlo en la cuenta.

Después, cuando salieron del restaurante, el commissaris aconsejó:

—Será mejor que esta noche no bese a su esposa. Esa salsa que tanto le ha gustado era de ajo puro.

—Nunca beso a mi esposa —contestó Grijpstra y eructó—. Perdona, señor.

—No importa, pero no me suelte regüeldos en el coche. Podría poner fuera de combate al chófer y todavía tenemos que visitar a la otra chica.

Grijpstra asintió muy serio, pero no estaba escuchando. Se le estaba formando un segundo eructo en el fondo de su esófago y parecía haberse atravesado de lado, y además retorcido. Ardía y cortaba simultáneamente, y Grijpstra empezó a golpearse el pecho con ansiedad, en un vano intento de desalojar aquel obstáculo gaseoso. El commissaris seguía hablando y el Citroën les esperaba al final del camino, con el guardia ante la puerta.

—Curioso tipo, ¿no cree? —preguntó el commissaris—. Siempre se niega a comer conmigo; el pobre hombre todavía vive en el siglo pasado. Probablemente habrá tomado una taza de café y unos huevos fritos con pan en la terraza, mientras nosotros nos

hartábamos dentro. Procuraré que me dé su nota. Al fin y al cabo, no puedo permitir que pague de su bolsillo, ¿no cree?

Pero Grijpstra seguía golpeándose el pecho.

—¿Qué le ocurre?

—Vuelvo en seguida —contestó Grijpstra, dando media vuelta y subiendo de nuevo por el camino.

Oculto tras un grupo de arbolillos, se dio unos puñetazos en el pecho y agitó su cuerpo macizo, pero el eructo permaneció allí donde estaba, obstinadamente alojado bajo un impedimento invisible. Decidido a librarse de aquel estorbo, Grijpstra dio unos saltos, agitando los brazos, y de repente la acumulación de gases, que entretanto habían aumentado hasta convertirse en un regüeldo del más grueso calibre, ascendieron impetuosamente y entraron en contacto con sus cuerdas vocales, que vibraron primero en un largo gruñido y alcanzaron, en el momento culminante, todo el fragor de un trueno.

Grijpstra bajó los brazos y dio unos pasos atrás.

—¡Buen trabajo! —aprobó el camarero, que había estado observando a Grijpstra desde que este volvió a remontar el camino—. Fabuloso —añadió el hombre—. Nunca había oído nada semejante. Me extraña que todavía queden hojas en los árboles. Suelte un buen pedo ahora. ¡Vamos!

Grijpstra se sentía demasiado aliviado para ofenderse.

—¿No debería estar trabajando dentro? —se limitó a preguntar con amabilidad.

—Debería —concedió el camarero—, pero no lo hago. Estoy aquí, disfrutando de cinco minutos libres y fumando un cigarrillo. Es mi último día en este establecimiento. La semana que viene, abro un pequeño snack en la ciudad.

—¿Dónde? Tal vez venga a probarlo.

—Usted no, por favor —rogó el camarero.

Arrojó al suelo la colilla de su cigarrillo, la pisó y se alejó de allí.

—TENEMOS TIEMPO DE SOBRA —dijo el commissaris al agente—. Si quiere, podemos dar un paseo de media hora. Hay una reserva natural aquí cerca. He estado antes en ella, e incluso tengo un pase especial. No está abierta para el público.

Buscó en su cartera y entregó el pase al chófer. El hombre le dio la vuelta y estudió el pequeño mapa al dorso.

—Puedo encontrarla, señor. No está a más de unos pocos kilómetros de aquí.

Grijpstra todavía estaba exhausto y le agradaba que los acontecimientos siguieran su curso normalmente. La muelle suspensión del coche le estaba provocando sueño y, cuando despertó porque el commissaris le tocó en el brazo, se encontraban ya en la reserva. En otro tiempo un cementerio, aquel lugar había estado descuidado durante un centenar de años, pero después las autoridades municipales lo habían descubierto de nuevo y convertido en una zona especial, ampliando el terreno mediante la compra de las granjas circundantes y una pequeña finca, con las ruinas de un castillo y un foso que conducía a un lago artificial. La ciudad había encontrado el dinero en un fondo destinado a la fauna y la flora, y botánicos y biólogos recorrían ahora la reserva, tratando de encontrar los ejemplares, animales o vegetales, supuestamente extinguidos que pudieran cruzarse en su camino.

—Libre del contacto de manos sucias —murmuró el commissaris mientras contemplaba el paisaje.

El agente conducía lentamente, para que pudieran disfrutar de la visión de las hayas y robles que habían alcanzado tamaños gigantescos, un claro en el bosque cubierto por el lozano amarillo de la aulaga, matorrales poblados de conejos y un faisán solitario instalado en una roca.

—Miren —dijo el commissaris, señalando un ciervo, que les miraba tranquilamente tras la protección de una losa sepulcral rota.

—Podría darle fácilmente desde aquí —dijo el guardia, y tocó la pistola automática que llevaba en una funda bajo su chaqueta—. Un tiro perfecto, señor.

—Está usted de broma —gruñó Grijpstra.

—Un policía es un cazador —comentó el commissaris jovialmente—. No haga enfadar al guardia, brigada. También a mí se me ha ocurrido ese pensamiento.

Después, apuntó su dedo índice contra el ciervo.

—Bam —dijo el commissaris—. Ya está muerto. Hoy comeremos carne de ciervo para cenar.

El coche se había puesto nuevamente en marcha. Se estaban acercando al lago y, después de una curva en el camino, vieron cómo descendía una bandada de fúlicas. Las negras aves, pequeñas pero rechonchas, bajaron con sus patas planas y palmeadas extendidas, chocando torpemente contra la tranquila superficie del lago y chapoteando con estruendo antes de flotar sobre ella, como los pasteles que se lanzan entre sí los personajes de una película cómica.

—Ja —hizo el guardia, pero dejó de reírse poco después, cuando los anchos neumáticos del Citroën aplastaron los primeros sapos.

—¿Qué es esto? —exclamó el guardia, y detuvo el coche, alarmado por aquellas pequeñas explosiones líquidas que de pronto habían llegado hasta sus tímpanos.

Se apeó y contempló la calzada. Una docena de sapos pequeños, apisonados, aparecían en el caliente alquitrán de la carretera.

También el commissaris y Grijpstra habían descendido del coche.

—Debió esquivarlos —dijo Grijpstra—. Hoy en día, los sapos empiezan a escasear.

—No ha podido hacerlo —alegó el commissaris—. ¿Verdad que no los ha visto, guardia?

—No, señor. Los he oído al reventarlos. ¡Bah! Un ruido horrible, ¿no creen? Como si reventaran globitos.

—Hay muchos aquí —dijo Grijpstra.

En los dos lados de la carretera, la hierba estaba llena de sapos. Procedían del lago, y el coche y los tres hombres se habían interferido en su camino. La carretera llegó a quedar cubierta por sus cuerpos pequeños y viscosos, y no parecía haber manera de impedir su avance a saltos. Había en todas partes, arrastrándose sobre los zapatos de los policías, chocando contra los neumáticos del coche. Ahora, podían oírlos también, con un sonido rezumante, como si se inyectara un fango pegajoso a través de innumerables tuberías.

—Larguémonos de aquí —dijo el commissaris, sacudiéndose los animales que tenía sobre los zapatos y pisando inadvertidamente algunos de ellos.

El guardia resbaló y se hubiera caído de no haberle agarrado por el codo la gruesa mano de Grijpstra. Entraron los tres en el coche.

—Si pongo en marcha el coche, los mataré a miles —dijo el agente.

El commissaris miró hacia el lago.

—Siguen viniendo, y es posible que vengan durante todo el día. Debe de ser su período de desove. O tal vez haya una plaga de sapos. Aquel maldito vigilante no hubiera tenido que permitirnos la entrada. Sáquenos de aquí, guardia, pues tenemos una cita que debemos respetar.

A lo largo de centenares de metros, los sapos se arrastraron, se adhirieron y estallaron, mientras el Citroën seguía aplastándolos. El guardia lanzaba juramentos mientras se agarraba al volante como si

quisiera arrancarlo de su eje. La materia viscosa de aquellos pequeños cadáveres rellenaba las estrías de los neumáticos, obligando al coche a describir unas eses violentas, y por dos veces se salieron del camino, sobre unas ruedas que no se agarraban a la calzada. Grijpstra se sintió mareado y se tapó los oídos para sofocar aquellos líquidos y continuos chasquidos. Trataba de no pensar en los caracoles, a los que imaginaba deslizándose por su estómago en un mar de nata, y respiraba trabajosamente. Podía ver los ojos del guardia, abiertos y aterrados, en el espejo retrovisor.

—Ya está —anunció el commissaris alegremente—. Hemos pasado. Siga adelante y maniobre un par de veces en aquel lugar cubierto de arena. Allí podrá limpiar los neumáticos.

—De momento, esta chica será nuestro último sospechoso —estaba diciendo el commissaris—, pero Abe Rogge debía de tener muchas amistades de carácter íntimo. Nos enfrentamos a una multitud, Grijpstra. Es posible que ni siquiera hayamos comenzado.

Grijpstra no contestó y el commissaris se inclinó hacia adelante para ver mejor. La condición nerviosa de Grijpstra no llevaba trazas de mejorar; más bien parecía haber empeorado. Su piel tenía un tono grisáceo y el brigada parecía incapaz de controlar sus manos, que jugueteaban con el extremo de su corbata.

—Señor —dijo el guardia, señalando hacia una casa flotante recién pintada.

Grijpstra gruñó y se apeó del coche. El commissaris se disponía a seguirle, pero se contuvo al ver que Grijpstra se sostenía sobre un solo pie en el muelle y chillaba.

—¡Vaya con cuidado, señor! —gritó Grijpstra—. Esto está lleno de mierda.

El commissaris echó un vistazo. El culpable debía de ser un perro de gran tamaño, probablemente un perro grande y enfermo. Las cagarrutas, de un color amarillo verdoso, recubrían varios adoquines y Grijpstra había pisado exactamente en medio de ellas.

El guardia cerró los ojos, volvió a abrirlos y obligó a su cuerpo a moverse. Rodeó el coche, abrió el maletero y sacó de él un cepillo de cerdas duras provisto de un largo mango. Grijpstra se apoyó en un farol mientras el guardia empezaba a trabajar.

—Es usted un individuo muy excitable —dijo el commissaris—. ¿Nunca había pisado caca de perro, brigada?

—A menudo —contestó Grijpstra con irritación—. Creo que todos los días de mi vida. Atraigo la mierda de los perros. Si hay una cagada de perro en una calle, yo meto todo el pie en ella. Ciertas personas juzgan que esto es divertido. Les amenizo la vida.

—Yo no creo que sea divertido —objetó el commissaris—, y tampoco el guardia aquí presente.

—Pues de Gier cree que es divertido. Ayer, cuando íbamos a buscar el coche en el patio de la policía, pisé una mierda de estas y, puesto que yo corría, patiné un buen trecho. Se rio... ¡se rio el hijo de puta! ¡Con lágrimas en los ojos! ¡Se daba palmadas en los muslos! Sin embargo, la caca de perro es lo mismo para mí que un cadáver ensangrentado para él. Yo no me río cuando él se apoya en las paredes, a punto de desmayarse y de vomitar...

—Hummm —repuso el commissaris—; sin embargo, ahora está usted limpio. Muchas gracias, guardia. Vayamos a aquella embarcación antes de que ocurra cualquier otra cosa.

La joven les estaba esperando en el umbral de la puerta.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó al brigada—. ¿Por qué andaba dando saltos?

—He pisado las deposiciones de algún perro, señorita.

—El causante ha sido el pastor alemán de la otra casa. Últimamente no se encuentra muy bien. Yo tenía la intención de limpiarlo hoy todo, pero lo he olvidado. Quítese los zapatos, que por una vez mi barca está perfectamente limpia.

Grijpstra se agachó obedientemente. El commissaris se deslizó a su lado, encontró una butaca de aspecto confortable y se sentó en ella. La joven se quedó junto a Grijpstra hasta que los dos zapatos,

puestos al revés, quedaron colocados en un rincón cercano a la puerta.

—¿Son ustedes de la policía? —preguntó la chica—. Siempre había creído que llevaban impermeables y sombreros de fieltro.

—Usted ha estado viendo películas antiguas —repuso el commissaris.

—¿Café? —preguntó la joven.

—No, muchas gracias, señorita.

El commissaris dio su aprobación a la joven. Unos ojos grandes y vivarachos en una cara pecosa. Unas trenzas rígidas, con cintas azules para asegurarlas. Un vestido que le llegaba hasta los tobillos, confeccionado con tela de algodón de un estampado colorido. Dientes irregulares pero muy blancos, en una boca voluntariosa. Un rayo de sol, pensó el commissaris jovialmente, precisamente lo que se necesitaba para dar fin a una jornada de trabajo.

—¿Vienen por lo de Abe? —preguntó la joven y miró a Grijpstra, que seguía de pie con un aspecto desamparado—. ¿Por qué no se sienta?

—¿Dónde? —quiso saber Grijpstra.

—Aquí mismo. —La chica le indicó una especie de bolsa de cuero informe, contigua a la butaca del commissaris, se agachó y dio una palmada en ella—. Es muy cómoda, está llena de piedras. La compré en España. Pruébela. —Grijpstra se sentó—. ¿Lo ve?

—Sí, señorita —dijo Grijpstra, y atornilló su amplio trasero en aquel saco.

Su respaldo se enderezó y ayudó a soportar su volumen, mientras las piedras crujían en el interior.

—Sí —dijo el commissaris—. Hemos venido por lo de Abe. Lo mataron ayer, como usted sabe. Nos han dicho que tenía usted amistad con el señor Rogge.

—Sí —confirmó la muchacha—. Una buena amistad. Nos acostábamos juntos.

—Sí, sí —dijo el commissaris.

—Es que me gusta ser precisa —se justificó la joven.

¿Por qué se mostrará tan alegre? —pensó Grijpstra—. Al fin y al cabo, aquel hombre ha muerto, ¿no es así? ¿No se siente trastornada?

Se movió en su asiento y las piedras volvieron a rechinar.

—No debe preocuparse. Esa bolsa no se romperá. Centenares de personas se han sentado en ella.

—¿De modo que Abe era su amante, no es así? —preguntó Grijpstra.

—Él era mi amante, pero yo no era su querida.

—Comprendo —dijo Grijpstra, no sin un cierto tono de duda.

—Pues yo no —reconoció el commissaris—. Si el señor Rogge era su amante, usted era su querida. Pienso que esta es la manera correcta de describir su relación mutua, ¿no es así?

—No —contestó la joven, sonriendo—. No, de ningún modo. Abe dormía con muchas chicas; acudían a él cuando chasqueaba los dedos..., y además lo hacían meneando la cola. Ni siquiera tenía que molestarse en seducirlas; ellas esperaban tan sólo que él se bajara los pantalones y pusiera manos a la obra. Yo no. Venía cuando yo quería que viniese y me dejaba cuando yo quería que se largase, y había de hablar conmigo y escuchar lo que decía yo. Nunca intenté ajustarme al programa de él. Soy una chica muy atareada. Yo tengo mi propio programa. Estudio y el Estado me paga mis estudios, puesto que me otorga una beca muy sustanciosa. Pretendo terminar mis estudios a su debido tiempo, preferiblemente antes si lo puedo conseguir. No deseo perder el tiempo.

Fue un largo discurso y lo pronunció casi con vehemencia, de pie en medio de aquella pequeña habitación. Grijpstra quedó impresionado. En cuanto al commissaris, parecía como si este no escuchara. Había estado mirando a su alrededor. El interior de la embarcación tenía un aspecto tan pulcro como el exterior. La joven no había abarrotado innecesariamente la habitación; todo lo que esta contenía parecía tener su función. Una mesa grande pero baja,

cubierta por libros y papeles, y por una máquina de escribir. Unas cuantas plantas y un jarrón lleno de flores recién cortadas.

El commissaris se levantó y caminó hasta el extremo de la habitación, deteniéndose ante un banco de trabajo.

—¿Está usted realizando algún trabajo, señorita?

—Tilda —dijo la joven—. Tilda van Andringa de Kempenaar, pero llámeme tan sólo Tilda. Esto que ve aquí es un comedero para los pájaros o, mejor dicho, lo será algún día. Me está dando bastante trabajo.

—Van Andringa de Kempenaar —repitió el commissaris, entrecerrando los ojos. Su frente arrugada demostraba que estaba pensando, tratando de recordar—. Un apellido noble, que aparece en nuestros libros de historia ¿no es así?

—Sí —contestó ella secamente—, un apellido noble y una familia noble.

—¿Tal vez debiera dirigirme a usted como *freule*?

—No, desde luego —contestó ella—. Basta con Tilda. —Se recogió su largo vestido, dobló las rodillas y volvió a enderezarse—. En otros tiempos tuvimos propiedades e influencia en la corte, y no creo que pagáramos impuestos entonces, pero mi tatarabuelo se lo gastó todo en París, y desde entonces hemos sido como los demás y tenemos que trabajar para ganarnos la vida.

—Comprendo —dijo el commissaris, enseñando los dientes en una mueca mecánica—. ¿Un comedero para pájaros, ha dicho?

—Sí. Me gusta hacer cosas, pero esto me exige más trabajo de lo que yo había supuesto. Todavía hay que cubrirlo con una plancha metálica y cristal, pero antes tengo que terminar el interior. Se supone que ha de ser un dispositivo muy ingenioso, ¿comprende? El pájaro ha de situarse sobre esta varilla, y entonces caerá un poco de comida en esta bandeja. Hay una pequeña trampilla aquí, en contacto con la varilla. Sin embargo, no funciona como es debido. No cae suficiente comida en la bandeja, y tampoco quiero estar llenando continuamente el depósito. Este trasto lo colgaré en el

exterior cuando esté terminado, y la única manera de llegar hasta él será a través del tejado; las ventanas de ese lado no se abren.

—Ya veo, ya veo —dijo el commissaris, apartándose del aparato—. Muy ingenioso. ¿Lo ha ideado usted misma?

—Me prestaron una cierta ayuda, pero no mucha. Me gusta inventar. Cuando era una niña, siempre estaba construyendo carros con las cajas de jabón. Uno de ellos obtuvo un premio en la escuela. Gané una carrera sobre él. ¿Quiere verlo?

—Por favor —dijeron a la vez el commissaris y Grijpstra.

La joven lo trajo y se enzarzó en una larga explicación técnica.

—Muy ingenioso —repitió el commissaris.

—¿Qué estudia usted, Tilda? —preguntó Grijpstra.

—Medicina. Estoy en el tercer curso. Quiero ser cirujana.

—Pero si es usted todavía muy joven —dijo Grijpstra con una voz atemorizada.

—Veintiuno.

—Obtendrá su título dentro de cuatro años —estaba murmurando Grijpstra.

Podía imaginarse a la joven como licenciada en medicina. De pronto, se vio a sí mismo atado a una mesa, en una habitación pintada de blanco. La joven se inclinaba sobre él. Blandía un bisturí, y el bisturí había de cortar su piel produciendo una profunda herida. Los dedos de ella estaban tocando músculos, nervios y órganos vitales puestos al descubierto. Un escalofrío erizó los pelos de la nuca de Grijpstra.

—Esto no tiene nada de particular —repuso la muchacha. Había observado la reacción de Grijpstra y sonreía maliciosamente—. Cualquiera que no sea estúpido del todo y que desee trabajar de firme ocho o diez horas al día, puede llegar a ser médico.

—Pero usted quiere ser cirujano —objetó Grijpstra.

—Sí. Tendré que trabajar en algún hospital durante otros siete años, más o menos. Sin embargo, valdrá la pena.

—Sí —admitió el commissaris—. ¿Tiene alguna idea sobre quién pudo matar a su amigo, Tilda?

La sonrisa se heló en la cara de ella. De pronto, pareció como si adquiriera conciencia de sí misma, situada entre sus dos interrogadores.

—No. No, no tengo la menor idea. Era un tipo siempre tan alegre y lleno de vida... Estoy segura de que nadie le odiaba. Esther ha dicho que lo mataron de una manera misteriosa. ¿Es cierto?

—Lo es —contestó el commissaris—. ¿Tiene alguna fotografía de él? Nosotros sólo lo vimos cuando ya estaba muerto.

Los ojos de la joven estaban ahora humedecidos.

—Sí, fotos de vacaciones. Voy a buscarlas.

Examinaron el álbum. Abe Rogge al timón de su embarcación, practicando el surf, apoyado en la barandilla de un ferry, y al volante de un coche antiguo. Louis Zilver aparecía en algunas de las fotografías, y también la propia Tilda, con su aspecto saludable y atractivo.

—Pescando —comentó el commissaris—. ¿Iba a pescar a menudo?

Señaló una fotografía en la que aparecía Abe luchando con una caña de pescar, inclinado hacia atrás y tirando con todas sus fuerzas.

—Esto era en África del Norte —explicó la joven—, el año pasado. Fuimos los dos solos. Enganchó un pez de gran tamaño y necesitó toda la tarde para sacarlo. Era un pez tan magnífico que yo le obligué a arrojarlo de nuevo al agua. Debía de pesar unos cien kilos.

—¿Dónde estuvo usted ayer por la tarde y la última noche? —preguntó Grijpstra.

—Aquí.

—¿Había alguien con usted?

—No, llamaron varias personas a la puerta y sonó el teléfono, pero no contesté. Estoy trabajando en un test. Ahora mismo debería dedicarme a él. No se me concede mucho tiempo, y tiene gran valor para las notas.

—Sí —admitió el commissaris—. En seguida nos vamos.

—Una jovencita dura de pelar —comentó Grijpstra en el coche—. No será fácil arrancarle información. Estuvo a punto de venirse abajo cuando usted le pidió que enseñara las fotografías, pero fue el único momento en que dio muestras de debilidad. Apostaría a que preside alguna organización femenina local, de signo más bien rojo.

—Sí, y al mismo tiempo es toda una *freule* —repuso el commissaris—. Creo que uno de sus antepasados fue un general que combatió contra Napoleón. He olvidado lo que hizo, pero fue algo valiente y original. Será una buena cirujana. Tal vez invente un método para operar las hemorroides sin dolor.

Grijpstra levantó la vista.

—¿Tiene usted hemorroides, señor?

—Ya no las tengo, pero me hicieron daño cuando me las extirparon. ¿Ha visto aquel comedero para los pájaros?

—Sí, señor. Una estructura bien diseñada. ¿Cree que la chica sería capaz de fabricar también un arma mortífera? ¿Algo capaz de arrojar una bola provista de púas?

—Estoy seguro de que puede hacerlo —contestó el commissaris—. Funcionaría con un potente resorte. Conté hasta seis resortes en su comedero para los pájaros.

—Es sólo un pensamiento —dijo Grijpstra—. Cualquiera que fuese su relación con Rogge, parece que funcionaba bien; por consiguiente, ¿por qué buscarse tanto trabajo para matarlo?

—La mentalidad femenina —contestó el commissaris—. Es un gran misterio. Mi esposa armó un jaleo considerable porque no le gustaba el hombre que nos suministraba el petróleo para nuestra calefacción central. Telefoneó a su jefe y dijo que, si no podían enviarle otra persona, cerraría su cuenta con ellos. Nunca pude averiguar qué tenía contra aquel hombre, pues a mí me parecía un individuo simpático, aunque algo estúpido. Sin embargo, ahora compramos el petróleo a otra empresa. Y es muy raro que mi esposa llegue a disgustarse. Esa chica sería capaz de dejarse

arrebatarse por la ira a la menor provocación. Obligó a aquel gigantón a devolver al agua un pez que le había costado horas de lucha. A usted le hizo quitarse los zapatos. Sabe exactamente lo que quiere. Estudia como una loca. Construye aparatos complicados sólo para divertirse. Se ha organizado su vida sexual a su manera.

—Un desagradable manojito de nervios —opinó Grijpstra—. Tal vez debiéramos volver mañana, señor, llevarla al depósito y encararla con el cadáver. Y después interrogarla durante unas cuantas horas. No tiene coartada y fácilmente pudo haber llegado hasta la casa de Rogge. Es una jovencita de aspecto insignificante. La policía antidisturbios la hubiera dejado pasar. Tal vez llevara un paquete con el aparato que disparó la bala. Se encaramó al tejado de aquella vieja embarcación situada frente a la casa, llamó a Abe...

—Podría ser —admitió el commissaris—, pero ahora voy a dejarle a usted en su casa. Mañana ya lo veremos. Tal vez de Gier y Cardozo encuentren una pista en el mercado callejero. Usted y yo nos sentaremos para reflexionar todo el día. O tal vez usted pueda ir también al mercado.

El coche se detuvo ante la casa de Grijpstra. El guardia que lo conducía miró hacia atrás, al alejarse de ella.

—No entra en su casa, señor —dijo el guardia—. Ha titubeado ante la puerta y después se ha alejado.

—¿De veras? —preguntó el commissaris.

—Bueno, creo que el hombre tiene razón —explicó el guardia—. Menuda mujer la del brigada. ¿Vio usted, esta mañana, a aquella mujer que asomó la cabeza por la ventana?

—La vi —contestó el commissaris.

CUANDO DE GIER dio vuelta a la llave pudo oír las uñas de Oliver que arañaban el interior de la puerta. Y también oyó el teléfono.

—Nunca se está quieto —dijo a Esther, apartándose a un lado para que ella pudiera entrar la primera, y agachándose seguidamente. Oliver corrió directamente hacia su mano, pegado al suelo, en un intento de escapar.

—Quieto —le dijo de Gier, cogiéndolo—. No quieras escaparte, que no hay nada ahí afuera. Tan sólo coches que corren en exceso y una calle calurosa. ¡Quieto! Y no me arañes.

El teléfono seguía sonando.

—Sí, sí, sí —rezongó de Gier, y descolgó el auricular.

Esther había levantado el gato y lo estaba acariciando, susurrándole palabras al oído. Oliver cerró los ojos, abandonó toda rigidez y empezó a ronronear. Las uñas se retrajeron y las patas del gato se convirtieron en blandos juguetes de peluche. Levantó una de ellas hasta la nariz de la joven, y la mantuvo allí.

—Muy bonito —comentó de Gier—. Nunca le he visto hacer esto a nadie, excepto a mí. Este gato estúpido te quiere.

—¿Es una estupidez quererme? —preguntó Esther, y, antes de que él tuviera tiempo de pensar una respuesta, añadió—: ¿Quién llamaba? Pareces malhumorado.

—El commissaris.

—Yo creía que era un hombre muy amable.

—Pues no lo es —repuso de Gier—, y no debería telefonearme. Resulta abrumador. Que si tengo programado todo lo de mañana. Que si he hablado al respecto con Cardozo. Que si he hecho esto o lo otro. ¡Claro que lo he hecho todo! Siempre hago todo lo que él me dice. ¿Por qué no le da la lata a Grijpstra? Pero ha tenido a Grijpstra a su lado todo el día, y han cenado juntos, mientras a mí se me enviaba a una misión inútil.

—¿Qué misión?

—Es igual —contestó de Gier—. Quítate la chaqueta y prepararé té. O puedo abrir una lata de sopa de gambas; hace años que la tengo en el refrigerador, esperando una ocasión oportuna. Podemos añadirle unas gotas de Madeira y comerla con unas tostadas calientes y untadas con mantequilla, y una ensalada. Y mientras comemos podremos contemplar los geranios. El del medio se está desarrollando muy bien. Lo he estado alimentando con unas gotas muy caras y la cosa responde. ¿Lo ves?

—¿Te gusta tu balcón, verdad?

—Es mejor que un jardín. No tengo que cansarme con él. Ahora tengo plantadas unas semillas de col en aquel tiesto del rincón. El chico del apartamento de abajo me dio las semillas y, tal como me prometió, han dado brote en pocas semanas. Ahora ya florecen. Estuve estudiando los brotes con una lupa, y casi podía verlos crecer.

—Yo hubiera dicho que te interesaban más las huellas dactilares.

—No —repuso de Gier—. Las huellas dactilares no crecen; se quedan fijas, dejadas por un imbécil al que no le importaba lo que estaba haciendo. Por otra parte, casi nunca encontramos huellas dactilares, y en caso de encontrarlas pertenecen a algún pobre inocente.

Ella había empezado a ayudarle en la cocina y lo despidió apenas supo dónde estaba cada cosa. De Gier se sentó en su cama y siguió hablando con ella a través de la puerta abierta. Esther no necesitó mucho tiempo para servir la cena sobre una mesa abatible, que él separó de la pared y que descendía a un par de palmos de la

superficie de la cama, suspendida por bisagras a un lado y una cadena en el otro.

—Muy ingenioso —aprobó ella—. Este apartamento es muy pequeño, pero da la sensación de ofrecer un buen espacio.

—Porque no tengo mobiliario —contestó él—. Tan sólo la cama y el sillón en la otra habitación. En realidad, no me gusta recibir gente aquí, pues el lugar en seguida queda abarrotado. Grijpstra puede venir, pues él no se mueve. Y tú, desde luego. Es maravilloso tenerte aquí.

Ella se inclinó y le besó en la mejilla. El teléfono volvió a sonar.

—Nunca para —dijo de Gier—. Y con esto me refiero a todo. A todo lo que se mueve, y de lo que yo desearía apartarme. Debería haber una manera de abandonar toda actividad. Romper el teléfono sería un buen comienzo.

—Contesta —recomendó ella— y después vuelve a mi lado. Y a las tostadas, que están todavía calientes.

—¿Cardozo? —preguntó de Gier.

—Sí —dijo Cardozo—, su fiel ayudante se dispone a informar. Voy a empezar a organizar lo del camión y la mercancía, así como el permiso para vender en el mercado callejero y todo lo demás, pero he pensado que sería mejor repasar con usted todos los detalles otra vez, antes de dar comienzo al trabajo.

De Gier suspiró.

—¿Cardozo?

—Sí.

—Cardozo, lo dejo todo en sus manos. Quiero que se demuestre a sí mismo su valía. Póngalo todo en marcha, Cardozo. Haga más de lo que nosotros le hayamos pedido. Averigüe lo que valen las telas. Mañana tendremos que venderlas a su debido precio. Tampoco podemos regalar lo que es propiedad de otros, ¿no cree?

—No —admitió Cardozo.

—Perfectamente. Además, no queremos que los otros buhoneros conciban sospechas. Hemos de amoldarnos a nuestro papel. Pensar en este tipo de negocio. Intentar ser buhoneros y

llegar a serlo. Piense usted en su papel. Métase estas ideas en su subconsciente. Inténtelo y sueñe con esto durante toda la noche.

—¿Y usted qué piensa hacer? —quiso saber Cardozo.

—Yo estaré aquí, en mi apartamento, y pensaré junto con usted. No se sienta solo, pues yo estoy con usted, exactamente detrás de usted, Cardozo. Le sigo paso a paso.

—¿Incluso cuando saque aquellos fardos tan pesados del almacén de la policía?

—Sí.

—¿Y cuando los meta en la furgoneta?

—Sí.

—Siempre es un consuelo.

—Sí. Y si hay algún problema que usted no pueda resolver (no creo que haya ninguno, puesto que es usted competente, está bien entrenado y constituye un orgullo para la fuerza policial), entonces busque el teléfono más próximo y marque mi número. Yo le aconsejaré.

—¿Acerca de cómo transportar aquellos fardos tan pesados a la furgoneta?

—Sí. Antes de levantarlos, aspire profundamente el aire. Después, deje de aspirar mientras mueva los brazos. Haga que contribuyan al esfuerzo los músculos de sus hombros y de su estómago. ¡Upa! Verá cómo la cosa resulta fácil si lo hace todo debidamente.

—Me alegro de que tenga tanta fe en mí —dijo Cardozo—. Tal vez le hable al commissaris sobre esta fe suya en mí, en alguna ocasión en que me encuentre con él y charlemos de unas cosas y otras.

—Oh, no, no lo hará —dijo de Gier—. Yo leí el informe en su expediente. Todo el informe sobre su carácter. Le eligieron para el departamento de homicidios porque tiene usted las debidas cualidades. Iniciativa, por ejemplo. Y una mente inquisitiva y discreta. Y es usted ambicioso. Cabe confiar en que reaccione

debidamente en una situación difícil. Y es usted fiable. ¿Sabía todas estas cosas acerca de su persona?

—No —contestó Cardozo—, y no creo en lo que dice ese informe. Debí de hacerlo el psicólogo que me entrevistó. Un individuo de cara de rata y cabellos largos, hecho todo él un manojo de nervios. Cuando me vi ante él, creí que era un sospechoso y me dediqué a vigilarlo cuidadosamente.

—La psicología es una ciencia nueva, una ciencia de cabellos largos y cara de rata. Todos tienen ese aspecto. Han de tenerlo, pues de lo contrario no sirven. Y, por favor, deje de discutir, Cardozo. ¿No ha aprendido todavía que discutiendo no se consigue nada?

—Sí, mi sargento —respondió Cardozo—. Lo siento, mi sargento. Por unos momentos he bajado la guardia, mi sargento. No volverá a suceder, mi sargento. ¿Desea que le informe cuando lo tenga todo a punto, mi sargento?

—No —contestó de Gier—. No será necesario. Mañana nos encontraremos en el garaje de la policía, a las ocho y media en punto. Buenas noches.

Colgó el teléfono y volvió a la cama.

—Un joven excelente —explicó a Esther—, y además muy listo.

—¿Tú no eres listo?

—No —contestó de Gier.

—¿Eres un buen detective?

—No.

—¿Intentas serlo?

—Sí.

—¿Por qué?

Él se echó a reír, se inclinó y la besó.

—No —insistió ella—. Quiero saberlo. ¿Por qué intentas ser un buen detective?

Él volvió a besarla. Dijo algo acerca de sus cabellos y de lo bien que le sentaba el quimono y de que se alegraba mucho de que ella se hubiera cambiado de ropa mientras él hablaba por teléfono. Y comentó lo muy esbelto que era el cuerpo de ella.

—Sí —admitió ella—. Eres todo un seductor. Sin embargo, ¿por qué pretendes ser un buen detective?

—Para contentar al commissaris —respondió él, tratando de dar a su respuesta el aspecto de una broma.

—Sí —admitió Esther, muy seria—. Hubo un tiempo en que yo quise agradar a un profesor. Me parecía un viejecillo de ideas muy avanzadas, y lo quería porque era muy feo y porque tenía una cabezota grande y calva. Su mente era muy ágil pero también profunda, y yo estaba segura de que él sabía cosas que yo hubiera debido saber también. Era un hombre extrañamente feliz, y, sin embargo, yo sabía que había perdido todo lo que él quería durante la guerra y que vivía solo en una casa antigua, destartalada y muy deprimente. Hice un excelente papel en su clase, aunque su asignatura apenas me interesaba cuando la comencé. Enseñaba francés medieval y sabía infundirle vida de nuevo.

—El crimen me interesa —dijo de Gier—. Me interesaba antes de empezar a trabajar a las órdenes del commissaris.

—¿Por qué? —Él se echó de espaldas, alargando un brazo afectuoso al que ella no opuso resistencia—. ¿Por qué te gusta el crimen?

—No he dicho que me gustara el crimen; he dicho que me interesa. El crimen es a veces un solo error, pero más a menudo una serie de errores. Trato de comprender por qué los criminales cometen errores.

—¿Por qué? ¿Para capturarlos?

—Yo no soy un cazador —repuso de Gier—. Cazo porque forma parte de mi trabajo, pero en realidad no disfruto con ello.

—Por consiguiente, ¿qué eres tú?

De Gier se sentó, buscando su paquete de cigarrillos. Esther se lo ofreció y también su encendedor. Su quimono se abrió y en seguida volvió a ajustarlo.

—¿Forzosamente hemos de hablar? —preguntó de Gier—. Se me ocurren otras cosas mejores que hacer.

Ella se echó a reír.

—Sí. Hablemos un rato y después yo me callaré.

—No sé lo que soy —admitió de Gier—, pero estoy tratando de averiguarlo. También los criminales tratan de averiguar lo que son. Este es un juego que compartimos con ellos.

Había alzado la voz y Oliver se despertó y lanzó un aullido.

—¡ Oliver! —dijo Esther.

El gato volvió la cabeza y la miró. Profirió una serie de sonidos, unos sonidos bajos en el fondo de su garrate, y después se estiró, colocando una pata delantera sobre el muslo de ella.

—Vete a cazar un pájaro —le dijo de Gier, mientras lo levantaba y lo colocaba en el balcón, cerrando la puerta detrás de él.

—No seas celoso —le reprendió Esther.

—Pues lo soy —replicó de Gier.

—¿ No tienes ninguna idea de dónde estás?

—Sí —contestó él, echándose en la cama y atrayendo a la joven hacia sí—, tengo una vaga idea. Más bien es una sensación. Pero forzosamente tendrá que aclararse un poco.

—¿ Y te hiciste policía para conseguirlo?

—No. Me hice policía así por las buenas. Cuando salí de la escuela, no tenía nada planeado. Tengo un tío policía y él mencionó esta posibilidad ante mi padre, y, antes de saber lo que estaba haciendo, yo había firmado un formulario y estaba contestando preguntas y diciéndoles que sí a todos ellos, y de pronto me vi uniformado, con un galón en mi manga, y con ocho horas diarias de clase.

—También mi hermano quería averiguar qué era él —dijo Esther—. Es peligroso ser así. Conseguirás que te maten.

—No creo que me importara mucho —replicó de Gier, tirando del quimono de ella.

Después se quedaron dormidos y de Gier se despertó una hora más tarde, porque Oliver acometía con todo su cuerpo la puerta cristalera del balcón, haciéndola vibrar. Se levantó y dio su cena al gato,

cortando cuidadosamente la carne en finísimas lonjas. Dejó de nuevo el animal en el suelo, sin despertar a Esther, que yacía de costado y respirando suavemente. La respiración de ella volvió a excitarlo. Se volvió hacia el otro lado para contemplar los geranios, y obligó a su mente a concentrarse. Deseaba pensar en la bola con púas, aquella bola que había acabado con la vida del poderoso hermano de Esther. Sabía que este era el mejor momento para pensar, cuando su cuerpo estaba casi todo él dormido, permitiendo que el cerebro funcionara por su propia cuenta. Había llegado a la conclusión, a primera hora de la mañana, de que la bola había estado sujeta a una cuerda, probablemente una cuerda elástica. Había recordado unos niños que jugaban a la pelota en la terraza de un hotel, en Francia. Él les había estado contemplando desde el salón —de ello hacía ya varios años—, durante unas vacaciones compartidas con una secretaria de la policía, que resultó ser una mujer altanera y posesiva y que había convertido el placer que parecía prometer el viaje en una serie de combates y retiradas. Aquel día, él había intentado alejarse de ella y atravesaba precisamente aquel salón cuando vio a los muchachos. Tenían una pelota sujeta a un peso considerable, y la golpeaban con unas palas estrechas. No podía perder la pelota, ya que esta sólo cubría en su trayectoria una cierta distancia. Él no había intentado pensar en el juego de aquellos chicos; sólo se había concentrado en el misterio de la bola con púas y de pronto había aparecido en su mente la imagen de aquellos chiquillos y su juguete.

La bola había sido lanzada o disparada hacia la habitación de Abe, pero no se había quedado en ella. Estaba seguro de que el asesino no había pisado en ningún momento la habitación. Si lo hubiera hecho, se habría producido una pelea. Esther y Louis Zilver se encontraban en casa en aquellos momentos. Hubieran oído la pelea. Se hubieran oído gritos, los muebles hubieran sido desplazados de un lugar a otro, los combatientes hubieran rodado por el suelo. El asesino hubiera tenido que abandonar la casa, después de la muerte de Abe. Hubiera tenido que asumir el riesgo

de que Esther o Louis le vieran. De Gier estaba seguro de que el asesinato había sido planeado. Planeado con una máquina infernal. Habían visto una exposición de máquinas infernales en el museo de la policía. Plumas estilográficas que contenían veneno, anillos con pinchos de acero ocultos y accionados por un resorte, máquinas muy complicadas para desencadenar una explosión, trampas para el suelo, pesos enormes preparados para caer en el momento oportuno. Pero no había visto una bola con púas capaz de desaparecer después de haber realizado su trabajo. Y sin embargo, él sabía que conocía la respuesta. En cierta ocasión había visto algo que era capaz de accionar una bola con púas. ¿Dónde lo había visto?

Debía de tratarse de algo ordinario, inofensivo. Algo que la policía antidisturbios pudiera ver sin concebir sospechas. Y había de ser algo silencioso. Un estrépito hubiera alarmado a los policías, que aquel día estaban ya especialmente alerta. Algo que el asesino pudiera llevar a lo largo del Canal de la Arboleda, y saludar sonriente a los guardias mientras lo llevaba.

Se le estaban cerrando los ojos. Hizo un esfuerzo. La solución estaba cerca de él; lo único que tenía que hacer era captarla.

Se quedó dormido y despertó dos horas más tarde. Esther no estaba en la cama. La oyó en la cocina. Estaba removiendo algo en una cacerola. El olor llegó hasta él, un olor apetitoso que acarició su estómago. Un estofado. Debía de haber encontrado la carne picada y las verduras frescas. Se levantó y asomó la cabeza a la pequeña cocina. La joven también había puesto arroz a hervir.

Comieron y escucharon discos. De Gier se sentía feliz, increíble y completamente feliz. También se sentía culpable, y por ello abrió una lata de sardinas para Oliver.

LA CALLE ALBERT CUYP es larga y estrecha, y atraviesa una de las zonas más feas de Amsterdam, donde las casas son altas y delgadas losas de ladrillos colocadas en hileras interminables, donde no crecen árboles y donde el tráfico sufre una congestión continua. La calle del mercado es el corazón de una zona consistente en piedra y alquitrán, y su prodigalidad en color y ruidos inyecta una cierta vida en lo que, sin ella, no sería más que un foco infernal de aburrimiento, en el que la hormiga humana vive sus sesenta o setenta años a base de levantarse y acostarse, empleando el intervalo entre ambas cosas para trabajar en la fábrica o en la oficina, ver programas de la televisión y tomar alguna que otra copa en el bar de la esquina. Era un sector que tanto de Gier como Cardozo conocían bien, ya que nutre el delito, en su mayor parte delitos penosos y siempre poco espectaculares. El barrio es conocido por sus reyertas familiares, por un tráfico de drogas de vía estrecha, por sus raterías y algún robo más importante, cometidos por pandillas juveniles que van de un lado a otro, acorralando en las aceras a los peatones de cierta edad, robando coches y motocicletas, y molestando a los homosexuales solitarios. Es una zona ya sentenciada, puesto que la planificación urbana acabará con ella, lo volará todo con dinamita para abrir espacio destinado a bloques de apartamentos enclavados en parques, pero la ciudad trabaja poco a poco y el mercado callejero todavía se mantendrá durante largos años, funcionando como unos gigantes

almacenes de venta al por mayor, ofreciendo alimentos y enseres domésticos a precios baratos, facilitando un canal de salida para los artículos invendibles de la industria nacional y para los comerciantes aventureros que importan por su cuenta, entran de contrabando o, más raramente, adquieren géneros robados.

Cardozo había conseguido aparcar la furgoneta gris junto a la acera y estaba descargando fardo tras fardo de telas con alegres motivos estampados, que de Gier apilaba sobre las tablas desgastadas de un puesto en la esquina que les había asignado para todo el día el encargado del mercado, después de dirigirles un guiño de complicidad cuando de Gier, mostrándole su licencia, le explicó el asunto en su pequeña oficina.

—Buena suerte —dijo el encargado—. Supongo que andan detrás del asesino de Rogge. Ojalá puedan cazarlo. Abe Rogge era un hombre muy popular y se le echará de menos.

—No se lo cuente a nadie —pidió de Gier.

El encargado del mercado meneó enérgicamente la cabeza.

—Yo no obstaculizo a la policía. Necesito a la policía aquí. Ojalá patrullaran ustedes el mercado con más regularidad. Dos guardias de uniforme no pueden cubrir más de un kilómetro de mercado.

—También hay policías de paisano.

—Sí —admitió el encargado—, pero no los suficientes. Aquí siempre hay algo de jaleo, especialmente en días calurosos como hoy. Necesitamos más uniformes. Si ven una gorra con visera y unos cuantos botones bien brillantados, se tranquilizan en seguida. He escrito varias veces a la oficina del jefe de policía. Siempre me han contestado, pero siempre es la misma respuesta. Escasez de efectivos.

—¡Quéjese, quéjese, quéjese! —exclamó de Gier.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que oye. Siga quejándose. Algo se consigue. Logrará que le envíen más guardias.

—Pero vendrán desde otro lugar de la ciudad, y entonces se armará jaleo allí.

—Por consiguiente, otras personas empezarán a quejarse a su vez.

—Sí —asintió el encargado del mercado, y se echó a reír—. A mí sólo me preocupan mis propios problemas. ¿Y a usted? ¿Capturarán al hombre que andan buscando?

—Claro —contestó de Gier, y se retiró.

No obstante, no se sentía tan seguro cuando regresó al puesto. También Cardozo se estaba quejando. Los fardos eran demasiado pesados.

—Le traeré un poco de café —dijo de Gier.

—Yo mismo me procuraré mi café. Lo que deseo es que me ayude a descargar esos fardos.

—¿Azúcar y leche?

—Sí, pero primero ayúdeme.

—No —replicó de Gier, alejándose del puesto.

Encontró una muchacha que llevaba una bandeja con vasos vacíos y que aceptó su encargo. De Gier pidió también bocadillos de carne y unas salchichas.

—¿Eres nuevo aquí, verdad?

La muchacha era hermosa y de Gier le sonrió.

—Sí. Es mi primer día aquí. Hemos estado en otros mercados, pero nunca en este.

—Es el mejor mercado del país. ¿Qué vendéis?

—Unas telas muy bonitas para vestidos y cortinas.

—¿Me harás un precio especial?

La muchacha levantó su mano libre y le dio unos golpecitos en la mejilla.

—No faltaría más.

Sonrió de nuevo y, como respuesta, ella le rozó con su cadera. No sentía de Gier ninguna urgencia para regresar al puesto, pero Cardozo le vio y, gritando, dio saltos y movió los dos brazos.

Entre los dos acabaron de montar el tenderete, colocando algunas de las piezas de tela en lo que juzgaron como una exhibición atractiva.

—Esto no funciona —murmuró Cardozo mientras trabajaban—. Ese tipo del otro lado de la calle sabe quiénes somos. No deja de mirarnos ni por un momento. ¿Quién puede ser?

De Gier miró y saludó con la mano.

—Louis Zilver. Pedí al encargado del mercado que nos diera un lugar cerca de él. Era el socio de Abe Rogge. Vende cuentas de collar, lanas y seda para bordados, y otras cosas por el estilo.

—Pero si nos conoce, no tardará en hacer correr la voz, ¿no cree?

—No, no lo hará. ¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Y por qué no?

—Porque es el amigo del difunto.

—También puede ser el asesino del difunto.

De Gier tomó un sorbo de su café y miró a Cardozo, que también le miraba fijamente desde dos pilas de piezas de tejido.

—¿Qué es lo que le excita tanto? Si él es el asesino, nosotros perdemos el tiempo aquí, pues tendremos que echarle el guante de alguna otra manera. Pero si no lo es, él nos protegerá. Sabe que es un sospechoso y que, si encontramos al asesino, él quedará fuera de toda sospecha; además, bien puede ser que desee de veras que capturemos al asesino. Al fin y al cabo, se supone que era amigo de Rogge, y existe una cosa llamada amistad.

Cardozo lanzó un gruñido.

—¿No cree en la amistad? —inquirió de Gier.

Cardozo no contestó.

—¿No cree en ella?

—Yo soy judío —contestó Cardozo—, y los judíos creen en la amistad porque no hubieran sobrevivido sin ella.

—Yo no me refiero a eso.

—¿A qué se refiere, pues?

—A la amistad —dijo de Gier—. En el sentido de afecto, de amor. Un hombre quiere a otro. Se alegra cuando el otro está contento y se entristece cuando el otro está triste. Se identifica con

el otro hombre. Están los dos juntos, y juntos representan más que la simple suma de dos individuos.

—No es necesario que me lo explique con tanto detalle —replicó Cardozo—. Por otra parte, yo no le creo. Hay una cosa que es el interés compartido y la idea de que dos hombres pueden hacer más que uno. Eso puedo comprenderlo, pero lo del amor no me lo trago. Llevo ya algún tiempo en la policía. Los amigos a los que nosotros detenemos siempre se delatan unos a otros al cabo de poco tiempo.

—Amarás a tu prójimo —dijo de Gier.

—¿Es usted religioso?

—No.

—Entonces, ¿por qué me dirige sermones?

De Gier dio una palmada en el hombro de Cardozo.

—Yo no le dirijo sermones. Ama a tu prójimo es algo que tiene su sentido, ¿no es así? Aunque resulte ser una consigna religiosa.

—Pero nosotros no amamos a nuestro prójimo —dijo Cardozo, levantando enérgicamente un fardo de tela blanca que se había caído—. Envidiamos al prójimo, tratamos de arrebatarle sus cosas, lo enfurecemos. Y nos burlamos de él si podemos hacerlo impunemente, y lo matamos también si no quiere amoldarse a nuestras exigencias. No es posible desmentir a la historia. Yo era demasiado joven para tomar parte en la última guerra, pero he visto los documentales y he oído muchas historias, y he visto los números tatuados en los brazos de la gente. Tenemos un ejército para garantizar que nuestros vecinos al otro lado de la frontera se comporten debidamente, y tenemos una policía para estar seguros de que también nosotros nos comportaremos como es debido dentro de nuestras fronteras. ¿Tiene idea de lo que sería este lugar, si la policía no lo patrullase?

—Deje de pegar puntapiés a ese fardo —rogó de Gier—. Está estropeando la mercancía.

—Sin la policía, la sociedad sería una casa de locos, sargento, una lucha libre en la que todos tomaríamos parte. Estoy seguro de que a ese Zilver no le importa un pepino que capturemos o no al

asesino, y si le importa es porque tiene interés personal en el asunto.

—La venganza, por ejemplo —apuntó de Gier.

—También la venganza es egoísta —replicó Cardozo—, pero yo estaba pensando en el dinero. Deseará que hagamos la detención si con ella puede obtener algún provecho.

—Ha estado usted tomando copas con Grijpstra —dijo de Gier, mientras ayudaba a levantar el fardo.

—No. Pero usted sí. La noche pasada.

De Gier se mostró dolido.

—La noche pasada, mi querido amigo, yo estaba en casa. Sólo pasé unos minutos con Grijpstra en el bar de Nellie, y la mitad de ese tiempo se consumió en una llamada telefónica. A él no le agradaba que yo estuviera allí y por tanto me marché. Tampoco Nellie deseaba mi presencia.

—¿Nellie? —preguntó Cardozo.

De Gier le dio explicaciones.

—¡Coño! —exclamó Cardozo—. ¿Tan grandes? ¡Coño!

—Tan grandes —dijo de Gier—, y Grijpstra lo quería todo para él. Por eso me marché. Interrogué a dos prostitutas, a las que se suponía habían de procurar una coartada a Bezuur, y después me fui a casa.

—¿Bezuur? —preguntó Cardozo—. ¿Quién es? Dicen que yo he de ayudarle a usted y al brigada, pero nadie me explica nada. ¿Quién es Bezuur?

—Un amigo de Abe Rogge.

Cardozo hizo más preguntas y de Gier le dio nuevas explicaciones.

—Comprendo —dijo Cardozo—. ¿Y qué dijeron las chicas? ¿Habían pasado con él toda la noche?

—Eso dijeron.

—¿Y usted las creyó?

—Según Grijpstra, había seis botellas de champaña vacías en el bungalow de Bezuur, así como quemaduras de cigarrillos en los

muebles y manchas en las paredes. Una orgía. ¿Quién puede recordar lo que ocurre durante una orgía? Es posible que estuvieran en el suelo, fuera de combate, la mitad de la noche.

—¿Daban la impresión de haberlo estado?

—Daban la impresión de estar muy bien —replicó de Gier—. Una de ellas incluso era francamente atractiva. Pero habían tenido tiempo para gozar de un sueño reparador y sabían que yo iba a visitarlas. Yo no sabía la dirección y, por tanto, no me fue posible llegar de repente.

—¿Y no hubiese sido mejor obtener las señas a través de la compañía telefónica?

—Hubiera podido hacerlo, pero habría sido difícil. Era domingo, ¿recuerda? Y tal vez una cierta pereza me impidiera también tratar de efectuar esta incursión por sorpresa.

—¿Y qué hizo después?

—Volví a casa y me acosté. Y además regué los tiestos de mi balcón. Y, a última hora, cené con mi gato.

Cardozo sonrió.

—Es usted un hombre afortunado, mi sargento.

—No me llame sargento. ¿Por qué soy afortunado?

Cardozo se encogió de hombros.

—No lo sé. Es usted mayor que yo, pero a veces es como un chiquillo. Usted se divierte, ¿no es verdad? Usted y ese gato estúpido.

—No es un gato estúpido. Y me quiere mucho.

—Ya volvemos a empezar —rezongó Cardozo mientras arrastraba otra pieza de tejido—. El amor. La semana pasada vi un cartel en una librería. Era un cartel dedicado al amor. Chicas medio desnudas y con los cabellos rizados, sentadas bajo un árbol hermoso y cantando, mientras los pájaros revoloteaban y los ángeles las contemplaban desde la altura. Es una locura. Cuando todavía llevaba uniforme, había uno de esos nidos de amor a una manzana de la comisaría. Cada noche recibíamos quejas. A las chicas les robaban los bolsos y a los chicos les desaparecían las

carteras, y compraban chocolate que después resultaba ser pastillas de mierda, y les amenazaban con navajas, y pillaban purgaciones, ladillas y otras especialidades. Algunos se daban cuenta y se largaban, pero siempre había otros que todavía no habían aprendido la lección y que suplicaban poder entrar.

—Mal lugar —comentó de Gier—. También los burdeles son malos lugares. Y también el bar de Nellie, a no ser que uno se llame Grijpstra y que le caiga bien a Nellie. Pero el amor existe.

Buscó en sus bolsillos.

—¿Un cigarrillo? —preguntó Cardozo, y le ofreció su bolsa de tabaco y un librito de papel de fumar.

—Gracias —dijo de Gier—. Por ejemplo, usted está dándome algo que yo no he pedido. Por lo tanto, se preocupa por mi bienestar.

—Por lo tanto, esto significa que le quiero —dijo Cardozo.

De Gier adoptó una expresión de embarazo y Cardozo sonrió.

—Sólo le he ofrecido un cigarrillo porque sé que en otros momentos yo no tendré ninguno y desearé que me lo ofrezca usted. Esto es una inversión de cara al futuro.

—¿Y si yo me estuviera muriendo? —preguntó de Gier—. Vamos a suponer que dentro de cinco minutos me peguen un tiro y yo le pida un cigarrillo. ¿Me daría uno? En este caso, yo no estaría en condiciones de devolverle este obsequio.

Cardozo reflexionó.

—¿Y bien?

—Sí, le daría un cigarrillo, pero estoy seguro de que tendría alguna razón egoísta, aunque ahora esta razón no se me ocurre.

—¿Qué precio tiene? —preguntó una voz.

Una mujer de avanzada edad se había detenido ante la tienda y estaba manoseando una de las piezas de tejido.

—Doce florines el metro, cariño —contestó Cardozo—, y un diez por ciento de descuento si compra cinco metros. Es una tela preciosa para cortinas. Alegrará su habitación y garantizamos que no perderá el color.

—Es cara —repuso la anciana.

—¿Qué quiere decir, cariño? Tiene dos metros de ancho. En cualquier tienda le cobrarían tres veces más, y no tendría la calidad de esta. Esto procede de Suecia y los diseñadores suecos son los mejores del mundo. Fíjese en esas flores. Fucsias. Estará usted sentada en su cuarto, correrá las cortinas y la luz se filtrará a través de ellas, y podrá admirar esas preciosas flores rojas. ¿No son preciosas? Fíjese, cada pétalo se distingue de los demás.

—Sí —admitió la anciana con una expresión soñadora.

—Llévese cinco metros, guapa, a diez florines el metro.

—Es que no llevo encima cincuenta florines.

—¿Cuánto lleva?

—Treinta, y sólo necesitaba tres metros.

—Por usted haría yo cualquier cosa, cariño. Dame las tijeras, colega.

Sin embargo, no empezó a cortar hasta que la buena mujer hubo contado ante él sus treinta florines.

—¿No habías dicho que esa tela teníamos que cobrarla a ocho florines? —preguntó de Gier.

—Es mejor comenzar con un precio alto; después, siempre se puede rebajar. Y de todos modos, la mujer ha comprado una ganga.

—Yo no pondría esa tela en mi piso, aunque me la regalaran.

—No empecemos a discutir —protestó Cardozo—. Al fin y al cabo ella misma la ha elegido, ¿no es verdad? Y es una tela de primera clase, confiscada a un contrabandista de primera clase que trató de entrarla sin pagar aduanas ni impuestos como vendedor.

Llegaron otras compradoras. Cardozo pregonaba a gritos la mercancía, y de Gier manejaba las tijeras. Al cabo de algún tiempo, también de Gier empezó a vender, bromeando y prodigando piropos a todo un surtido de hembras.

—Tal vez debiéramos hacer esto para ganarnos la vida —observó durante una breve pausa.

Un malabarista instalado sobre unas cajas de embalaje estaba atrayendo la atención de todos, y ello les concedió unos momentos

de respiro.

—Hemos ganado más dinero de lo que conseguiríamos normalmente en una semana trabajando en la policía —admitió Cardozo—, pero tenemos la mercancía apropiada. Conseguirla exige tiempo y dinero.

—Estoy seguro de que podríamos hacerlo.

—Sí, encontraremos la mercancía adecuada y nos haremos ricos. Muchos de esos buhoneros son ricos. Abe Rogge era rico, al menos eso me has asegurado tú. ¿Quieres enriquecerte, de Gier?

—Tal vez.

—Tendrías que abandonar la policía.

—No me importaría.

—De acuerdo —dijo Cardozo, tratando de alisar una pieza de encaje fabricado a máquina—. Me asociaré contigo si decides dedicarte al comercio, pero no creo que lo hagas nunca. Creo que naciste para ser policía, como yo. Tal vez se trate de una vocación.

El malabarista pasó ante ellos, gorra en mano. Había atraído a un público numeroso a su esquina del mercado, y Cardozo le dio unas monedas.

—Gracias —le dijo de Gier.

El malabarista, un hombre de edad provecta y con una calva tostada por el sol, sonrió, exhibiendo un atroz conjunto de dientes rotos y ennegrecidos.

—De nada, compañero —contestó—. Ahora actuaré a cien metros de aquí, y volveré a quitaros el público, pero tal vez les ponga de buen humor y después se sientan pródigos con su dinero. De todos modos, será mejor que os deis prisa; dentro de poco lloverá y el público se disolverá como las putas cuando ven el coche patrulla.

—¿Has oído esto? —preguntó de Gier—. Ha mencionado a la policía. ¿Crees que sabe quiénes somos?

—Quizás.

—Y quizás no —repuso de Gier, y contempló el cielo.

Hacía mucho calor y, bajo su camisa, el sudor empezaba a hormiguear. Las nubes estaban bajas y tenían un color plomizo. Los vendedores callejeros retiraban parte de sus géneros y colocaban hojas de plástico transparente sobre sus puestos.

Las nubes reventaron de pronto y una lluvia fría y espesa cubrió el mercado, sorprendiendo a mujeres y críos en plena calle y obligándolos a correr en busca de refugio. La visión del sargento de Gier quedó bloqueada por una cortina de agua, que se extendió sobre todo el pavimento, así como sobre sus pies y las perneras de sus pantalones, chorreando desde el tejadillo de lona y bañándole la nuca. Cardozo gritaba algo mientras señalaba hacia el tenderete contiguo al suyo, pero de Gier no pudo entender sus palabras. Vio vagamente a un viejo buhonero y su esposa tratando de retirarse, pero no pudo comprender lo que se esperaba de él hasta que Cardozo se acercó y le entregó una caja de verduras, mientras señalaba hacia un minibús VW aparcado junto a la acera. Entre los dos llenaron el vehículo con la mercancía de su vecino, que el anciano tenía apilada bajo su puesto y que ahora corría el peligro de ser arrastrada por el torrente a lo largo de la calle. De Gier estaba empapado y lanzaba juramentos, pero no parecía tener final toda aquella provisión de patatas, pepinos, calabacines, plátanos y coles.

—Gracias, colega —repetían una y otra vez el anciano y su esposa.

De Gier logró murmurar unas palabras como respuesta, mientras Cardozo sonreía enseñando los dientes como un mono.

—¡Es estupendo verte trabajar por una vez! —gritó Cardozo junto a la oreja de su compañero, la cual necesitó ser frotada para volver a funcionar de nuevo.

—¡No grites! —chilló a su vez, y Cardozo sonrió de nuevo, iluminado su rostro enjuto por una alegría diabólica.

La lluvia cesó cuando hubieron llenado el minibús y el sol brilló de nuevo repentinamente, iluminando una penosa escena de cajas y envases flotantes, y de mercaderes calados hasta los huesos y chapoteando alrededor de sus tenderetes, refunfuñando y lanzando

juramentos, mientras se sacudían como perros acabados de salir de las aguas de un canal.

—Joder —dijo de Gier, tratando de secarse los cabellos y la cara con un arrugado pañuelo—. ¿Por qué hemos tenido que ayudar a ese par de tontos? Al fin y al cabo, podían ver que se acercaba una tormenta, ¿no crees?

—Amistad —contestó Cardozo, frotándose las manos y haciendo una seña a la chica del café, que se acercó con su bandeja llena de vasos de café caliente y un plato de bocadillos de carne y salchichas untadas con mostaza—. He recordado aquello de amarás a tu prójimo. No creo que ese par de ancianos puedan hacer nada para compensarnos algún día nuestro favor, ¿no es así?

De Gier sonrió a pesar de su incomodidad. Gotas de agua fría se deslizaban a lo largo de su espalda hasta entrar en contacto con las nalgas, la única zona seca de su cuerpo.

—Sí —admitió, y asintió con la cabeza—. Gracias.

—¿Por qué me das las gracias? —inquirió Cardozo, súbitamente lleno de cautela.

—Por la lección. Me gusta aprender.

Cardozo estudió la cara de su interlocutor. La sonrisa del sargento parecía genuina. Cardozo sorbió su café, ofreciendo su tabaco y el papel a de Gier, que inmediatamente lio dos cigarrillos y colocó uno de ellos entre los dientes de Cardozo. Después encendió una cerilla.

—No —dijo Cardozo—. No confío en ti, sargento.

—¿De qué estás hablando ahora? —preguntó de Gier afectuosamente.

—Ah, ahí están los dos —dijo Grijpstra—. Poniéndose las botas, como ya esperaba. Yo creía que habían de trabajar como vendedores callejeros. ¿No deberían estar tratando de vender algo? Si se quedan en la trastienda, tomando café y comentando las noticias del día, nunca llegarán a ninguna parte.

—Cardozo —dijo de Gier—. Ve a buscar una buena taza de café y un par de salchichas para el brigada.

—No me llames brigada aquí, de Gier, y por otra parte necesitaré tres salchichas, Cardozo.

—Eso costará cinco florines —replicó Cardozo.

—Eso no costará nada; sáquelo de la caja de su tienda. Bien deben de haber ganado algún dinero esta mañana, mientras nosotros corríamos por ahí cazando turcos.

—¿Turcos? —preguntaron al unísono de Gier y Cardozo.

—Turcos, dos de ellos; los tumbamos a tiros a los dos y los llevamos al hospital. Espero que uno de ellos no muera. Una bala le atravesó el pulmón izquierdo.

—Ve a buscar el café, Cardozo —dijo de Gier—. ¿Qué ha pasado con esos turcos, Grijpstra?

Grijpstra se sentó en un fardo de telas y encendió un pequeño cigarro.

—Sí. Turcos. Los muy estúpidos asaltaron un banco utilizando pistolas de juguete, unos juguetes preciosos que nadie podía distinguir de las armas reales. Uno de ellos llevaba una Luger y el otro una Browning de gran calibre, del modelo del ejército, ambas de plástico. El banco tiene un sistema de alarma y consiguieron pulsar el botón. Una chica de dieciséis años lo hizo mientras sonreía a los atracadores. En cuanto al director, estaba demasiado ocupado meándose en los pantalones. Casualmente, yo me encontraba en una comisaría cercana y me dirigí allí a pie, al tiempo que llegaban los coches patrulla. Aquel par de estúpidos nos amenazaron con sus juguetes y recibieron balas de veras, uno de ellos en la pierna y el otro en el pecho. Todo terminó en un par de minutos.

—¿Tú también disparaste? —preguntó de Gier.

—No. Había sacado mi pistola, pero ni siquiera tuve tiempo de meter la bala en la recámara. Los agentes dispararon apenas llegaron.

—No debieron haberlo hecho.

—No, pero, como recordarás, hace unos meses perdieron a uno de sus hombres. Detuvo un coche robado y lo mataron de un tiro antes de que pudiera abrir la boca. Los de hoy eran compañeros del

muerto. Han recordado lo que le sucedió a este. Y por otra parte, los juguetes tenían un aspecto más que real.

—Yo creía que estos juguetes ya no se vendían en las tiendas.

—Los turcos los compraron en Inglaterra —explicó Grijpstra, encogiéndose de hombros—. Un tendero emprendedor ganó unos cuantos chelines en Londres y ahora tenemos dos turcos ensangrentados en Amsterdam.

Cardozo regresó y ofreció un plato de salchichas. La mano de Grijpstra salió disparada y se apoderó de la más gorda, metiéndosela en la boca en un solo movimiento.

—Grmpf —hizo Grijpstra.

—Está muy caliente —avisó Cardozo—. Se lo habría dicho, si hubiera esperado un segundo.

—Rashf —dijo Grijpstra.

—¿Ha venido a ayudarnos, de Gier?

—Pregúntaselo a él cuando haya terminado de abrasarse la boca.

Grijpstra estaba asintiendo con la cabeza.

—Sí, ha venido a ayudarnos, Cardozo.

—¿Venden esas telas o sólo las están enseñando? —preguntaba en aquel momento una anciana con una cara que parecía el filo de un hacha.

—Las vendemos, querida —contestó de Gier, adelantándose.

—Yo no soy su querida, y esos encajes no me gustan mucho. ¿No tiene nada mejor?

—Son encajes hechos a mano en Bélgica, hechos a mano por mujeres del campo que sólo se han dedicado a confeccionar encajes desde que tenían cuatro años. Fíjese en el detalle, fíjese bien...

De Gier desenrolló la pieza para mostrar el género.

—No me venga con cuentos —dijo la anciana—. Eso no vale nada, está hecho a máquina. ¿Cuánto vale, de todos modos?

De Gier se disponía a decirle el precio cuando el viento arremetió contra la parte inferior de su cubierta de lona y la sacudió

violentamente. Varios cubos de agua fría como el hielo descendieron de la parte superior, y toda ella hizo impacto en la anciana, empapándola, desde su sombrero verde lechuga en primer lugar, hasta sus negros zapatos de suela plana en último lugar.

Grijpstra, de Gier y Cardozo se inmovilizaron. No podían dar crédito a sus ojos. Lo que había sido un ser humano agresivo y dotado de una lengua mordaz se había convertido en un blando montón de carne mojada, y el montón les miraba fijamente. La anciana había salido de su casa con un copioso maquillaje y ahora la máscara se estaba escurriendo a lo largo de cada mejilla, mezclándose con los polvos y formando unos churretes de color rojizo y bordes negruzcos, que se acercaban cada vez más a sus labios delgados y petrificados.

El silencio resultaba sobrecogedor.

Su vecino, el hombre de las hortalizas, también contemplaba a la mujer.

—Ríase, señora —suplicó el hombre de las hortalizas—. Por el amor de Dios, ríase o nos echaremos todos a llorar.

La anciana alzó la vista y la clavó en el verdulero.

—Es usted...

—¡No lo diga, señora! —exclamó Grijpstra y de un salto se acercó a ella, cogiéndola por los hombros y llevándosela de allí—. Vaya a su casa y cámbiese. Sentimos lo del agua, pero ha sido el viento. No podemos echarle la culpa al viento. Váyase, señora, váyase a su casa.

La anciana deseaba librarse de él y detenerse, pero Grijpstra seguía empujándola, dándole palmadas en el hombro y continuando su monólogo.

—Vamos, señora, váyase a su casa y tome un buen baño. Después se encontrará perfectamente. Tome una buena taza de té caliente y una galleta. Le sentará bien. ¿Dónde vive usted, mi querida señora?

La anciana señalaba hacia una calle lateral.

—Yo la acompañaré.

La mujer sonrió. Grijpstra se mostraba muy preocupado. Ella se apoyó en aquel hombre corpulento y sólido, que tanto interés demostraba por su persona. El primer hombre que había tenido cerca en muchos años, desde que su hijo había muerto y ella se había quedado sola en una ciudad en la que nadie recordaba su nombre de soltera, viviendo de su pensión de vejez y sus ahorros, y preguntándose cuándo los asistentes sociales decidirían ingresarla en una residencia.

—Ya hemos llegado —dijo Grijpstra ante la puerta—. No deje de tomar su baño caliente, apreciada señora.

—Muchas gracias —dijo la anciana—. ¿No quiere subir? Tengo un té de muy buena clase, en una lata cerrada herméticamente. Llevo años guardándolo, pero no puede haber perdido su aroma.

—Otro día tal vez, señora —dijo Grijpstra—. Ahora tengo que ayudar a mis compañeros. Vuelve a lucir el sol y esta tarde tendremos trabajo. De todos modos, le quedo muy agradecido.

—Nos has salvado a todos —dijo de Gier cuando Grijpstra regresó—. La vieja vaca nos habría asesinado. Llevaba un paraguas de aspecto siniestro.

—Y no ha comprado el encaje —se lamentó Cardozo.

Estuvieron muy atareados toda la tarde y vendieron la mayor parte de los géneros que habían expuesto. Grijpstra y de Gier salieron a dar una vuelta, dejando a Cardozo al frente del puesto, y no regresaron a él hasta que los gritos del joven detective, pidiendo ayuda, adquirieron un tono alarmante. Grijpstra habló con Louis Zilver y de Gier prosiguió sus contactos con el hombre de las hortalizas. Los buhoneros hablaban de la muerte de Abe Rogge y los detectives escuchaban, pero no captaron ninguna nueva sugerencia. Parecía como si el sentimiento general fuese de sorpresa. Todos aquellos vendedores apreciaban a Rogge y contaban acerca de él historias que demostraban la admiración que les había inspirado. Los detectives trataron de encontrar trazas de envidia en las conversaciones, pero al parecer no las había. Los demás buhoneros habían celebrado los éxitos de Rogge, tanto los

éxitos como comerciante, como sus éxitos con las mujeres. Hablaban de su buena crianza y de sus conocimientos generales. Comentaban las fiestas que había ofrecido en los bares y en su casa. Habían perdido un amigo, un amigo que les había prestado dinero en momentos difíciles, que había atraído clientes a sus esquinas del mercado, que había escuchado sus problemas y que les había animado a todos con sus historias divertidas y su conducta extravagante.

—Esta noche deberíamos hacer algo —sugirió el vendedor de hortalizas—. Tomar todos unas copas en su honor. Es lo mínimo que podemos hacer.

—¿No deberíamos esperar el funeral? —preguntó la mujer del verdulero.

—La policía sigue reteniendo el cadáver —dijo Louis Zilver—. Esta mañana les he telefoneado. No lo devolverán hasta pasados unos días.

—Celebremos la fiesta esta noche —insistió el hombre de las hortalizas—. Yo vivo aquí cerca. Pueden venir todos alrededor de las nueve, si mi esposa lo permite. ¿Estás de acuerdo, parienta?

La mujer, que era pequeña y obesa, se mostró de acuerdo.

—Traeremos una botella —dijo Grijpstra.

—Sí. En este caso, la fiesta será también en su honor —dijo, el verdulero—. Ustedes me han ayudado hoy y espero seguir viéndolos por aquí. Invitaré a todos los demás de este sector. Será una buena fiesta, con cuarenta o cincuenta personas tal vez.

Su esposa suspiró, pero él se inclinó y la besó en la mejilla.

—Yo te ayudaré a limpiarlo todo, querida, y mañana no trabajaremos. Hemos terminado las existencias y tampoco es cosa de trabajar día tras día.

—Está bien —contestó la esposa del verdulero, dándole un codazo afectuoso en las costillas.

ALREDEDOR DE LAS CUATRO de aquella tarde no quedaban ya muchos compradores y los vendedores de la calle empezaban a desmontar sus tenderetes, complacidos con los resultados de la jornada. La lluvia no había durado lo suficiente como para estropearles la venta, los charcos de agua se habían escurrido y los estaba acabando de secar un sol esplendoroso; verduras y flores habían tenido una excelente demanda y la fecha del mes se acercaba lo suficiente al día de paga para crear una demanda de artículos duraderos. Incluso las antigüedades y los aparatos eléctricos de alto precio habían conseguido cifras de reventa respetables. Los buhoneros sonreían mientras cargaban sus minibuses, furgonetas y remolques, y palpaban con satisfacción el peso de sus carteras, portamonedas y bolsas de tela.

—Perfectamente —dijo Cardozo, y levantó lo que quedaba de un fardo de tejidos con un gesto grandilocuente, pero exageró la nota y un extremo del fardo derribó un vaso de café, cuyo espumoso contenido se vertió en la caja metálica que de Gier se disponía a cerrar, tras haber contado lo que contenía.

—No —gimió de Gier.

—Torpe —dijo Grijpstra, inclinándose para contemplar los daños—. Hay cerca de dos mil florines, en billetes pequeños, en esa caja. Yo también los he contado. Es dinero de la policía.

—No —repitió de Gier—. Nunca conseguiremos secarlos y, si se pegan demasiado entre ellos, el banco no los aceptará. Eres un

manazas, Cardozo.

—Sí —admitió Cardozo—. Tienes razón. Tú siempre tienes razón. Has de saber, sin embargo, que esto resulta muy molesto para los demás. Deberías aprender a equivocarte también algunas veces.

—Usted lo ha hecho y usted debe arreglarlo —dijo Grijpstra—. Llévese el dinero a su casa y séquelo como sea. ¿Sigue viviendo con sus padres, verdad?

—¿Y eso qué tiene que ver, brigada?

—Es posible que su madre sepa cómo secarlo. Tal vez cuelgue los billetes de una cuerda, en la cocina, con pinzas de tender la ropa. O tal vez los meta en el secador. ¿Tienen secador en su casa?

—El secador puede hacerlos trizas —replicó Cardozo, manoseando aquella masa de papel mojado—. Está todo empapado; al fin y al cabo, sólo es papel.

—Es su problema —le recordó de Gier jovialmente—. Ocúpese de él, agente. Puede irse a su casa, y llévese la caja. Nosotros nos ocuparemos de la furgoneta. Esta noche nos veremos en la fiesta. En marcha.

—Pero... —dijo Cardozo, utilizando la voz plañidera que reservaba para las ocasiones desesperadas.

—En marcha —dijo Grijpstra—. ¡Largo! Ya ha oído lo que ha dicho el sargento.

—Sólo me lleva un grado de diferencia. Yo soy agente de primera clase.

—También se lo está diciendo un brigada —remachó de Gier—, y un brigada ya son dos grados más. ¡En marcha!

—A sus órdenes, señor —contestó Cardozo.

—Y no se entretenga —añadió de Gier.

—No, señor.

—Siempre se excede en todas las cosas —comentó Grijpstra, mientras veían alejarse entre la multitud la pequeña silueta de Cardozo, con la caja metálica bajo el brazo.

De Gier asintió con la cabeza.

—No lleva todavía tiempo suficiente en la policía. En la policía más bien se hacen las cosas a medias.

—Siempre y cuando esté regida por un gobierno democrático.

De Gier se volvió en redondo.

—Yo creía que tú preferías en secreto el comunismo, Grijpstra.

—Chssst —hizo Grijpstra, mirando furtivamente a su alrededor—. Y es cierto, pero el comunismo que a mí me gusta es muy avanzado. Cuando la sociedad esté ya madura para él, no se necesitará ningún policía.

—¿Y crees que alguna vez llegará ese día?

—No —replicó Grijpstra con firmeza—, pero siempre se puede soñar, ¿no crees?

—¿Qué harás tú cuando este sueño se convierta en realidad?

—Pintaré —contestó Grijpstra, mientras metía la última pieza de tela en la furgoneta gris.

Avanzaban entre el denso tráfico propio de últimas horas de la tarde en Amsterdam, cuando Grijpstra tocó el brazo del sargento.

—Allí, a la derecha, cerca de aquel farol.

Un hombre se tambaleaba, tratando de llegar a una pared. De Gier vio que el hombre caía de rodillas en plena acera. El hombre iba bien vestido y debía de tener unos cincuenta años. Se encontraban cerca de él cuando su cabeza chocó contra el suelo. Vieron cómo se desprendía la parte superior de su dentadura y casi pudieron oír el chasquido de los dientes de plástico al tocar las losas.

—¿Borracho? —preguntó de Gier.

—No —contestó Grijpstra—. No parece borracho. Yo diría que está enfermo.

De Gier buscó el micrófono de la furgoneta debajo del salpicadero y conectó la radio, mientras Grijpstra aumentaba el volumen. La radio empezó a crepitar.

—Jefatura —dijo de Gier.

—Jefatura —repitió la voz de la radio—. Identifíquese, ¿tiene un número?

—No. Nos encontramos en un vehículo especial, para un servicio especial. Calle Van Wou, número 187. Un hombre se ha desplomado en plena calle. Envíen una ambulancia y un coche patrulla.

—Ambulancia avisada. ¿Es usted, de Gier?

De Gier apartó el micrófono de su boca.

—Estúpido chismoso —rezongó en voz baja—, sabe mi nombre. Yo no tengo nada que ver con ello. —Alzó de nuevo la voz—: Sí, soy de Gier.

—Ocúpese del caso, sargento. En este momento no disponemos de un coche patrulla. Los semáforos de la zona donde está usted no funcionan debidamente y todos los hombres disponibles están dirigiendo el tráfico.

—De acuerdo —respondió de Gier con tristeza—, nos ocuparemos de ello.

Pudieron oír la sirena de la ambulancia mientras aparcaban la furgoneta en doble fila, obstruyendo el tráfico y provocando gritos por parte de los ciclistas que habían de procurar salir del atolladero.

—Aparca la furgoneta en otro lugar —aconsejó Grijpstra, abriendo su puerta—. Yo me ocuparé de esto y puedes reunirte conmigo después.

El hombre estaba tratando de ponerse nuevamente de pie, cuando Grijpstra se arrodilló a su vez y le sostuvo por los hombros.

—¿Qué le ocurre?

—Nada —contestó el hombre, arrastrando las palabras—. He notado un ligero desvanecimiento. Esto es todo. En seguida estaré bien. ¿Quién es usted?

—Policía.

—Déjeme en paz, no necesito a la policía.

El hombre recogió su dentadura y la introdujo de nuevo en su boca. Trataba de enfocar su mirada, pero la silueta del corpulento Grijpstra no era más que una mancha confusa.

—¿Qué ocurre aquí? —estaba preguntando el practicante de la ambulancia, mientras se inclinaba para husmear el aliento del

hombre—. ¿No habremos estado bebiendo, verdad?

—No bebo —replicó el hombre—. Dejé de beber hace años; ahora sólo tomo una copa de vino con mis comidas. He sentido un desvanecimiento, esto es todo. Quiero ir a mi casa.

El practicante le tomó el pulso, contando y mirando a Grijpstra al mismo tiempo.

—Policía —dijo Grijpstra—. Casualmente, vimos que este hombre se tambaleaba y después se caía. ¿Qué puede ocurrirle?

El sanitario se señaló el corazón y meneó la cabeza.

—¿Grave?

El practicante asintió en silencio.

—Será mejor que entre en la ambulancia, señor —dijo Grijpstra.

—Eso nunca. Quiero ir a casa.

—No puedo llevármelo si él no quiere venir, ¿comprende?

—¡Leche! —exclamó Grijpstra—. Está enfermo, ¿no es verdad?

—Muy enfermo.

—Pues bien, lléveselo.

—Si usted lo dice —contestó el practicante—; además tendré que ver su identificación.

Grijpstra sacó la cartera, buscó en ella y encontró su credencial.

—Brigada H. Grijpstra, Policía Municipal —leyó el sanitario.

—¿Qué pasaría si lo dejáramos aquí?

—Tal vez muriese o tal vez no. Lo más probable es que la diñase.

—¿Tan grave es?

—Sí.

El hombre se había levantado ya y parecía encontrarse perfectamente.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro de que está muy grave.

—¡Entre en la ambulancia! —ordenó Grijpstra al hombre—. Le ordeno que entre en esta ambulancia. Soy un oficial de la policía. ¡Andando!

El hombre le miró fijamente.

—¿Me está arrestando?

—Le estoy ordenando que se meta en la ambulancia.

—Tendrá noticias mías —replicó el hombre, indignado—. Presentaré una protesta. Me meto en la ambulancia contra mi voluntad. ¿Me oye?

Con la ayuda del practicante, Grijpstra introdujo al hombre en el vehículo.

—Será mejor que nos siga, por si surgen complicaciones —dijo el practicante—. ¿Dispone de un coche?

—Sí. ¿A qué hospital lo llevan?

—Wilhelmina.

—Estaremos allí.

Apenas llegó de Gier, los dos se dirigieron hacia la furgoneta. Llegaron al hospital un cuarto de hora más tarde. El hombre estaba sentado en un banco de madera, en la sala del servicio de urgencias. Su aspecto era saludable y su expresión enfurecida.

—¿Ya están aquí? Tendrán noticias mías. No me ocurre absolutamente nada. Y ahora, ¿me dejan que regrese a mi casa o no?

—Cuando le haya examinado el doctor —contestó Grijpstra, sentándose junto al hombre.

Este se volvió en redondo para decir algo, pero pareció como si cambiara de opinión, se llevó las dos manos a la nuca y palideció.

—¡Doctor! —gritó Grijpstra—. ¡Auxilio! ¡Enfermera! ¡Doctor!

El hombre se había desplomado sobre su regazo. Un hombre con una bata blanca llegó precipitadamente, abriendo de golpe las puertas basculantes.

—¡Aquí! —gritó Grijpstra.

Tendieron al hombre, con la ayuda de una enfermera. Le abrieron la camisa violentamente y el de la bata blanca le aplicó los puños al pecho, con toda la fuerza que pudo reunir. Repitió la

operación una y otra vez, y pareció como si la vida volviese brevemente antes de disiparse por completo.

—Demasiado tarde —dijo el hombre de la bata blanca, contemplando el cadáver, ahora flácido entre los brazos de Grijpstra.

—¿Ha muerto? —preguntó de Gier desde el otro extremo de la habitación.

El de la bata blanca asintió en silencio.

Sin embargo, se hizo otro intento para revivirlo. El cuerpo fue levantado sin contemplaciones y tendido en una camilla. Apareció un voluminoso aparato, que se desplazaba sobre ruedas. La maltrecha camisa del hombre fue rasgada por completo y conectaron a su pecho los largos brazos forrados de goma de aquella máquina. El hombre de la bata blanca accionó unos mandos y el cuerpo del paciente dio un salto, mientras sus extremidades se movían arriba y abajo; por un breve momento, la cara pareció cobrar vida de nuevo, pero al accionar de nuevo los mandos el cuerpo se inmovilizó, los párpados dejaron de agitarse y la boca quedó abierta.

—Es inútil —dijo el hombre de la bata blanca, mirando a Grijpstra. Señaló hacia una puerta—. Entre aquí, por favor. Hay unos formularios que deben rellenarse, indicando dónde lo encontraron y cómo, y otros detalles. Veré si puedo encontrarlos. Supongo que son ustedes oficiales de la policía.

—Sí.

—Permítanme un minuto.

Pero estuvo ausente varios minutos, en realidad cerca de media hora. De Gier recorría la habitación de un lado a otro y Grijpstra se dedicó a estudiar un cartel en el que aparecía una barca de vela con dos tripulantes. La fotografía había sido tomada desde un helicóptero o una avioneta, pues presentaba a la embarcación desde cierta altura, una embarcación blanca en una vasta superficie de agua. También de Gier se acercó para examinar el cartel.

—Ciertas personas navegan —comentó de Gier—. Otras personas esperan en habitaciones.

—Sí —contestó lentamente Grijpstra—. Dos hombres en una barca. Parece como si se encontraran en medio del océano. Deben de ser buenos amigos, grandes amigos. Depender el uno del otro. La embarcación es demasiado grande para que la tripule un solo hombre. Creo que es una balandra.

—¿Sí? —preguntó de Gier—. ¿Te interesan las embarcaciones?

—Lo que me interesa es resolver nuestro caso —repuso Grijpstra—. ¿Recuerdas aquella pintura en el cuarto de Abe Rogge? La vimos hace dos días, cuando su hermana nos llamó allí para que viéramos el cadáver. Había dos hombres en aquella barca.

—¿Y qué?

El hombre de la bata blanca regresó con los formularios y los rellenaron cuidadosamente, firmándolos después y rubricando.

—Ese hombre era abogado —explicó el de la bata blanca—. Lo identificamos por los papeles que llevaba en su cartera. Un abogado célebre, o tristemente célebre si quieren, puesto que sólo se ocupaba de casos muy feos, cobrando por ello un buen montón de dinero.

—¿Ha muerto por causa natural, no es así? —preguntó de Gier.

—Perfectamente natural —contestó el hombre de la bata—. Un corazón débil, que empezó a fibrilar. Debió de llevar una vida muy intensa, tal vez con un exceso de trabajo y otro exceso de comidas y vinos caros.

—Y putas —añadió de Gier.

—No me extrañaría —admitió el hombre de la bata blanca.

—BERT —dijo el vendedor de hortalizas—. Me llamo Bert. Empezaron a llamarme Tío Bert hace unos años, pero en realidad no es este mi nombre. Mi nombre es Bert.

Los detectives estrecharon la áspera mano diestra de su anfitrión por turno, murmurando sus nombres de pila. «Henk», dijo Grijpstra. «Rinus», dijo de Gier. «Isaac», dijo Cardozo. Habían llegado con un cierto retraso y la casa estaba llena de sudorosos vendedores callejeros y vaharadas de licor, así como del humo picante del tabaco negro con el que los invitados liaban sus cigarrillos. La casa estaba cerca del ancho río Ij, en pleno centro de Amsterdam.

Pasaba junto a ella un enorme camión cisterna, ocultando la vista de todas las ventanas con su mole metálica, lanzando con su potente bocina una nota melancólica, como una solitaria ballena macho que se quejara de su soledad.

—Tiene usted una casa muy bonita, Bert —dijo Grijpstra—. Poca gente en esta ciudad dispone de una vista sobre el río tan amplia como la que tiene usted aquí.

—¿No está mal, verdad? La casa ha pertenecido a mi familia desde que la construyó mi bisabuelo. Podría obtener ahora un buen precio por ella, pero ¿por qué vender si uno no se ve obligado a ello? El negocio de las verduras nos permite atender a los gastos cotidianos y yo tengo algo en el banco, ninguna hipoteca por la que preocuparme y los hijos se han largado ya todos para vivir por su cuenta. ¿Qué más voy a decirle? ¿Le apetece una cerveza?

—Sí —contestó Grijpstra.

—¿O prefiere un latigazo de algo más fuerte? Tengo una ginebra capaz de enderezar las orejas a cualquiera, y está muy fría. No es posible bebería durante toda la noche, pero tal vez un trago de ella le ponga en buena forma.

—Tomaré un trago —dijo Grijpstra—, y después una cerveza.

Bert se dio una palmada en el muslo.

—¡Así me gusta! Usted es como yo. Yo siempre lo quiero todo. Es decir, cuando ello es posible.

—Si es que me lo permite —dijo entonces Grijpstra, recordando la urbanidad que en otro tiempo su madre había tratado de enseñarle.

—Ya lo creo que se lo permito —replicó Bert y condujo a su invitado a una gran mesa montada sobre caballetes y llena de botellas y de bandejas, donde se amontonaban grandes pepinillos verdes, cebollitas blancas y relucientes, gruesas salchichas calientes, así como platitos que ofrecían al menos diez variedades de frutos secos.

—¡Frutos secos! —gritó Grijpstra—. ¡Espléndido!

—¿Le gustan los frutos secos?

—Son mi alimento favorito. Siempre compro, pero nunca llegan a mi casa. Los como directamente de la bolsa durante el camino.

—Cómaselos todos —dijo Bert—. Tengo más en la cocina. Grandes cantidades de ellos.

Grijpstra comió y bebió, y se alegró de haber llegado demasiado tarde a casa para la cena y haber rehusado el malhumorado ofrecimiento de la señora Grijpstra para calentarle la barata carne seca y las pétreas patatas con las que había alimentado a su familia aquella noche. La ginebra ardía en su garganta y los frutos secos llenaban sus redondas mejillas mientras examinaba la habitación, donde de Gier, inmaculado en su traje de algodón recién planchado y una camisa azul pálido, fumaba un cigarro largo y delgado que acentuaba su nariz aristocrática y su erizado bigote, mientras escuchaba la conversación de una mujer de mediana edad, que

batía sin cesar sus pestañas artificiales. Cardozo estudiaba la pantalla de un televisor en la que aparecía una jovencita de aspecto delicado perseguida por un hombre alto, delgado y de negros cabellos a través de un jardín interminable y copiosamente poblado por una densa vegetación.

La habitación estaba tan llena de mobiliario como de gente, y, sólo después de su tercera copa de ginebra, Grijpstra pudo aceptar su papel mural, fondo de lámina dorada con un estampado de rosas del tamaño de coliflores. No cabía duda de que Tío Bert era un hombre acomodado. También resultaba evidente que no pagaba sus impuestos. Grijpstra se volvió, extendió la mano izquierda y, con la derecha, cogió media docena de frutos secos de cada uno de los diez platitos. La tarea exigió cierto tiempo, y a medida que pasaba este tiempo, Grijpstra se dedicó a pensar, y cuando Grijpstra hubo acabado de pensar había decidido que no le importaba un comino el pago de impuestos por parte de Tío Bert. Su mano izquierda estaba ahora llena y traspasó su contenido a su boca, empezando a masticar.

—¿Le gusta la música?

Grijpstra asintió en silencio.

—El otro día compré un tocadiscos —explicó Tío Bert, indicando con el dedo un ángulo de la habitación.

Aquel rincón lo llenaba una colección de cajas electrónicas, cada una con su propio dispositivo de mandos e indicadores, y conectadas con altavoces que le fueron señalados uno tras otro.

—Pondré un disco —dijo Tío Bert—. El sonido es magnífico. Puede oírse incluso cómo se rasca el culo el director de la orquesta.

—¿Es esto todo lo que hace? —preguntó Grijpstra.

—Es lo que hace antes de comenzar la música. Rascarse, rascarse, y después «tic» (esto es su batuta, ¿sabe?), y después VRRAMMMM, y esto es la tuba. Es una música muy bonita, rusa. Mucho metal y después voces. Cantan canciones de guerra. Me gustan los rusos. Un día vendrán y acabarán con los capitalistas de

aquí. Toda mi vida he sido miembro del partido. También he estado en Moscú, seis veces.

—¿Cómo es Moscú? —inquirió Grijpstra.

—Hermoso, hermoso —contestó Tío Bert, alargando sus grandes manos abiertas—. Las estaciones del metro son como palacios, y todo es para el pueblo, gente como usted y como yo. Y allí juegan un buen fútbol, y el mercado es mejor.

—Pero no puede conseguir unos beneficios de él.

Los ojos de Tío Bert se nublaron, como si se negara a admitir esa idea.

—Sí, sí.

—No —dijo Grijpstra—. No le dejan conseguir un beneficio. Todos tienen el mismo salario. No hay iniciativa privada.

—Es un buen mercado callejero, y las hortalizas son mejores. Vamos a ver, voy a ponerle ese disco.

El disco comenzó. Había demasiado ruido en la sala para oír cómo se rascaba el director, pero cuando la tuba empezó a tocar, la habitación quedó inundada por el sonido y los invitados se miraron entre sí, moviendo todavía sus bocas pero abrumados por aquel clamor inesperado y preguntándose de qué podía tratarse.

«KARUUMPF KARUUMPF», insistía la tuba, y el hombre alto y delgado seguía persiguiendo a la joven delicada a través de aquel jardín interminable, con unos colores resplandecientes en una pantalla del tamaño de un pequeño mantel. Grijpstra dejó su copa sobre la mesa y meneó la cabeza. Parecía como si su columna vertebral se hubiera desconectado de pronto, con cada vértebra suelta a causa del ataque combinado del alcohol y de aquellas explosiones de instrumentos de metal. Ahora se había iniciado un coro de voces gruesas, que entonaban una canción escalofriante, consistente al parecer en vocales unidas por unos blandos *zilees* y *zilaas*. Tío Bert bailaba solo en medio de la sala, con los ojos cerrados y la boca distendida por una sonrisa de puro éxtasis.

—¿Qué...? —empezó a decir Grijpstra, pero abandonó la pregunta. Pensó que sería mejor tomar una cerveza, y bebería poco

a poco.

Cardozo dio una palmada en la espalda del sargento de Gier. La dio con demasiada fuerza y el whisky que de Gier estaba sosteniendo se vertió sobre el traje de la mujer de mediana edad, que seguía intentando hablar con él. El whisky había contenido cubitos de hielo y la mujer emitió un alegre chillido, mientras trataba de extraer los cubitos entre sus grandes pechos y pronunciaba unas palabras invitadoras que nadie pudo oír.

De Gier se volvió en redondo, levantando un puño, pero Cardozo sonrió y señaló hacia la ventana, invitando a de Gier a seguirle. Por el camino, pasaron ante el televisor. El hombre alto y delgado se había apoderado de la joven y había puesto sus manos alrededor del esbelto y hermoso cuello de esta. Hombre y chica seguían en aquel jardín interminable y lujuriente, cerca de una casa de piedra, de un color blanco verdoso e iluminada por la luna. La joven luchaba y el hombre mostraba una expresión lasciva. El canto de los guerreros estaba alcanzando un gigantesco crescendo, y tubas, trompetas, trombones y clarinetes bramaban y gemían por turno, encuadrando las voces que se acercaban cada vez más, mientras el cuello de encaje del vestido de la chica era arrancado lentamente.

Habían llegado junto a la ventana y de Gier vio dos grandes loros, uno gris y rojo el otro, cada uno en su propia jaula.

—¡Escucha! —gritó Cardozo.

De Gier se acercó más a las jaulas. Los dos loros habían trepado a sus estrechos trapecios de madera. El loro gris parecía estar cansado, pero el otro parecía vomitar.

—¡Está enfermo! —gritó de Gier.

—No. Sólo hace el ruido. Me lo ha contado Tío Bert. Tío Bert se encontró mal hace unos días y, desde entonces, el loro rojo le ha estado imitando. Creo que lo hace muy bien. Escucha.

Pero de Gier había huido. No deseaba oír vomitar a un loro. Estaba en el pasillo, alejado del ruido, secándose la cara con su pañuelo.

Me estoy emborrachando —pensó de Gier—. No quiero emborracharme. A partir de ahora debo beber agua. Limonada. Cola. Cualquier cosa.

Había un teléfono en el pasillo y marcó el número de su casa, mientras se apoyaba en la pared con la otra mano.

—Domicilio del señor de Gier —contestó el teléfono.

—¿Esther?

—¿Rinus?

—Me alegro de que hayas venido. Estoy en una fiesta bastante desenfrenada, pero procuraré volver a casa apenas me sea posible. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien —contestó la voz baja de Esther—. Te estoy esperando. Oliver ha vomitado por toda la casa. Debe de haber comido hojas de los geranios, pero ya lo he limpiado todo. Cuando has telefoneado, estaba durmiendo en mi regazo.

—Siempre se come las hojas de los geranios. Siento que haya hecho esa porquería.

—A mí no me importa, Rinus. ¿Tardarás mucho? ¿Estás bebido?

—Lo estaré si sigo bebiendo, pero no lo haré. Volveré apenas pueda. No estaría aquí si no fuese por cosas del trabajo.

—¿Me quieres?

—Sí. Te quiero. Te quiero más de lo que haya querido jamás a alguien o a algo. Te quiero más a ti que a Oliver. Me casaré contigo si tú lo deseas.

Seguía secándose la cara con su pañuelo.

—Dices esto a todas las chicas.

—No lo he dicho nunca en toda mi vida.

—También eso se lo cuentas a todas las chicas.

—No, no. No lo he dicho nunca. Siempre he explicado que yo no quiero casarme, antes de que la relación se estrechara demasiado. Y en realidad no quería casarme. Ahora sí.

—Tú estás loco.

—Sí.

—Ven pronto.

—Sí, querida —prometió de Gier, y colgó.

—¿Una charla de negocios? —preguntó Louis Zilver.

Acababa de entrar en el pasillo y estaba meneando la cabeza, tratando en vano de librarse del ruido de aquella habitación.

—Es toda una fiesta —comentó de Gier—. Aquí, acabaré por volverme loco. ¿Todas sus fiestas son siempre así?

—Es la primera vez, en mucho tiempo, que voy a una fiesta que no sea en casa de Abe Rogge. Las fiestas de Abe siempre estaban bien organizadas y conseguía música en vivo. Unos cuantos músicos de jazz que seguían el humor de la velada, no como esa música enlatada que nos están echando ahora encima. Y el copeo era más lento. Aquí, te llenan el vaso cuando la última gota todavía está en tus labios. No llevo aquí más de una hora y ya me siento aturdido.

—Yo me siento atemorizado —contestó de Gier—. He tenido que alejarme unos minutos para hablar con una persona cuerda.

—Yo estoy cuerdo —dijo Zilver—. Hable conmigo. Ha dicho que le atemorizan. ¿Verdaderamente llega a atemorizarse alguna vez?

—A menudo.

—¿Hay algo que le atemorice en particular?

—La sangre —contestó de Gier—, y las ratas. Ahora, puedo soportar a las ratas. La otra noche, cuando estábamos persiguiendo a alguien cerca del río, vi una y no me importó mucho. Era un animal enorme, de color marrón, y saltó al agua cuando yo estaba casi a punto de pisarla. En aquel momento, no me asusté en realidad, pero, en cambio, la sangre siempre puede conmigo, y no sé por qué.

—Ya se acostumbrará a ella —dijo Zilver, y sonrió a una joven que pasó ante ellos, camino del baño—. A mí me atemorizan cosas que no puedo definir. Sueño con ellas, pero no puedo recordarlas cuando me despierto. Creo que voy a regresar allí y perseguir a unas cuantas chicas.

—Apague el televisor —pidió de Gier—. Están pasando una película de terror. Lo apagaría yo mismo, pero no quiero mostrarme grosero. Usted conoce a Tío Bert mejor que yo.

—Lo haré. También cambiaré el disco. Si hemos de perseguir a las chicas, nos interesa un poco de música rock. Acaban de llegar ahora unas cuantas muy lindas. ¿Quiere que se las presente?

—No, gracias. Estoy aquí para trabajar.

—Buena suerte. ¿Alguna idea ya?

—Montones de ideas —replicó de Gier—, pero deseo algo más que ideas.

Zilver sonrió y cerró la puerta tras él.

La joven había salido del lavabo y de Gier entró en él, cerrando la puerta con un cuidado exagerado. Se lavó las manos minuciosamente y se peinó. Ajustó el pañuelo de seda que llevaba al cuello, y que era del color preciso para hacer juego con su camisa. Se sentó en el asiento del retrete y sacó la pistola de su funda sobaquera. Extrajo el cargador y verificó las balas. Seis. Introdujo de nuevo el cargador y montó el arma, inspeccionando la corredera. Pudo ver la cápsula que brillaba en el interior del cañón de acero. Echó de nuevo la corredera e hizo saltar el cartucho. «¿Por qué hago esto? —pensó—. Nunca lo he hecho». Metió la bala en el cargador, introdujo de nuevo este y guardó la pistola en su funda; después se lavó la cara, volvió a sentarse y encendió un cigarrillo. Dos cadáveres en dos días. Tres, contando el abogado. Sin embargo, el abogado había muerto simplemente porque había muerto. A los otros les habían arrebatado sus vidas. El robo es un crimen. Hay quien roba el mayor bien, y el mayor bien es la vida. Y allí se encontraba él, en una casa llena de gente que pateaba el suelo con pies grandes y torpes, siguiendo el ritmo de unos jóvenes drogados y de cabellos largos, que rasgaban la atmósfera con sus cajas de sonidos eléctricos y sus baterías amplificadas. El asesino podía encontrarse en aquella sala, pateando también el suelo, bebiendo ginebra de alta potencia y chupando un grueso cigarro, con su mano roja puesta en las temblorosas posaderas de alguna mujer. ¿O tal vez se encontrase en otro lugar de la ciudad, sonriendo para sí mismo? ¿O para sí misma? No había visto a las dos mujeres que Grijpstra y el commissaris habían interrogado.

Había preguntado a Grijpstra acerca de ellas, pero sólo había obtenido el extracto de la conversación y una descripción de ellas. Tenía la sensación de que Grijpstra estaba siguiendo otra línea de pensamiento sin llegar a ninguna parte, puesto que estaba diciendo menos incluso de lo que tenía por costumbre. De Gier volvió a situarse en su propia línea de pensamiento. Una bola, sujeta a una cuerda. ¿Y a qué podía estar sujeta la cuerda? ¿Cómo podía haber dado la bola en su blanco con tan mortífera precisión? ¿Y el commissaris? ¿Acaso no sabía nada, todavía? El caso sólo contaba unos pocos días de existencia. No era necesario apresurarse con exceso. Había que trabajar siguiendo las reglas. Seguir cada posibilidad hasta allí donde se pudiese. Y dar media vuelta si no se conseguía un resultado.

Alguien llamó a la puerta.

—Voy —exclamó de Gier, y abrió la puerta.

Era la mujer de mediana edad que había estado hablando antes con él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer, tocándole un hombro. Sus pestañas se alzaron y volvieron a bajar lentamente—. Le estaba echando de menos.

—Me encuentro perfectamente —se apresuró a contestar de Gier—. Adelante, querida. El lavabo está a su disposición.

Se apresuró a regresar a la sala.

Zilver estaba hablando con Grijpstra. La cara de este estaba arrebolada y en su mano había un vaso lleno de cerveza.

—Rinus —rugió Grijpstra—, ¿cómo estás, muchacho? Simpática fiesta, ¿verdad? Prueba esos frutos secos. ¡Son deliciosos!

Zilver también merodeaba por allí.

—No tardaré en marcharme —dijo de Gier—. ¿Piensas quedarte mucho rato?

—Sí, esta noche no tengo nada que hacer, y tampoco es una mala manera de pasar el tiempo.

—Estás pescando una buena tajada.

—Sí —admitió Grijpstra muy serio—. Estoy borracho como una cuba. Tal vez sea mejor que yo me marche también. ¿Cómo está Cardozo?

—Bebiendo limonada y contemplando los loros.

—Desagradables pajarracos —dijo solemnemente Grijpstra—. El rojo está vomitando continuamente.

—Lo sé. ¿Qué le ocurrió a la chica que estaba siendo estrangulada por el malo?

—Llegó la policía. Con el tiempo justo. Siempre llegan con el tiempo justo. Capturaron al malo.

—Sí. Nosotros no. ¡Pobre Elizabeth!

—¿Elizabeth?

—El policía que era una vieja.

—Ah, ese..., el transexual. —Grijpstra tuvo ciertas dificultades para pronunciar esta palabra, y lo intentó de nuevo—: Trans-sexual.

—La conocí —explicó de Gier, cogiendo una copa de ginebra que había en la mesa, sin darse cuenta de ello—. Una persona muy agradable. Una gran amiga del commissaris. Acababa de terminar un cordón de campana con punto de cruz.

—¿De veras? —los ojos de Grijpstra, aunque muy redondos, mostraban una expresión amable—. ¿Punto de cruz?

—Tú estás bebido —dijo de Gier—. Larguémonos de aquí. Avisaré a Cardozo cuando nos larguemos.

—De acuerdo —contestó Grijpstra, dejando su vaso sobre la mesa con tanta fuerza que lo rompió—. A casa. O tal vez vaya a ver a Nellie.

—Telefonea primero. Puede que tenga un cliente.

Grijpstra telefoneó dos veces. Nellie estaba libre y un taxi venía a buscarlos.

Regresó con un aspecto tan satisfecho que de Gier se permitió frotar los cortos y grises cabellos de su superior.

—Estupendo —dijo Grijpstra—. Es esstupendo... tupendo, estupendo, quiero decir.

Cardozo asintió con la cabeza cuando de Gier hubo acabado de murmurar junto a su oreja.

—¿Y tú qué piensas hacer? —preguntó Cardozo.

—Irme a casa. Acostarme.

—¿Y el brigada?

—A la cama.

—Siempre me toca a mí —se lamentó Cardozo—. Siempre. Me paso una hora colgando todo aquel dinero en la cuerda de tender la ropa, mi madre está furiosa conmigo, pues se ha visto obligada a quedarse en la cocina para ver cómo se seca. Cree que alguien puede entrar para robar el dinero.

De Gier sonrió.

—No tiene ninguna gracia, sargento. ¿Cuánto tiempo quieres que me quede aquí?

—Hasta que todo haya terminado.

—¿Puedo beber?

—Si lo haces con cuidado, sí. No charles por ahí. Límitate a escuchar.

El loro rojo había empezado a vomitar otra vez y Cardozo cerró los ojos.

—Un día serás sargento, Cardozo, y entonces podrás hacerle la puñeta a otro guardia.

—Lo haré —prometió Cardozo—. ¡Coño si lo haré!

—CUÉNTEMELO —dijo el commissaris.

El commissaris tenía un aspecto remozado, casi jovial, y estaba sorprendentemente elegante, puesto que finalmente había cedido al constante apremio de su esposa y se había puesto su traje nuevo de hilo para hacer frente al tiempo caluroso. Se lo había cortado especialmente para él un sastre muy viejo que, en sus días juveniles, había diseñado trajes para los grandes mercaderes que amasaban su riqueza en lo que antaño se denominaron las Indias Orientales holandesas.

El traje le caía perfectamente, con un aspecto a la vez holgado y amoldado, y la gruesa cadena de oro del reloj, que atravesaba su chaleco, contribuía a su aspecto general de prosperidad. El commissaris había pasado una tarde, dos noches y todo un día en la cama, abandonándola tan sólo para tomar un baño con agua casi hirviente, y su esposa se había prodigado continuamente, suministrándole café y zumo de naranja, y como mínimo cinco sopas diferentes, servidas en cuencos con una bandeja de tostadas calientes a un lado, y encendiéndole los cigarros (incluso arrancando de un mordisco sus puntas y escupiéndolas con una mueca de leve disgusto), y finalmente el dolor le había abandonado, hasta el punto de que ahora podía estar sentado en su enorme despacho y estirar las piernas sin tener que preocuparse por repentinos pinchazos y calambres, y ocuparse de lo que le fuese presentado allí. De Gier había ido a verle aquella mañana, a las

nueve en punto, la hora más temprana en la que alguien pudiera molestar al commissaris en su hermético aposento. De Gier estaba trastornado, pálido, y mostraba un nerviosismo poco usual en él.

—¿Qué ha ocurrido, de Gier? —preguntó de nuevo el commissaris.

—Una rata —explicó de Gier—. Una rata blanca y enorme, muerta. Tenía el vientre abierto y sus entrañas salían de él, y estaba llena de sangre; yacía en la estera de la puerta de mi piso, y allí la he encontrado al salir esta mañana. La hubiera pisado, si Oliver no me hubiese advertido. Oliver pareció volverse loco al ver la rata. Se le erizaron todos los pelos. Su tamaño era el doble del normal. Una cosa así.

De Gier indicó el tamaño de Oliver, con la mano a metro y medio del suelo.

—¿Qué me dice? —exclamó el commissaris—. Esto es mucho tamaño para un gato. ¿Acaso pegaba saltos?

—No. Y la rata tampoco. La rata yacía allí. La había puesto alguien para molestarme. No tenemos ratas en la casa y, si tuviéramos ratas, serían de color pardo. Era una rata blanca, de las que utilizan en los laboratorios. La he traído, en una caja de zapatos. ¿Quiere que se la enseñe?

—Después —dijo el commissaris.

El commissaris descolgó su teléfono, marcó dos números y pidió café. También ofreció a de Gier un cigarrillo y se lo encendió. De Gier no le dio las gracias al commissaris. Tenía la vista fija en el suelo.

—¡Bien! —dijo el commissaris jovialmente—. Vamos a ver, ¿por qué alguien había de depositar una rata muerta ante su puerta, y matarla primero y después sacarle las entrañas? ¿Tiene usted algún amigo desequilibrado que pueda desear gastarle alguna broma? Sólo sus amigos saben que a usted le trastorna la visión de la sangre y de los cadáveres. ¿Hay alguien, en la policía, capaz de gastarle esta jugarreta? Piénselo.

—Sí, señor.

—¿Tal vez ha irritado usted a alguien?

—Cardozo —contestó de Gier—. Ayer lo irrité. Y además, dos veces. Le ordené que se llevara el dinero del mercado a su casa, porque había vertido café sobre los billetes. Era necesario secarlos, y esta noche, en la fiesta, le obligué a quedarse cuando nos marchamos Grijpstra y yo.

El commissaris volvió a descolgar el teléfono.

—¿Cardozo? Buenos días, Cardozo, ¿quiere venir a mi despacho?

—No —dijo Cardozo, sentado en el borde de su silla—. Nunca haría una cosa como esta. Nunca he matado nada. Hace tres años, disparé contra un hombre, apuntando a las piernas, y todavía sueño con él. Pesadillas. No sería capaz de matar a un animal. Y me cae bien el sargento.

De Gier levantó la mirada.

—¿De veras? —preguntó con voz fatigada.

Cardozo no le devolvió la mirada.

—Me asustan las ratas —confesó de Gier—. La sangre me trastorna, y las ratas también. Una rata ensangrentada es lo peor que yo pueda imaginar. Y allí estaba, en la esterilla ante mi puerta. Una esterilla que había comprado hace tan sólo unos días. La vieja estaba ya muy usada. Ahora, vale más que también me deshaga de esta.

—Sí —dijo el commissaris, contestando a una llamada en la puerta.

—Buenos días, señor.

Grijpstra cerró cuidadosamente la puerta tras él y entró en la habitación, deteniéndose en espera de que el commissaris le pidiera que se sentara. El commissaris le indicó una silla. Grijpstra no se sentó; se desplomó en la silla, y esta crujió.

—Mierda —dijo Grijpstra.

El commissaris le miró con una expresión irritada.

—¿A qué viene esto? —preguntó secamente.

—Mierda, señor —contestó Grijpstra—, mierda ante la puerta de mi casa esta mañana. Mierda de perro. Alguien debe de haber trabajado a fondo recogiendo caca de perro, con una pala, supongo, y un cubo. Esta mañana, muy temprano, cuando nadie se había levantado todavía. Estaba amontonada ante la puerta de mi casa, y me la encontré hasta los tobillos antes de darme cuenta de lo que ocurría. Incluso la habían introducido por debajo de la puerta, pero mi recibidor es muy oscuro y no lo advertí hasta salir de la casa. El que ha hecho esto debe odiarme a muerte.

—De Gier ha encontrado una rata ensangrentada ante su puerta —explicó el commissaris.

Grijpstra miró a de Gier, que sonreía débilmente.

—¿Caca? —preguntó de Gier.

—Lo encuentras divertido, ¿verdad? —exclamó Grijpstra, levantándose a medias de su silla—. Eres un idiota, de Gier. Siempre te regocijas y te tronchas de risa, cuando yo la piso. ¿Te acuerdas cuando aquellas gaviotas se cagaron sobre mí hace unos meses? Te reíste tanto que estuviste a punto de caerte. En cambio, yo nunca me he reído cuando a ti te ha dado un soponcio al ver una gota de sangre en cualquier parte. ¡Nunca!

El commissaris se levantó y se colocó entre ellos.

—Vamos, vamos, señores, no nos pongamos más nerviosos de lo que ya estamos. El día no ha hecho más que empezar. ¿Quién cree que puede haberle hecho esto, Grijpstra? Averigüemos quién sabe que las deposiciones de perro le trastornan; además, ha de ser también alguien que tenga una razón para molestar igualmente a de Gier, puesto que este ha pasado por un trance semejante esta mañana. Ha de ser alguien que les conozca muy bien a los dos y que tenga un buen motivo para ajustar las cuentas con ustedes.

Grijpstra había dado media vuelta y estaba mirando a Cardozo. Grijpstra presentaba un entrecejo fruncido y había un destello airado en sus ojos, siempre tan tranquilos e inofensivos.

—No —dijo Cardozo—. Yo no, brigada. Jamás barrería las calles para recoger mierda de perro. Puedo asegurarle que es algo que no me va.

También Cardozo se había levantado y gesticulaba con vehemencia.

—De acuerdo. No fue usted, Cardozo —dijo el commissaris tranquilamente—. ¿Por qué no pide un poco de café para el brigada y para usted? Utilice el teléfono. Mi cafetera automática no funciona.

El commissaris necesitó veinte minutos de paciente interrogatorio antes de que pudieran establecer una conexión entre la sangre, la rata y los excrementos caninos con Louis Zilver y la fiesta celebrada la noche anterior. De Gier, que había pillado una curda más que regular, tuvo que forzar su memoria antes de recordar las preguntas de Zilver en el pasillo de la casa de Tío Bert, y Grijpstra se mostró más que dispuesto a admitir una conversación similar con Louis Zilver después de mencionar de Gier el incidente.

—Sí —admitió Grijpstra de mala gana—. Había tomado alguna copa de más. No debí hacerlo, pero así fue. Aquella ginebra pudo más que yo. Debía de proceder de alguna destilería ilegal, pues era alcohol puro con una punta de sabor, y estuvo a punto de abrasarme las tripas. Y aquel joven parecía un sujeto inofensivo. Estuvimos hablando de la película de terror que daban por la televisión y acerca de lo que asusta a la gente, y yo dije que no puedo soportar la mierda. Él se echó a reír, el muy hijo de puta se rio, y comentó que era improbable que en la televisión llegaran a pasar alguna vez una película basada en la mierda.

—Y entonces tú dijiste que, al fin y al cabo, es todo lo que dan en la televisión —intervino de Gier, cuyo aspecto había mejorado notablemente.

—¿Cómo lo sabes? Tú no estabas allí, cuando Zilver hablaba conmigo.

—Era el comentario más obvio.

—Vaya, ¿de modo que yo sólo digo lo más obvio, verdad? ¿Es que tú tienes un derecho exclusivo a la conversación intelectual?

—Ya basta, señores —les atajó el commissaris, mientras seleccionaba un cigarro en la cajita metálica colocada sobre su escritorio.

Después, se inclinó y Grijpstra se apresuró a hurgar en sus bolsillos en busca del encendedor.

—Gracias, Grijpstra. Por lo tanto, su idea de echar un buen vistazo al mercado callejero dio resultado. Me alegro de que se les invitara a aquella fiesta. Esta noche, Zilver debió de subestimar la embriaguez de ustedes dos. Evidentemente, creyó que habrían olvidado lo que le contaron a él. Este es un eslabón directo en la cadena. Vale la pena que lo sigamos.

—No es mucho con lo que acusar a aquel tipo, señor —alegó Grijpstra—, suponiendo que pudiéramos demostrar que ha sido él. Ensuciar un lugar de paso público es un delito menor. Ni siquiera podemos detenerlo en caso de demostrar la acusación. Debió de hacerlo a primera hora, después de regresar a su casa, procedente de la fiesta.

—Quiso darles un susto —dijo el commissaris—. Sabe que usted y de Gier se encargan del caso Rogge, y también de la muerte de la pobre Elizabeth. Los dos casos van unidos, desde luego. Si puede asustar a los sabuesos, el zorro logrará escapar.

—El zorro debe de ser él —observó de Gier.

—Posiblemente —admitió el commissaris—, pero no necesariamente. A Louis Zilver le desagrada la policía. Me explicó que a sus abuelos los sacó de su casa la policía holandesa, durante la guerra. Aquellos policías debieron de entregarlos a los alemanes, y los alemanes los transportaron a Alemania y finalmente les dieron muerte. Sin embargo, él nos culpa a nosotros, la Policía Municipal de Amsterdam, y no sin razón. Si les da un zarpazo a usted y al brigada, paga una parte de la deuda que él cree tener contraída con sus abuelos.

—Yo era un chiquillo en aquella época, señor.

—Sí, pero su culpabilidad personal nada tiene que ver con ello. El odio nunca es racional. Sobre todo un odio profundo como el que debe aquejar a Zilver. A mí me encarcelaron y torturaron los alemanes durante la guerra y, ahora, tengo que hacer un esfuerzo para explicar direcciones a los jóvenes estudiantes alemanes que han perdido su camino en la ciudad. Asocio su manera de hablar y comportarse con aquellos jóvenes soldados de las SS que en cierta ocasión me hicieron perder seis de mis dientes. De eso hace más de treinta años, y esos estudiantes todavía no habían nacido entonces.

—Pero nosotros estamos tratando de resolver el asesinato de su amigo —protestó Grijpstra—. Si se dedica a molestarme, ha de ser porque fue él mismo quien mató a Abe.

El commissaris negó con la cabeza y levantó un dedo.

—Él se encontraba en la casa cuando Abe murió, ¿no es así? Esther Rogge lo asegura. Y Zilver dijo que Esther también estaba en casa. Si Zilver mató a Abe Rogge, Esther, la hermana de la víctima, debió de ser su colaboradora. Creo que todos estamos ahora de acuerdo en que el asesino se encontraba fuera de la casa. Según todas las probabilidades, en el tejado de aquella embarcación desvencijada anclada ante la casa de los Rogge.

—Zilver pudo haber salido sin ser visto —sugirió de Gier—, y entrar de nuevo sin que nadie le viera. Desearía su permiso para detenerlo y retenerlo aquí para interrogarlo. Ahora, disponemos de un serio motivo para sospechar de él. Podemos retenerlo seis horas, si usted da su consentimiento.

—Sí —intervino Grijpstra—. Yo también soy de esta opinión, señor.

—¿Sólo a causa de los excrementos de perro y de la rata ensangrentada?

—Es que tengo otra razón, señor —dijo Grijpstra lentamente.

Todos miraron al brigada, que se había levantado y, con las manos hundidas en los bolsillos, miraba a través de la ventana.

—Explíquese, Grijpstra —invitó el commissaris.

—El cuadro en la habitación de Abe Rogge, señor. Tal vez usted lo recuerde. Aparecen en él dos hombres en una embarcación, una barca pequeña rodeada por aguas espumosas. Debía haber anochecido ya, con un cielo casi tan azul como el mar, de un azul negruzco. Tal vez hubiera luna..., el cielo y el mar casi se funden entre sí y la barca es el punto central de la pintura.

—Sí, sí —dijo el commissaris—. Prosiga, y mírenos a nosotros mientras esté hablando.

—Lo siento, señor. —Grijpstra dio media vuelta—. Sin embargo, el detalle principal de esa pintura no es la barca, ni tampoco el mar o la luz, sino la sensación de amistad. Aquellos dos hombres están muy unidos, tanto como puedan estarlo dos personas. Fueron trazados como dos líneas, pero esas líneas se juntan.

—¿Y?

—No me refiero a una relación homosexual.

—No —admitió el commissaris—. Sé lo que quiere decir, y creo que tiene razón. También yo vi ese cuadro.

—Bezuur nos dijo que los dos hombres eran él y Rogge. Se emocionó al hablar de ello. ¿Lo recuerda, señor?

—Sí. Sí, fue evidente que estaba sufriendo. Y era un sufrimiento auténtico, diría yo.

—Sí, señor. Rogge le había abandonado o se había peleado con él, o había roto su relación de alguna otra manera. Creo que Esther explicó a de Gier que su hermano, simplemente, había dejado de verle. Pero Bezuur no se derrumbó, pues tenía otros intereses, el negocio de su padre, que había heredado junto con mucho dinero. Pero Zilver no hubiese recibido nada, en caso de abandonarlo Rogge.

—Sí —dijo el commissaris—. Cierto. Un joven mentalmente trastornado que confiaba por completo en su socio, mucho más fuerte que él. No obstante, ¿no sugiere algo que Rogge fuese a romper su relación con Zilver, o que la hubiese roto ya?

—No, señor —contestó rápidamente de Gier—. Al menos, que yo sepa. Pero, en caso de haberlo hecho, no cabe duda de que

hubiera desquiciado a Louis Zilver y Zilver es capaz de una actividad extraordinaria cuando algo lo trastorna. ¿Acaso no lo ha demostrado esta mañana?

—Vamos a ver —resumió el commissaris, hablando lentamente—. Ustedes dos sugieren que Rogge le dijo a Zilver que se fuera a paseo, que abandonara la casa, que diera por terminada su asociación en el mercado callejero, etcétera. Esther dijo que Rogge se desprendía de la gente apenas empezaban a aburrirle. Al parecer, no necesitaba a nadie, y siempre podía encontrar nueva compañía. Por ejemplo, todo un puñado de mujeres que le admirasen. Chasqueaba los dedos y ellas meneaban la cola, como nos explicó Tilda. También confirmó este hecho la otra señorita. Aquella tal Koops, la surrealista. ¡Uf! —se estremeció—. ¡Tonta mujer! Pero no importa. En consecuencia, le dijo a Zilver que no se dejara ver más, y Zilver reaccionó drásticamente.

—Ciertamente —admitió Grijpstra—. Esther también nos dijo que a Rogge le agradaba incomodar a los demás, mostrarlos tal como eran en realidad, herirlos en su vanidad. Debió de hacerlo también con Zilver. Acaso lo hiciera con excesiva frecuencia. Y de pronto, sin que ninguno de los presentes lo advirtiera. Tal vez una simple observación. Por lo que parece, Esther no sospecha de Zilver, porque ella no sabía que Abe había dado el pasaporte a este. Zilver debió de matar a Rogge casi inmediatamente después de ocurrir el incidente.

—Calma, calma —aconsejó el commissaris—. ¿Y qué me dice usted del dispositivo letal? Debió de utilizar una máquina infernal, como observó de Gier en cierta ocasión. Un arma ingeniosa y poco corriente. ¿La guardaba en su armario? ¿Y corrió hacia su cuarto después de decirle Abe que se largara con viento fresco? ¿Cogió el arma, salió de nuevo del cuarto, la utilizó y corrió de nuevo con ella a su habitación?

—Sí, señor —dijo de Gier.

—Dígame, de Gier.

—Debía de ser una cosa de lo más corriente. Una máquina infernal con todo el aspecto de un utensilio ordinario.

El commissaris reflexionó, y también se permitió lanzar un gruñido.

—Sí. Porque la tenía en la calle y la policía antidisturbios no advirtió nada que resultara especial —dijo pronunciando las palabras con lentitud.

—Zilver no es un individuo normal, señor —intervino Grijpstra—. Probablemente, está chiflado. Esa mierda de perro y la rata destripada así lo demuestran. Ninguna persona cuerda llegaría a estos extremos, y debió de hacerlo esta mañana muy a primera hora. Supongo que no se le puede echar la culpa al pobre infeliz. La guerra, lo que les ocurrió a sus abuelos y todo eso... Si es él nuestro hombre, tendremos que entregarlo a los psiquiatras municipales. No obstante, creo que es el momento de echarle mano. Probablemente sabe que le seguimos los pasos y se pondrá a la defensiva, asustado y dispuesto a hablar.

—Cierto —admitió el commissaris.

—Por consiguiente, ¿podemos disponer de un mandato para arrestarlo, señor?

—No —replicó el commissaris—. Aún no estoy totalmente convencido de que cometiera un asesinato, o dos asesinatos. La persona que mató a Rogge mató también a Elizabeth. Y quien mató a Elizabeth, sea quien sea, está dispuesto a matar de nuevo. Tal vez tengan ustedes razón, pero lo dudo.

—Por lo tanto, ¿hemos de olvidar el incidente, señor?

No había la menor emoción en la voz de Grijpstra, que se estaba frotando los pelos que brotaban en su barbilla.

—Esto ni pensarlo. Usted y yo iremos a verle.

—Perdone, señor —dijo entonces Cardozo.

—¿Sí?

—Se trata tan sólo de una sugerencia, señor. ¿Por qué no me deja ir a buscarlo? No le explicaré nada; tan sólo que se me ha ordenado acompañarle a Jefatura. Tal vez me cuente algo por el

camino. De momento, no tiene nada contra mí y somos, más o menos, de la misma edad. Incluso somos de la misma extracción.

—Está bien —asintió el commissaris—. Tráigalo utilizando el transporte público. Pero asegúrese de que alguien le siga. Y vigílelo. No sabemos bajo qué tipo de tensión está actuando ese individuo. Y tal vez debamos interrogarlo entre usted y yo. El brigada Grijpstra podría provocar en él otra parrafada contra la policía. En marcha, Cardozo. Cuando regrese, tráigamelo directamente a mi despacho.

—A sus órdenes, señor —dijo Cardozo antes de partir.

—Eso ya está mejor —comentó Grijpstra—. Tiene usted razón, señor. A mí me gustaría retorcerle el pescuezo. Y a ti también —añadió, mirando a de Gier.

—Sí —admitió de Gier—. Tengo aquella rata muerta en una caja de cartón sobre mi mesa. Voy a enseñártela.

—¡Ni pensarlo! —replicó Grijpstra—. Tira la caja al cubo de la basura. Al fin y al cabo, yo no te enseñé aquella caca de perro, ¿no es verdad?

—Caballeros, caballeros —rezongó el commissaris—. Estoy seguro de que pueden hacer algo útil. Averigüen lo que es y entonces háganlo. Les informaré en cuanto haya averiguado algo.

—¿DEBO CONSIDERARME DETENIDO? —preguntó Louis Zilver.

Estaba sentado en una butaca baja y forrada de cuero, cerca de la ventana del despacho del commissaris, y chupaba frenéticamente el humo del cigarrillo que había sacado de su bolsillo, tras haber rechazado el pequeño cigarro que el commissaris le ofrecía. Cardozo ocupaba el asiento contiguo al suyo y el commissaris se enfrentaba a los dos jóvenes, sentado sobre su mesa de trabajo. Había tenido que dar un saltito para llegar a la superficie, y sus pies no tocaban el suelo.

—No —contestó el commissaris.

—Por consiguiente, ¿puedo marcharme si así se me antoja?

—Desde luego.

Louis se levantó de un brinco y se encaminó hacia la puerta. Cardozo le siguió con los ojos, mientras el commissaris contemplaba su cigarro. Ante la puerta, Louis se detuvo.

—¿Por qué no se marcha? —preguntó el commissaris al cabo de un rato.

Louis no contestó.

—Si piensa quedarse, será mejor que vuelva a sentarse.

—Sí —admitió Louis, y volvió a su butaca.

—Muy bien. Esta mañana, ha disgustado usted a dos de mis hombres y me gustaría saber por qué se ha tomado tantísimo trabajo para conseguirlo. La rata, por ejemplo.

—¿La rata? —preguntó Louis con una voz chillona.

—La rata —repitió el commissaris—. Hay en nuestras calles excrementos de perro en abundancia, demasiados, a pesar de todos nuestros esfuerzos para educar a los propietarios de perros y conseguir que enseñen a sus animales a utilizar las bocas de alcantarilla. Sé de dónde sacó usted el excremento canino, pero lo de la rata me intriga.

—Yo no maté a la rata. La encontré en el patio. El gato de Esther la entró en casa. Creo que era propiedad del niño que vive en la casa contigua. La encontré al regresar de la fiesta y entonces recordé lo que el sargento me había dicho sobre las ratas. Tomé el coche de Abe y fui al apartamento del sargento. Su dirección figura en el listín telefónico. Supe que no me equivocaba, porque la bicicleta de Esther estaba allí.

—¿De Esther Rogge?

—Sí, esos dos se entienden. Creo que el sargento está utilizando a Esther, probablemente sacándole información, mientras ejerce sobre ella su seducción. Su sargento es un hombre muy apuesto.

Cardozo sonrió y el commissaris le miró. Cardozo dejó de sonreír.

—Sí —admitió el commissaris—, de Gier tiene éxito con las mujeres. Sin embargo, esto nunca parece llevarle a ninguna parte. Su único contacto real es su gato. Pero ¿por qué molestar también al brigada? Puedo comprender que piense usted tener motivo de desagrado contra el sargento, pero el brigada no le ha dado ninguna razón para...

Zilver se echó a reír.

—Todo ocurrió durante la fiesta. Los dos me hablaron de sus temores, y pensé que yo debía rematar dignamente la tarea.

—No cabe duda de que lo consiguió.

Zilver apagó su cigarrillo.

—¿Van a hacerme algo por esto? En caso afirmativo, pagaré de buena gana la multa.

—No —repuso el commissaris mientras ajustaba la cadena de su reloj—. No, creo que no. Estamos investigando dos asesinatos. Sigo creyendo que usted puede ayudarnos.

—Ustedes son la policía —dijo Zilver, y contempló la alfombra persa que cubría el centro de la vasta habitación—. No veo ninguna razón por la que yo debiera ayudar a la policía.

—Comprendo su manera de pensar. Bien, puede marcharse cuando quiera, como le he dicho antes.

—¿Dónde estaba usted durante la guerra? —preguntó de repente Zilver, sentándose de nuevo después de haberse levantado a medias de su butaca.

—Pasé tres años en la cárcel.

—¿Dónde?

—En la prisión de Scheveningen.

—¿No era allí donde metían a los de la Resistencia?

—Precisamente, pero en realidad yo no pertenecía a la Resistencia. Se me acusaba de desorganizar uno de esos transportes a Alemania y de ayudar a ocultar a los deportados.

—¿Judíos?

—Eso es.

—¿Y usted había desorganizado el transporte?

—Sí. No pudieron probarlo, pero en aquellos tiempos nadie pedía pruebas.

—¿Y pasó tres años en una celda?

—Sí.

—¿Solo?

—Durante unos siete meses.

—Siete meses son mucho tiempo.

—Bastante, y no era una celda confortable. Había agua en ella. Creo que fue la causa de mi reuma. Pero todo esto ya es cosa del pasado.

—No —repuso Zilver—. No lo es y no lo será nunca. Usted todavía padece su reumatismo, ¿no es así? Observé, cuando me

interrogó la otra vez, que se frotaba las piernas. Todavía deben de dolerle.

—Hoy no, y cuando me muera el dolor desaparecerá para siempre.

—Es posible —admitió Zilver.

—Yo no le he traído aquí para hablar del reuma del commissaris —intervino Cardozo con irritación—. A su amigo lo han matado y también han matado a una anciana inofensiva, y las dos muertes las ha causado el mismo asesino.

—¿Sí? —preguntó Zilver.

—Sí —contestó el commissaris—. No tenemos muchos asesinatos en la ciudad y estos dos están relacionados. Usted conocía bien a Abe, conocía a muchas personas que conocían a Abe. Usted conoce al asesino.

—Esto sólo son suposiciones tuyas.

—No lo sabemos con seguridad —admitió el commissaris—. ¿Le apetece un poco de café? El pensamiento humano es incapaz de llegar a unas conclusiones absolutas. Usted estudió Derecho y lo sabe. Sin embargo, a veces podemos suponer con un cierto grado de certeza. Como ocurre en este caso.

—Me gustaría tomar un poco de café.

El commissaris miró a Cardozo, que se levantó de un salto y descolgó el teléfono.

—Tres cafés, por favor —encargó Cardozo—, al despacho del commissaris.

—Está bien —dijo Zilver—. Conozco al asesino. También ustedes le conocen. Y sé cómo murió Abe, pero no lo descubrí hasta ayer, por casualidad.

—¿De veras?

—Lo mataron por medio de una caña de pescar, una caña con un carrete. La caña llevaba atado un peso en su extremo.

Cardozo dio una palmada y Zilver le miró.

—¿No podían imaginarlo, verdad?

—No —contestó el commissaris—. Habíamos llegado, como máximo, a suponer una bola de caucho, provista de púas y, probablemente, sujeta a una cuerda. El sargento de Gier pensó en ello. Recordó haber visto a unos chiquillos que jugaban en la playa. Golpeaban una pelota con palas de madera y la pelota estaba sujeta a un peso, por medio de una cuerda elástica, de modo que no podía perderse, aunque los chicos fallaran el golpe. ¿Cómo se le ocurrió pensar en una caña de pesca?

Trajeron el café y Zilver removió cuidadosamente su taza.

—Es un nuevo deporte. Tengo un amigo que pesca y me contó que se había afiliado a un club donde juegan con cañas de pescar. Atan un dardo en el extremo de la caña y después lo lanzan, contra una diana instalada a una distancia considerable. Al parecer, es un deporte oficial e incluso organizan campeonatos. Dijo que se estaba perfeccionando mucho en ello.

—Jamás oí hablar de ello —confesó el commissaris.

—Y yo tampoco. Sin embargo, a mí me resolvió el crimen. El asesino debió de situarse en la casa flotante, frente a nuestra casa. Fingió estar pescando y la policía antidisturbios que patrullaba la calle ni siquiera se fijó en él. Siempre hay gente pescando en el Canal de la Arboleda, y la había aquel día, a pesar de los disturbios. Cuando vio que había llegado su oportunidad, dio media vuelta, efectuó el lanzamiento e hizo blanco en Abe. Es posible que Abe no lo viera siquiera y, en caso de verlo, no hubiera podido reconocerlo. Seguramente, el asesino llevaba una de esas chaquetas holgadas de plástico y un sombrero haciendo juego con ella. Vestido de esta manera y visto por detrás, resultaba inidentificable; era tan sólo un pescador más.

—Por consiguiente, Abe conocía al asesino, ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Quién era?

—Klaas Bezuur.

—¿Está usted seguro?

—La mente humana es incapaz de llegar a conclusiones absolutas —contestó Zilver—, pero a veces puede suponer con un cierto grado de certeza. Como en este caso.

El commissaris sonrió.

—Sí, pero debe de tener usted alguna información que nosotros no tenemos. Nos dijeron (Esther, usted mismo, y también el propio Bezuur) que Abe y Bezuur eran amigos íntimos.

—Lo eran —recalcó Zilver.

—¿Qué ocurrió?

—Nada de particular. Abe prescindió de Bezuur porque Bezuur abandonó su libertad. Dejó que Bezuur se convirtiera en un millonario en el negocio de las máquinas excavadoras. Había adquirido su gran mansión y su coche Mercedes, tenía su esposa y sus amigas, pasaba vacaciones por todo lo grande en hoteles de cinco estrellas, y se daba la gran vida. Había dejado de pensar y de hacer preguntas.

—¿Se pelearon? ¿Discutieron?

—Abe nunca se peleaba. Se limitó a prescindir de él. Seguía pidiendo dinero prestado a Bezuur para financiar sus principales transacciones, lo devolvía y pedía más, pero esto era puramente negocio. Bezuur aplicaba un tipo fijo de interés. Sin embargo, no hubo más contacto real entre ellos. Bezuur siguió intentándolo, pero Abe se reía de él y le contestaba que no podía tenerlo todo. A Rogge no le importaban la fortuna de Bezuur y sus ostentaciones, pero sí le importaba la debilidad de Bezuur. Abandonaron juntos la universidad por haber decidido que allí sólo se les adiestraba para aceptar un *establishment* que era increíblemente falso y absurdo. Ellos habían de encontrar una nueva manera de vivir, una aventura, una aventura conjunta. Harían juntos extravagancias, como la de navegar en un cascarón de nuez en plena tormenta, y cabalgar en camellos a través de los desiertos norteafricanos, y leer y comentar libros extraños, y viajar por los países del este de Europa en un viejo camión. Abe me contó en una ocasión que durante su primer viaje perdieron su primer camión. Les habían informado de que una

fábrica checoslovaca vendía cuentas de collar muy baratas y fueron allí, en pleno invierno. Compraron todas las cuentas que pudieron cargar en el camión, pero el embalaje no era muy seguro. La fábrica les sirvió el género en frágiles cajas de cartón, aseguradas con papel engomado. En el camino de regreso, las carreteras estaban heladas y el camión patinó y volcó. Abe explicaba que las cuentas llegaban hasta el horizonte y que en ellas se reflejaba la luz del sol poniente. Él y Bezuur saltaron una y otra vez, riéndose y llorando, puesto que la visión era espléndida.

—¿Y? —dijo el commissaris.

—Pues bien, perdieron la mercancía y perdieron el camión, y tuvieron que regresar haciendo autostop. Bezuur decía que aquel momento había sido muy importante para él, había sido como una especie de despertar ante la inutilidad del esfuerzo humano y ante la belleza de la creación. Pero añadía que las palabras no podían describir la sensación.

—Hummm —rezongó el commissaris con una mueca de duda—. Sepa que hablé con Bezuur y no me pareció tener esas cualidades. No puedo imaginármelo saltando en un paisaje blanco cubierto por cuentas de collar relucientes.

—No —admitió Zilver—. Exactamente. Perdió esta cualidad. Abe decía que Bezuur había estado despierto durante algún tiempo, pero después había decidido quedarse dormido otra vez. Lo calificaba de caso desesperado.

—¿Y prescindió de él?

—Sí. Bezuur seguía viniendo a la casa, pero Abe no tardaba en desembarazarse de él. Ni siquiera le dejaba entrar; se limitaba a hablar con él ante la puerta. Abe podía resultar muy desagradable cuando quería. Y tal vez hubiera otras razones. Hubo un momento en que Bezuur estuvo enamorado de Esther y quiso conseguirla. Creo que durmieron juntos unas cuantas veces, pero en realidad Esther no quería saber nada de él, sobre todo cuando empezó a intentar impresionarla con su coche, su bungalow y sus otras propiedades. Él se casó con una amiga de ella, pero tampoco esta

pudo soportarlo. Ahora, ella se encuentra en Francia, viviendo en una comuna de hippies, según tengo entendido.

—Y por tanto, ¿por qué no mató a Esther?

—Podía hacerle más daño matando a su hermano. Abe era el sol en la vida de Esther.

—Pues ahora ha encontrado otro sol en su vida —observó Cardozo.

—¿El sargento?

—Así parece —dijo el commissaris.

—¿Un policía? —exclamó Zilver.

El commissaris y Cardozo estudiaron el rostro de Zilver, y este se estremeció.

—No importa —prosiguió el commissaris—. ¿Cuándo descubrió usted que pudo haber sido Bezuur?

—Esta última noche, en la fiesta. El amigo que me habló de las cañas de pescar es un vendedor callejero. Vino a la fiesta y me contó que Bezuur forma parte de su club y que es el campeón. Bezuur es también un buen tirador. Abe tenía un rifle viejo en su barca y disparaba contra botellas flotantes, en pleno lago. También a mí me gusta hacerlo. Abe siempre decía que Bezuur era el mejor tirador que había conocido.

—Tener actualmente un arma de fuego es delito —dijo Cardozo.

—¿De veras? —preguntó Zilver—. Bien, yo nunca la he tenido.

—¿Nos hubiera hablado de lo de Bezuur? —quiso saber el commissaris.

—No. Pero, de todos modos, acabo de hacerlo. Ya le he dicho que yo nunca ayudaría a la policía, y menos deliberadamente.

—Bezuur ha matado ya dos veces —dijo el commissaris—, y su otra víctima fue una anciana que debió de verle merodear por el Canal de la Arboleda, unas horas después de haber matado a Abe. Probablemente regresó para ver qué estaba haciendo la policía. Incluso se había procurado una coartada. Tenía dos prostitutas en su casa, tan llenas de champaña que se durmieron como troncos, pero dispuestas a jurar que él había estado siempre a su lado. Tal

vez saliera para matar a Esther, o tal vez a usted mismo. Usted había ocupado su lugar. Dejar que un hombre como él se pasee por ahí es buscarse problemas, problemas muy serios. Es un hombre muy peligroso, de una gran inteligencia y poseedor de habilidades poco corrientes, y que además se encuentra al borde de la locura.

—Los alemanes siguen paseando por ahí —observó Cardozo sonriendo—. Millones y millones de ellos. Tienen grandes habilidades y son muy inteligentes. Iniciaron dos guerras mundiales y han matado a tantas personas inocentes que la cifra total no puedo imaginarla, ni siquiera pronunciarla. Y no se trata tan sólo de los alemanes. Los holandeses mataron a muchísimos indonesios inocentes. Matar parece formar parte de la mentalidad humana. Tal vez Abe tuviera razón al decir que no nos controlamos, sino que nos movemos a impulso de unas fuerzas exteriores, tal vez los rayos cósmicos. Quizás debiéramos culpar a los planetas, y arrestarlos y destruirlos.

El commissaris movió los pies, que se encontraban a más de un palmo sobre el suelo. Cardozo sonrió. El commissaris le recordaba un chiquillo encaramado en la tapia de un jardín, sumido en su propio juego, que consistía en aquel momento particular en mover los pies.

—Interesante —dijo el commissaris—, y tal vez no tan exagerado como pueda parecer. Sin embargo, estamos aquí y tenemos nuestras disciplinas, y aunque al final no conduzcan a ninguna parte, todavía podemos fingir que estamos haciendo algo digno, especialmente cuando lo hacemos tan bien como podemos.

Reinaba la calma en la habitación. El commissaris siguió moviendo los dos pies a la vez.

—Sí —dijo—. Tendremos que ir a detener al señor Bezuur. ¿Dónde cree que puede estar ahora, señor Zilver?

—En cualquiera de una docena de lugares —contestó Zilver—. Puedo darle una lista. Puede estar en su oficina, o en casa, o en cualquiera de los cuatro almacenes donde guarda su maquinaria, o

bien puede estar merodeando de nuevo por la zona del Canal de la Arboleda.

—¿Le gustaría venir con nosotros? —preguntó Cardozo, mirando al commissaris en busca de aprobación. El commissaris asintió con la cabeza.

—Sí. No hubiera tenido que explicarle esto, pero lo he hecho, y ahora no me disgusta ver el final de la historia.

El commissaris estaba telefoneando. Habló con Grijpstra y después con el garaje de la policía.

—Iremos en dos coches —dijo—. Usted y Cardozo pueden venir conmigo en el Citroën. Grijpstra y de Gier nos seguirán con su VW. ¿Está armado, Cardozo?

Cardozo abrió su chaqueta y se vio brillar la culata de su pistola FN.

—No la toque a no ser que sea absolutamente necesario —recomendó el commissaris—. Espero que no tenga allí su caña de pescar. Su precisión y su alcance equivalen a lo que pueda hacer una de nuestras pistolas.

—¿Señor Zilver?

Louis levantó la vista.

—Puede venir con nosotros, pero con una condición. Permanezca al margen de todo.

—De acuerdo —contestó Zilver.

LOS DOS COCHES abandonaron la jefatura de Policía alrededor de las once de la mañana y, casi inmediatamente, se las arreglaron para perder el contacto entre sí, al pasar el guardia que conducía el Citroën un semáforo en el mismo momento en que este cambiaba, y dejando a de Gier entregado a sus juramentos en su maltrecho VW, inmovilizado detrás de un triciclo que conducía un inválido.

Grijpstra lanzó un gruñido.

—Deberías conducir tú, por una vez —refunfuñó de Gier, mientras conectaba el volumen de la radio.

—¿Sí? —preguntó la voz de la radio al dar de Gier su número.

—Póngame en transmisión con relevo —dijo de Gier—, y denos otra frecuencia. Su tercer canal está libre, ¿verdad?

—El cuarto canal está libre —contestó la voz—. Diré al coche del commissaris que se cambie a él.

—¿Sí? —preguntó el agente que conducía el Citroën.

—No conduzca tan espectacularmente, guardia —le advirtió de Gier—. Todavía estamos en la calle Marnix y ya le hemos perdido. ¿Qué dirección lleva?

—Hacia el este, a través de Weteringschans. Vamos a un almacén situado en la parte industrial del otro lado del Amstel.

—Espérenos. Trataré de alcanzarlos, pero no eche a correr apenas nos vea.

Encontraron de nuevo el Citroën y lo siguieron. Bezuur no estaba en el almacén. Y tampoco en el siguiente. Intentaron en su oficina.

Después se dirigieron hacia el sur, pero no estaba en su casa. La impaciencia inicial del sargento de Gier desapareció. Grijpstra estaba sentado a su lado, fumaba sus pequeños cigarros negros y no decía palabra, ni siquiera cuando un Mercedes, procedente de la izquierda, ignoró su derecho de paso y les hizo salir proyectados hacia adelante cuando de Gier frenó en seco.

La radio volvió a dejarse oír. La voz de Cardozo, extrañamente alterada, mencionó que había pasado ya la hora del almuerzo.

—¿Y qué? —replicó de Gier.

—Pues que el commissaris desea almorzar.

Grijpstra rompió su silencio y arrebató el micrófono de la mano de su compañero.

—Excelente idea, Cardozo. Dígale a su chófer que gire a la derecha al llegar al próximo semáforo, y después de nuevo a la derecha.

—¿Qué hay allí, brigada?

—Un snack turco. Sirven panecillos calientes con una especie de estofado de carne dentro, y tomates y cebollas.

La radio crepitó durante un rato, hasta que se oyó la voz del commissaris.

—¿Qué tal son esos bocadillos turcos que acaba de mencionar, Grijpstra?

—Deliciosos, señor, aunque un poco exóticos.

—¿Muy especiados?

—No con exceso, señor.

—¿Cómo se llama ese restaurante?

—Tiene un nombre turco, señor. No podría pronunciarlo aunque lo recordase, pero no pueden dejar de verlo. Tienen un asno disecado en la acera, y sobre el asno hay una mujer turca, con un velo, unos calzones muy anchos y gran cantidad de collares.

—¿Sí? —inquirió el commissaris—. ¿Y ha de estar sentada todo el día en el animal disecado?

—Es un maniquí, señor, uno de esos maniqués de los escaparates. No una mujer de carne y hueso.

—Comprendo.

Se sentaron en la terraza del restaurante y comieron. El commissaris felicitó a Grijpstra por su buen gusto y pidió otra ración. Zilver empezó a hablar con de Gier y este, después de un profundo suspiro, consiguió mostrar una expresión amistosa. Cardozo contemplaba a la mujer del asno. Parecía a punto de resbalar desde su montura y le entraban ganas de levantarse y asegurarla, pero en aquel momento el commissaris pidió la cuenta.

—¿Y adónde vamos ahora, señor Zilver?

—Hay otro solar en Amstelveen, donde guarda algunas de sus excavadoras más grandes, así como unos cuantos bulldozers y tractores. Yo he estado allí, pero tenía la impresión de que rara vez va, por lo que lo reservaba como última posibilidad.

—¿Y qué estaba usted haciendo allí? —quiso saber el commissaris—. Porque usted no era muy amigo de Klaas Bezuur, ¿verdad?

—No lo era —contestó Louis—, pero tampoco tenía nada contra él. Después de todo, nos prestaba un buen puñado de dinero. Aquella vez fui al almacén con Abe. Bezuur había telefoneado para hablarnos de un nuevo Bulldozer que había comprado, y quería hacernos una demostración. Pensé que a Abe no le interesaría, pero salió corriendo y yo con él. También vino Corin Koops, una de las amigas de Abe. Jugamos allí toda la tarde. Bezuur nos dejó conducir algunas de las máquinas, e incluso nos perseguimos unos a otros.

—Debió de ser divertido —comentó de Gier—, como jugar con los coches de choque en la feria.

—Aquellas máquinas no son exactamente cochecillos de choque —repuso Zilver—. Algunas de ellas deben de pesar unas cuantas toneladas. Yo conducía aquella tarde una pala mecánica con una boca tan grande como la de una orca.

—¿Y dice que ese solar se encuentra en Amstelveen? —observó entonces el commissaris—. Amstelveen no es un suburbio de Amsterdam. Es otra ciudad y se encuentra fuera de nuestro territorio. Bueno, siempre podemos alegar que estábamos en plena persecución.

Grijpstra tenía la duda reflejada en su semblante.

—Sí, tal vez no debiéramos hacerlo. Si el señor Zilver nos da la dirección, podemos avisar a la policía de Amstelveen. También ellos pueden enviar un coche. De esta manera, se sentirán metidos también en el caso.

Bezuur les vio llegar, lo que fue desafortunado. El solar era amplio, de cincuenta por cien metros, y lo rodeaba una alta tapia de ladrillo, recubierta en parte por una profusión de plantas. Bezuur se encontraba de pie en medio del patio, cuando Grijpstra y de Gier llegaron, atravesando la gran entrada de puertas basculantes.

—¡Buenos días! —gritó de Gier, y Bezuur se disponía a contestar al saludo cuando vio a Louis Zilver, que se apeaba de la parte posterior del Citroën negro.

Vio también el morro de la blanca furgoneta de la policía que los guardias de Amstelveen estaban aparcando al otro lado de la calle.

Bezuur se detuvo, dio media vuelta y echó a correr.

—¡Alto! —rugió Grijpstra, pero Bezuur estaba trepando ya a un bulldozer.

Cuando el motor diesel del bulldozer se puso en marcha, Grijpstra desenfundó su pistola.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Dispararemos!

El commissaris se encontraba ya con ellos. El agente había venido con él, pero se volvió y corrió hacia el Citroën apenas vio que se aproximaba el bulldozer. Abrió el maletero del Citroën y sacó una carabina. La cargó y se arrodilló cerca de las puertas basculantes. Grijpstra había apuntado su pistola hacia el cielo y disparado. También disparó el agente, pero la gigantesca pala del bulldozer se había alzado y la bala chocó con ella y rebotó, incrustándose en la tapia de ladrillo y agitando las hojas de una planta trepadora, que

sacudió sus flores rojas a modo de discreta protesta. También disparaba de Gier, pero sus proyectiles fallaron al virar el bulldozer sobre su oruga izquierda. Los agentes uniformados de Amstelveen titubeaban ante la entrada, dudando en utilizar sus armas de fuego con todo el movimiento que se desarrollaba ante ellos. El bulldozer rugió y siguió girando sobre sí mismo, mientras su pesada y brillante pala de acero subía y bajaba. Después, la pala se detuvo en posición horizontal, desnuda y amenazadora, y la máquina avanzó de repente. De Gier notó que le cubría el sudor. La pala del bulldozer apuntaba al commissaris, una figura pequeña y abandonada en aquel amplio patio. Insertó entonces su cargador de recambio en la pistola y volvió a disparar. Vio que el corpachón de Bezuur se estremecía al alcanzarlo la bala, pero la máquina no se detuvo, sino que continuó avanzando hacia el commissaris, que ahora corría hacia la esquina más cercana del patio, donde, jadeante, trató en encontrar refugio pegándose a los ladrillos de la tapia.

De Gier notó una mano en su hombro y miró atrás. Cardozo se encontraba en cuclillas a su lado, señalando hacia el otro lado del solar. Otra máquina se movía allí, una gran excavadora mecánica que se adelantaba, triturando la gravilla con sus enormes ruedas de oruga.

—¡Zilver! —gritó Cardozo.

—¿Qué?

—¡Es Zilver! Está en la cabina de la excavadora. Yo le pedí que hiciera algo. Al fin y al cabo, dijo que él sabía conducir la excavadora...

De Gier asintió con la cabeza, pero sin mostrarse interesado. Miró de nuevo al commissaris, que había llegado ya a la esquina y parecía arrancar las trepadoras en un vano intento de poner más distancia entre su cuerpecillo y la pala que se le aproximaba. Aquel rincón parecía seguro, ya que la pala arañaba las paredes a cada lado, sin poder tocarlo. Hojas y plantas enteras eran arrancadas de la tapia y caían sobre la pala y en el asiento de Bezuur, adornando

el bulldozer con sus flores rojas y anaranjadas, y sus hojas de color verde oscuro. El bulldozer invirtió la marcha y después volvió a abalanzarse, rozando esta vez la pared con su carrocería y obligando al commissaris a abandonar su refugio. Cuando el bulldozer giró para perseguir al anciano, de Gier estuvo a punto de cerrar los ojos para no ver la escena. El commissaris no tenía ni la menor esperanza en terreno abierto, ya que nunca podría aventajar al bulldozer por más que corriera. De Gier vació su cargador, pero las balas dieron en la máquina, no en el hombre que la conducía en su ataque. Cuando su pistola lanzó un seco chasquido, de Gier gritó a Cardozo:

—¡Dispara, estúpido, dispara!

Cardozo meneó la cabeza.

—¡Grijpstra se encuentra allí detrás..., mira!

La excavadora había dado alcance al bulldozer y su boca cerrada, de dientes de acero, apuntaba al cuerpo de Bezuur. El motor de la excavadora rugió y pudieron ver a Zilver en la cabina de cristal en la parte posterior de la máquina, accionando frenéticamente palancas. Bezuur comprendió el peligro e hizo que el bulldozer cambiara de dirección. Entonces de Gier echó a correr hacia el commissaris, que se derrumbó en sus brazos. De Gier sostuvo al anciano y corrió con él hacia la puerta de entrada. Un agente abrió la puerta posterior del Citroën y de Gier depositó al commissaris en el asiento posterior.

—Estoy perfectamente —dijo el commissaris—. Vuelva allí, sargento. Bezuur ya está herido y no nos interesa matarlo. Trate de impedir que la excavadora derribe la máquina de Bezuur.

—¡Sí, señor! —contestó de Gier, echando a correr.

Cuando llegó de nuevo al patio, vio cómo los dientes de la excavadora chocaban contra la parte posterior de la cabeza de Bezuur. Zilver había empujado repentinamente su palanca y la había hecho avanzar. Los dientes, puntiagudos como lanzas, golpearon a Bezuur con toda la potencia del motor diesel que rugía debajo de la cabina de Zilver. La cabeza se desprendió del cuerpo y fue

proyectada a través del patio, chocando con la tapia de piedra y explotando contra ella. Las piernas del sargento de Gier se debilitaron súbitamente y se encontró tendido en el patio, con Cardozo tirando de él por los hombros, ya que el bulldozer seguía avanzando lentamente y ambos se encontraban en su camino.

—¡Arriba, arriba! —gritó Cardozo y de Gier, medio atontado, obedeció y se dejó arrastrar.

Grijpstra corrió tras el bulldozer, se lanzó de un salto hasta su sillín y dio vuelta a la llave en el pequeño tablero de mandos. Por su parte, Zilver había parado ya el motor de la excavadora. El silencio volvió a reinar en el solar. De Gier pudo oír los gorriones que piaban entre las plantas trepadoras.

—Gorriones —dijo—. Habrán perdido los nidos que tenían allí.

—¿Gorriones? —preguntó Grijpstra—. ¿Qué gorriones?

De Gier señaló hacia la tapia. Todas las plantas trepadoras habían sido derribadas, aplastadas en el suelo por las orugas del bulldozer.

—¿A quién pueden importarle los gorriones? Aquel loco ha perdido la cabeza.

Grijpstra señalaba hacia el voluminoso cuerpo de Bezuur, que yacía de espaldas, allí donde había caído después de golpearlo la boca de la excavadora. La sangre seguía brotando entre sus hombros y pudieron ver los gruesos músculos del cuello, sobresaliendo todavía de un mellado borde circular.

De Gier notó que las piernas volvían a fallarle y el brazo de Grijpstra rodeó sus hombros.

Llegó corriendo un agente de uniforme.

—¿Tiene usted el mando en este arresto? —preguntó el guardia.

—El commissaris está en su coche, guardia —contestó Grijpstra—, en el Citroën. Él tiene el mando, pero creo que ustedes habrán de escribir el informe, ya que este es su territorio. ¿Han presenciado la diligencia, verdad?

—¿Diligencia? —murmuró el guardia—. ¡Vaya diligencia! Jamás había visto nada parecido en mi vida. ¿Y qué vamos a hacer con la

cabeza de ese individuo?

—Raspen el suelo y la pared y metan lo que encuentren en una caja —contestó Grijpstra—. En cuanto al hombre que ha conducido la excavadora, no es nuestro; es un civil. Tenemos su nombre y sus señas. No extiendan ninguna acusación contra él, pues con razón hemos de estarle agradecidos; ha salvado la vida del commissaris. También puedo darle el nombre del muerto.

Grijpstra sacó su libreta, la abrió y garrapateó en ella. Después arrancó la página y la entregó al agente.

—Si me necesita, puede encontrarme en la Jefatura de Amsterdam. Me llamo Grijpstra. Brigada Grijpstra.

—Ya lo creo que le necesitaré —repuso el guardia—. Durante todo el resto de la semana me tendrá pegado al teléfono. ¡Vaya espectáculo! Si a nosotros se nos ocurriera efectuar un arresto como este en Amsterdam, se nos caería el pelo a todos.

—Nosotros somos de la gran ciudad, guardia —dijo Grijpstra—. Alégrese de vivir en provincia.

Se había acercado otro agente.

—Usted —le ordenó el primer guardia—, busque un cuchillo o una pala, o cualquier cosa, y una caja. Quiero que recoja todo lo que pueda encontrar de esa cabeza.

—Bah —exclamó el otro guardia.

Cardozo sonrió. El primer guardia llevaba tres galones y el segundo tan sólo dos. También Grijpstra se permitió una sonrisa.

—Pobre diablo —comentó Cardozo.

Cuando abandonaron el patio, los gorriones seguían piando.

—QUERIDO —dijo ella al entrar el commissaris, cojeando, en la casa—. ¿Ha vuelto a empeorar el dolor? Esta mañana, cuando te has marchado, creía que iba a dejarte en paz; tenías todo el aspecto de un jovenzuelo al entrar en el coche.

El commissaris murmuró algo en lo que sólo pudo distinguirse la palabra «té».

—Estoy perfectamente —contestó—; me he dado un golpe con algo, eso es todo.

—Te preparo en seguida el té. ¡Oh, tu traje!

El traje estaba manchado, y también desgarrado. Una de las plantas se había agarrado a una manga cuando él trataba de liberarse al acercarse el bulldozer. Intentó ocultar el desgarrón con la mano, al llevarle ella hacia la luz, junto a la ventana.

—¿Y qué es esto? ¿Sangre?

Él recordó que había estado muy cerca del cadáver.

—Sí —contestó—, sangre, querida, pero desaparecerá y estoy seguro de que el viejo sastre podrá reparar el traje. Me gustaría tomar un poco de té, y también un baño. ¿Me subirás una bandeja?

—Sí. ¿Necesitarás mucho tiempo? ¿Recuerdas que mi hermana y su marido vienen esta noche? Han telefoneado esta mañana y yo les he dicho que tú estabas mucho mejor.

El commissaris se encontraba ya a mitad de la escalera. Se detuvo, dio media vuelta y se sentó.

—¿No te importa, verdad? Ya sabes que siempre son muy amables, y él quiere hablarnos sobre la empresa que ha adquirido, una fábrica situada en el sur. Es una cuestión que le tiene muy excitado.

—Pues sí que me importa —repuso el commissaris—. Telefonéalos y diles que estoy enfermo. Esta noche quiero fumar cigarros y sentarme en el jardín, y quiero que tú te sientes a mi lado. Podemos escuchar lo que diga la tortuga. Ella también es muy amable, y nunca quiere llevar la voz cantante.

—Querido, ya sabes que odio contar mentiras...

El commissaris se había levantado de nuevo y reanudado su ascenso por la escalera. Su esposa suspiró y descolgó el teléfono del vestíbulo. Pudo oír que el agua caliente empezaba a manar en el cuarto de baño.

—Lo siento muchísimo, Annie —dijo—, pero las piernas de Jan han empeorado otra vez. Se encuentra muy mal y he pensado que sería mejor...

La señora Grijpstra le miró fijamente al morder el extremo de un pequeño cigarro negro y escupirlo en dirección del gran cenicero de bronce, colocado sobre una mesita lateral en el pasillo. Falló el tiro por un buen palmo de distancia.

—El humo ya es bastante desagradable —dijo ella, con una voz que se alzaba peligrosamente—. No es necesario que, además, me ensucies toda la casa. Te he dicho ya mil veces...

—Basta —ordenó Grijpstra sin inmutarse.

—Vuelves a llegar tarde —prosiguió ella—. ¿No serás ni un solo día puntual? He frito las patatas que sobraron ayer. Hay unas cuantas en la sartén. ¿Las quieres?

—Sí —contestó Grijpstra—, y un poco de pan. Y prepara café.

Su voz se mantenía baja y ella encendió la luz del pasillo para ver mejor su cara.

—Estás muy pálido. ¿No estarás enfermo?

—No estoy enfermo.

—Pues pareces enfermo.

—Lo que me enferma es mi trabajo —dijo Grijpstra, sin moverse.

Sus brazos colgaban, y también la carne de sus mejillas. La cara abotargada de su esposa adoptó lo que, veinte años antes, hubiera sido una sonrisa compasiva.

—Ve a afeitarte, Henk —dijo—. Siempre te encuentras mejor después de afeitarte. Ayer compré una nueva barra de jabón y hay un paquete de hojas que encontré detrás de la mesita de noche. Tienen un filo especial, o algo por el estilo; son de la marca que no encontraste el otro día cuando fuimos al supermercado.

—¡Ah! —exclamó Grijpstra—. Perfectamente. Sólo necesito diez minutos.

Contempló a su mujer, que se encaminaba hacia la cocina.

—Desagradable bola de grasa —rezongó al abrir la puerta del cuarto de baño.

Estaba sonriendo.

—Vaya, ¿ya estás aquí? —exclamó la señora Cardozo, al entrar su hijo en la cocina—. ¿Entregaste aquel dinero en la comisaría?

—Sí, madre.

—¿Lo contaron?

—Sí, madre.

—¿Estaba todo?

—Sí, madre.

—Para cenar tenemos pescado y remolachas agrias.

—¡Puá! —exclamó Cardozo.

—A tu padre le gustan, y lo que es bueno para tu padre debiera serlo también para ti.

—No puedo con las remolachas agrias, ¿no tienes alguna otra cosa? ¿Una buena ensalada?

—No. ¿Has tenido un buen día?

—Tratamos de detener a un hombre que conducía un bulldozer, pero una excavadora mecánica le arrancó la cabeza.

—No me cuentes tonterías. Ya sabes que no me gusta que me cuentes tonterías.

—¡Pero si es verdad! Mañana lo verás todo en la primera página del *Telegraph*.

—Yo no leo el *Telegraph* —replicó su madre—. Ve a lavarte las manos. Tu padre llegará de un momento a otro.

Cardozo se lavó las manos en el fregadero de la cocina. Su madre contemplaba su espalda.

—¡Un hombre conduciendo un bulldozer, nada menos! —exclamó ella.

La espalda de Cardozo se envaró, pero no llegó a volverse.

—Llegas tarde —dijo Esther—. Tengo que ir a casa para darle comida a mi gato. Estoy segura de que Louis lo habrá olvidado.

De Gier la abrazó, apretando también a Oliver, que se encontraba cabeza abajo entre los brazos de Esther y ronroneaba soñoliento.

—Pero volverás después, ¿verdad?

—Sí, pero necesitaré al menos un par de horas. Queda muy lejos y sólo tengo mi bicicleta.

—Compraré un coche —dijo de Gier—, pero resultará más fácil que te vengas a vivir conmigo. No es necesario que vayas de un lado a otro todo el tiempo.

Ella le besó.

—Tal vez, pero este apartamento es muy pequeño para dos personas y dos gatos, y los gatos no simpatizarán. Será mejor que tú te vengas a mi casa.

—De acuerdo —contestó de Gier—, será lo que tú digas.

Esther dio un paso atrás.

—¿De veras abandonarías tu vida aquí por mí, Rinus? ¡Estás tan cómodo en este apartamento! ¿No será mejor que yo siga viniendo aquí?

—Cásate conmigo —propuso de Gier.

Ella soltó una risita y se ajustó las gafas, que habían resbalado a lo largo de su nariz.

—¡Estás tan chapado a la antigua, querido! Hoy en día, nadie quiere casarse ya. Ahora, la gente vive junta, ¿no lo has observado?

—Tendremos un crío —dijo de Gier—. Un hijo, o una hija si lo prefieres. O gemelos, uno de cada.

—Lo pensaré, cariño, pero no me atosigues. Y ahora debo irme. ¿Has tenido un día agradable?

—No.

—¿Qué ha ocurrido?

—Todo. Iré contigo. Te lo contaré todo en el autobús. Deja tu bicicleta aquí. De este modo, estaré seguro de que volverás.

Ella depositó a Oliver en el suelo y de Gier lo recogió, envolviéndose el cuello con el gato y tirando de sus patas con ambas manos. Oliver aulló y trató de morderle, pero se llenó la boca de cabellos y resopló enfurecido.

—Ha sido un mal día —dijo—, y después te lo contaré todo. Pero será la última vez que te hable de mi trabajo. La tarea policial nunca debería ser discutida.

—No, cariño —dijo ella, cepillándose el cabello.

—No, cariño —repitió él, y dejó caer a Oliver, que olvidó darse la vuelta y aterrizó sonoramente sobre un flanco.

—Estúpido gato —dijo de Gier.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff
18. *LA HUIDA*, Charles Williams

19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey
25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill
27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis
33. *CAÍDA MORTAL*, B. M. Gill
34. *SECRETOS PELIGROSOS*, William P. McGivern
35. *CAMINO DEL MATADERO*, Ruth Rendell
36. *CUIDADO CON ESA MUJER*, David Goodis
37. *UN CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR QUEEN*, Ellery Queen
38. *ME MUERO POR CONOCERTE*, B. M. Gill
39. *SU ALTEZA Y EL JOCKEY*, Peter Lovesey
40. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS*, Anthony Berkeley
41. *ETERNA DESPEDIDA*, Ruth Rendell
42. *LA VIUDA*, Nicholas Freeling
43. *AMOR DE MADRE*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *MISTERIO PARA TRES DETECTIVES*, Leo Bruce
45. *EL JURADO NÚMERO DOCE*, B. M. Gill
46. *TRAPOS SUCIOS*, Roger L. Simon
47. *LOS CONDENADOS*, Malcolm Bosse
48. *CAUSAS NO NATURALES*, Thomas Noguchi

49. *ESTACIÓN TÉRMINO*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac

50. *ARRASTRADO POR EL VIENTO*, Janwillem Van de Wetering



JANWILLEM VAN DE WETERING (Rotterdam, Países Bajos, 12.2.1931- Blue Hill, EEUU, 4.7.2008). Cuando nació en 1931 en Rotterdam, sus padres quisieron ponerle "Crisis" de segundo nombre a Jan-Willem van de Wetering, el escritor holandés de novela policíaca que acaba de fallecer tras una larga enfermedad. Al final, se decidieron por Lincoln, como el famoso presidente de los Estados Unidos, sin saber la profunda huella que ambas opciones dejarían en su vida.

Porque el chico, que residía en la ciudad más martirizada de Holanda por las bombas nazis durante la II Guerra Mundial, nunca pudo olvidar la ocupación y posterior desaparición de sus compañeros de clase judíos. Una tragedia que le marcaría hasta el extremo de buscar a partir de entonces una explicación a aquel horror. O mejor aún, vista su inmersión posterior en la filosofía budista, de lograr la forma más pura de compromiso con la vida. Porque Van de Wetering tuvo en realidad dos vidas literarias simultáneas: una trascendente, con obras filosóficas, y la otra más mundana, plena de novelas policiacas.

Para poder ilustrar la primera de ellas, y después de pasar por la universidad, viajó durante una década por siete países, formó parte de una banda de moteros, vagabundeo por Suráfrica y acabó siendo discípulo de un maestro zen en un monasterio japonés. El testimonio de sus meditaciones, entrevistas y conversaciones con los monjes aparece en obras como Reflejos de la nada y El espejo vacío, publicadas en castellano en los años setenta por la editorial Kairos. Esta parte de su producción gozó de gran eco en Estados Unidos, donde acabaría instalándose y donde ha muerto a los 77 años en el Estado de Maine.

Su segunda identidad novelesca no pudo ser más diversa. Gracias a la experiencia adquirida como voluntario de la policía de Ámsterdam, Jan-Willem van de Wetering creó una legendaria pareja de detectives. Llamados Henk Grijpstra y Rinus de Gier, su personalidad y calado emocional resultaba tan entretenido como sus andanzas. Así, Grijpstra era un tipo maduro con problemas matrimoniales que hubiera querido ser músico de jazz. A De Gier, por su parte, más joven, bien parecido y con mucho éxito entre las mujeres, le gustaba tocar la flauta. Ambos improvisaban melodías en plena oficina bajo la mirada de un comisario llamado Jan. De este último, el escritor sólo desvela que era bajito, algo mayor y muy agudo.

El éxito de esta serie le hizo merecedor, en 1984, del Gran Premio de la Literatura Policiaca, prestigioso galardón francés. Y algo más valioso aún. Le convirtió en uno de los primeros autores que ganó lectores considerados intelectuales, para un género hasta entonces de consumo popular.

Isabel Ferrer

[El País](#)

[Wikipedia](#)

[The Guardian](#)

Notas

[¹] Las graduaciones de la policía municipal holandesa son: guardia, guardia de primera clase, sargento, brigada, inspector, inspector jefe, commissaris y jefe de policía. <<

[2] Todas las comisarías de policía de Amsterdam se comunican por teletipo. Los acontecimientos importantes son registrados y distribuidos de inmediato y estos mensajes son conocidos como «telegramas». <<